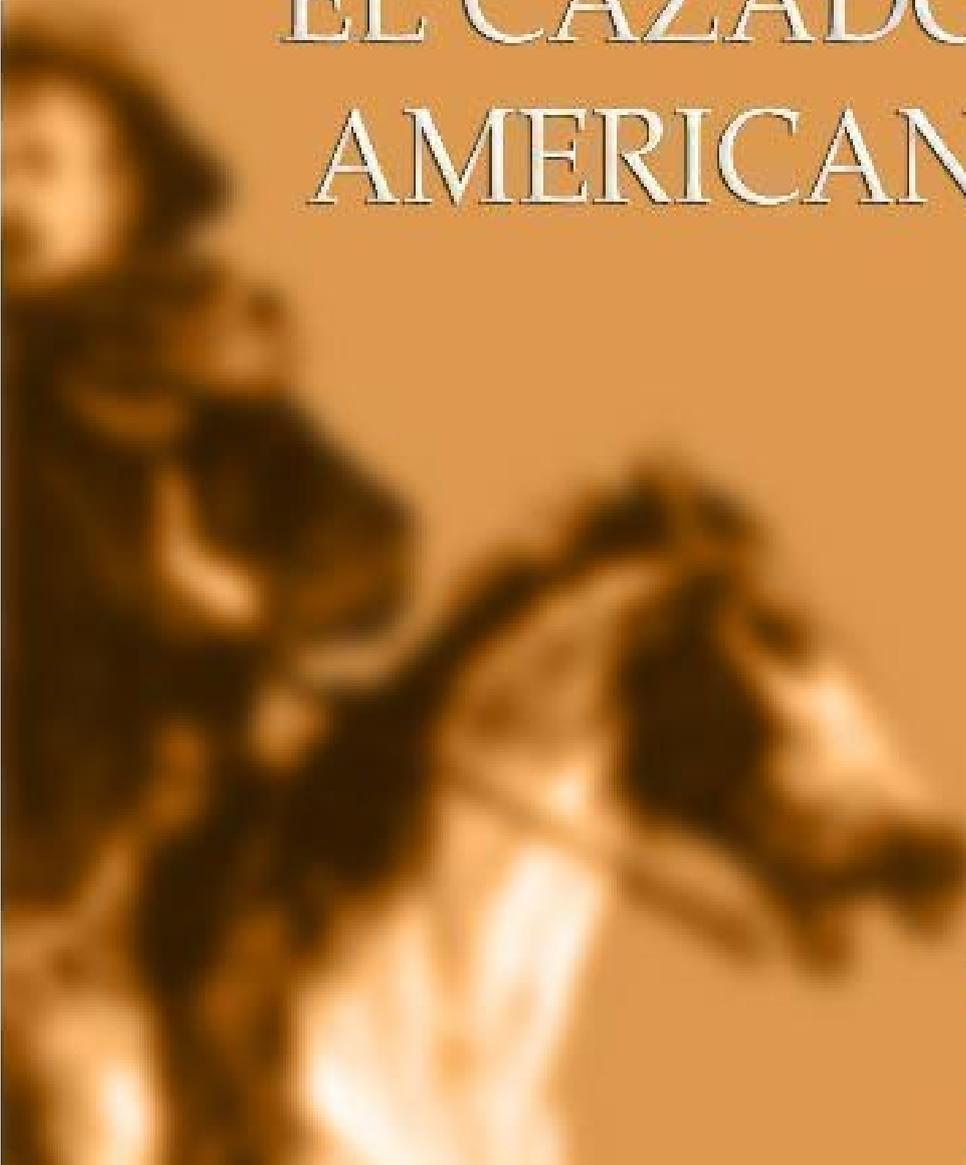


Haroldo
Conti

Mascaró

EL CAZADOR
AMERICANO



Lectulandia

El Circo del Arca lleva su espectáculo itinerante de pueblo en pueblo, para solaz de la gente común y sencilla. De día y de noche, bajo un cielo encendido o una lluvia cegadora, el circo sigue su camino. Sus integrantes conforman una galería de personajes excéntricos y entrañables: el Príncipe Patagón, la bella Sonia, Carpóforo el luchador, el audaz enano Perinola, Oreste, el escurridizo jinete Mascaró. Sus éxitos y traspies, las intrincadas relaciones mutuas y los encuentros fortuitos van tejiendo la rica trama de esta historia.

Mascaró, el cazador americano, novela a la vez realista y fantástica, nostálgica y humorística, mágica y profundamente humana, fue la última escrita por Haroldo Conti. Emecé inicia con ella la publicación de la totalidad de la prosa del distinguido escritor trágicamente desaparecido.

Lectulandia

Haroldo Conti

Mascaró

el cazador americano

ePUB v1.2

Ninguno 29.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Mascaró, el cazador americano*

Haroldo Conti, 1975.

Diseño/retoque portada: Ninguno

Editor original: Ninguno (v1.0)

ePub base v2.0

Con Marta, a todos los compañeros

Prólogo

Mascaró se me apareció hace cosa de tres años. Yo estaba vacío y triste, después de haber publicado En vida, y como ocurre siempre, pero en este caso muy especialmente, pensé entonces que no volvería a escribir una sola línea en todo el resto de mi vida. No me sorprende ahora haberme equivocado, a tal punto que en esos tres años escribí dos libros, aparte de otras cosas, porque eso me ocurre generalmente. Salvo los premios, no acierto por lo común en nada.

Bueno, yo estaba vacío y triste cuando un buen día escuché de un auténtico vagabundo la increíble historia del Príncipe Patagón. Me gusta escuchar a la gente. Creo que eso me salvó. Pegué un salto en el aire. Ahí tenía mi próxima novela. Tan clara la tenía que me abalancé sobre un papel y escribí de un saque el plan. Fue la primera vez que tuve el plan del principio al fin. Sirve tanto como un plan económico o el pronóstico del tiempo. Fue tan sólo un punto de partida, una especie de compromiso. Mascaró tenía que madurar dentro de mí. Eso me llevó su tiempo. Nunca me apresuro en esos casos. Sucede que llega un momento que la historia empuja tanto dentro de uno que sale afuera por sí sola. Así fue. Mascaró me hacía señas desde un costado de mi vida llamándome a su loco camino.

Pues bien, tanto empujó, que otro buen día, para cortar amarras, salté de golpe al camino, me marché inclusive de mi casa, abandoné todo y ahí empezó mi vida con Mascaró, es decir, empezó la novela que para mí es siempre un auténtico modus vivendi. Resumirla en un par de líneas no tiene sentido. Podría intentar una especie de comentario conceptual que, en definitiva, puede aplicarse tanto a Mascaró como a la Imitación de Cristo o a un libro de Napoleón Primero. Eso le corresponde, en todo caso, a los críticos. Contar la historia sin encarnadura sería falsificarla. Y contar la historia tal cual aconteció sería narrar la novela de nuevo. Porque aquel plancito creció y creció como un árbol y así entraron en esa historia desde mis más sencillos amigos, como Tony Beck o el capitán Alfonso Domínguez, alias «Cojones», hasta esta tierra de lucha y esperanza que se llama América.

Mascaró daba para todo. Creció y creció como un tremendo canto, y yo era a medias el cantor porque se juntaron tantas y tantas voces, que Mascaró realmente no me pertenece.

Ahora, a diferencia de esas otras veces, no he quedado triste y vacío, porque Mascaró sigue vivo y me demanda nuevos caminos. Siento, eso sí, la breve tristeza de despedirme de él para que comience a compartir su camino con otras gentes. Aquí estamos, pues, a un costado de ese camino diciendo los adioses y estrechando su firme mano. Pero yo sé que volverá. Yo sé que volverá. Yo sé que volverás, compadre. Por eso te digo hasta siempre. No te olvides de mí ni de mi compañera, los que tanto te amamos. Volvé pronto para que podamos seguir viviendo y amando, oscuro jinete,

dulce cazador de hombres. Mascaró, alias Joselito Bembé, alias la Vida.

*Cuando yo sea hombre
entonces seré un cazador.*

INDIOS KWAKIUTL

El circo

Cafuné sopla y sopla la flautilla de hueso. Es un chorrito de aire, un raspón de metal, un alma finita de viento que se enrosca en el aire. El día aquí es esta música que anda por todas partes, gota, bolita, tiempo desnudo, sin recortes. Cada tanto agita un sonajero de uñas para acompañar la música o espantarse las moscas.

Oreste ha pasado la noche en vela, sentado a una mesa. Los músicos estuvieron soplando y rascando hasta que cayeron dormidos, menos el arpero ciego, que no vio venir la noche y siguió tocando, y recién paró cuando se le agarrotaron los dedos. Mitad de la madrugada. Paró y los envolvió el silencio. El arpa ha quedado en medio del salón. Es un arpa bonita, con el clavijero labrado como un altar y el mástil que remata en un ángel que se sostiene en la punta de un pie como si fuera a saltar al piso. El ángel es pequeño pero preciso. Piel de humano, ojos de vidrio, alas de pichón. Está en el aire, livianito. El arpero es hombre a medias sin el arpa. Él entero es el arpa y el ángel y el ciego que cuando toca se sacude con gracia, ve cosas de adentro sin la molestia de la carne, raspa de un lado y de otro en lo seguro, comanda. Vida sin peso.

La cuadrilla tiene fama de letrero. Se transporta. Hoy aquí, mañana allí. La leve vida del camino. Se anuncia por cartel como La Trova de Arenales. Arenales es este pueblo. Hay un violín, un acordeón, un redoblante, una flauta dulce, una guitarra y el arpa. El guitarrero es un negro de motas blancas. Toca de sentado, con las piernas cruzadas. El violinista es un viejo legañoso, Madariaga, con un sombrero aludo, grasiento, los ojos mellados, un saco blanco, un pañuelo negro, pantalones a rayas, alpargatas. Apoya el violín en el pecho y mira para adelante. Todo tiempo. El violín está hecho con madera de embalar y suena a cascajos. La trova hace música de ruido con asunto sencillo. Polca, marote, zamba, chotis, valseado, pachanga, cositas de retozo como *Corazón de canela* o *Adiós Mariquita linda*. El arpero canta la letra cuando cuadra, a veces el negro, que tiene una voz áspera, sumida.

Comenzaron a tocar a la caída del sol, que es cuando se anima el pueblo, cría bultos, echan a andar las sombras y un penacho de arena se descuelga desde el médano más alto, Cafuné lo toma por conjuro y deja de tocar en ese momento.

Oreste fue en la tarde hasta Aguas Dulces, costeano, para ver si había noticias de ese barco. No llegó hasta ahí ni era su propósito. Llegó chorreando sudores hasta el barco hundido que, de lejos, parece una ciudad. El barco no se ve desde Arenales. Sólo a medio camino aparece el bulto que entra en el mar como una prolongación de la Punta del Diablo. La arena que levanta el viento lo vela y aun lo borra y hasta lo remonta por el aire. Después se despega de la Punta, vira, se hincha y, por fin, se convierte en una ciudad que crece a cada paso. Oreste cambia de ánimo según cambia el barco. Marcha por tiempos y caminos distintos según sea un roquedal, una nube, un tren, una muralla almenada, una ciudad. Más cerca es un barco, y se alegra,

porque piensa que es el *Mañana*, ese gran barco que navega en su cabeza. Camina envuelto en arena, salpicado de espuma, sacudido por el viento, encogido en la cavidad de su cuerpo. La línea movediza de las olas lo despista, lo adormece. Se agacha y recoge un caracol blanqueado por el sol y lo arroja al mar con un grito. El grito no sale de su boca sino algo más adelante y se aplasta contra el viento. Y ahora el barco es un barco encallado, un cascarón de barco, nombre y tristeza *Aldebarán*.

Anduvo por el interior del casco, removiendo restos, despegando lapas, simulando navegaciones. Un chorro de mar entraba por un boquete en la banda de estribor. Recogió un grillete musgoso y lo echó en el bolsillo. Subió a cubierta y fue y vino unas cuantas veces de una punta a otra por el puro gusto de escuchar sus pasos. Oreste se detiene de golpe y hay un breve retumbo a sus espaldas, un rumor de chapas, un roce de escamas, el viento. Sube al puente. El sol roza las puntas de los médanos, la playa es una neblina amarilla que recorren luces y fosforescencias, las gaviotas están paradas sobre sus sombras que se alargan en la arena, y se quiebran en la primera ola. No se ve Arenales. Se ve la punta del médano. El barco se agita, zarpa. El *Aldebarán* navega sobre festones de espuma, entre engañosas neblinas.

Volvió al final de la tarde. El sudor y el agua se le secaron con el viento y le ardía la piel. Los médanos se habían puesto negros y alcanzó a ver el penacho de arena. Algo después Cafuné pasó como un tejo sobre su alada bicicleta con esos parches de colores en las ruedas y una cinta de bayeta en cada punta del manubrio. Levantó una mano, pero Cafuné no responde ni mira. Pura figura. Una vincha de goma le sujeta el pelo, gris, cerdoso, que flota por detrás de su cabeza. Cafuné pájaro. Es de poca carne, agudo, huesos. Cuando no toca la flauta corre de un lado a otro con su bicicleta. Lleva y trae mensajes. Más a menudo los inventa. Lo ha visto, hay seguridad, por un costado del ojo. Ojo de mosca. Se aleja con un chasquido de gomas perseguido por una bandada de gaviotas.

Madeiras de sombras resbalan sobre el horizonte. El viento remueve la arena, aventa espumas, una cerrazón salada le humedece suavemente la piel, se licúa entre los pelos de la barba, que disparan brillos, lo empapa, gotea desde sus sienes, le vela los ojos. Oreste camina por el aire, se transporta en el viento. El mar es sólido, sobresale de la tierra. Cambia de colores, según el cielo. Rosa, lila, violeta, azul de finales. El cielo termina, pero el mar guarda, como un resumen en vidrio profundo, palideces. Las gaviotas levantan vuelo delante de sus pasos, siempre de la misma distancia, planean sobre su cabeza, gritan sobre su sombra.

Los ranchos del pueblo se abultan hacia el poniente. Tienen un lado blanco, preciso, y un lado oscuro que se alarga en punta hacia el mar. El faro sobresale por detrás de los ranchos, todavía en el sol, por lo que parece más apartado y más alto. A medida que Oreste se acerca al faro se corre hacia la izquierda, siempre sobre los techos, y después entra en el mar.

El faro es anterior al pueblo. Lo levantaron unos italianos que vinieron desde Palmares, sobre el Cabo de Santa María, ese peñón solitario ahora completamente oscuro, que se hace a la mar a medida que Oreste se aproxima al pueblo. Figura en cartas y cuarterones como un asterisco.^[1]

La historia de Arenales es sucinta. Cabe en una canción. Primero llegaron unos hombres y empezaron otro faro, un poco más adelante. En la mitad saltaron alguna piedra y el faro les cayó encima. Al pie del nuevo faro, el verídico, hay una huerta, un cementerio con siete tumbas, un ángel de cemento, que llora, y un promontorio renegrido. En la canción son siete hermanos que llegan de Palmares. Levantan el faro y lo tumba una maldición. El ángel del baptisterio de la catedral de Palmares desaparece en un vuelo con rumbo al sur. La maldición le pertenece a don Diego de Almaraz, que fundó Arenales, de pedo. Almaraz, que iba en una carraca hacia Ocolora^[2] fundando de paso ciudades y aun naciones, extravía el rumbo al confundir un presagio y embiste la costa. Por si fuese un designio, funda Arenales. La maldición se presume, porque a partir de ahí no se sabe nada más de Almaraz como persona. Se trueca en peñón, pervive en las tinieblas, vaga quejoso por la playa, alma dolida, deuda sagrada, materia de espanto. Llegan otros hombres, otros siete, según el canto, en busca del ángel. Un obispo con ornamentos morados asperja el peñón, conjura el alma penosa que se sumerge en el mar o se dispersa hacia los cielos según los cantores. En el primer caso es el peñasco que asoma con la bajante a media milla de la costa. En el segundo es el penacho de arena que levanta el viento al atardecer. En regla el peñón, por si acaso bautizado como criatura humana Cabo de Santa María, levantan el faro tal cual se ve.

El arpero ciego canta esta canción, a pedido, con la variante del peñasco. *Chamarrita de Almaraz*. Es una chamarrita libre, con tristezas.

El faro le otorga a Arenales apariencia de pueblo. Arenales no es más que eso. El faro, el muelle, la barraca del Lucho y algunos ranchos de paja. Todo eso bailotea ahora en los ojos de Oreste.

La torre del faro emerge blanca y lisa, en otro aire. Lo demás, por debajo, son borrosidades. La torre es de piedra recubierta con mortero. Más cerca se aprecia la carcoma del tiempo. La argamasa descascarada, las ventanas con restos de marcos y batientes, la puerta roída en los bordes, recompuesta con tablas que arroja el mar. Sin embargo, el faro funciona como el día que lo echaron a andar. A esta hora se anima y recobra esa apariencia leve, sin peso ni materia. Cuando apenas queda un brillo en el aire, sobre los médanos, el Bimbo echa el contrapeso por el boquete y la lente comienza a girar. Para entonces la torre se ha ennegrecido y un rato después desaparece. La luz proviene de un farol a mantilla que pierde aire. Cuando la noche se espesa, la cristalera luce como una jaula de vidrio con un pájaro de brasas. A medida que gira la lente, se brota de brillos y resplandores que resbalan en círculo.

Esta lente de Fresnel es la mayor riqueza de Arenales. No tiene una melladura. El Bimbo la sopla, la acaricia en las monturas de cobre, jamás toca el cristal. El Bimbo flota entre escamas y velos, láminas de luz que se comban y entrecruzan. Oreste ha subido con el Bimbo y ha puesto el oído junto al engranaje y ha oído el roce arenoso de los dientes de bronce. Aquellas luces movedizas lo envuelven, lo traspasan, lo entumescen. El mar bulle en las sombras, más cerca, más lejos. Se pierden las referencias.

Hay una luz en la barraca del Lucho. El resto del pueblo está a oscuras y seguramente el Bimbo va camino del faro. La barraca chorrea sombras por las pendientes del techo. El Lucho acostumbra colgar un farol de viento en la puerta. Ésa es la luz que ve. Un rato después siente la guitarra del negro. Puntea. Después se siente nada más que la voz. La voz y el parche y muy poco la flauta. Es un aire monótono, lamentoso sonido humano o en todo caso lengua que no se entiende. A ratos un sonajero de pezuñas raspa el aire. Más cerca suena claro el pegapega de un birimbao. No lo ha visto nunca en presencia ni sabe qué es. Sólo escucha esa medrosa vibración que golpea y rebota.

Cafuné ha vuelto pedaleando entre la espuma. Oreste alcanza a ver la sombra zunzumbante que se aleja, pero sobre todo la nubecita de gaviotas que levanta por delante. Oreste se detiene un momento en la loma al pie del Cristo de cemento chorreado por las gaviotas, con un ramito de flores de papel sujeto con una piedra. Está para muerto el Cristo, en ese trance, los ojos vacíos, la boca vacía como una máscara con aritos en las orejas. Desde allí ve el interior de la barraca ahuecado por la luz de los faroles de querosene, alguna sombra movediza, el grupito de músicos. El canto se para de golpe. Hay un silencio, breve, y el arpa arranca con un marote, de apuro.

La luz del faro alumbra en ese momento. Bimbo ha echado el contrapeso. Todo sucede en acuerdo, según parece. Un grupo de pescadores con los pantalones arremangados camina en dirección a la bahía, entre el muelle y el cabo. Cafuné marcha a la cabeza con la melena revuelta. Transportan un trasmallo de cordel de lino enrollado sobre los hombros, y el último hombre; un farol encendido que empuja sus sombras sobre la arena húmeda. Lucumón salta de un lado a otro, corre una gaviota, se zampa en el agua. Sus ladridos van y vienen.

Oreste siente el peso de su cuerpo. Chorritos de arena se deslizan sobre su piel, la barba le pica y hasta chisporrotea. Su mano derecha juega en el bolsillo con el grillete del *Aldebarán*. El viento lo envuelve, lo afina, lo golpea contra el Cristo de la larga muerte. La luz del faro lo baña de golpe. Ha empezado a girar. Una sombra se descuelga de los párpados y el Cristo mira hacia abajo.

Los músicos estaban de ajuste. Tocaban salteado, buscando el rumbo mientras la noche y el viento atraían a la gente, alivianaban las cosas. Oreste saludó de travesía.

El Lucho conferenciaba con el Prefecto, hombre cejudo, ecuestre. Salió a la trasera, repasando el estrecho pasillo con los cuartos a los lados y la cocina al fondo y la voz de la Pila que andaba entre las maderas, recogió una camisa que había puesto a secar, fue a la letrina, arrolló y metió la camisa en la bolsa marinera, mordió un pedazo de queso, volvió al patio y cortó un trozo de cordel de un palangre viejo, se colgó del cuello el grillete y regresó al salón. Lucho había preparado comida de olla. Postas de corvina, almejas, camarones, algunas lonjas de tocino, rodajas de papas, cebolla, ají, laurel, unos puños de mostacholes, una cuchara de conserva y un golpe de vino. «Cazuela de raspa.» Media horma de pan casero y un jarro de vino para acompañamiento.

Oreste come con avidez en un rincón del salón junto a la ventana por la que se ve el muelle y la punta del cabo y la hilera de cobertizos donde guardan el pescado en el salazón. Ahora no se ve más que la baliza en la punta del muelle, un farol rojo colgado de una percha. El vapor del compuesto le sube a la cara cada vez que hurga con la cuchara en el plato de latón. Corta el pan apoyándolo en el pecho y toma el jarro con toda la mano. Hombre silvestre. Cuando se mueve siente resbalar la arena sobre el cuerpo y piensa si no le estarán naciendo escamas. Hace meses que no come otra cosa que pescado. Por excepción, carne de cordero catiñuda, charque con porotos pallares o soja. Hace un buen tiempo, porque la palabra meses ha perdido el sentido para él. No recuerda casi nada de la otra vida, la de Oreste Antonelli. Lo más claro que tiene en la cabeza es la tarde que un camión de hacienda lo dejó en el empalme de Baldecitos y echó a andar por un camino de arena. Ahí se nació.

El humo flota contra el techo del salón, se hace visible alrededor de los faroles, le escuece la garganta. El Lucho huele a humo de laurel porque zahuma el bonito con hojas de laurel verde. Los músicos se han sentado a comer en la mesa mayor con el Lucho y la Pila, que habla a los gritos. Sólo Miranda queda apartado, sigue tocando el violín. Mira derecho adonde está Oreste pero no ve nada, hace música en lo oscuro, Miranda, pobrecito, viejo de edades. ¿O ve?

La Pila revolotea el cucharón de madera, le señala a Oreste la olla de barro que humea en el centro de la mesa. Él rehusa cortésmente. Hembra resbalosa. Para intimidades. Abunda en carnes, tiene la piel del rostro curtida, tirante, huele a jabón de batea y al principio luce como mujer de misa y cocina. Ése es el condimento. El mal empieza por los ojos, llenos de recodos y profundidades. Oreste sueña salteado con la Pila. De día la echa a un lado, la consiente a veces, pero no bien siente el peso de la noche y echa un trago empieza a moverse con ella. Es vientre, entrepierna, hoyos y redondeces de la Pila, combina el ademán del puño con el tirón que produce en el pezón de la izquierda o el giro de la cintura con la torsión de la hendidura, esos mareos de la carne, se agacha, se empina, se cierra de brazos y se abre de piernas con la Pila.

De tanto en tanto, sin desviar la mirada, el Prefecto mete la mano con discreción debajo de la mesa. Está a la derecha de la Pila, que lo frota o lo codea sin malicia, por puro esparcimiento. El Lucho habla con el arpero ciego sobre las virtudes de la tintura de ajo. A Oreste le sorprende semejante erudición sobre cosa tan pequeña, de pequeñez real, no en figura. Así se entera de que la tintura de ajo hace desaparecer las angustias y las palpitations del corazón, cura las várices y hemorroides, corrige el estreñimiento y el catarro intestinal, alivia molestias y dolores en las articulaciones y músculos, es decir, el reuma, la gota y la ciática, aplaca el insomnio, auxilia a la mujer en su estado crítico, ataca las lombrices, la gordura en general e indisposiciones de hidropesía, cura los padecimientos de los riñones y de la vejiga, eczemas y herpes, conjura la diabetes y sofoca el asma o soplo de letrado.

Miranda toca.

El arpero informa sobre la preparación de la tintura. El guitarrero negro bebe en silencio y mira con ojos cargados a la Pila, que hincha los pechos. Una mano entra por la ventana. Cafuné. Oreste coloca el jarro de vino en la mano. El Lucho promueve discusión sobre la cantidad de ajos. La mano del Prefecto desaparece y al rato la Pila pone los ojos en blanco. La mano de Cafuné vuelve a entrar, Oreste recoge el jarro.

Miranda toca.

Los ladridos de Lucumón ruedan por el aire nocturno en una línea más o menos cierta que remonta el borde de la primera rompiente. Una luz cabecea en lo hondo, cobrando altura con un giro muy lento. Es el bote del Paspado que arrastra una punta de la relinga.

El haz del faro perfora la oscuridad. En un pestañeo se alcanza a ver a los hombres sumergidos en una niebla blancuzca, el bote que navega en el aire, la curva tensa de la relinga, la silueta de Lucumón que salta sobre la espuma. Un instante. El chorro gira, se aplana, se ensancha, superpone dislocados paisajes que extrae de lo negro, remonta sobre la barraca como un gran pájaro, desaparece, volátil, dejando en su lugar una claridad espectral que se asienta como el polvo.

Dura el calor aunque el aire ha comenzado a enfriarse por el lado de la ventana. No irá mucho más lejos. En eso el Lucho saluda por encima de la cabeza del ciego. El acordeón y el redoblante se vuelven en sus asientos, la conversa se falsea. *Cara con Callos* está de pie en lo oscuro de la puerta. Hombre crudo, es el dueño de la única barca en Arenales, la *Malague*, una balandra con un foque y una mayor cangreja y mesas de guarnición como extravagancia. El *Cara con Callos* es tuerto de nubes y tiene la cara brotada de granos. Lleva un capote de hule. No da gusto ni remueve alharaca, pero tampoco se le conoce maldad. La *Malague* hace alguna carga, sale en invierno a la zafra del tiburón, a veces sencillamente desaparece.

El *Cara* se sienta cerca de Oreste, junto a la otra ventana. El Lucho trae una jarra

de vino. El *Cara* se zampa el primer vaso de un trago y enciende un charuto.

Los músicos han hecho grupo, luego de apartar la mesa, bajo la lámpara de mantilla. Tocaban al tanteo, haciendo conversación. Llega más gente, el Noy, Pepe, la Tere, todos de víspera, y el acordeón se suelta con una polca. Miranda para las orejas y endereza el violín detrás de la polca. Oreste aparta el plato, desparrama el cuerpo. La Pila trae otro jarro. La Pila adivina el pensamiento. Se inclina sobre Oreste al descuido, lo justo. Súcubo. Oreste le mete dos dedos en horqueta por el escote y siente la resbalosa tibieza, el temblor de los pechos. La Pila le ríe en la oreja, se aleja con un meneo que Oreste concierta con el frote de las piernas y el vaivén del ombligo. Entra la Trini. Entra Machuco con un bombardino. No toca con argumento, hace ruido. La Trini trepa a una mesa y canta un son montuno, raspando la voz por el estilo de Miguelito Cuní. El Noy golpea la mesa, todo revuelto. El Pepe, a falta de maracas, sacude un sonajero. El Lucho habla a los gritos sobre el ajo y el desenvolvimiento general de la máquina humana. El salón retumba, humea, da bandazos como un barco.

Cara con Callos bebe en silencio.

El farol alumbraba el borde de espumas, en la orilla, un racimo de piernas de las que brotan unas varas de sombra que se acometen y se entrecruzan. Los pescadores halan la red. Lucumón ladra sin pausa, se arrebató. Ha entrevistado el hervidero de peces que arrastra la bolsa. Rebrillos, golpeteos entre puñados de arena y chorros de agua. Congrio, lisa, pez sable, corvina, lacha, caracol, lenguado, algún pez aguja, atolondrados cangrejos que embisten la arena y reculan, articulados, costritas movedizas, con alguna pata de menos. El congrio se aparta para cebar los palangres. Lo demás se reparte para alimento. Cafuné recoge en una lata los camarones. Es la sombra más fina. Chorrea agua, huele a salazón. Cafuné pez.

La guitarra y el arpa promueven un «rasguido doble». Finezas. El guitarrero negro toca y bebe. Es hombre espeso. Después la comparsa acomete pasodobles, baión, chotis, milonga, cifra, valseado, zamba, estilo. La Trini canta un bolero quejumbroso entre sudores y nostalgias. Tiene piel de higo, ojos de calentura.

El faro repasa las sombras. El bote del Paspado está varado en la costa. Los hombres se han ido.

Se apartan las mesas, comienza la bailanta. Madrugada. Oreste levanta la copa y brinda. Se nace. Mañana un barco lo llevará lejos de allí, no sabe dónde, pero no hay peso ni tristeza, porque no hay historia ni pasado, sólo la noche, esa plenitud del tiempo donde el hombre recobra su centro. ¡Por los solos! Se pone de pie liviano como un corcho, salta un banco, rebota contra un puntal, abraza a la Trini, que lo mira a los ojos y recuesta la cabeza sobre su hombro. La comparsa se raja con una cumbia. Bailan los sones, ras-ras de cuerdas loco furioso. El Pepe brinda por sucesos y personas, cronológico. Machuco sopla el bombardino por cada brindis. Entra el

Paspado. Se reparten saludos, como nuevos. La Pila baila una pachanga con una copa en la cabeza. Oreste baila solo una mazurca. Los pies saltan sin gobierno, inspirados. Un dedo le escapa de un zapato. Miranda se anima. Recuerdos. Oreste se aliviana, sobrevuela, desparrama trapos y arena. Un círculo de caras resbala por las paredes del cuarto. En las pausas, el arpero ciego toca cositas de sosiego. Tocó una vez la *Chamarrita de Almaraz*. El Lucho sirve una sartenada de ovas fritas, con lo que crece el tumulto.

Cara con Callos bebe en silencio.

Sin malicia concebida, Oreste se rempuja a la Trini contra un médano, al natural. No hay discursos. El faro rueda, el mar burbujea. Lucumón asoma el hocico y olfatea a la Trini. Vuelven a la barraca chorreando arena y sigue el bailongo.

La música aflojó de a poco, sin advertencias. Primero dejó de soplar el flautista. Tenía la boca entumecida y los carrillos flojos. En los finales sólo soltaba agudos. La Pila salió a ventilarse. Detrás salió el Prefecto. Mejor dicho, salió por delante pero cualquiera podía calcular la convergencia. Se fue el *Cara*. El acordeón volteó la cabeza en mitad de una polca y el fuelle se cerró solo. Miranda le hizo acompañamiento hasta que expiró. El redoblante se golpeó una mano, gritó «¡juta!», el palillo cayó al suelo y cuando fue a recogerlo se quedó dormido. El Pepe brindó por los presentes yacentes y por la reputa madre que los parió. Machuco hizo tronar el bombardino. El Lucho levantó la cabeza del mostrador, aturdido, bebió el resto de vino que quedaba en el vaso y se durmió de nuevo. El Pepe se marchó con la Tere y el Noy, que volteó una mesa, y Machuco, que salió sonando el bombardino.

Los soplidos se alejan en dirección al mar, tuercen hacia el faro. Oreste se tambalea de pie en el centro del salón. Vuelve trabajosamente hasta la mesa, remando en el aire, saludando a derecha e izquierda, a las sillas vacías, los hombres dormidos, las paredes.

El guitarrista negro muda el temple de la guitarra con dedos expertos. Un rebaño de mariposas revolotea alrededor del farol. El guitarrista negro abraza la guitarra, puntea largo, un esbozo, al fin empuja un son triste. Clausura. Miranda se levanta sin fatiga, soporta el violín bajo un brazo y sale. La guitarra se encrespa, se retrae, perviene con el son cambiado, ahora se parece al aire extravagante que Oreste escuchó antes de entrar. Es. El guitarrero canta bajito, letra y asunto que Oreste no entiende. Termina, reposa la guitarra sobre la mesa, bebe la última copa, apoya la cabeza en las manos y se duerme.

Ha quedado solo, vigía, el arpero ciego. El mar rumorea grueso. El arpero enciende un cigarrillo, bebe el humo despacio, remueve los dedos. La lámpara boquea. El arpero comienza a sonar escalas y arpegios hamacando la música con el vaivén del mar. Oreste cabeceó y despertó. El arpero seguía tocando. Cabeceó y despertó otra vez. El arpero estaba cruzado de brazos. Dormido o despierto.

Oreste comenzaba a sudar. El día estaba cerca. Extrajo del bolsillo un papel arrugado y un trozo de lápiz. Alisó el papel con cuidado. Lo estuvo frotando un buen rato mientras miraba al aire. Por fin empuñó el lápiz y raspando el papel escribió este simple mensaje:

*Querida Margarita:
Hoy he tenido noticias de ese gran barco. Mañana salgo para Palmares
según todas las previsiones.
Cuida de Pomponina.*

Oreste

Cafuné comienza a soplar la flauta de hueso. El ángel se ilumina con un temblor anaranjado. Es de día.

El sol apenas había remontado unos metros y ya ardía la arena, cegaba la luz. Oreste ve la claridad que se inflama a través de los párpados cerrados. Su cabeza se ilumina por dentro como una lámpara.

Lirio Rocha cuelga de las varas las hojas de cazón. La *Malague* ha desaparecido con la marea. Los botes se fueron. El mar está cresposo, removido. Lirio, a medida que se aleja recorriendo la vara, se afina y se parte contra la claridad del mar.

Oreste abre los ojos y constata.

Lirio va por la tercera vara. Las hojas se viran a un mismo tiempo cuando sopla un poco de viento, los granos de sal chisporrotean. Lirio Rocha es de la Punta del Diablo. Baja a Arenales para la zafra. Hombre correoso, marítimo, compadre de tiburón, fuma una pipa de barro que ahora humea entre las hojas de bacalao.

Cafuné toca ese aire. Sopla el día.

Los músicos se han ido. Queda el arpa, sola, en medio del salón. Por ahí se reconstruye la noche.

Oreste dobla el papel, lo repasa con el filo de la mano, sale al patio. El Lucho está raspando unas brótolas. Oreste jala un balde de agua de la cachimba y se lo echa sobre la cabeza. El agua chorrea sobre sus ojos. El Lucho se revira, los médanos se doblan, se sumergen. Levanta la cabeza y siente el resbalón del agua sobre la nuca, en la espalda. Un ave negra cruza el cielo en dirección a Aguas Dulces. «Pato viuda», dice el Lucho. «Buen tiempo. Si pasa de noche silbando: malas noticias.»

Oreste vuelve al salón y bebe un jarro de café. El Lucho levanta unos postigones en el techo para que escape el calor. Es un ingenio de pastecas y drizas. Un ventarrón sacude el techo, el Lucho amarra las cuerdas a unas cabillas, el salón emprende una singladura. Se navega el día.

Cafuné ha dejado de soplar. Oreste lo nota algo después.

Trae y lleva un ruido en la oreja, de manera que no se repara en el momento. Aun es difícil decidir si suena o no. Y cuando suena si no es memoria. Las hojas de cazón blanquean frente a los cobertizos, entre el mar y los cobertizos. El Cristo tiene una gaviota sobre la cabeza.

Oreste, con el papel en la mano, pregunta al Lucho dónde puede conseguir un sobre. El Lucho lo mira, vacío, sin recordar de momento qué es un sobre. Oreste agita el papel y enmarca el aire con dos dedos. El Lucho revuelve unas cajas. Los estantes. Un libro de tapas negras que se abren y cierran como postigos y en el cual lleva largas y torcidas cuentas con rayada escritura, recetas, devociones, conjuros y contramaleficios, la oración a San Son, nacimientos, casamientos y finales, tres ensalmos para tratar la culebrilla, las embrolladas y auténticas rogativas a Santa Lucía (ojos), San Juan (cabeza), Santa Rita (dolencias incurables), Santos Vicente y Roque (pestes y lepra), San Luis (nariz), la súplica a San Cono del Obispo de Melo y la vera fórmula de la tintura de ajo. Un paquete con recortes de diarios. Un morral de caballería. Una cesta de mimbre. Al fin enarbola un sobre.

Oreste pregunta si hay forma de despachar una carta. En apariencia se llega a Arenales pero no se vuelve, no se desanda. Recuerda vagamente meses de marcha. ¿O años? Recuerda una aldea de bisojos, una comarca de pantanos, los tremendos Campos de Talampaya, páramos, salinas, extravíos y, en otra vida, un trozo de camino, un camión rojo, el último hombre que lo saluda desde la cabina.

—El furgón del bacalao. De aquí en un mes. No hay seguridad...

Oreste alisa otro poco el papel y lo mete en el sobre.

Hay una hilera de gaviotas en cada brazo del Cristo. Lirio Rocha ha terminado de colgar las hojas. El resto del día fuma la pipa de barro, recostado contra la pared del cobertizo. Cambia de pared según se mueve el sol. Cuando comienza a caer, entra las hojas.

Oreste extrae el trozo de lápiz, moja la punta y escribe con letras redondas: Margarita.

El Lucho entrecierra los ojos y examina el sobre a la distancia del brazo.

—Falta la dirección. ¿O veo mal?

Oreste concuerda. Una vez al año el Lucho escribe al Almacén de Efectos Navales de Palmares y recibe algunos meses después un catálogo y un almanaque, y al señor Adolfo Martí, físico y herbolario de Sacramento. El Lucho es hombre de instrucción, le preocupan los mundos.

Oreste escribe una dirección. El Lucho aloja el sobre en un estante, entre dos botellas. Es ocasión para beber un jarro de vino.

Golpean los jarros. Los postigones se agitan. La Pila grita por algún lado. El Lucho suspende el jarro. Ocurre cierta algarabía. Hay un quebranto del aire, raspados y chifles, voces que burbujan, entrechocan. Las gaviotas levantan vuelo de los

brazos del Cristo. Lirio Rocha se raja humeante de las sombras del cobertizo. Suceso.

¡Ahí viene Cafuné! Baja una loma a los pedos arrastrando arena, dos ruedas locas de arena, Cafuné suspendido en el medio sobre una raya, agitando el sonajero, hundiendo y remontando las rodillas sin mirar a nadie, todo volante. Un tropel de chicos lo sigue a la carrera pateando arena, disparando caracoles.

—El *Mañana* —anuncia el Lucho.

Oreste abarca el mar con los ojos. Sólo brillos.

—No más de una hora. Tiene que montar el cabo.

El Machuco sale a la puerta del rancho medio dormido y comienza a disparar el bombardino. Cafuné pedalea en círculo frente a la barraca. La gente concurre. El Bimbo iza una bandera en la punta del muelle, el Prefecto se reviste, aparece la *Malaque* a todo paño por detrás del faro.

Oreste ha quedado de pie en la puerta de la barraca. Cuerpo sin peso. Éste era el día. Estaba así tramado. Cuando levantó el vaso no lo sabía, pero la *Malaque* ya estaba por doblar el cabo y Cafuné trepaba por el otro lado del médano, adelantaba el suceso, había avistado el *Mañana* a la altura de Punta Almagro, él ya estaba en lo nuevo.

Aparecen los botes un poco más abajo del horizonte. El brillo del agua los borra por momentos.

El señor Pelice, que viste siempre de negro, calza un panamá alerudo y grasiento y no se lo ve más que en ocasiones de solemnidad, se encamina hacia el muelle con una caja de bombas y un mortero. El señor Pelice es cohetero y polvorista, de la escuela de Rossignon, aunque para las bombas se ajusta a las cargas y proporciones de Browne. Su especialidad son las piezas pírricas y las glorias o soles fijos. Algo después lo sigue el Prefecto. Cafuné queda solo, rodando, rodando, Cafuné centauro. Los chicos corren detrás del señor Pelice. La gente proviene con el Prefecto que luce paños distintos, ropa de ornamento: gorra de hule con botón dorado, chaqueta con caponas y trencillas de hilo de oro, pantalón con vivos de color rojo y unas botas de caña corta recién engrasadas. La gorra tiene la visera quebrada; la chaqueta, con algunos botones saltados y un alfiler de gancho a la altura del cuello, varias manchas de grasa y una matadura de cigarrillo que la traspasa; los pantalones, un costurón en los fondos y un remiendo en las rodillas; las botas, ajadas como la maleta de un viajante, están partidas en la capellada. Sin embargo, el conjunto es de impresión.

Hay revuelo. Obsérvese. La punta del cabo se estira, se separa, un chorro de humo mayúsculo se eleva sobre el horizonte y tuerce bruscamente hacia Palmares: el *Mañana*.

El señor Pelice suelta una bomba de ocho pulgadas. El retumbo sacude la barraca. El *Mañana* responde con unas pitadas que se atorán con el viento. Los chorritos de

vapor escapan como corderos por un costado de la chimenea, en la mitad.

La *Malaque* arría las velas y echa el ancla de apuro, una galápago herrumbrosa. Desde la barraca se siente el repicar de la cadena que resbala por el escobén. Los botes vienen detrás, de competencia. Las palas brillan en el aire, se oscurecen, se hunden, todas a un mismo tiempo. Revueltos hoyos brotan consecuentes a popa. El timonel ordena, cuenta. Los hombres gritan acordes a cada pechazo. Los botes encallan con el último impulso. ¡Ehhh! Bombas y pitadas trastocan el aire.

La Trova de Arenales sobrevive a la carrera detrás de Machuco, que sopla y resopla el bombardino, discordante, mugidor. Cafuné salta, rebate el sonajero. Miranda viene apartado. Camina derecho a los pasitos, apuntando a los ruidos, raspando el violín.

El *Mañana* remonta la hinchazón de las olas, vomita humo como una fábrica, fuerza la máquina, navega pertinente hacia su forma exacta, adelantando esbozos.

Oreste sigue inmóvil en la puerta de la barraca. Nota el cuerpo liviano, los pies le bailan dentro de los zapatos, se siente ya ido, lo ahueca la nostalgia. Todavía es hombre de tristezas.

El *Mañana* vira con esfuerzo y enfila hacia el muelle. Más cerca se define. Es un vaporcito con una chimenea mugrosa, una carroza que sobresale como un ropero y se abate a cada bandazo hasta asomar por la borda, un palo piolo que sirve para mástil de carga, una toldilla somera y una proa abollada. Porta un botalón corto y un mascarón todavía indescifrable que lo sostiene con la cabeza. El ruido no guarda proporción con el tamaño de aquel patacho. Se siente un hueco tronar de fierros, el traqueteo del telégrafo y una voz de borrascas que sale de lo alto de la carroza. Un esperpento con los pantalones arremangados y el torso desnudo arroja desde la proa un cabo de bola. El Noy pisa el cabo con un grito de guerra. Varios hombres halan el calabrote, con voces acompasadas. El señor Pelice dispara otra bomba, el *Mañana* escupe una ronca y larga pitada, hay un tumulto de fierros, soplidos varios, la chimenea lanza un torrente de humo que sofoca a los presentes y el barco sacude el muelle con una recia estropada. Se aclama.

El capitán Alfonso Domínguez asoma medio cuerpo por una ventana y saluda con el puño. La trova arremete con una charanga, algo ecuestre. La flauta y el acordeón llevan la parte del discurso. El redoblante y un tambor de un solo parche que bate un muchacho con un garrotito exponen lo recio del asunto. El violín y la guitarra improvisan adornos, maneritas de relleno. El bombardino remacha los aires con estruendos ordenados siguiendo los volteos de la mano de Cafuné, que marca el compás con una vara. Falta el arpero ciego.

La gente se remueve, se aparta, el capitán Alfonso Domínguez sobreviene en el medio, transita redoblante, lo siguen de algarada en dirección a la barraca.

Oreste lo ve crecer en la cavidad de sus ojos. Avanza parloteando con grandes

maneras. Habla de una milla a otra, a olas y peñascos. Más cerca se configura textual. Es hombre de bulto. Empieza por la cara, absolutamente presente, oscura y lustrosa como la de un cetáceo. Se infunde por allí, *prima facie*, todo Capitán. Tiene ojos de asombro, cargados, que miran en lo interior. Mueve las manos con ajuste, según expone, y si bien no son las manos de un canónigo, tampoco son de esas duras y melladas como una herramienta. En conjunto, hay desenfado, garbo y cierta mesurada brutalidad. Lleva una gorra marinera con la orla que ondea por detrás de la nuca. Un gabán raído, un pantalón corto, botas de goma que pasean la arena. Debajo del gabán está en cueros. Ése es el hombre que lo llevará a Palmares o lo hundirá en medio del mar.

Oreste se aparta y el capitán Alfonso Domínguez penetra en la barraca con los brazos en alto rodeado por la turba de pendejos que se atasca en la puerta. Detrás vienen los otros, la Trova, Miranda. El Lucho saluda con arrebatos. El Capitán abraza a la Pila. La barraca se colma.

El Capitán se sienta en medio del cuarto, cerca del arpa, frente a una mesita que limpia con la manga y se acomoda entre las piernas. El Lucho le sirve un vaso alto de ginebra con agua de pozo y un chorro de limón. Trozos de bonito ahumado, milanesas frías de brótola y mejillones en aceite.

El capitán Alfonso Domínguez informa sobre lugares, personas y sucesos. Trae una carta del Almacén de Efectos Navales. Todos observan con reverencia primero al sobre y después al Lucho, letrado. El Capitán cuenta algunas borrascas, una avería, da cuenta de ciertas luces o fuegos celestes que vio en la noche a la altura del Cabo Sacramento, se sirve otra copa y, a pedido, relata sus aventuras cuando corrido por una tormenta navegaba a la capa con el Vasco Pantoja ciento ochenta millas frente a los esteros de Castillo y en plena noche embistió uno de esos peñascos surgentes o errátiles que no figuran en las cartas y fue así como prácticamente descubrió o por lo menos confirmó la isla de Las Cañas, que no es una, como se presume, sino varias que rodean una grande, un país. Del Pantoja no quedó más que la caldera. El resto de esa puta noche estuvo en el agua, y cuando con la luz del día salió a tierra, vino a dar con los indios tartanes, que son muy raros de topar porque nunca están de asiento. Estos indios pasan el día en guerras y las noches en fiestas y areitos, que es cuando beben gran cantidad del zumo de las tunas, dulce y de color de arropé. Primero lo maltrataron y luego lo nombraron físico, que fue cuando trabó amistad con el cacique Gambado.

Oreste bebe una jarra de vino en su rincón, junto a la ventana, y aunque de un lado oye el ancho resuello del mar que nunca declina, por el otro escucha al capitán Alfonso Domínguez que, acostumbrado a imponerse a los golpes y arrebatos de la vieja caldera Vickers, habla a los estampidos.

Dos hombres se aproximan desde el muelle. El primero, con la cara cubierta de

tizne, es el maquinista Andrés Skavak, una notable osamenta con la sola piel encima. Viene en patas, desnudo y casi transparente de la cintura para arriba. El segundo es el cocinero Nuño. Camina detrás del Andrés con aire distraído, aunque poniendo cuidado en saltar sus pisadas.

El agua ha retrocedido una media cuadra. Sobre la faja oscura de la arena que queda al descubierto brillan las cáscaras de almejas y caracoles. Oreste trae a veces los bolsillos repletos de caparazones, pinzas de cangrejos, piedras pulidas y esas habas que llaman de buena suerte. El palo del *Mañana* ha descendido casi a ras del muelle, que a su vez parece más largo y más alto, muestra la pasarela inferior, los postes podridos e incrustados de mejillones.

Entran el Andrés y el Nuño. El Andrés se inclina para transponer la puerta. Saluda con un hueso en alto y bebe una jarra de vino en el mostrador. El Nuño bebe una sangría con rodajas de limón y un chorro de miel. El Andrés señala un paquete de toscanos, una galleta de campo y una longaniza cantinera. El Nuño habla en un aparte con el arpero ciego. Tiene modales.

El capitán Alfonso Domínguez relata la espantosa creciente del 59, que fue anunciada cinco días antes por el vuelo y los gritos de gran cantidad de bandurrias y en la cual entró con el Pantoja hasta la Casa Municipal del puerto de la Pedrera y amarró a la torre de la iglesia de San Roque y cómo rescató al santo con un grampín que bendijo el párroco desde lo alto del campanario.

La mirada del Capitán se cruza con la de Oreste. Hay otro capitán parapetado en las sombras de aquellos ojos.

Oreste apura el jarro. En un par de horas levantará el agua y el *Mañana* zarpará de Arenales porque lleva carga de apuro. Un grupo de pescadores transporta fardos de bacalao, algunas bolsas de aleta de tiburón, seis barriles de bonito ahumado y una docena de cajas de camarón salado. Oreste calcula que al término del viaje olerán a conserva de pescado. El arpero ciego comienza a tocar un valseadito. El cocinero Nuño lo sigue con atención, acompasa con la cabeza las maneras y giros de la música, se transporta. Es alma volátil, de sustancia *ut supra*, en verso.

Oreste atraviesa el salón, y el ruido de voces y cuerdas se opaca detrás de las maderas. Reviene el ruido del mar, el graznido de las gaviotas, los rumores del cuero. Empuja una tabla y penetra en el socucho donde habitó todo este tiempo en millas y nudos. Hay una cama de madera con un colchón de crin, un cajón de embalar, a lo alto, con una lámpara de querosén encima, un trozo de espejo sujeto con dos tachuelas, algunos clavos para colgar la ropa y el bolso marinerero. La ventana en la pared abre para arriba. Se sostiene con un palo y se tranca con un alambre. Oreste se siente a gusto en ese caparazón de madera, sobre todo por la mañana cuando iza la ventana y ve el mismo paisaje de arena y por la noche cuando oye todo ese ruido a través de las maderas y él está echado en la cama y con sólo cerrar los ojos se

transporta de un lado a otro de la casa.

La ventana está abierta. La arena se extiende hasta donde alcanza la vista. El viento remueve la superficie. Al rato el suelo entero se desliza, los médanos se borran de un lado. El mar penetra oblicuamente a la derecha. Es un borde de espumas, brillos y vapores, que se hamaca en los ojos y por momentos se fija. Oreste cierra los ojos y lo ve apenas más pálido, como si lo traspasara de lado a lado y él apenas fuera una idea y después nada. Arena, mar y cielo se juntan a lo lejos, un poco antes del *Aldebarán* que Oreste adelanta con su memoria y casi lo ve. Si uno se suspende en la punta de los pies el mundo se alarga unos metros.

El barullo del salón ha ido creciendo sin estridencias, traspasa las maderas, se mete en todos los huecos y hendiduras, proviene del aire. El capitán Alfonso Domínguez habla en este momento de la vez que fueron con el padre Crespillo y el Prefecto comisionado de Las Coloradas hasta los tremendos pantanos de Abra Vieja en busca del carbunclo o pájaro brasa y cómo al cabo de toda clase de peligros, entre ellos la vieja Julia Lafranconi que les disparó con una escopeta recortada, la vieja que vive allí y decretaron mil veces por muerta y aun como invento, dieron con él sobre un helecho arborescente y lo cazaron vivo y sin daño por medio de un ensalmo que había compuesto el padre Crespillo con las medidas y proporciones exactas, como se demostró *in fraganti*, y le extrajeron allí mismo la piedra o espejo sin violencias corporales, pero de regreso volcó el bote y se perdió en el movido del agua y con el susto el padre Crespillo olvidó el ensalmo.

En otra punta una voz enlutada remonta vuelo y canta la dolida copla de *La madre selva*. El arpa envuelve el canto con removidas finezas, escalas y arpeggios que entrecruzan las frases, temblorcito del aire.

Oreste recoge sus prendas y cuanta cosa hay desparramada por el cuarto. Además de la ropa que lleva puesta, no son muchas. Un cuchillo de monte, unas botas descoloridas, una pipa con la cazuela rajada que halló en la playa, un libro descuadernado con las aventuras de *Los dos pilletes*, una linterna, una brocha, una navaja, un reloj de bolsillo al que le falta la manecilla de los minutos, una pava de aluminio, una cantimplora, un costurero, un frasco de linimento, un gorro de piel, un mazo de barajas españolas, un cuaderno, una pluma de caburé dentro de una cajita de pastillas, algunos caracoles y una brújula seca. No posee otras cosas sobre esta tierra. Mete todo en el bolso, sin apuro, repasando el origen de cada cosa, pero los recuerdos se mezclan, se trastocan. Al fin tan sólo flotan en su cabeza imágenes sueltas, figuras. Ciñe el cuello del bolso con un tiento, lo sopesa y se lo carga al hombro.

Así, con el bolso al hombro, echa una última mirada al cuarto y permanece un rato de pie cerca de la puerta con aire forastero. Éste es Oreste Antonelli, o más bien Oreste a secas. Un vagabundo, casi un objeto. El pelo le ha crecido detrás de la nuca hasta los hombros. Tiene la cara chupada y oscura, los ojos deslumbrados, una barba

escasa y revuelta. Hace meses que viste el mismo capote marinero con un capucho en el que suele echar cuanta cosa encuentra en el camino. Debajo no tiene más que la camisa. También los pantalones de brin, estrechos y descoloridos, son los mismos con los que se largó al camino. Los botines están resquebrajados y rotos, el agua le entra por las suelas, pero les ha tomado cariño porque ellos lo transportan a todas partes y hasta escogen el camino. Oreste se figura que anda dentro de ellos y cuando se los quita es precisamente cuando deja de ser el Oreste a secas. Hace tiempo que ha desechado las medias y los calzoncillos, que son prendas de sociedad. El grillete del *Aldebarán* es cosa nueva, chisme para metafísicas, cosita de encantamiento. Por último está ese bolso marinero que cuando, como ahora, se echa al hombro, clausura un tiempo y tuerce la vida.

En esto se abre la puerta. Ahí está la Pila de pie frente a Oreste, los ojos húmedos, la piel encendida, temblor y arrebatos del alma, presente y ausente en lo transeúnte del momento, entera figura para la memoria.

Oreste adelanta un paso, es decir, comienza a irse. Ya de camino, sin descolgar el bolso, la atrae con suavidad y la besa sin el peso de la carne, en ausencia.

Suena un disparo, lejos. Es el aviso del señor Prefecto. Ha subido el agua.

La gente ya se ha ido en bandada detrás del siempre Capitán. El Lucho ha quedado solo cerca de la puerta, en lo oscuro. El salón parece ahora más grande y más fresco y el aire que penetra a los empujones por el techo remueve la paja. Oreste lo recordará así. Unas veces así, vacío y sacudido como un cascarón. Otras de noche, no un cuarto, sino un recorte de luz con el ángel en el medio, presidente, y la Trova de Arenales divagando esos aires.

El grupo se aleja en dirección al muelle bajo la luz intensa de la tarde que recorta con dureza sus siluetas. Los ve por el hueco de la puerta, a través de un ojo muy grande, ellos en la luz, caminando hacia el muelle, trepando el borde de espumas y después el entero mar y después una parte del cielo, simplemente un azul más parejo, y él encuevado en el salón, como si lo viese todo a la sombra de la mano. Ve la gorra del Capitán que sube y baja y la nubecita de gaviotas que revolotean sobre las cabezas, un vellón blanco, una mancha oscura según se ladean. El *Mañana* sobresale del muelle desde la línea de agua, el palo raspa el cielo suavemente. La proa se empina como un zueco, de manera que el mascarón sobrevuela el muelle. El Prefecto y el señor Pelice ya están allí, en oficios.

—Tendrán buen tiempo —dice el Lucho desde la puerta, sin volverse.

Habla del tiempo de ellos, los que se van, que ya no es el mismo.

Oreste, antes de salir, le echa un brazo. El Lucho huele a humo de laurel.

—Nos volveremos a ver —dice Oreste sin convicción, y después lo repite más fuerte, como un augurio o fórmula, y se pregunta si salió verdaderamente de él.

El Lucho asiente con la cabeza, y eso lo confunde todavía más. Dice el Lucho:

—Hay maneras.

Y al tiempo que lo dice le alarga una botellita con un tapón de lacre.

—Es una medicina para viajeros, sobre todo de a pie. Se frota. Está hecha con malvavisco, grasa de buey, sal gruesa y alcohol de quemar, pero todo depende de la mixtura, que es la secreta. Es especial para forzadas, chupos, embichamientos, quebraduras, zafaduras, pasmaduras, tristes y todo mal de camino. Se unta de madrugada.

Oreste toma la botella y la sostiene contra la luz. Una borra blanca se desprende del fondo, se enrosca en mitad del frasco y luego se sumerge. Parece algo animado. Desliza la botella en el bolsillo de la derecha, en señal de respeto.

Se oyen voces de arrebató, los varios gritos. El palo del *Mañana* se ladea con violencia. El capitán Alfonso Domínguez acaba de saltar a la cubierta.

Oreste echa la cabeza para adelante y se sumerge en la luz. Camina un trecho a tientas, transparente como un frasco. Los chicos corren hacia él dando voces, saltan y gritan en círculo, espantan a las gaviotas que chillan sobre su cabeza. Revuelto aire de partida. Oreste sonrío forzadamente. Atraviesa a los trancos la arena ardiente de las lomas a la cual se han acostumbrado sus pies, se transporta sobre el fino roce de los granos que se trizan debajo de las suelas y el corto vuelo del polvo y después sobre la dura arena de la playa que le humedece la piel a través de los agujeros, mero cuerpo, figura semejante, y él, Oreste, rodando, como un guijarro dentro de una calabaza.

El señor Prefecto, que hierve dentro del uniforme, le sale al encuentro con los brazos extendidos, como si llegara y no que partiera, y Oreste extiende a su vez una mano, la única libre, pero el Prefecto se cuadra y se golpea la gorra con la punta de los dedos. Un gracioso al pedo, descriptivo.

El *Mañana* comienza a temblar y todos callan y algunos se apartan y en eso arroja una bocanada de humo y después de unos atoros se sacude entero en razón de maquinaria, totalmente científico.

El señor Pelice dispara un escupidor o candela romana, que los ingleses llaman mina de serpiente, un tiro de fuego que arroja varias luces, una tras otra, y que si bien luce de noche, el señor Pelice utiliza con buen criterio aprovechando la breve oscuridad que procura el humo.

La Trova toca desde hace un rato la *Chamarrita de Almaraz*, pero no de la manera acostumbrada, sino en forma lenta y hasta triste, para circunstancias.

Oreste abraza a los amigos, que tosen y se friegan los ojos porque el *Mañana* arroja una especie de brea que escuece la garganta. Abraza en este orden, no por estatuto, a la Tere, que, siempre en lo práctico, le ha preparado una viandita; a la Trini Corazón, al Pepe, al Noy, que lo estruja y le transmite sudores; a Lirio Rocha, que es como abrazar a un bacalao; al Bimbo, gobernante de faros, lámparas y candiles, que,

consecuente, le obsequia un farolito de viento para que alumbre su persona y aun la reemplace por las noches; al señor Pelice, que lo besa en ambas mejillas con una bomba en una mano y un pabilo en la otra. Luego, sin interrumpir la música, saluda a cada uno de la Trova. A Miranda lo besa en la frente, decano, y el viejo agradece con un cabeceo, replica con un firulete del violín. Machuco, coadjutor aspirante, cuando no mero rompebolas, lo abraza de costado, en razón de la brillante corpulencia del bombardino, que, al apretarlo, lanza un mugido. Cuando le toca el turno al arpero ciego, Oreste se inclina indeciso, y el arpero le impone una mano sobre la cabeza mientras con la otra sigue repasando las cuerdas, pues esta vez han transportado el arpa hasta el muelle. Oreste está seguro que lo prevé, ya que su mirada alcanza mucho más lejos y no se embarulla con lo exterior de las cosas. De paso repara que el ángel al tope del clavijero se parece en la hechura al mascarón del *Mañana*, que se columpia en la proa como si en cualquier momento fuese a emprender un vuelo. A veces se zambulle detrás del muelle, pero remonta en seguida, chorreando hilos de agua, y aun se empina sobre las cabezas. Este ángel mayor tiene dos alas atornilladas a los hombros que apoyan en cada banda, pintadas con cobre para fondos. Es un ángel hembra, pues tiene pechos. Carece de brazos y termina en una cola de pez que apoya en la roda. Los ojos son dos caracoles, dos pequeñas volutas incrustadas en las cuencas, con lo que su mirada parece extrañamente fija en altas visiones, previendo adelantado, como la del arpero. Ángel navegante, para tormentas y descubrimientos.

El *Mañana* dispara una pitada corta, la Trova se acompasa con un redoble y ataca la *Chaparrita* de capo, la gente se conmueve. El Prefecto abandona las formalidades y abraza a Oreste, a la vez que ladea la cabeza para evitar golpearle con la visera. Lloran todos, pero por el humo. Oreste repara: falta el *Cara*. Cafuné, no, porque es todo presente, y tan sólo espera su oportunidad. Ahí viene agitando el sonajero. No abraza ni besa, con lo que Oreste no tiene ocasión de palpar su sustancia. Se inclina dos veces, lo mira a los ojos y le alarga una pulsera de tiento. El tiento ensarta tres vértebras de tiburón, algunas lapas, cuatro caracoles moteados, unos huesillos redondeados por el agua, dos habas de la buena suerte. Es una «contra». Oreste la toma rozando apenas los dedos de Cafuné, dedos de arena, y la traspasa a su muñeca izquierda. La levanta y la suena girando rápidamente la mano. Es un sonido chiquito, una removida del aire, un entrechocar de arenas, guijarros y escamas. Borrás del tiempo.

El *Mañana* se remueve otro poco y lanza una pitada más larga. Aviso. Se oyen unos tintanes del telégrafo, aceleraciones, el Andrés asoma la cabeza tiznada por un ojo de buey, el vapor está a punto, pero el Capitán no se mueve en lo alto de la cabina.

Cafuné, precursor, sacude el sonajero y señala hacia un médano o más probablemente hacia el lugar por donde se entra y acaso se sale de Arenales, que,

desde el muelle, queda por detrás del médano, para el lado de Aguas Dulces. Se oye un rumor lejano, unas voces que vienen por el aire, un estampido, varios, suceden cosas detrás del médano. La gente calla y se confirma. Todo concuerda. Por detrás del médano sale de atropellada un camioncito que humea por el gollete del radiador y enfila hacia la playa como si fuera a precipitarse en el mar. Tuerce un poco antes del agua y ahora viene hacia el muelle bordeando los rizos, sonando la bocina. Las cadenas de las ruedas levantan puñaditos de arena, cáscaras y espuma. Asoma un brazo por cada ventanilla y entre el chorro de vapor y los brazos y los faroles que se sacuden más bien parece un animal de embuste que se les viene encima. La gente saluda. La Trova vuelve a sonar la *Chaparrita*. Los chicos corren al encuentro.

Oreste se vuelve con un pie sobre el tablón.

El camioncito se detiene al pie del muelle, casi lo embiste, después de patinar unos metros. Humea y se sacude. Al rato la puerta de la derecha se abre de un puntapié. Oreste ve claramente la pierna que sale por el aire y después queda colgando sobre el pescante. La gente aplaude con sólo ver esa pierna, personal en exceso. El pie tantea ahora el piso.

El Prefecto se adelanta en representación. Se tiene por suceso. Hasta el Lucho ha salido de la barraca y en este momento se acerca a la carrera con un saco y un sombrero que se colocó de apuro.

Aquel hombre que sale por partes detrás del pie, se informa Oreste con el Pepe, que es de naturaleza documental, no es ni más ni menos que el legítimo Príncipe Patagón: versista, recitador, escribiente, mago adivino certificado, algebrista y, en otro tiempo, ministro.

—¿De qué?

—Ministro. De todo. Casi emperador.

El hombre está ahora de pie junto al camión y contiene a los chicos con las dos manos en alto. Es un personaje algo extravagante, de modales suaves y pausados a pesar de su corpulencia. La cabeza sobresale del techo de la cabina. Pelado por delante, lo cual le alarga la cara, luce sin embargo una cabellera abundosa que arranca en mitad de la mollera y le cae hasta los hombros. La alisa de continuo y la menea. Es de cara grande con la carne blanda y lisa, labios abultados y una barba en rizos no muy abundante. Ojos con historia e intenciones. Lleva un manteo o capa que ondea por el viento y si no él mismo la sacude. Debajo de la capa tiene una blusa suelta, blanca y, más cerca, mugrienta. Calza unas sandalias que al caminar hacen un ruido a correas como una cabalgadura. Éste es el hombre que se abre paso hasta Oreste, porque parece que se dirigiera hacia él. Incluso lo mira a los ojos cuando responde distraídamente al saludo del Prefecto y después se acerca y le coloca una mano encima, como si lo reconociera por alguna marca o señal.

Detrás, a la carrera, vienen el Noy y Cafuné transportando bultos y menudencias

que el chofer extrae del furgoncito apartando a los chicos con manos y pies.

La capa del Príncipe, de un color rojo desvanecido, es de un lienzo basto y liviano con un cordón de lino, posiblemente el recorte de un cabo, que cuelga hasta la cintura, una orla de raso amarilla y un signo toscamente pintado en la espalda, una cruz ansada o cruz de San Antonio.

Cafuné y el Noy van y vienen entre el camión y el barco, acarreado los bultos. Pasa una victrola con una bocina de latón esmaltado, un calentador Primus y una escopeta de almacén.

El señor Prefecto pronuncia unas palabras apropiadas a las circunstancias. Pasan un lavamanos de loza, tres damajuanas forradas en arpillera, una mandolina, un atril. El Príncipe, que tiene una voz de tonel, agradece con palabras escogidas del *Breve manual de oratoria*, del profesor Juan Carlos Merlini, asegurando que, apenas se lo permitan los múltiples compromisos contraídos, ofrecerá gustoso un recital-espectáculo en el renombrado pueblo de Arenales, del cual se lleva una excelente impresión. Pasan un par de cacerolas, una hamaca paraguaya, una escupidera enlozada. El chofer, que ha cerrado el furgón con una tranca, viene algo más atrás con una bañera de asiento, que la mayoría toma por un bote.

El Príncipe se seca el sudor con un pañuelo a cuadros que de tanto en tanto extiende y sacude. En el fondo aparece un hombre triste o al menos distraído. Oreste ha visto hombres así en la otra vida. Mas en la superficie simplemente parece un hijo de puta de la mejor calidad.

Pasan un sacabuche, un rollo de papeles y una lechucita de las vizcacheras, embalsamada con fuerte poder de ocultismo que el chofer traslada en alto rodeado y entorpecido por los chicos, que saltan para tocarla. El Príncipe detiene a Cafuné, que lleva los papeles, y sin desbaratar el rollo extrae un cilindro del medio que entrega al señor Prefecto con una breve inclinación, echando graciosamente la pierna derecha para atrás. El Prefecto desenrolla el papel, que resulta un letrero impreso a dos colores con tipos de madera, y lo expone a las miradas de los vecinos de Arenales, que se interesan sobre todo en una borrosa figura cargada de tinta que reproduce el perfil del Príncipe Patagón. El Lucho lee para todos:

3 Funciones 3

EL
PRÍNCIPE PATAGÓN

Inolvidable espectáculo para los amantes del
ARTE, la CIENCIA y las BELLAS LETRAS.

Relatos de viajes y sucesos con

Coplas, himnos, acrósticos y monólogos.
Adivinación del FUTURO por infusión
(Método Oriental Legítimo).

GRAN SUCESO en las principales ciudades
del Mundo.

Entrada: 1 peso 1

Se aceptan otras retribuciones.
(Se redacta correspondencia y escritos
de todo estilo entre funciones.)

El Príncipe entretanto se recoge la capa y sube por el tablón. Una vez a bordo saluda con una mano al capitán Alfonso Domínguez, que le corresponde con entusiasmo, y luego a los vecinos de Arenales con los dos brazos en alto.

El redoblante, sin que la Trova interrumpa la *Chaparrita*, ejecuta un largo redoble. El Príncipe se inclina a uno y otro lado.

Oreste asciende a su vez por el tablón. Antes de saltar se vuelve y por encima de las cabezas mira a lo lejos, en dirección a Aguas Dulces. No alcanza a ver el *Aldebarán*. Tan sólo una línea más y más borrosa de espumas y vaguedades. Hacia tierra los médanos configuran otro mar. A la izquierda, el faro solitario sobre el que resbala lentamente su propia sombra. Hay una figura en lo alto asomada a la baranda que observa hacia los médanos. Más acá, apartada del resto de los ranchos, la barraca. La Pila está en la puerta. Oreste levanta la mano y agita la pulsera de tiento. ¡Adiós! Salta al barco con decisión, más liviano.

El capitán Alfonso Domínguez se anima. Asoma medio cuerpo por la ventana, grita hacia tierra, rebate el telégrafo. El Noy suelta los cabos y el cocinero Nuño, con experta medida, los recoge y los enrolla según la costumbre. Luego pasa una pierna por encima de la batayola y afirmándola sobre una estaca aparta el barco del muelle. El señor Pelice dispara una bomba de estruendo que sacude el aire y aturde a los presentes, medio los borra. Lucumón ladra enardecido. Una hilera de gaviotas levanta vuelo mientras el ruido persiste y aun después que se pierde. Luego recruzan el aire y se transportan en una sola bandada que se aleja rozando el agua, se empina con un mismo impulso y, de regreso, sobrevuela el *Mañana* con un breve rumor de hojas. La gente grita. La Trova recrudece. El *Mañana* saluda con tres largas pitadas. Cafuné salta y agita el sonajero. Lucumón corre de una punta a otra del muelle. Pero la voz tonante del capitán Domínguez se impone sobre ruidos y clamores:

*La guardia es tomada
la ampolleta muele,
buen viaje haremos
¡si Dios quiere!*

El barco se aparta unos metros, y cuando pierde el impulso recula a toda máquina, se recuesta sobre una borda y vira en redondo.

Entonces sucede. Suena un disparo. La gente enmudece. La Trova se interrumpe en el momento que los siete hombres llegan desde Palmares detrás del ángel fugitivo. Retumba otro disparo. El capitán tira de la palanca del telégrafo. La máquina se detiene y el Andrés asoma la cabeza por un tambucho. El Príncipe, que con los brazos abiertos y la capa al viento saluda desde la popa, señala ahora en dirección al médano más alto. Hay un jinete en la punta, inmóvil, enteramente negro. Permanece así un instante. Levanta un brazo y el arma brilla en la mano. Comienza a descender pausado y en eso asoman otros dos jinetes que lo escoltan al paso. Las cabalgaduras arrastran largos chorros de arena. Al pie del médano se juntan y avanzan luego al trote. Las lomas los ocultan por momentos, pero cada vez reaparecen más cerca, figuras de respeto, ya con nombre. El de la izquierda es el *Cara con Callos*. En cuanto a los otros dos, Oreste advierte que la gente los ha reconocido y que entre ellos se pasan un nombre con respeto. El capitán Domínguez masculla algo, posiblemente el mismo nombre.

El barco escupe un chorro de humo, se escora, recula otra vez. Desanda lentamente el camino, marcha atrás.

Los jinetes han llegado al pie del muelle. El *Cara* desmonta primero. Luego el jinete comandante. El otro permanece en la silla. Una cicatriz altanera le atraviesa la cara. Tiene una barba prieta, cerdosa. Lleva cartucheras atravesadas sobre el pecho, un Winche con la culata calzada bajo el sobaco y, para completar, un machete de monte que cuelga de la silla.

El barco arrima de popa y antes de que peche el muelle el Nuño echa un cabo que recoge el *Cara* y anuda al tarugo con una vuelta redonda de ballestrinque aguantando el extremo mientras la máquina tira avante despacito.

El caballero se adelanta a paso firme con un maletín en la mano, y de pasada, sin volverse, palmea al Prefecto. Es hombre de rasgos finos, desenvuelto, con una sonrisa en esbozo. Pero los ojos son dos brasas. Es sujeto de ayuno y vela, esa distancia del alma, siempre en oficio de peligro. Se presiente. Viste formal, no para espanto. Traje sencillo, negro. Chambergo de copa alta que le sombrea la cara. Porta con discreción un 38 al cinto y botas de montar debajo de las perneras. Se vuelve junto al *Cara* y

saluda en general, tocando con los dedos el ala del sombrero, hace una señal a la Trova, que reanuda la *Chaparrita* en el mismo punto que la dejara, y salta al barco.

El *Cara* suelta el cabo y el *Mañana* arremete a toda máquina.

El caballero jinete desaparece rápidamente de la cubierta. Sólo permanecen en ella el Príncipe y Oreste, los dos de pie como en un palco, silenciosos. Se parte.

El muelle se va achicando muy despacio, hasta que cabe en un ojo. La gente son puntos y crestas que al fin se emparejan con el muelle. La barraca se eleva por un momento, porque está sobre una loma, pero después se junta en una misma línea con los demás ranchos y al rato todo Arenales es una sola mancha, un único perfil. Después se borra y no queda nada más que la línea interminable de la costa sobre la que ruedan los ladridos de Lucumón, cada vez más espaciados. Sólo permanece el faro, que al principio crece, luego se afina y se hunde, pero persiste largo rato, aunque el ojo lo pierde a veces y es necesario reparar la costa para notar el bulto.

—El que viaja se muere más fácil —dice el Príncipe con voz reposada, medio para adentro, a cuenta de otras meditaciones.

Oreste lo había olvidado.

Dentro de un rato será de noche. Lo siente en la espalda. El ruido acompasado de la máquina, el remezón de las olas y la noche. Todo una misma cosa que avanza sobre ellos, los rodea, los cubre.

La costa se borra también, pero al rato una lucecita parpadea muy lejos. El Bimbo acaba de soltar el contrapeso del fanal. Allí queda Arenales.

Al caer la noche y en el momento que el faro de Arenales comenzaba a destellar el capitán Alfonso Domínguez ordenó izar mayor y foque, maniobra que él mismo ejecutó con notable agilidad para su contexto. Luego se redujo máquina y a un mismo tiempo comenzó la noche y el largo viaje a Palmares. Largo por los motivos que son de conocimiento y todavía más largo por otros que ellos en este momento ignoran, incluidos el propio capitán, y que acaso sólo prevé el Ángel que se zambulle a proa, alegre como un delfín.

Palmares, en línea recta, queda apenas a doscientas cincuenta millas, pero si todo va bien, el *Mañana* echará lo que va de la tarde, la noche entera y una parte del otro día. Cuando hacía la carrera el *Fierabrás* a todo trapo, desplegando aquella escandalosa de cuatro puños, tardaba un día. Era una aparición. El *Canela*, bandolero antojadizo puesto en verso, lo corría a caballo por la playa, por puro placer, alocado, rajando tiros. Ambos murieron por desaparición, el *Fierabrás* tan bonito y el *Canela* tan facineroso.

Al comienzo, el *Canela* hacía la carrera de un día para otro, en números de calendario. Después vinieron los achaques, y cuanto más se alargaba el viaje por defecto o avería, más lo alargaba el tiempo por su cuenta, pues el barco topaba más borrascas y calamidades. Ahora sale y entra a cualquier hora, sin fijar día.

El chirrido de los motores, el raspón de los garruchos al trepar la vela y el golpe del paño al tomar el viento inauguran otra vida para Oreste. De repente se vuelve pájaro y madero. Travesías.

La chimenea arroja revueltos puñados de chispas, desvanecidas gaviotas planean sobre la estela, un resplandor verdoso brota del costado de la timonera. El barco navega de bolina, ahora afirmado en el agua.

—Erramos...—dice el Príncipe en las sombras, y murmulla otras vaguedades.

El Capitán y el Ángel vigilan. ¿Y el caballero jinete? Oreste recuerda: había desaparecido en un zas por el tambucho de proa.

Algo después perdieron de vista el faro de Arenales. El Príncipe se metió en el compartimento de popa (sobre el resplandor de la puerta semeja un negro pajarraco que arrastra las alas), pero Oreste siguió un rato en cubierta, hamacándose en aquella oscuridad, apenas cuerpo, alma resumida. Siente por debajo el vaivén de los émbolos, el golpe crudo de la roda al partir el agua. El viento se raja en las jarcias con un silbidito, más bajo, más alto. Las velas drapean de vez en cuando, pero se hinchan en seguida. Se agitan y remueven en el aire negro de la noche como si tuvieran vida.

Un bandazo lo sacudió contra la carroza y chorreando agua se deslizó por la misma abertura que había desaparecido el Príncipe y resbaló por una escalera de barrotes al interior del sollado. El Príncipe estaba sentado en la bañera con una damajuana entre las piernas. Él solo ocupaba la mitad del espacio.

Hay un par de cuchetas a cada lado y el pasillo lleno de trastos, además del Príncipe, que se ha quitado la capa y con la blusa abierta hasta la barriga transpira copiosamente. Un farol de querosene cuelga de un bao y transpone las sombras de un lado a otro a cada vaivén del barco. Tiene la mecha demasiado alta, de manera que humea, la llama se sofoca. Del lado de la escalera hay un mamparo de chapa que separa el compartimento de la sala de máquinas. El otro lado termina casi en punta con el árbol del timón a la vista. A cada giro parece que moliera un puñado de cascajos. Oreste baja la mecha y calzando los pies entre los bultos se tiende en una de las cuchetas.

La voz del Andrés se sobrepone a veces a la máquina, que hierve y golpea con un arrebatado de fierros, cada cual en su manejo. Canta o putea.

El Príncipe llena el jarro que sostiene en la mano y se lo alarga a Oreste pateando el borde de la cucheta. Oreste estira la cabeza. Encoge el cuerpo y se sienta con las piernas cruzadas sobre la colchoneta.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? —dice el Príncipe. Si parara todo ese ruido su voz alcanzaría a Arenales. Oreste sacude la cabeza totalmente de acuerdo y toma el jarro.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

Oreste traga una bolita de fuego. Y dice su nombre, reposado, como llamándose y

reconociéndose, juntándose, uno solo en aquel fárrago.

—Oreste...

Hubo un tronar de fierros.

—¿Cómo? —se superpone el Príncipe. Tiene una voz redonda, bien articulada, que se ajusta con el ruido.

—Oreste.

El Príncipe bebe un sorbo de la damajuana, hace un buche y traga.

—Nombre para viajes.

El timón bate a un lado y el barco se escora. Ruedan cosas. El Príncipe aguanta la victrola con un pie. El Príncipe y el farol quedan ladeados.

—¿Qué te lleva a Palmares?

Oreste tarda en responder. Oye el paso del agua a través de la chapa, a sus espaldas, al mismo tiempo que resbala lentamente hacia el borde de la cucheta.

—No voy a Palmares.

—¿A dónde, entonces?

—A cualquier parte.

—¿Dónde, hijo?

—¡A cualquiera!

—¿Legales?

Oreste niega con la cabeza.

—Alguna hembra.

—No. Nada de eso. Voy.

El Príncipe se alisa el pelo y le apunta con un dedo. Tiene esa costumbre, por lo visto.

—Conozco ese oficio... ¡Digo que conozco ese oficio! Yo hago más o menos lo mismo.

Hay un retumbo y se oye la voz del Andrés.

—Habla más fuerte, muchacho —dice el Príncipe, confundido.

Oreste pregunta por preguntar:

—¿Cuál es el tuyo?

—¿Qué cosa?

—El nombre.

—El Príncipe Patagón, ¡qué duda! Yo mismo me reconozco así hace tiempo. Al principio lo tomaba a broma, me revestía de trapos y un nombre de tamaño, para rústicos. Ahora hace rato que soy el Príncipe Patagón. ¡Soy el que soy!... En la otra vida me llamaban Requena.

Se queda pensando, posiblemente en la otra vida.

—Me cuesta recordarme así.

Lo dice de pasada. Ahora parece más viejo, menos Príncipe.

Bate el timón y se endereza. Entonces se golpea una pierna, se reanima, grita:

—Oreste, muchacho, veo que te esperan grandes cosas. Dame ese jarro.

Llena el jarro, bebe la mitad y se lo pasa a Oreste.

—Al final he terminado por adivinar verdaderamente el futuro.

El Nuño asoma la cabeza por la abertura y rebate una campana. El Príncipe se pone de pie de un salto y golpea la cabeza contra un bao.

—¿Qué mierda pasa ahora?

—¡A comer los del pasaje! —grita el Nuño, como si no los viera. Y desaparece.

—Estos marinos embrollan todas las cosas —dice el Príncipe, encorvado. La voz le sale de la barriga. —Tienen una ceremonia para cada cosa. Supongo que hasta para cagar. Vamos.

Treparon la escalera con grandes zozobras, golpeando por turno en el travesaño de la puerta, resbalaron por la cubierta en aquella alocada oscuridad y entraron o rodaron al interior de la camareta, debajo de la timonera. El capitán Alfonso Domínguez ya estaba allí. Oreste, por fuerza, se preguntó quién diablos comandaba, porque el Andrés y el Nuño estaban igualmente allí. El Andrés todo negro, ahumado y oloroso como un bonito. Pensó en el Ángel.

El Capitán en la cabecera, el Príncipe a su derecha, el Andrés a la izquierda, Oreste al lado del Príncipe y enfrente del Nuño. La otra punta estaba dispuesta, pero vacía.

El Capitán llena los vasos. El Príncipe brinda en silencio levantando el suyo y apuntando a cada uno de los presentes. Apunta hacia el sitio vacío. El Capitán moja en el vino trocitos de galleta mientras interroga al Príncipe sobre algunas personas de tierra firme, don Benito Escudero, por ejemplo, vecino de Salinas, que nunca vio el mar. El Nuño sirve en primer lugar una sopa de ajo, a la que el Capitán añade trozos de galleta y un chorrito de vino. A este propósito se habla sobre algunas variantes de la sopa de ajo: sopa de ajo batida, aigo bouldido, gazpacho caliente. Oreste, que se siente hervir con aquella sopa, recuerda algunas propiedades del ajo en general y la famosa tintura. El barco se recuesta a babor, el cuarto y los personajes se inclinan a un tiempo, platos y vasos se deslizan a la izquierda. El Andrés bebe directamente del plato, y cuando termina lo repasa minuciosamente con la miga de la galleta.

El Nuño entra ahora con una cacerola enlozada que ubica en el centro de la mesa. La tapa tiembla todavía, y cuando el Nuño la retira, una bocanada de vapor empaña la lámpara. Se prueba con grandes voces. El Príncipe olfatea el aire y se frota las manos, el Capitán ordena otra jarra de vino, la tercera. Ahora todo progresa, rueda y golpea en acuerdo. El Nuño colma los platos con un cucharón colgado a la cintura. El Príncipe, que ha pasado hambre, alaba *incontinenti* la buena mesa, esos sanos excesos. El Nuño describe aquel «cocido de campaña» a base de trozos de carnero, tocino magro, trompa y orejas de cerdo, algunos puñados de garbanzos y otros tantos

de fideos.

Por momentos la máquina vacila, se atora. Entonces el Andrés grita algo de costado y la máquina se ordena.

El plato resbala en la punta vacía. Todos miran hacia allí.

El capitán Alfonso Domínguez retoma entonces el hilo y, a propósito de la tintura, informa sobre la invención del doctor Carbonell, boticario de Trinidad, que viene a cuento para transportes de la especie y figura que ellos soportan, ya que se trata de un licor destinado a prevenir los efectos del mareo. El propio Carbonell, que los padece, los puso a prueba navegando el *Mañana* con mar gruesa, sin izar paños. El invento es totalmente científico, sin mano revestida ni secreta. Se destila 1/3 de onza de ácido hydroclórico en 5 onzas de alcohol. Al producto de esta destilación se mezclan 32 a 38 onzas de agua y la bebida resultante se endulza con almíbar clara. Finalmente se añade al líquido algunas gotas de esencia de menta piperita o yerba-buena, o bien de almendras amargas y se le da color de rosa mediante una disolución liviana de cochinillas. Se aconseja tomar dos grandes cucharas de este cordial antes de embarcarse.

El Príncipe, por el segundo plato del cocido, se admira con respeto, pero para no ser menos refiere una composición parecida del mismo efecto y rigor, acaso copiada de la anterior, pues no desmerece, sino que alaba al doctor Carbonell, y que se induce asimismo para otros padecimientos e inclusive como pisco-labis americano. Hay una manifiesta semejanza, como se comprueba *in fraganti*, y algunos añadidos que no hacen al fondo. Se mezclan 2 onzas y 2/3 de cloruro de cal anhidra con 8 onzas de agua, a lo cual se añaden 10 onzas y 2/3 de alcohol. La tal mezcla se destila por el procedimiento ordinario a fin de obtener 5 onzas y 1/3 de líquido. Ese producto se mezcla a su vez en una vasija de tierra o de cristal con 32 a 38 onzas de agua y se endulza igualmente con almíbar. También se le añade las mismas esencias y se colorea en idéntica forma.

El capitán Alfonso Domínguez alaba esas ciencias. Lo que importa son los resultados, el alto interés de la humanidad. El Príncipe se exalta y brinda por el progreso, para lo cual se llenan nuevamente los vasos. Velos y tinieblas se rajan y recorren para alumbrar un futuro plagado de grandezas en el cual el hombre avanza a pie firme *duc in altum!*, llevado de las manos por la sabiduría, a la derecha, y la belleza estética a la izquierda. El animal del Andrés no tiene la menor idea de dónde queda Duquinalto, pero se entusiasma con la descripción tan cabal de aquellas dos señoras. Oreste, en cambio, no entiende muy bien qué importancia tiene que estén a un lado u otro, pero el hecho de transportarse con tanta facilidad removiendo sin esfuerzo toda clase de obstáculos, lo llena de contento, pues se imagina a sí mismo en tal situación pateando el futuro, es decir, de Palmares en adelante sin hambres ni bochornos.

El barco escora y el Príncipe, de pie, golpea la lámpara con la cabeza. El Andrés, que en concreto no ha dicho palabra con sentido, eructa y se levanta de la mesa. El capitán Alfonso Domínguez rellena el vaso, lo apura de un trago y sale también. Se oyen los pasos que se alejan hacia proa, algunas voces.

El Príncipe ha enmudecido. Recostado en la silla observa en apariencia la jarra que resbala sobre la mesa como si tirasen de ella con un cordel. El cuerpo suda y se hincha, pero el alma divaga lejos de allí. El barco cruje entero. La luz de la lámpara alumbra el centro de la camareta, pero Oreste presiente esa gran noche del mar que los envuelve y los acarrea, y se pregunta si alguna vez alcanzarán el día, como si eso dependiera enteramente del *Mañana*, este barco de sombras.

La puerta se abre con violencia y un golpe de viento sacude la llama.

El Príncipe levanta la vista, y sin mostrar sorpresa alza el vaso y saluda al recién llegado. Acaba de entrar el compadre de negro.

Volvieron al sollado arrastrándose por la cubierta, que batía el agua. El Príncipe cantaba a los rempujones *Vivere*, de Bixio. Antes de entrar se sostuvo de la borda, aspiró hondo y gritó hacia el mar:

¡Quos ego! ¡Mare Magnum!
¡Motu proprio! ¡Sursum Corda!
¡Me cago ahora mismo in solido!
¡Nota bene! ¡Turba multa!

En el arrebató soltó las manos, y si Oreste no lo sostiene se va de cabeza al agua. Esta vez Oreste bajó la escalera tanteando los barrotos, y si bien salteó un par de ellos, en general fue un descenso controlado. El Príncipe introdujo una pierna, y como no acertaba con los primeros barrotos, Oreste volvió a subir y la calzó por su cuenta, pero en el momento que el Príncipe pasaba por la abertura el barco escoró y se desprendió de lo alto sin dar aviso. Rodaron entre los bultos hechos unos ovillos de trapos y lamentos, pero como ahora el rodar y golpear era cierta propiedad de su naturaleza no sufrieron daño, sino que fue la manera más rápida de llegar adonde se habían propuesto. El Príncipe se desplomó en la cucheta tal como estaba. Oreste se quitó los botines que sopesó con cariño, bajó la mecha y aprovechando un instante de calma se introdujo en la suya.

—Que duermas como un pez —dijo el Príncipe desde las sombras.

Y luego, todavía el Príncipe, añadió un poco más bajo:

—Así transita la pompa de este mundo. Oreste se ladeó hacia el Príncipe y, antes que se durmiera, preguntó calculando la dirección de su oído:

—¿Quién es ese tipo?

—¿Cuál?

—El de negro.

El Príncipe se removi6 en la oscuridad.

—Mascar6.

—¿Qu6 hace?

—Depende c6mo se mire... Tendr6s tiempo de averiguarlo. Duerme, ahora.

—Buenas noches, se6or.

—Buenas noches, Oreste.

El Príncipe se volvi6 en la cucheta y al rato estaba roncando.

Oreste cierra los ojos pero no duerme. Piensa en el jinete, repasa el nombre: Mascar6. No le dice nada, por ahora, pero calzan a medida. Nombre y jinete se deshilachan, se aventan. Siente que el sue6o le sube por las piernas.

El agua se escurre y gorgotea detr6s de las chapas, m6s arriba de su cuerpo, en cierta forma sumergido. Dormir6 como un pez.

A la ma6ana siguiente el mar amaneci6 como si fuese de aceite. El barco progresaba a toda m6quina, sobre liso, rajando limpiamente la espesura del agua con el 6ngel en sosegado vuelo y las velas que colgaban como trapos. Las gaviotas resbalaban por el aire, se suspendían largamente sobre la estela.

Oreste dio un par de vueltas por la cubierta mientras el Príncipe quedaba a popa charlando con el Nu6o, que había tenido unos sue6os. En uno, de trama sencilla, conversaba con su hermano Atilio, muerto quince a6os atr6s, debajo del parral de uva chinche que cubría en verano el patio de la casa paterna. Su hermano se iba de viaje y le pedía que cuidara de la madre y de un gallo de ri6a Calcuta, llamado Crest6n. El otro era algo descabellado. Corría por un campo cada vez m6s despacio y por fin en el mismo lugar perseguido por un perro que se transformaba sucesivamente en un macho cabrío, un bisonte y un encapuchado.

—¿Algo m6s?

—No. Desperté cuando el encapuchado hijo de puta me daba alcance.

—Bien. El hermano muerto se separa en hermano y muerto. Son dos cosas distintas. El hermano anuncia sucesos varios y debe jugarse al 02386. El muerto que habla, como todo el mundo sabe, es el 48. Pero si usted confía en el muerto, como supongo, en este caso, juéguele derecho al 02148. ¿Hubo abrazos?

—No.

—En ese caso habría que haberle jugado al 02129. Con esto quiero decirle que hay que abrir bien los ojos. En sue6os, se entiende. En cuanto al viaje, depende de si era a pie, a caballo, en carruaje o armado.

—Creo que a caballo.

—Fortuna pr6spera, 04988. ¿Mencion6 tan s6lo a su madre o lleg6 a verla?

—Salió una vez a la puerta de la cocina y nos sonrió. Era su lugar en la casa.

—Muy bien. Ante todo Felicidad (06518), pero además usted quedaba a su lado.

—Así parece, aunque en la vida real sucedió lo contrario.

—¿Qué carajo importa aquí la vida real? ¿Un sueño no es algo real? Añada, pues, Seguridad, la suya, que por lo que veo la necesita en abundancia, y juéguele al 01362. El gallo, si solamente lo mencionó, no significa nada, lo cual es una suerte, pues el gallo de riña, por bueno que sea, alude siempre a lo más obvio: peleas. De cualquier forma juéguele al 03300, que es el número de un gallo visto en combate.

—No lo vi, estoy seguro.

—Mejor. Tiene números suficientes y aún quedan otros... Me olvidaba del parral, que naturalmente, significa Abundancia. Apueste sin miedo al 12210.

La voz del Príncipe suena en todas partes, sobreviene en grandes espirales igual de tamaño, pues no hay una gota de viento. Es una voz espesa como el agua que se hincha a cada lado del barco con un movimiento lento y acompasado. Un brillo aceitoso resbala sobre lo alto de cada pliegue hacia una claridad más grande que borra la línea del horizonte. El *Mañana* arrastra un penacho de humo que se disipa muy lejos. Transcurre sosegado en tales llanuras rebuscando en el agua el invisible camino a Palmares.

—En cuanto al otro sueño, el correr, en general, es presagio feliz (20399), pero si no quiere correr y no puede, como sucede a menudo, significa indisposiciones (4133). Juéguele a los dos, porque, en estricta justicia, usted pasa de un estado a otro.

—Así fue.

—El perro por sí solo representa, como se supone, la Fidelidad (15238), pero si corre o ladra hay que tener cuidado (18861). ¿Lo acompaña una perra?

—No... No, estoy seguro.

—Menos mal. Si fuese así resultaría Libertinaje, y lo pregunto porque usted parece propenso, lo cual es una debilidad pero no una afrenta. Yo nací libertino. Si aparece alguna otra vez la perra, hay que jugarle al 19155. El perro se convierte en un macho cabrío, ¿no es así?

—Un macho cabrío, un bisonte y un encapuchado, en ese orden.

—El macho cabrío es el Amor Criminal (06510). ¿Hay algo de eso?

El Niño se frotó la pelada.

—No. No por ahora.

—Cuídese, compadre. Usted tiene, por lo visto, un futuro retorcido. Bien, el bisonte no es figura reconocida, pero pongamos que fuese un buey. En tal caso habrá que precisar si está labrando o enfurecido, si es gordo o flaco, si tiene o no tiene cuernos, si es blanco o negro, para lo cual tendría que tener usted otro sueño, uno en especial. Esté alerta. El encapuchado o capirote, a menos que sea un fraile, especialmente un benedicto (13), no significa nada más que el 129.

—Me estaba por agarrar.

—Bueno, así terminan por lo general estos sueños con persecuta. El alma es asunto de neblinas. ¿Usted sentía cierto regocijo a pesar de la situación?

—¡No!

—Entonces no se preocupe.

Oreste había terminado por sentarse a proa sobre el tambucho. Ahora que el Príncipe callaba se podía oír el borboteo por el filo de la roda y el agua que se enroscaba a lo largo del barco. La línea de la costa desaparecía en algunos trechos, pero con todo le pareció ver un grupito de palmeras y una choza con una puerta de color rojo y hasta un hombre que sacudía el brazo. El sol ya estaba alto, de manera que con tan buen camino Palmares podía aparecer en cualquier momento.

Lo que apareció en realidad fue una blanda nubecita de esas que exaltan los poetas con graciosas maneras y que al cabo de una hora había cubierto el horizonte y avanzaba en ese momento tronando y fulgurando sobre el *Mañana*.

El capitán Alfonso Domínguez, enteramente de facto, ordenó cambiar el foque y tomar una faja de rizos, pues carecía de una mayor de capa. El Nuño arrió el foque y alzó otro de viento. Mascaró, que había comparecido apenas oyó los gritos, todo fuego y resueltas maneras, tomó los rizos y dejó las escotas en banda a la espera de lo que decidiese el viento. Entre uno y otro reforzaron y repararon las amarras, alistaron el ancla de capa, atrancaron puertas, lumbreras y escotillas. Era todo de bonita figura, terriblemente.

El capitán Alfonso Domínguez sacó la cabeza por la ventana de la timonera y gritó: «¡Vamos a capear!», como si escogiera cierta partitura. Era lo mejor que podía hacer tratándose del *Mañana*, barco pequeño y de poca arrancada, fuerte de proa pero de popa flaca, mala para la corrida.

A todo esto, el mar se iba rizando y ennegreciendo por delante, debajo de la nube. Y fue así que arremetió el primer golpe de viento y el aire mudó de sustancia en un segundo y el mundo continente se emputeció al siguiente. Mascaró ordenó entonces, fuerte, terrible, como un pistoletazo: «¡El pasaje a cubierto!». El decir, el Príncipe y Oreste, que atropelladamente se zamparon por la escotilla en el momento que arrancaba otra ráfaga, la cual tomó al barco de estreno, de modo que cayeron y rodaron en la oscuridad del sollado echando mano del aire. Esto de caer y rodar en esas removidas tinieblas duró una eternidad completa, en la cual chocaron con bultos y consistencias que erraban libremente y un par de veces entre ellos mismos. La máquina aflojaba y recrudecía. El Andrés vociferaba en el comando del embrollo, imponiendo orden de manejo, peripatético. La puerta, que batía a rajarse, se cerró con un tremendo golpe, probablemente de Mascaró, porque su voz de forzado se impuso al tumulto. Oreste oía ahora gritar y aun reír en todos los rincones, inclusive por encima de su cabeza, como si hubiese varios Príncipes dentro del sollado. El timón

molía sin descanso, y una vez golpeó contra él, porque aferró una barra recubierta de grasa y antes de soltarla lo zamarreó de un lado a otro. El barco temblaba a lo largo como si fuera a descoserse cada vez que sacaba la hélice del agua y el temblor lo traspasaba a él también, lo cual, comenzaba a comprender, era el motivo de la risa porque empezaba el temblor y seguía aquélla. Notó, asimismo, cuando terminó de entregar el cuerpo, que éste se acomodaba poco a poco a ese nuevo estado o naturaleza, y hasta llegó un momento en que sintió verdadero placer en resbalar, suspenderse y caer sin gobierno.

Estaba ocupado en eso cuando oyó raspar un fósforo y después de varios rasguños y fogonazos vio la cabeza del Príncipe que en apariencia colgaba del aire. Acontecía, en realidad, que el que colgaba era él, boca abajo, de una pila de bultos. Fue y vino de un extremo a otro perseguido por los bultos, pero el Príncipe no se movió de donde estaba, aferrado a un travesaño que había encontrado en el camino. Como quiera que sea, tenía algún tipo de trato con las potencias oscuras, de manera que al cabo de un rato logró conjurar y encender la lámpara. No hizo más que encenderla y de un salto se metió en la cucheta.

—Oreste, hijo, ya nadie me saca de aquí. Trata ahora por tu cuenta de alcanzar aquella damajuana.

No fue necesario alcanzarla, porque algo después la damajuana pasó por delante de Oreste, que abrazado a ella rodó hasta donde estaba el Príncipe.

A partir de ahí las cosas resultaron más fáciles. Bebió un trago que le roció la cara y esperó la oportunidad de rodar ahora hasta la otra cucheta. Cuando llegó el momento calzó en ella, se afirmó en los barrotes y con el primer temblor se echó a reír también él.

Afuera seguía y por momentos aumentaba aquel descomunal jaleo, pero adentro se había resuelto cierto estatuto y las cosas se movían y aun se disponían con curiosa propiedad.

El Príncipe bebía con la boca pegada al cuello de la damajuana, que apartaba brevemente para dejar pasar un poco de aire. Cuando el barco se escoraba hacia el lado de Oreste le pasaba la damajuana y aquél la devolvía en la misma forma, cuando se escoraba a la contraria.

Ahora el Príncipe bebe y canta *La paloma*, de Yradier, *Clavel del aire*, de Filiberto, esas cositas que sosiegan el alma. La puerta se abrió una vez y entró un golpe de agua que casi apaga la lámpara. Oreste se levantó muy campante y trepó con soltura a lo alto de la escalera. Antes de cerrar la puerta asomó la cabeza. Vio un paisaje de espanto: abismos que se transportaban de un lado a otro, sombrías pendientes que se empinaban alrededor del barco, la loca silueta de Mascaró brincando en la luz de un relámpago. Pero no se inmutó. Era otro mundo. Cerró la puerta con calma y se volvió a la cucheta saltando entre los bultos que se movían

animadamente.

El Príncipe se había dormido, la damajuana chorreaba a un lado. Oreste pensó en quitársela pero al volverse se durmió en el acto.

Cuando Oreste despertó, la puerta estaba abierta y se veía un trozo de cielo azul, parejo como un lienzo. El barco parecía inmóvil. Sin embargo, sintió el rasponcito del agua que resbalaba sin descanso. La voz del Príncipe erraba por el barco. No tenía idea del tiempo que había salteado. Debió ser largo, un transcurso, lo dedujo por el peso y la extrañeza del cuerpo.

Alzó la mano y agitó la pulsera de tiento. Los caracoles y los huesitos entrechocaron delicadamente. Chocaban y vibraban y el barullito ese crecía en espiral, crecía. Y fue algo vivo que penetró en Oreste.

Subió a cubierta. El sol alumbraba con fijeza sobre un mar tan azul como el cielo, y aparte del *Mañana* no había otra cosa en esa redonda inmensidad. El barco navegaba a la cuadra impulsado por una brisa firme que hinchaba las velas y azotaba las drizas contra el palo. No se veía señales de tierra. Mar y cielo, todo presente, y en el mismo centro de esa claridad, desplazándolo en un viaje sin término, el *Mañana*.

Oreste entrecerró los ojos deslumbrado y caminó a tientas hacia la voz del Príncipe. Cuando se acomodó a la luz, vio: al capitán Alfonso Domínguez sentado en la orilla de la carroza, al Nuño recostado contra la borda, cruzado de piernas y brazos, al Príncipe, tonante y sobresaliente, que además de la capa tenía puesto un sombrero cordobés con una cinta escarlata y finalmente, apartado, a Mascaró, que de espaldas contemplaba el horizonte con un pie calzado en la punta de la roda.

—¡Oreste! —Saludó el Príncipe extendiendo los brazos. Era ostentoso por natural, pero había verdadera alegría en su voz. —Por lo que veo persistes entero, en lo visible.

El Andrés asomó la cabeza por la ventana de la timonera.

—Acomódate, muchacho —dijo el Capitán—. Nuño, trae más vino y un poco de queso.

Mientras el Nuño fue y vino Oreste se enteró de que la máquina había terminado por hacerse mierda con una tremenda exhalación, lo cual, por el momento, era un alivio, y de que navegaban sin precisión de rumbo orientándose por el sol. Sin embargo, ninguno parecía preocupado. Mascaró vigilaba por costumbre. Hombre de rigor, siempre en sí mismo. Mascaró. Y el Ángel del Arca, o Arcángel.

—Tarde o temprano Palmares aparecerá por esa punta —resumió el capitán señalando a proa, como si la ciudad y no el barco se moviese de un lado a otro.

Oreste miró a lo lejos, y como no viese otra cosa más que agua pensó si realmente existía Palmares, si no era un invento de la Trova o, en todo caso, una de esas fundaciones que dispensaba a la derecha e izquierda don Diego de Almaraz, recordó

en seguida aquella vieja maldición y observó con cierto espanto al capitán Alfonso Domínguez, dudó si consistía encarnado y no mera figura o si, finalmente, no era el propio Almaraz.

—Está ahí en alguna parte —dijo el Capitán, como si desde ya fuese una verdadera casualidad acertar en cuál, y abarcó con un gesto una porción del horizonte—. Por la noche nos guiará el resplandor o de lo contrario las estrellas, si el tiempo acompaña. ¡Prueba a un largo! —le gritó al Andrés.

El barco arribó otro poco, pegó un tirón y levantó camino. El Nuño volvió con el vino y el queso y unas albóndigas de bacalao.

El Príncipe propuso entonces, ahora que estaban todos reunidos, una cierta celebración con motivo de aquel feliz naufragio. El capitán estuvo de acuerdo. La vida es una entera travesía, se erraba desde el nacimiento, ese puertito de luces tan recogido, tan breve, suceso pequeño, como todo lo que viene después. Él había cruzado y recruzado mil veces aquellas aguas y ahora, ¿dónde estaba el camino? ¿Qué se hizo del Vasco Pantoja que conoció de niño, barco que amó? Lo soñaba con capitán y todo, el Barbas Gianelli, que le enseñó el primer nudo marinero, el doble cote. Y bien, un día pisó la cubierta y otro fue capitán y el Barbas ya viejo, ya niño, lo venía a ver partir, lo aguardaba al llegar, hasta que otro de otros días lo trajeron en una silla de paja, aprovechando el solcito de la tarde, y él zarpó de gusto y navegó empavesado a la vista del viejo. Uno es historia. ¿Qué hay para adelante? Caminos... Por ese tiempo ya hacía la carrera a Arenales en el *Fierabrás*, grandeza de barco. ¿Dónde está ahora? No era para olvidar, ni era para morir. Lo comandaba aquel galés cimarrón, don Einion Jones, que había nacido capitán. Sucedió también, tan fuerte que era, majestuoso. Los dos sucedieron. Él ya sucedía entretanto. Todo sucede. La vida es un barco más o menos bonito. ¿De qué sirve sujetarlo? Va y va. ¿Por qué digo esto? Porque lo mejor de la vida se gasta en seguridades. En puertos, abrigos y fuertes amarras. Es un puro suceso, eso digo. ¿Eh, señor Mascaró? Por lo tanto conviene pasarla en celebraciones, livianito. Todo es una celebración.

Alzó la jarra y bebió.

El Príncipe se rajó un aplauso. Animaba con la cabeza al Nuño y a Oreste, que aplaudieron también. Las gaviotas revolotearon sobre el grupito, emprendieron unos vuelos y, cuando terminaron los aplausos, se ordenaron otra vez a popa.

Mascaró se volvió por primera vez. Levantó una mano, aprobó.

—La vida es célebre, de cualquier tamaño, o no sirve para un carajo.

—¡Confirмо! —gritó el Príncipe, y miró a todos, uno a uno.

El Capitán alargó la jarra al Andrés a través de la ventana. El Andrés la devolvió vacía y el Nuño fue por más vino. El Príncipe y Oreste bajaron al sollado y trajeron la victrola con una caja de discos. El Príncipe acomodó la bocina, instruyendo de paso a Oreste sobre tan simple mecanismo, colocó un disco, giró la manivela y reclamando

silencio con un ademán de la mano calzó el diafragma. El platillo comenzó a girar y el disco a disparar unos reflejos y por la bocina salieron unos barullos, como si hirvieran aceite. Tan luego, y cuando ya parecía que el aparato iba a saltar en pedazos, salió un chorrillo de música, apretada finita. Oreste forzó el oído, y así que la música se acomodó y ordenó en medio de los otros ruidos, reconoció, aunque un tanto desfigurado por la velocidad y esas apreturas, el noble vals *Sobre las olas*. Después los ruidos se confundieron, la música se traspasó a él, se alivió y se suspendió, rumbeó por el aire. El Nuño entornó los ojos y comenzó a hamacarse. Mascaró volvió a la contemplación del mar. El capitán Alfonso Domínguez se acompasó con la jarra. El alma se expedía, divagaba fuera del cuerpo.

El Príncipe juntó las manos, cerró los ojos y anunció con voz grave: «La Tempestad y la Calma». Dio unas vueltas de manija y apuntando al cielo recitó estos versos:

*Yo vi del rojo sol la luz serena
turbarse, y que en un punto desaparece
su alegre faz, y en torno se oscurece
el cielo con tiniebla de horror llena.*

*El viento proceloso airado suena,
crece su furia, la tormenta crece,
y en los hombros de Atlante se estremece
el alto Olimpo y con espanto truena.*

*Mas luego vi romperse el negro velo
desecho en agua, y a su luz primera
restituirse alegre al claro día*

*y de nuevo esplendor ornado el cielo
miré, y dije: ¿Quién sabe si le espera
igual mudanza a la fortuna mía?*

Tras esta grave pregunta en gruesa voz entrecortada el Príncipe quedó con los brazos extendidos.

El Nuño aplaude con ardor, el capitán Alfonso Domínguez patea la cubierta, el Andrés hace unos ruidos. Mascaró aprueba con la cabeza, y Oreste, para no ser menos, abraza al Príncipe. Las gaviotas vuelven a repasar sobre sus cabezas.

Agradeció el Príncipe con unas reverencias, mientras duraron las efusiones, y

expresó luego, sin alardes, que había compuesto aquellos versos fuertemente impresionado por las circunstancias que le tocaban compartir. Era un humilde tributo al arrojo y condición de estos bravos amigos (señaló vagamente a cada uno, inclusive al propio Oreste) y a través de ellos, a quienes desde ya guardaba en el lugar más recogido de su corazón, a todos los hombres de mar, incluyendo al Barbas Gianelli y al tremendo capitán Einion Jones, cosa que arrebató al capitán Alfonso Domínguez, que se golpeó el pecho y reclinó la cabeza.

Nuevos aplausos y pataleos, esta vez más breves por la intención del asunto. Ante la insistencia de los presentes el Príncipe recita otros versos de su total invención y hasta improvisa una «Marina», de Rubén Darío. Declama, en este orden, «La Tempestad», de José Zorrilla, compuesta en ocasión de la tormenta que voló sobre los techos de Miraflores, sobre el fondo ligeramente borrascoso de la obertura de *Semíramis*, de Rossini; «Barcarola», de Antonio Amao, a cuyo propósito y por la intensidad del discurso el capitán Alfonso Domínguez pregunta quién era aquella Leda, si figura cierta o fingida invención, no por malsana curiosidad, sino por idéntica congoja, a lo que el Príncipe responde con un suspiro y un dedo sobre el corazón, por lo que el Capitán aprueba y saltea con un gesto no menos magnífico; «Semper», de Emilio Ferrari, que debe repetir por lo atinente de la trama, esa somera pero aguda memoria de todos los barcos difuntos, los Fierabrases y los Pantojas, ¿los Mañanas?; «Se pinta el mar», de Eduardo Marquina, motivo para Oreste de algún espanto cuando afirma tan resuelto que: «Todo el mar es misterio resonante... nada hay a espaldas de él, nada hay delante». Cuando el Príncipe llegó «entre las rocas de la costa alzada», un puntapié en el tobillo rescató a Oreste de aquellos pormenores. El disco había perdido velocidad y el Príncipe ya gritaba «¡Oh, mar! ¡Oh, extraño mar! ¡Oh, gran Misterio!», motivo de nuevos sobresaltos; «Luz por la amura», de José del Río Sainz, que sorprendió gratamente por los conocimientos navales del Príncipe; «El pensamiento sobre el mar», de Fernando González, alta navegación del alma, metafísica, y por último, empapado en alcohol y sudores, tras recogerse y cobrar impulso, deteniéndose a veces para cazar la inspiración, midiendo otras a grandes pasos la cubierta, aquella «Marina» de Darío donde se atropellan los tritones, salen unos brazos de las ondas, suenan vagas canciones y se enumeran otros graciosos espantos.

El Nuño es quien ahora abraza al Príncipe, de verdad conmovido. El capitán Alfonso Domínguez se pone de pie, se descubre e inclina su notable cabeza. El Nuño besa al Príncipe en ambas mejillas. El Andrés se agita y pateo dentro de la timonera. El propio Mascaró se fuma un gordo «Romeo y Julieta» del tipo *Sobresalientes*, lo palmea en un hombro. Las gaviotas se tiran unos vuelos.

Mientras el Príncipe se recobra, el capitán Alfonso Domínguez ejecuta una serie de nudos marineros, desde aquel sencillito doble cote que le enseñara el Barbas

Gianelli hasta el nudo de escota con vuelta redonda, el auténtico as de guía y el nudo llano o de rizo de engañosa simpleza.

Oreste, que se ha hecho cargo de la victrola, expide entre tanto un disco tras otro, y cuando el Capitán termina con los nudos, el Nuño, que siempre tuvo en la más elevada estima las Artes y las Letras y había tratado inclusive en el Viejo Hotel Unión al célebre Gamarra, bufo y «hombre incombustible» del Circo Olímpico y luego del Gran Pabellón Americano, alentado primero por el Príncipe y exaltado luego por la voz de Tito Schipa que gorjeaba a través del embudo *Core'ngrato*, cantó, al principio de espaldas para evitar que lo traicionaran los nervios, *Barcarola Triste* y, más animado, *Torna Piccina*, *Se vuoi goder te vita*, ya de frente, *Amapola*, a todo trapo, y a dúo con el Príncipe, *Vivere*, de Bixio.

En total, resultó una fulminante revelación aun para el propio Nuño, que agradeció los aplausos cubriéndose la cara con las manos y espiando entre los dedos. El Andrés sacó la Cabeza por la ventana e imitó el ruido del pito, enmudecido por falta de vapor.

Mascaró declaró que apreciaba esos intermedios, que estaba de acuerdo en que la vida del hombre sobre la tierra es una milicia, pero que ésta, a su vez, era un arte que se ejercitaba, que las buenas guerras se adornan como una representación, son casi un festejo, que él, Mascaró, por otra parte, era en lo personal hombre de concretos, como el capitán Alfonso Domínguez, que se expedía de oficio, no con simulacros, sin ánimo de ofensa en esto ni apreciar ventajas entre una forma u otra de vida, que uno nace volatín y otro capitán y cada cual tiene su misión sobre esta tierra. Expresado lo cual extrajo y revoleó el temible 38 con cachas de nogal sagriñado que portaba al costado. Tras lo cual ejecutó unos tiros de precisión que trastornaron el aire y espantaron a las gaviotas. El estrago fue así combinado. Mascaró arrojó a lo alto el plato de latón de las albóndigas y lo tiroteó mientras caía, demorándolo en el aire. El plato cayó a los pies del Capitán con seis perforaciones. Mascaró recargó el arma y ordenó a Oreste que levantara el plato por encima de su cabeza. Oreste cerró los ojos y lo sostuvo todo lo alto que alcanzaba el brazo. Mascaró apreció el blanco. Giró luego rápidamente sobre la punta de un pie, como un trompo, y de pasada arrancó el plato de la mano con un tirito instruido que retumbó sobre el agua. Mascaró, cada vez más oscuro y fino, acometió otras inopinadas y vistosas atrocidades, como extraer un puñal de la bota y clavarlo por arriba de la cabeza del Capitán, y después, cuando el Capitán lo extrajo, acertar un puñalito que escondía en el sombrero en la misma hendidura para terminar encendiendo uno de esos *Sobresalientes* que llevaba en el bolsillo del saco y arrojarlo al aire, donde explotó con un terrible estampido.

Si bien no había nada establecido y con aquella explosión se podía dar por concluido el programa, el Príncipe, que por un lado parecía desatenderse de las cosas y por otro estar en constante acecho, esto es, dos príncipes y hasta tres, porque había

uno oscuro que marchaba detrás de los otros dos, tal vez Requena, preguntó a Oreste con naturalidad cuál era su número, Oreste, con la manivela todavía en la mano y tratando de ser tan natural como el Príncipe, respondió que ni siquiera sabía jugar a los naipes.

—Vamos, hijo —lo animó el Príncipe—. Cualquier prueba de salón, alguna gracia.

—En ese sentido, he sido un desgraciado toda mi vida —dijo Oreste.

—Ya lo ves —retrucó el Príncipe—, acabas de hacer una. Luego, apuntándole con el dedo según su costumbre, y elevando un poco la voz, sin estridencias, dijo:

—¡Yo digo que en ti hay un Príncipe!

Oreste sonrió torcido, un breve temblor lo removió por dentro. Esa voz había sonado como una trompeta, en figura. El dedo lo apuntaba todavía, el Príncipe lo miraba a los ojos. Pensó, y volvió a temblar, que iba a añadir algo más.

El Príncipe dijo:

—Dale a la manija.

Oreste echó a andar *Oro y Plata*, de Lehar, y como si lo hubiera tramado realmente anunció el siguiente número: «Del Reino Animal o la Visita del Señor Tesero».

Básicamente consistía en una imitación más o menos graciosa de ciertos animales que actuaban y aun dialogaban, por gestos y señales, con el señor Tesero en una supuesta visita al Jardín Zoológico. Para el efecto, Oreste no hizo más que transponer algo que recordaba de la infancia, reviviéndolo con tal fuerza en la cabeza que aquel tiempo, sin los pormenores de la materia física, se infundió en su cuerpo. Su padre, al que recordaba vagamente, tenía por hábito llevarlo al Zoológico una vez a la semana, de manera que terminaron por trabar amistad con los animales y los guardianes y con dos o tres paseantes que como ellos tomaban el jardín por residencia sin establecer distinciones de cualidad o especie entre sus moradores. Cuando vino hombre dejó de ir, ocupado en las necesidades y urgencias de la vida que establece un tiempo para cada cosa (el viejo seguía yendo, antes de morir se pasaba allí el día entero). Sin embargo, volvió al Jardín mucho antes de lo tolerable, contrariando los usos y manejos de un buen ciudadano, probablemente chiflado y no por el torcido argumento de que tenía las pelotas llenas. El Jardín no había cambiado en todo ese tiempo, salvo la ausencia de su padre, que ocupaba muy poco lugar en el mundo.

A decir verdad, si se mide en tiempo, aquélla fue su última morada en la otra vida. Exactamente hasta el día que con una sierra para metales se puso a serruchar los barrotes de la jaula del oso polar, que reventaba de calor, y lo echaron a patadas. Y desde allí, en resumen, no paró hasta donde ahora estaba.

Se expone el asunto: El señor Tesero va de visita al Zoológico. Oreste hace unas veces de señor Tesero y otras de león, elefante o chimpancé. Anuncia cada episodio

elevando un letrero imaginario. Por ejemplo, eleva el letrero y dice: «El señor Tesero va de visita al Jardín Zoológico». El episodio del león resulta algo confuso, aunque la imitación del viejo león es convincente y promueve un generoso aplauso. En el episodio del elefante, más complicado en la trama pero claro en la exposición, el animal le arrebató el sombrero y el señor Tesero manotea el aire con jocosos desesperación. Finalmente, el elefante lo toma con la trompa y lo arroja al lago de los cisnes, que emprenden vuelo. El señor Tesero, convertido en cisne, vuela también. Desde lo alto saluda a todo el mundo.

Casualmente retoman las gaviotas y observan con curiosidad aquel vuelo extravagante. El Príncipe da vuelta a la manivela.

El episodio del chimpancé viene a ser lo que se llama el número de fuerza. Tras una serie de graciosas alternativas que sitúan claramente a los dos personajes, el señor Tesero imita al chimpancé y el chimpancé imita al señor Tesero. Por último, el chimpancé en gobernado disloque muda de lugar con Tesero, que queda albergado en la jaula, mientras el señor Chimpancé, ciudadano, concluye la visita y se marcha del Zoológico. Oreste levanta el letrero y dice «Fin».

Una cerrada ovación festeja tan ocurrente embrollo. El Andrés pateo largamente dentro de la timonera hasta que el capitán Alfonso Domínguez se alarma y ordena mantener el rumbo.

El Príncipe, una vez aplacados los aplausos y su propio entusiasmo, observa juiciosamente que la actuación de Oreste representa una curiosa variante o especie de transformista. Por el momento es cauteloso en sus pronósticos, porque ante todo debe aparecer Palmares (esto tan sólo lo piensa), pero conmina a Oreste a persistir en aquellas extravagancias. El sol, a todo esto, ha pasado de un lado a otro y ahora resbala por la pendiente de la tarde. Las sombras mudan silenciosamente de lugar. El cielo ha empaldecido a proa y el agua se ha vuelto de un espeso color anaranjado, una llanura de pequeños huecos que saltan de un lado a otro. Cuando se produce algún silencio se oye el golpe de la roda que hiende el agua sin pausa y, aunque todavía lejos, se presiente la noche, ese corredor de pies enfundados que en algún momento les dará alcance.

Hay un poco más de viento. En un rato los obligará a ceñir. El Capitán caza un poco las velas, el barco carga a un lado, y Oreste sujeta a tiempo la victrola.

El Príncipe, que no pierde de vista la ilación o figura general, combina un final de órdago. Con gran acompañamiento de orquesta, es decir, de discos que sólo reproducen la música, canta *Granada*, de Lara, *La paloma*, de Yradier, y en impresionante dúo con el Nuño Ay, Ay, Ay, de Freiré, sujetándose mutuamente cada vez que el barco se tumba. Oreste, sentado en la cubierta, aguanta la victrola entre las piernas mientras con un dedo contiene el diafragma para que no se corra. El Príncipe canta y gesticula y a veces se vuelve hacia Oreste y dirige a la invisible orquesta.

Evidentemente se trata de un gran artista, no sólo por la propiedad de sus ejecuciones, sino por el aliento e inspiración que transmite a los demás. Un golpe de viento los toma de frente. El Capitán salta y tesa la escota de la mayor. Mascaró caza el foque. El Príncipe y el Nuño se tambalean, el Príncipe trastabilla, pero siguen cantando. El barco ciñe ahora en dirección a la noche.

Allá va el *Mañana*, unos trapos y unas voces, cosa de cuento, tema para una chaparrita, barco del Ángel casi fantasma. Va y va, sucediendo.

El Príncipe y Oreste aguardan en silencio que encarne la primera estrella. El mar y el cielo se borran poco a poco. El espacio se reduce al barco.

El Andrés enciende los faroles de posición, repasa las escotas. El capitán Alfonso Domínguez ha vuelto a ocupar su lugar en la timonera.

En este momento la estrella tiembla en lo alto como una gota de miel. El Príncipe la saluda con una reverencia.

Mascaró vigila a proa. Su sombra trepa contra el pálido cielo, se borra contra el mar. Alumbran otras estrellas ahora que la oscuridad es casi completa. Pero no se avista ningún resplandor.

Durante la cena, el Capitán induce que están más lejos de Palmares de lo que suponía y que el temporal no sólo los apartó de la costa, sino que inclusive los arrastró más arriba. Mientras dure ese viento no es mucho lo que pueden avanzar. Aparte de tenerlo en contra, que tal ocurre de hecho, el *Mañana* no se puede forzar de vela porque abate demasiado. Se hacen otras suposiciones. En realidad la situación podría ser peor. Hay en perspectiva una gran variedad de calamidades, pero no tiene sentido tomarlas en cuenta, pues se carece de gobierno sobre ellas. El *Mañana*, además, es un barco bien nacido, jamás zarpó un martes 13, no cambió de nombre, nunca embarcó un pingüino u otro animal de yeta, nadie murió a bordo de avería recibida o provocada, ni siquiera de muerte natural, embarcó la venerada imagen de Nuestra Señora de la Paloma, tallada lo mismo que el ángel en un taco de fresno por el maestro Silvestre Nardi, en viaje al puerto de Albardón, donde reside y milagrea desde entonces en la iglesia-faro que se levantó para la ocasión, condujo asimismo al obispo monseñor don Alipio Morejón, prelado doméstico de Su Santidad y misionero apostólico que llevaba el palio al ilustrísimo señor don Fernández Sánchez Arce y Peñuela, obispo de Irala, descubrió el islote del Pelado, que se presumía a unas cien millas al este de Puerto Miruelo, rescató a los náufragos del Navarro y más tarde a los del Tacoma y, en fin, cometió otros beneficios que obraban en su favor, además del ángel que portaba a la pendura y de una «contra» especialmente concebida que llevaba ensartada en espiga del palo.

La conversa derivó de allí a la hechura, virtudes y efectos de éste y otros elementos metafísicos, como la piedra imán, la piedra bezoar y la medalla de San Antonio, siempre que sea robada, estableciéndose una erudita competición entre el

Príncipe y el capitán Alfonso Domínguez, con lo que Palmares se perdió de vista una vez más. El Capitán mencionaba a cada rato su amistad con el turco Velorian, célebre curandero de Las Flores que nació a las tres de la tarde de un Viernes Santo, tiene una cruz marcada en el paladar y cura por el aliento y la saliva, de manera que, con propiedad, se trata de un «saludador». El Príncipe llegó a asegurar que había sido tocado por un rayo, sin testigos ni daño, señal de que Santiago lo había elegido para la misión de adivino, algo de lo que no quería abusar. La discusión subió de punto cuando se debatió sobre el sitio y ubicación de la Salamanca de Arenales, que es de donde salieron los mejores brujos de la comarca.

Esta discusión terminó algunas horas después con un tremendo bandazo, en el momento que el Príncipe descifró el aspecto y carácter de un kaparilo que se le apareció en el camino entre Saladillo y Punta Gorda. Había cambiado el viento.

El Príncipe está echado en la cucheta, y salvo sus grandes pies, que sobresalen desde los tobillos y que en verdad hacen bastante creíble su ascendencia patagónica, el resto del cuerpo yace en las sombras. Antes de acostarse, Oreste bajó la mecha del farol y observa ahora con las manos cruzadas debajo de la nuca esa ampollita de luz que se agita como una mariposa. El barco embiste las olas y se conmueven sus viejas maderas, pero su cuerpo ya se ha acostumbrado a aquella agitada cavidad, es una parte del barco y con él hiende confiadamente la noche. Ya no piensa en Palmares.

—Oreste, ese número «Del Reino Animal» fue una verdadera ocurrencia —dice el Príncipe—. Del Reino Animal y ¿qué otra cosa?

—O «la visita del señor Tesero».

—Eso es. Hasta el título es una ocurrencia. Algo elegante y mágico. Hace un rato que estoy pensando en ese señor Tesero. ¿Cómo te lo imaginas?

—En parte como mi padre. Mejor dicho, pensé en mi padre, porque como figura no lo recuerdo.

—Bueno, no es uno, sino varios y magníficos señores. Tú mismo estabas ahí.

—Yo mismo.

—Me pregunto cómo se te dio así de pronto.

—Tal cual, de pronto.

—Lo creo. El arte es un arrebato. Fue una pregunta al pedo, o mejor dicho, para que te respondieras tú mismo. Sé bien lo que es eso. Puedes hacerlo con una figurita de nada, con una rasposa historia, no sólo son sencillos materiales, sino hasta con los más vulgares. Todo depende del aliento, la forma y disposición... Si el señor Tesero se hubiese llamado Raimundo tal vez hubiese cambiado todo el asunto.

—Es probable.

—Es seguro. Pensó un rato.

—Yo creo que basado en esa historia se puede componer un grande y magnífico número. Para empezar habría que añadir algunos otros animales.

—Puede ser.

—Por lo menos una visita a la jaula de los pájaros. Los pájaros son siempre motivo de exaltación y lucimiento. En verdad, lo que más me conmovió fue cuando el señor Tesero se convierte en cisne. ¿Estás seguro de que vuelan los cisnes?

—...No.

—No importa. Los haremos volar de cualquier forma.

Vuelve a pensar.

—Oreste, no sé lo que te propones realmente.

—Nada, señor.

—Bueno, en eso ya eres un artista. Oye, muchacho. Te lo diré de una vez.

Se volvió en la oscuridad.

—Voy a Palmares con un contrato para el grandioso y afamado circo de los hermanos Scarpa.

—No lo conozco.

—No has perdido nada, pero siempre son grandiosos y afamados así sean una mierda. Vicente Scarpa murió hace algún tiempo por una sobrecarga del cañón que según malas lenguas preparó su hermano, José Scarpa, el actual propietario, un rufián.

—No entiendo lo del cañón.

—Vicente Scarpa era «la bala humana», entre otras cosas. El pobre perforó la carpa y cayó dos manzanas más allá. Por esas ironías del destino fue su mejor número. Pero no es eso lo que te quiero decir. Vicente Scarpa fue un gran artista, por el estilo de Raffetto, un gran artista y un hombre de empresa. Él presentó la primera cuadrilla de caballos amaestrados a la palabra y fundó en Palmares, hace ya años, la academia de pruebas físicas, mecánica y gran ligereza de manos, de la que salieron tantos buenos artistas. Si el circo sobrevive entonces es por el lustre que él le dio. En resumen, que el circo de los hermanos Scarpa es de cualquier manera un grandioso y afamado circo.

—Y bien...

—Hijo, es tu oportunidad en la vida.

—No entiendo.

—Para empezar, te propondría como mi ayudante. Desde ya te revisto.

Oreste tardó un rato en responder.

—Jamás se me hubiera ocurrido.

—Así es el destino. Se vuelve y te mira una vez... ¿Te imaginas?: «El Príncipe Patagón y Oreste el Magnífico», o bien «El Circo de los Príncipes Magos».

Oreste sonrió suavemente.

—Lo haremos con el tiempo.

—No espero terminar como Vicente Scarpa.

—De cualquier manera, debe haber sido un magnífico disparo, un estupendo vuelo... Y bien, ¿qué dices? Oreste dudó un momento.

—Tú ya lo sabes, sólo me interesa andar de un lado a otro.

—Hay formas de hacerlo. Mascaró lo hace de una, tú de otra. Creo que lo importante es hacerlo con alegría.

—¿Por qué se te ocurre que la tuya ha de ser así?

—Porque el arte es la más intensa alegría que el hombre se proporciona a sí mismo. ¿Acaso no lo has visto? Esa forma blanda y jubilosa de pisar la tierra.

Oreste aprobó con la cabeza en la oscuridad, pero el Príncipe no podía verlo.

—¿Lo has visto o no, señor Tesero?

—Desde una graciosa y dorada jaula.

—Estaba en ti quedar o salir de ella. Oreste adivinó que le apuntaba con un dedo.

—De acuerdo, señor. Iremos por esos mundos.

—Cantando y bailando, en representación de la vida. Quedaron en silencio, cada cual pensando en lo suyo.

—Hasta mañana, muchacho.

—Hasta mañana, señor.

Los días se dan alcance. Es un mismo día repetido. Por la noche se arma un poco de viento, pero amanece en calma. El mismo cielo que despunta rosado y persiste azul, el mismo sol mandando fuego, el mismo mar apenas removido, agua y agua. El *Mañana* va detrás del viento escarbando el aire, rebuscando el camino, derivando. Rumbea.

El Príncipe y Oreste tramaron nuevas combinaciones con el número «Del Reino Animal». El señor Tesero fue mudando de sustancia. Se convirtió en pájaro, en pez, en el oso Basilio, en iré de paraíso, la legítima, en animales extravagantes, como el bolidonte o el canuto, o de naturaleza infernal, como el tigre-urutungo. A veces echaba fuego por boca y orejas o desaparecía por una trampa con una explosión de azufre o ascendía a los cielos colgado de un aparejo. El Príncipe fraguaba situaciones de gran efecto sin reparar demasiado en la materia del asunto. Oreste, en cambio, respetaba los gustos e inclinaciones del señor Tesero, la leve y natural extravagancia del embuste. De cualquier forma, el Príncipe quería un final con apoteosis y gran desfile con saltos por alto y bajo de toda la compañía, mientras la banda expedía una selección de *Cavalleria rusticana*, por ejemplo. Oreste no se oponía a un remate de brillo, pero insistía en la naturaleza del señor Tesero, que era un buen hombre o en todo caso un verdadero animal, sin malicia combinada. En suma, quedó para otro momento maquinar la última parte de la patraña, dejando por ahora al señor Tesero entre las rejas. La real importancia del proyecto estaba en la práctica y ejercitación de Oreste, su entrevero con el arte.

Una tarde les pareció avistar una isla, peñón o cabo, por la tanda de babor, es

decir, supuestamente mar adentro, pero Mascaró trepó a lo alto del palo y comunicó que no se veía nada. Comparando las visiones, cada uno describía una cosa distinta. El Capitán dedujo que se trataba de uno de esos peñascos errátiles que emergen y se sumergen a voluntad y que en tales casos conviene «chalar», esto es, dar de comer al mar, por lo que ordenó al Nuño que le arrojara unos panes y un pedazo de tocino, con lo que desapareció la visión.

Aprovechando aquellos ocios, el Nuño rogó al Príncipe que lo instruyera sobre los principios y rudimentos del arte dramático, ya que en el fondo de su corazón, sobre todo después de haber tratado al gran Gamarra, no había deseado otra cosa en la vida que llegar a ser un comediante, de cualquier especie establecida: rigoletto, caricato e incluso augusto, al menos como inicio, pues la susodicha vida merecía otro destino, que entre vivir una impuesta prefería representar varias voluntariamente escogidas y que, por último, aludiendo sin duda a su oscuro oficio, superponía a los alimentos y manjares del cuerpo los finos bocados del alma.

El Príncipe, conmovido por aquel breve discurso, alabó en primer lugar el oficio de maestro cocinero, citando, entre otros, al famoso Cumonsky y al no menos célebre *cordobleu* Pacón Echeverrito, creador del «sancocho a la paisana», exaltando en segundo lugar el libre albedrío, la voluntad de poder y la naturaleza libertaria del alma humana.

La disposición del Nuño al *bel canto* orientó la instrucción hacia el drama lírico, comenzando con algunas generalidades sobre la voz, diferentes aperturas de boca y ejercicios de respiración. El Nuño, que tendía a barítono *drammatico* o *diforza*, mugía redondas ventosidades mientras el Príncipe lo alentaba con grandes ademanes, acompañándolo a veces, oprimiéndole la barriga otras. Las lecciones sobre mímica, expresión y caracterización, con los ejercicios y demostraciones pertinentes, resultaron más animadas. Las últimas, sobre todo, fueron objeto de general curiosidad. El Nuño se pasaba cambiando trajes y postizos y el mismo Oreste tomó contagio, de tal suerte que el barco parecía estar más lleno de gente de la que en realidad había. El capitán Alfonso Domínguez probó una barba llena de rizos, partida al medio, y el Andrés un uniforme estrambótico con casco y coraza de latón dorado, espada de madera, capa de Calatrava y unos calzoncillos largos con cordoncillos metálicos que aparentaban una malla de acero y que el Príncipe utilizaba para recitar su memorable *Marcha triunfal*, así como también himnos, bandos, arengas, proclamas y toda otra materia de ruido militar.

Mascaró, siempre apartado, ocupaba el tiempo en la pesca, trepando al palo cada tanto. Armó con una cuchara una currica que arrastraba a popa y otros varios señuelos que echaba por la borda procurando alimento fresco, que a menudo él mismo cocinaba para no distraer al Nuño de sus ejercicios y expansiones.

Otra tarde que levantó un poco de viento vieron pasar con la última luz, una

media milla a babor, que era la borda por la que se daban las visiones, una goleta de cinco palos con todas las velas desplegadas. Los cinco hombres contemplaron en silencio aquella brava aparición, mientras duró. Los focos de cuchillo brillaban en lo alto coloreados por los postreros rayos del sol, los de proa antecédían como estandartes a los pálidos bastidores de las mayores, todo tan liviano y gallardo, tan extravagante. Para el capitán Alfonso Domínguez aquel barco era la completa imagen del Barón Grampo, velero de alta escuela construido en 1898 por Laird Brothers, en Birkenhead, que corría a las Europas comandado por el capitán don Felipe Novoa, marino *cum laude*, fuerte bebedor, poeta a ratos, Gran Manija de la Hermandad de la Costa. El Barón Grampo se desapareció en el invierno del 36.

El capitán Alfonso Domínguez ordenó arriar el pabellón, como forma establecida de saludo, y Mascaró disparó unos tiros. El Barón Grampo viró suavemente hacia la noche. Así fue.

El sol brilla en lo alto del cielo. Las velas cuelgan como trapos. El *Mañana* deriva. Los cinco hombres dormitan o piensan sentados en la cubierta. Mascaró fuma la última mitad de un *Sobresalientes*.

Oreste levanta la cabeza y pasea la mirada en redondo. Cielo y mar. ¿Qué es ese cuento de la tierra firme? Hace dos días tuvieron la última visión. Muy lejos pasó a los pedos una fragata de ruedas. Para el Nuño era una corbeta, pero el capitán Alfonso Domínguez decidió que fuese una de esas fragatas de 1845 y se aprobó. Ahora ni eso.

Oreste se levanta, cada vez más liviano, y camina hacia la proa. Permanece allí de pie. Al rato le parece estar solo, suspendido unos metros sobre el agua. Su mano derecha palpa el frasquito con la medicina para todo mal de camino, que le regalara el Lucho. Finalmente extrae el frasco del bolsillo, lo sopesa, lo agita. De pronto toma impulso y lo arroja al mar, lejos. Se siente claro el ruido del frasco al golpear el agua. Los demás levantan la cabeza.

En esto comienza a soplar un viento que remueve el agua e hincha las velas. El capitán Alfonso Domínguez se pone de pie de un salto.

—¡A sus puestos! —ordena con un grito descomunal.

Y de otro salto trepa a la timonera. Desde allí, sacando su gorda cabeza por la ventana, prescribe con fuertes voces los avíos y maniobras. Mascaró caza el foco, el Andrés larga escotas a la mayor, el Nuño despeja la cubierta.

El barco se recuesta, clava la trompa, empieza a singlar con un fuerte alboroto de paños y maderas. El viento sopla ahora medio frescachón. Se embala.

—¡Avante por la aleta! —truenan el Capitán, y su voz se revuelve, se agranda, se pierde sobre el agua.

El *Mañana* navega a todo trapo. ¡Ahí va!

Una hora después aparece a proa un punto que crece, se afina, al fin se convierte

en un faro.

Palmares.

El *Mañana* atracó a un costado del muelle, entre otros barcos, sin novedad apreciable. El Andrés echó el cabo de bola y un marinero forzado cazó de él y, sin dejar de charlar con el vecino, atrajo el cabo de amarre y lo sujetó a la bita. El viaje a Palmares había terminado. Recién ahora era lo que fue. El largo viaje a Palmares. Camino.

El capitán Alfonso Domínguez saluda con su gruesa voz de tonel a los hombres de los otros barcos, el *Mandufia*, *El Jovito*, el *Siempre Republicano*, el *Tuntuna*, el *Dichosa Madre*, el *Bragado*, cada uno con su historia más o menos del mismo tamaño. «¡Eh, compadre!...» «¿Cómo va?...» Las voces se propagan entre los palos y las jarcias y las negras chimeneas. El *Mañana*, que al parecer se ha empequeñecido, cruje y se menea, al igual que los otros, sobre espesas manchas de petróleo de las que asoman botellas, corchos, maderas. «¡Se vive!...» Las voces se recruzan alegremente en el humo agrio y pegajoso de un remolcador, se entreveran con los graznidos de las gaviotas que sobrevuelan toda esa linda mugre.

Palmares es bochinche de casas con las paredes sucias y torcidas que trepa hacia lo alto y remata en una punta: la iglesia de Nuestra Señora del Buen Tiempo, que sostiene una barca en una mano y una estrella en la otra y está de pie sobre un gran pez, una especie de recamado esturión con cabeza más bien de bagre, obra del maestro Nardi, que se empeñó en ángeles y demonios y algunos ejemplares de monstruos marinos, la misma iglesia de cuyo baptisterio huyó el Ángel en vuelo a Arenales, de donde fue recuperado con jaculatorias y abluciones. El sol rebota en los florones de latón, en el enorme reloj que alumbra en la noche como una baliza y en la estera sobre la que encaja la cruz.

El aire huele a salazón, a brea, a lonas y cabos. Un mendigo raspa una guitarra y un chico cubierto de harapos baila a los saltitos. Una vieja oferta ostiones y pescado frito. Algunos vagos miran con cierta curiosidad al Príncipe, que se ha vuelto a calzar el sombrero cordobés.

Dos sombríos jinetes, dos, aguardan sobre el muelle con una cabalgadura vacía al medio. Sus negras y quietas figuras se pierden y se recuperan entre el humo de los remolcadores, la nudosa muchedumbre, redes tendidas, canastas de pescado, nasas, panetas, algunos barcos en reparación.

Una jamona de brazos encarnados se abre paso a los gritos. El Andrés lanza un mugido, levanta los brazos. La puta señora, con un pañuelo atado a la cabeza y una falda de colores chillones, ríe fuerte, no sólo con la boca, sino probablemente con su experta hendija. El guitarrero se suma al alboroto con unos golpes de caja y unos rasgueos. Figuritas.

Oreste se vuelve y contempla el mar. Allí están esos días, esa breve y apretada

historia de la cual no queda nada a la vista, tan sólo el agua que se ha cerrado sobre ella. Aquel *Mañana* que todavía navega en su cabeza no es ahora muy distinto de ese *Barón Grampo* que vieron por la borda de babor, velero fantasmón, historias y tránsitos, montoncito de polvo sucedido que se resiste al olvido.

No bien se completa la maniobra, Mascaró emerge por el tambucho, de traje entero, con el chambergo de copa alta y el maletín en la mano. Clava a cada uno la fuerte mirada, saluda con un ademán conciso y salta al muelle. Los faldones del saco ondean brevemente, asoma la punta del 38, rebrillan las botas negras, sujeto recortado de tremenda catadura. Se aleja a paso rápido, se introduce entre la gente, monta a caballo de un brinco. El guitarrero ha suspendido la música. Mascaró levanta una mano. Los tres jinetes se alejan al galope aporreando los adoquines con los cascos, tres jinetes, tres, tres, tres...

Oreste y el Príncipe acarrear las cosas a tierra. Principalmente Oreste, que es quien sube por el tablón que acaba de colocar el Andrés. Por poco se mata cuando sube con el baño de asiento y pierde de vista el tablón.

Bien, ha llegado el momento de despedirse. Para el caso, el Príncipe, que con la capa y aquel sombrero parece un arzobispo, pronuncia un compuesto discurso de ocasión, en el propio nombre y en el de su ayudante o príncipe coadjutor, Oreste. Al efecto, se dirige con gesto sencillo al señor capitán don Alfonso Domínguez, al señor contramaestre señor Andrés y al señor maestro de cocina señor Nuño, momentáneamente ausente, elevando la voz no de comienzo sino en forma apropiada de modo tal que en mitad del exordio, donde se expone el nudo del asunto, que es sobre el tiempo y la amistad, se promueve con naturalidad en toda su corpulencia concitando la atención no sólo de los susodichos, sino, poco a poco, de otras tripulaciones, de los vagos que pasean por el muelle, de la puta señora, del mendigo guitarrero y del público en general, por lo que de momento se atenúa y aun se suspende el bullicio. En la misma proporción el Príncipe acompaña el discurso con gestos y ademanes que refuerzan o suplen la virtud de la palabra, sobre todo con tramados movimientos de manos en oportuna combinación que se ajusta a los preceptos de Quintiliano sobre el lenguaje de acción incluidos en el *Breve Manual de Oratoria* del profesor Juan Carlos Merlini.

Acerca del tiempo, el Príncipe memora con voz lúgubre su naturaleza pasajera que destruye todo lo que arrastra en su flujo, las hechuras más sólidas, los más soberbios monumentos, ¡cuánto más a los propios humanos pro forma transitables! *Panta rhei! Vanitas vanitatum!* Pero con todo había ciertos carismas y pertrechos del alma que hacían llevadero este tránsito y aun afirmaban perdurante esa mudable esencia. Tal por cual la amistad, sobre la que se explaya en la parte de la narración y confirmación o pruebas del discurso, a cuyo efecto retrotrae aquellos días en la mar, las alegres efusiones, las bravas peripecias, las altas visiones, sazonando el

parlamento con epifonemas, diversiloquia, expoliciones, etopeyas, hipérbolos, repartidas convenientemente en hinchadas paráfrasis, para rematar, de acuerdo con la disposición o plan que aconseja el abate Bautain, con una fogosa peroración destinada a inflamar y atraer los ánimos de los oyentes, ya renovando las impresiones que había excitado precedentemente, ya resumiendo las pruebas.

El capitán Alfonso Domínguez y el Andrés aguantan la perorata con la cabeza gacha, tiesos. El Capitán aprueba algunos pasajes con un gesto, pero ni siquiera levanta los ojos cuando en la confirmación o pruebas de la primera parte, referidas al tiempo, un perro mugriento, cuyos huesos empujan el cuero a cada movimiento del cuerpo, desciende por el tablón y olfatea los pies del Príncipe y comienza a mordisquear la correa de una sandalia hasta que el desgraciado vuela de un puntapié aprovechando la exaltación de una perífrasis.

El Príncipe, cuya voz en este punto se sobrepone a todo otro ruido, termina el discurso con un gran temblor del cuerpo y, acto seguido, abraza al capitán Alfonso Domínguez y al Andrés, que es como abrazar a un único y sólido hueso.

La multitud prorrumpie en gritos, aplausos y alguna pedorreta. La puta señora expele un bruto chillido. El guitarrero sacude un bailote, el chico salta, un remolcador dispara una pitada. Fragote.

Oreste abraza a su vez a los dos amigos, realmente conmovido. Se echa el bolso al hombro y trepa por el tablón, medio atolondrado.

El Príncipe lo sigue con paso lento, saludando a derecha e izquierda como un verdadero arzobispo. Pero en mitad del tablón se vuelve atraído por la voz del Nuño.

El maestro cocinero está de pie delante del Capitán con un traje de calle arrugado y una valija de mano sujeta con un trozo de cabo. El saco, que se brota de frunces a cada movimiento, lo ciñe como una tripa. Los brazos sobresalen de las mangas un buen pedazo y el botón del medio, que ha conseguido abrochar a duras penas, amenaza con saltar en cualquier momento. Con la otra mano sostiene un sombrero contra el pecho en actitud atribulada.

El Príncipe aparenta cierta sorpresa.

El Capitán coloca una mano sobre un hombro del Nuño. Lo palmotea suavemente.

—Ve, hijo. Jamás desoigas la voz de tu corazón.

—¡Señor Capitán! —exclama el Nuño, y lo abraza. Luego abraza al Andrés, que no entiende muy bien lo que pasa.

—Extrañaremos ese bravo «cocido de campaña» —añade el Capitán cariñosamente para aliviar la situación—. Pero la vida está llena de extrañezas. Ve, que te echaremos de menos, pero no te nos mueras. Siempre habrá un lugar para ti en este barco.

—¡Señor padre Capitán! —solloza ahora el Nuño, y vuelve a abrazarlo y en esto

salta el botón.

Se encaja el sombrero y trepa rápidamente por el tablón. Al llegar a lo alto se quita el sombrero y saluda al Ángel, pero no mira más allá para no ver a los dos hombres que lo contemplan desde la cubierta del *Mañana*, ese barco que desde ahora se le aparecerá en sueños.

Mientras acomodan los trastos en un carro apartando al perro que olfatea cada cosa y mea de paso el baño de asiento, el Príncipe interroga a la gente que lo rodea y aun lo toca, dónde se halla ubicado el Gran Circo de los Hermanos Scarpa. El Príncipe repite nuevamente el nombre, aclarando a los señores palurdos que se trata de un circo de primera y segunda parte, con tienda a la americana. Así y todo, nadie parece haber oído hablar de tal circo. Uno pregunta si acaso no se trata del Pabellón sudamericano que de todas maneras estaba en Pinilla, a noventa kilómetros de allí, por la costa. Por fin, el chico de los harapos, que ha dejado de brincar y se acerca atraído por una moneda que le muestra el Príncipe, informa que efectivamente hay un circo o algo semejante en un baldío al otro lado de la ciudad, que no recuerda el nombre, sino el número de Las tres barras fijas, y el otro llamado Juego de la Muerte por el conde Strofance, que generalmente aparece vendado.

El conde Strofance no es otro que José Scarpa, que hace tanto de volatín como de histrión mudo o bufo-mimo, beluario, ecuestre y hombre de caucho sin sobresalir en nada. En cambio su hermano Vicente fue toda la vida «bala humana» y no más que eso, como los viejos maestros, pero de los mejores, haciendo de ese solo número un entero y completo espectáculo hasta que terminó en bala perdida, no *per se*, sino *per accidens*, y con todo cumplió este último disparo como un verdadero artista, saliendo por los aires en posición gimnástica con su lindo casco reluciente y una larga estela de humo blanco que despedía comprimiendo una vejiga.

El Príncipe agradece al servicial rapaz con unas palmaditas y sube al carro apoyándose en un hombro de Oreste. Con todo, el pequeño desgraciado reclama la moneda, que ha vuelto al bolsillo del Príncipe, tironeando descaradamente de la capa. El Príncipe, que se ha acomodado en la bañera de asiento, acaricia paternalmente su mugrienta cabeza y con un gran ademán ordena emprender la marcha. El cochero, un tipo con un pajizo echado sobre la cara, que pita un nervudo cigarro de especie venenosa, lanza un grito como si le hubiese picado un alacrán, el caballo sacude la cabeza algo sorprendido y arranca de un tirón sin rumbo fijo.

Mientras el carro se aleja entre la gente, el Príncipe saluda con los brazos en alto, muy compuesto señor, Oreste se vuelve y contempla por última vez el *Mañana*. Allí están todavía de pie, en el mismo lugar, el capitán Alfonso Domínguez y el señor contraamaestre señor Andrés.

Palmares se fundó tres veces por lo menos, sin tomar en cuenta otros despojos y

fundaciones que ocurrieron entre medios. En realidad, más que fundarse vino a ser, es decir, no hubo un Diego de Almaraz que llegó por el mar con la idea fija, la ciudad ya hecha y poblada en la cabeza, cada gesto a ademán pesado de tanta historia que vendría después, sino que se hizo absolutamente de pedo. Algunos, para simplificar, arrancan la historia de la fundación que mandó hacer el gobernador Balparda cuando la ciudad ya había crecido, casi era del todo lo mismo que es hoy, tenía ya el faro y el muelle de mampostería y la iglesia, la primitiva de madera que se removió hacia lo alto y por fin se rehizo de piedra y mortero, y el dispensario y la barraca de ramos generales y el aserradero y el «convento» de madame Cappone, y ésta fue la tercera fundación, de simulacro, que se toma en cuenta para los aniversarios.

El *Juan Nepomuceno*, un bergantín foquero, exactamente un brick, que algunos llaman bricbarca, porque además de los dos palos llevaba otro menor a popa para la cangreja, al mando del capitán Melchor Oviedo, que venía hacia el sur atraído por la noticia sobre grandes colonias de lobos de dos pelos o focas peleteras, casi extinguidas para esa época en el Ártico, por lo que se presume el suceso alrededor de 1820, buscó refugio en una bahía que remataba al norte en un cabo que llamó de la Candelaria, por coincidir ese día con la festividad de Nuestra Señora de la Candelaria, y no como presumen algunos por motivo o memoria del gentil facineroso Candela, que ejerció sus maldades muchos años después. Durante la noche se ventó el sur y fue tan recio que enloqueció el agua de la bahía y el barco garreó y enloqueció a su vez, y en tanto Oviedo lidiaba con él arguyendo altas maniobras y muy fuertes oraciones desde tierra se oía un «mucho estruendo y grandes ruidos de voces y gran sonido de cascabeles y de flautas y tamborinos y otros instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la tormenta cesó» y el *Juan Nepomuceno* amaneció treinta metros tierra adentro, por lo que Oviedo rebautizó aquel paraje Bahía del Espanto, sin aclarar si este nombre alcanzaba al cabo Candelaria, que de cualquier forma quedó Candelaria del Espanto. Ahí comienza a torcerse la historia.

Cuando, días después, terminaron las primeras casillas y una barraca, Oviedo, que era persona de mucha religión, abjuró de aquel nombre maléfico y denominó al conjunto Providencia, pero ya se habían marchado algunos hombres, que llevaron los nombres de Candelaria, Espanto, Candelaria del Espanto y Espanto de la Candelaria, indistintamente, a los que no mucho después alcanzó el de Providencia, con lo que las gentes de los exteriores pensaron que por aquellos lados había todo un país. Este par de casillas devino una aldea de pescadores por necesidad de sustento, y fue ésta en sus comienzos una comunidad de hombres, una suerte de cofradía u orden marítima por el espíritu religioso y aun fantástico que animaba a Melchor Oviedo, aunque se promovieron allí grandes bujarrones que descollaron en este entretenimiento.

Se sabe que en esta costa abunda el cazón, por lo que la industria de Providencia vino a ser la pesca y salazón de este pez, cuya torva figura cruza el escudo de

Palmares y debió estar a los pies de Nuestra Señora del Buen Tiempo en lugar de ese otro extravagante que ideó el maestro Nardi. Esta industria, que por un tiempo dio cierta prosperidad a Providencia, no sólo fue posible por la abundancia supracitada, sino también por el ingenio y tenacidad de aquellos hombres que, todavía en vida del abate capitán Oviedo, idearon la forma de comunicarse y comerciar con otros pueblos de esta región, naturalmente por mar, pues nunca tomaron en cuenta la tierra, con lo cual habrían ahorrado mucho camino. Al efecto construyeron unas canoas de odres, compuestas de grandes odres atados en ángulo sobre los cuales colocaban una plataforma. Las tales odres o batangas se hacían cosiendo varias pieles de lobo marino. Estos cueros se moldeaban previamente rellenándolos con arena, luego se les pasaba una cuerda de tripa que iba de un lado a otro y se recubrían con un betún de grasa y resina. Los odres se inflaban mediante un caño de tripa con embocadura de hueso que iba a proa y por el cual se soplaba cada vez que aflojaba la hinchazón. Estas canoas, impropriadamente llamadas balsas por los de tierra firme, pues son ni más ni menos que canoas dobles de procedencia oceánica, transportaban de uno a dos tripulantes y una carga aproximada de quinientos kilos. Con ellas los hombres del *Nepomuceno* salieron de Providencia y arrimaron a otros pueblos. De allí volvieron con bastimentos e imprenta y un altar y, apenas muerto el monseñor Melchor Oviedo, con un alegre lote de putonas.

A partir de ahí Providencia prospera en riqueza y pecados. De manera que atrae, por turno, primero al infernal Mezquita, que se hacía mencionar general y casi lo era por lo bruto, sólo que al natural, bandolero en regla, esto es, reconocido legal, con potestad y estatuto, ejército instruido de gran formato, que puso cerco a la villa y los primeros días enloqueció a la gente haciendo sonar a toda hora unas trutucas descomunales que prorrumpían en gordos mugidos, y luego como sellaran los oídos con aquel betún calafate, le prendió fuego en espléndida forma, según su natural inclinación al espectáculo, con una salva de cohetes asteroides, pieza de artificio de majestuosa belleza que consiste en un cartucho de dos cuerpos con un cohete ordinario, que es el que produce la elevación, en la parte inferior y otro de efecto en la superior que despide al asteroide propiadamente dicho, el cual desciende suspendido de un pequeño paracaídas promoviendo graciosas formas y colores que se complementan, por lo general, con el incendio de casas y graneros. La mejor composición para esta hermosa pieza es la Siguiete, que sugiere M. Brown:

Salitre o nitro 8 onzas
Carbón animal
bien pulverizado 3 1/2
Polvo de barril 1 1/2

Lo que hay que proponerse en primer lugar al construir este cohete es obtener una gran elevación del mismo. Esto se consigue eligiendo la preparación más adecuada y comprimiéndola cuidadosamente en el cartucho, habilidad perfeccionada por el magnífico e infernal Mezquita en persona.

En realidad, Mezquita vino a ser un fuerte progreso para Providencia, pues, versátil como era, decidió asentarse en ella y promover desde allí un territorio de su propiedad, ordenado y extirpado, con discurso y figura de república y regla bien tramada en su estilo para aplicar y contrariar a voluntad y bandera y escudo y devociones y todos los arneses del estado y un lote de generales en retiro para vistosidades y peroratas, reservándose desde ese momento el título de mariscal general.

El día que entró en Providencia, o donde fue que estaba, con mucho aparato, adelantando un bosquecillo de estandartes que tremolaban como grandes y coloridos pájaros y después la banda que soplaba y golpeaba un danzón ecuestre y él de paisano sencillo en medio de tremenda gloria, casi por descuido al frente de tantos feroces jinetes que trotaban de ocho en fondo, ordenó colgar a los pocos muertitos que hubo, para ostentación de conveniente maldad, otro ítem remover los escombros, censar a las viudas, erigir un recordatorio y, por la noche, dispensar muchos tiros de artificio, poblando de esos locos fuegos aquella noche de fundación, pues ahí mismo dispuso fabricar una verdadera ciudad, más hacia el cabo para zafar el sur que apagaba los fuegos.

Entonces fue que se movió hacia lo alto del médano que preside la bahía la iglesia de madera que hizo construir Melchor Oviedo, el cual hacia sus finales fue ungido por un ángel obispo y celebró algunas misas con homilía y todo. Además de la iglesia, quedaron en pie algunas casillas, pero la parte nueva se edificó en torno a una plaza, la misma que es hoy del Mercado Viejo o Feria de San Venero y que entonces tenía un laguito artificial con un puente de arco y balaustrada por el que se cortaba camino a la Casa de Gobernación, un monumento de mármol, el primero de que se tenga noticia en esta parte del mundo, que se encargó a las Europas y se embarcó equivocado, pues en lugar del mariscal general Mezquita, representaba a un sujeto furibundo con uniforme de algarbe línea, pero igual era impresionante de bonito, el kiosco de la banda y una alameda de palmeras que se veía desde muy lejos, sobre todo cuando soplaba viento y su emplumado ramaje disparaba esos revueltos brillos y uno venía del mar.

Mezquita mandó construir asimismo un muelle de cincuenta y cuatro metros de longitud y tres de ancho, piloteando hasta la tosca, un presidio, un cuartel, un quilombo, que los domingos y festividades dispensaba en un tablado sainetes y entremeses *alla rustica*, y el faro sobre el peñón del cabo. Una escalera de dieciocho metros conducía a la cima. La torre, una caseta circular que colocada sobre el peñón

aparentaba una torre, tenía un techo de hierro galvanizado en forma de bonete que protegía nueve lámparas enfocadas sobre un reflector único. Estas luces, trepadas a unos treinta metros sobre el nivel del mar, abarcaban un sector de noventa y tres grados, con una visibilidad de hasta doce millas.

El faro fue encendido a la caída de la noche del 13 de junio de 1879. Mezquita contrató a un cura con roquete y capa pluvial, el mismo que luego quedó como capellán y más tarde, muerto en gloria el mariscal general, se alzó contra la autoridad central con dispensa del heresiarca Pallares, y echando a volar la campana de la iglesia, la primitiva del *Nepomuceno*, bautizó a la ciudad con el nombre de Oropinto, extinguiendo por el mismo acto el de Providencia y prohibiendo con prisión y veinte azotes el de Nueva Providencia que ya había empezado a rodar.

Ese mismo año Mezquita emitió su propia moneda, no solo por ostentación, sino aun por necesidad, que fue de uno y de cinco gramos de oro, utilizando como aleación el 15% de plata, lo cual representó un negocio con el tiempo, pues los coleccionistas de las Europas, que reclamaron un par de cajones, pagaron el valor estampado.

Mezquita llevó las cosas demasiado lejos cuando despachó un embajador ante el gobierno de facto legal con el propósito de convenir fronteras. El embajador fue devuelto en un cajón queapestaba y se promulgó la guerra con grandes celebraciones. El general Baigorrita bajó del Norte con fuerte caballada, des cañones de 37 de infantería y un cañón de 65 de montaña, bien dispuesto al estrago el muy hijo de puta. El mariscal general Mezquita, ya viejo, con traje de paisano y un machetito alegre, le llevó una carga en el Paso del Portugués, otra en el Ceibal Grande, otra en Las Vacas y una muy de azote en la Margarita, pero aunque quedó reducido a la mitad el represivo llegó a Oropinto con aquellos putos cañones, que se cuidó de usar y que cubría con unos tolditos.

Mezquita mandó una misa cantada y echó adelante los estandartes, y después llevó una carga para regocijo, por demás vistosa, y cuando la vio perdida se fue al humo rajando jaculatorias, los bravos feroces echando fuego, cabalgantes, espuma y polvo y grito, entrando en bronce con muerte y muerte. Mezquita quedó para el final, capitán en asuntos de peligro. Solo, negro, paisanito. Alzó el machete y dio la corrida y una bala del 65 lo remontó a la gloria en cuerpo y alma.

Oropinto fue arrasada con tiros de práctica. Quedaron en pie la iglesia, que con los sacudimientos echó a tocar la campana mientras duró el tiroteo, seis casas de las afueras, dos paredes del quilombo, media cantina y algunas palmeras, por lo que en el acto se redujo a paraje, aunque luego se toleró el título de poblado por la magnitud de su cementerio, que de lejos parecía un pueblo. El faro también siguió en pie, aunque sin funcionar, lo cual provocó varios naufragios. Por esta y otras razones se estableció allí un apostadero naval con una buceta artillada, dos chinchorros y un comandante

marítimo. En el paraje o poblado que se denominó por entonces Las Palmeras, Paso de las Palmeras, Faro Judas, Bahía del Palmar y Palmares. La historia torcía y recrudecía otra vez.

Aquel apostadero fue el origen, o por lo menos la simiente, del actual Palmares, puesto que, por estrictas razones de Estado, alentó y practicó el contrabando, lo cual le dio rápido impulso y una alocada prosperidad. Tres años después tenía 1.623 habitantes, la Casa del Prefecto Gobernador, varias casas de asiento de uno y dos pisos, el primitivo quilombo de madame Cappone, una barraca de ramos generales, un aserradero, una comisaría con armamento y caballada, un dispensario, cuatro cantinas, una fonda, un monte pío y un muelle de mampostería de piedra arenisca con coronamiento y escalera de granito y dos espigones con un güinche de vapor y una baliza. No mucho después se construyó el faro, que hoy se ve en el mismo emplazamiento del anterior, y como el de Arenales, obra del ingeniero Borelli, con una torre cilíndrica de piedra y argamasa pintada a tres fajas horizontales: negra la inferior, blanca la del medio y negra la superior y la linterna, con doble plataforma, barandilla y garita, altura dieciséis metros: Luz, 0,45 s.; eclipse, 3,30 s. Luz, 0,45 s.; eclipse, 10,80 s. Señales de banderas (C.I.). Fue inaugurado el 25 de febrero de 1884 y, como en el caso anterior, esta fecha coincidió con la última y, al parecer, definitiva fundación llevada a cabo por el prefecto gobernador Balparda, que le impuso oficialmente el nombre que hoy perdura.

Y ese día apareció en el baptisterio de la iglesia de Nuestra Señora del Buen Tiempo el Ángel semoviente, impuesto por mano desconocida o bien por voluntad propia. Y fue que fue Palmares.

—Palmares..., me pregunto cómo nació y creció y vino a ser lo que es —discurre el Príncipe mientras observa el faro que resbala sobre los techos a medida que el carro trepa por una calle de adoquines.

—Más o menos la misma historia de siempre —dice el Nuño—. Unos tipos que se extraviaron o los tomó una tormenta, y después todo ese trajín del tiempo.

Las rotosas paredes brotadas de humedad se empinan hasta una curva y reaparecen por arriba de una casa. Hay gente por todas partes. El aire huele a orines y frituras.

—¿Qué te parece, Oreste? —pregunta el Príncipe más bien contento con todo ese barullo.

—No me gusta la ciudad.

—No pienses en tus tristezas, que siempre tienen que ver con una en especial. Piensa como forastero.

—No se ve el camino.

—Es una parte de él, muchacho. No te quedes. Las ciudades son para tránsito, se

atraviesan.

Pasan frente al bar Corona, contiguo al Gran Hotel y Restaurante Los Dos Mundos. A través de la puerta se ven unos tipos alineados en la penumbra frente al mostrador que se borra por lo oscuro.

—De cualquier forma no te quedes en ninguna parte más del tiempo necesario. ¿Qué es aquello, compadre?

Señala un gentío que se remueve en una plaza. Hay unas tiendas de colores, unos armarios con ruedas, una pagoda de latón esmaltado, unas señoras para el uso, racimos de globos, jaulas, caponeras, braceros.

—El Burdelito, o Feria de San Venéreo —responde el cochero torciendo la boca en dirección al Príncipe.

—¡La loca vida! ¿Eh, Oreste?

Oreste ladea la cabeza.

A medida que se aproximan asoman entre los puestos un reñidero de gallos, una gitana adivina, un palo enjabonado, más señoras para el uso, un vendedor de rosas y maníes con una locomotora de mano, un forzado con maillot de una sola pieza, una Flor Azteca, un Mandarín de la Suerte, un organito.

El Príncipe se pone de pie, excitado. Levanta una mano, traza unas señales en el aire y arroja en dirección a la gitana ciertos invisibles puñados. La gitana le responde con parecidas señales.

—¿Qué es eso? —pregunta el Nuño.

—Celesta y Compuesta.

—¿Qué?...

—Entrefratres, fluidos comunicantes, emanaciones...

—Mugre es lo que emana —dice Boca Torcida. El forzado está de pie sobre una pequeña tarima con los brazos cruzados sobre el pecho. Tiene el pelo partido al medio, unos mostachos aceitosos y una rodillera ligera en la pierna derecha que avanza gallardamente hasta el borde de la tarima. A un costado hay un letrero a dos colores que dice:

CARPOFORO

Campeón Mundial de Lucha

Grecorromana

Libre Olímpica

Libre Profesional

Canaria

Leonesa

Al aceite

Valetodo

Bestiario

Se acepta cualquier clase de desafíos y apuestas

con personas o criaturas en general

Pruebe su Suerte

Imprenta «La Velocidad»

Por encima de la multitud sobresalen muy alto unas palmeras con los troncos carcomidos, que rodean la plaza. El tiempo debe de haber abatido algunas otras porque la alameda se interrumpe a trechos. A través del ramaje polvoriento se divisa contra el cielo la aguda torre de la iglesia de Nuestra Señora del Buen Tiempo que corona un rimero de casitas. Debajo de ellas está el médano que en otra época sirvió como punto de marcación, sobre todo viniendo del suroeste, visible a quince millas y después a dieciocho cuando tuvo la iglesia encima.

Oreste, algo aturdido por toda esa bullaranga, levanta la cabeza de golpe. Ha oído en algún rincón el temblorcito de un sonajero de uñas. Viene por el aire rápido y suave, pin saltarín, como un colibrí. Viene y se va, tan livianito.

Se pone de pie y repasa la multitud, los rincones.

—¿Qué hay? —pregunta el Príncipe.

—Nada... —Oreste sonrío.— Celesta y Compuesta.

El Príncipe lo mira a los ojos. Patea el asiento del auriga. El caballo arranca con un tirón y Oreste se desploma sobre la tabla. El carro se aleja. Oreste vuelve a oír el sonajero, algo distante. Después cree oír un cordaje, una voz, el cimbreo de un birimbao, aquel asunto liviano, especie de anuncio.

El carro atravesó la pecadora ciudad de Palmares deteniéndose de vez en cuando para interrogar el Príncipe dónde quedaba el Gran Circo de los Hermanos Scarpa y cuando empezaron los baldíos y el Príncipe a desconfiar de José Scarpa o conde Stroface, un mismo hijo de puta como consta, vieron al sobrepasar una esquina una enorme carpa que colgaba del cielo no ya en un baldío, sino en el mismo desierto, lo que la hacía aparecer más grande, y esta noble visión golpeó en el corazón de los amigos, inclusive en el de Boca Torcida, que detuvo la marcha, apartó el cigarro y escupió por encima del caballo.

Permanecieron un rato así, en silencio. La carpa era una verdadera mierda, llena de parches y rifaduras, pero ellos la veían con otros ojos. Veían esa forma leve, un torrente de paños removido por el viento, los oriflamas y estandartes que se contoneaban como peces en el aire azul, los coloridos carromatos, los tremolantes banderines que cruzaban el cielo y aquel enano vestido con un mameluco de payaso

que avanzaba hacia ellos dando vueltas de camero, vueltas de campana y saltos de trucha.

El gorgojo pegó un último salto en forma de tirabuzón cayendo delante mismo del caballo en posición de discurso y preguntó qué deseaban los señores, en especial monseñor, refiriéndose sin duda al Príncipe, que sacó la cabeza por encima de la baranda, y dijo en dirección al suelo:

—Oye, hijo...

—Perinola.

—¿Qué es eso?

—Mi nombre.

—Señor Perinola...

—Perinola sólo.

—Oye, pequeño hijo de puta, en adelante te llamaré como quiera, ¿entiendes?

—Sí, monseñor —respondió el enano sin inmutarse y pegó un salto mortal.

—Si espantas al caballo te aplastaré con un dedo.

Oreste miró al Príncipe con expresión dolorida.

—No te preocupes. Estos enanos son perversos por naturaleza —lo tranquilizó el Príncipe—. Dime, repugnante mirmidón, ¿es éste el grandioso y afamado circo de los hermanos Scarpa?

—No es éste el afamado y glorioso circo de los hermanos Scarpa —respondió el enano con voz de falsete—, sino el mugriento espoliario del roñoso señor José Scarpa.

Pegó otro salto.

—Bien, ¿dónde está ahora ese señor?

—Ponte de rodillas y te lo diré.

El Príncipe tomó lo primero que tenía a mano, la escupidera enlozada, y se la arrojó con fuerza a la cabeza. El enano la esquivó con un salto mortal, y cuando el Príncipe empuñaba una de las damajuanas señaló con un dedo en dirección a uno de los carromatos.

—Ve y dile que está el Príncipe Patagón en persona.

—Ya tenemos un príncipe.

—¡No me importa! Ve y díselo ahora mismo.

El enano sonrío con malicia, pero cuando el Príncipe levanta la damajuana se aleja tranquilamente a los saltos en dirección al carromato.

El Príncipe de todas maneras ordena a Boca Torcida que los lleve hasta ahí. Más de cerca advierten que el enano tiene bastante razón. Aquello es una ruina, un campamento de vagabundos. Unos tipos con disfraces ajados y rotos o en el mejor de los casos con ropas que parecen disfraces entran y salen por los agujeros de la lona. Tienen todos una linda cara de muertos de hambre. La ropa tendida entre los

carromatos está en las mismas condiciones que la carpa. El viento hincha un mameluco de *arlecchino* que salta y bailotea en la soga como si estuviera vivo. Hay cuatro jaulas que despiden un fuerte olor a establo. En la primera pasea de una punta a otra un oso con el pelo descolorido, en la segunda dormita un león que se confunde con la paja que cubre el piso, la tercera está vacía, en la cuarta hay una pareja de monos que chillan a los recién llegados. Algo más apartado hay un corral con algunos caballos y un poney que trota incansablemente con los ojos clavados en el suelo. Un sujeto con breches y polainas y el torso desnudo se afeita frente a una palangana sujeta por una armazón de alambre y a un trozo de espejo colgado de un poste.

Un letrero de lienzo, suspendido entre dos palos, dice: GRAN CIRCO SCARPA, y varios otros de papeles, pegados por todas partes, principalmente sobre la carpa y casi con seguridad sobre un agujero, dan cuenta del programa:

ATENCIÓN Pocas Funciones ATENCIÓN

GRAN CIRCO SCARPA

Nuevo y variado programa dividido en dos partes

PRIMERA PARTE

Gran Pout-pourri artístico con todo el personal de la compañía.

LAS TRES BARRAS FIJAS

Por el célebre y sin rival gimnasta Iván Mitrenko.

GRAN ESCAMOTEO

En medio de la platea por el famoso conde Strofance.

EJERCICIOS ECUESTRES

Por la amazona señorita Lombardi en carácter de Primera India, haciendo muchas pruebas arduas y elegantes para concluir con el dificultoso esfuerzo de la escarpada.

GRACIOSA INTERVENCIÓN

del payaso enano Perinola.

JUEGO DE LA MUERTE

El temerario y sin igual conde Stroface bailará en la maroma el fandanguillo con los ojos vendados, marchará con prisiones estando la cuerda guarnecida de puñales y poniéndose de cabeza sobre la misma con las prisiones en los pies y concluirá haciendo varios equilibrios en una silla sobre la maroma.

EL DENTISTA LOCO

o nuevo método de arrancar un diente por virtud de la pólvora a cargo del payaso Perinola.

EL CACIQUE ARAUCANO

o sea el renombrado ecuestre José Scarpa se presentará en su veloz caballo Selim en traje de indio araucano exhibiendo las armas propias de sus costumbres y ejecutando diversas y difíciles actitudes académicas del mejor gusto.

EL HOMBRE VOLANTE

Nuevas y sobrecogedoras pruebas a cargo del gimnasta Iván Mitrenko.

EL NIÑO MÁGICO

o sea el niño-fenómeno Coquito, que, transportado en su Globo Volante, desarrollará nutridos juegos malabares y el extraordinario experimento japonés.

EL REY DE LA SELVA

Única y soberbia presentación de animales selváticos amaestrados a la palabra y presentados en libertad por el famoso beluario Mr. Crosby.

LOS BINARIOS

Nueva y desopilante entrada del enano Perinola, esta vez en alternadas y ocurrentes situaciones con el

eximio payaso blanco señor Max.

GRAN PARADA

o desfile ecuestre al son de música adecuada con la participación de los jinetes volantes señorita Lombardi y señor Scarpa, montando para el evento el payaso Perinola al singular poney Farfante. El ecuestre señor Scarpa ejecutará en esta ocasión el número más difícil de su extraordinario repertorio, o sea el salto a través de un bocoy cayendo de pie en su caballo mientras éste proseguirá a toda carrera.

Intermedio: 20 minutos

La Banda de la empresa conducida por el maestro Marsiletti ejecutará *El Aeroplano*, *Tus ojitos negros*, *Besos Locos* y otras selectas partituras del repertorio universal.

SEGUNDA PARTE

Se pondrá en escena el interesante drama en 2 actos y 10 cuadros *Zuleia o El juramento de la doncella* con la actuación magistral de la célebre dramática Emma Montaldi y la participación especial en el papel de Alfaro del renombrado actor Dante del Alba.

Imprenta «La Unión», de López y Castillo.

El Príncipe lee con entusiasmo aquel generoso programa que seguramente, con algunos retoques, pertenece a la fértil inspiración de Vicente Scarpa, hombre elevado en todo sentido, imaginando al mismo tiempo su propio nombre entre aquella dulce señorita Lombardi y el ostentoso Strofance. Scarpa, además de ilusionista y funámbulo como conde Strofance y ecuestre con su propio nombre, interviene casi con seguridad como beluario y actor dramático bajo las respectivas figuras de Mr. Crosby y Dante del Alba, y muy probablemente encarna también a ese sospechoso señor Max, que aparece una sola vez, puesto que el mismo traje de beluario sirve muy bien para el payaso blanco que viene después. El Niño mágico Coquito no es otro que el degenerado enano Perinola suspendido en su globo volante de una maroma a cierta altura sobre el picadero. La señorita Lombardi y Emma Montaldi son una misma dulce persona. Estas capacidades y mutaciones, aunque resienten el oficio, por cierto

que favorecen a la vida, pues uno se multiplica, se redobla, convive, en tantos y más. Transportado por tales ponderaciones, que borran de *ipso facto* zozobras y fatigas, el Príncipe se golpea el pecho y abraza al señor Nuño, conmovido en iguales términos. Entre tanto Oreste, que ha saltado del carro atraído por las jaulas de los animales, intercambia alegres morisquetas con el par de monos.

Farfante deja de dar vueltas. Cabecea comadrón, caballito niño. La señorita Lombardi acaba de aparecer por un costado, cuerpo figurín tamañito de lindo. Lleva los pantalones de montar, bien ceñidos, y esas botinas de becerro tan menudas y una blusa blanca. Acaricia al pasar a Farfante. Luego se desplaza a los saltitos por delante de los señores, les sonrío. El Príncipe se pone de pie y se quita el sombrero. El Nuño lo imita boquiabierto. La señorita observa un momento a ese señor que salta de puntillas con los brazos encorvados delante de la jaula de los monos. Suelta una risita y Oreste se vuelve confundido. Saluda demasiado tarde, porque la señorita se ha ido. En su lugar le responde el maldito enano, que acaba de salir del carromato. Detrás de él aparece el señor Scarpa, alias Stroface, alias míster Crosby, alias señor Max.

—¡El señor Scarpaface! —anuncia el enano con una reverencia.

Se raja un viento y señala al susodicho.

El señor Scarpa se quita una gorra de hule que deja al descubierto una pelada encarnada y pelusienta como el culo de un bebé y golpea con fuerza los talones de las botas.

—¡Mi querido Príncipe!

El señor Scarpa abre los brazos, pero no baja inmediatamente del carromato. Sonríe de oreja a oreja mientras sus renegridos ojos observan atentamente a cada uno de aquellos vagabundos. Es flaco como un espárrago, con una cara espesa, color aceituna, blanda de carnes y unos bigotes en forma de manubrio que se sostienen rígidos y curvados a base de tragacanto. Tiene una mano vendada y un tajo en la frente.

—¡Mi querido y dilecto amigo! —prorrumpe a su vez el Príncipe, todavía bajo los efectos de aquellas reconfortantes visiones y tan nobles pensamientos.

Scarpa baja la escalera con los brazos extendidos. Lleva puesto un guardapolvo oscuro que parece un hábito. Es un tipo lúgubre.

El enano camina hacia el Príncipe con los brazos igualmente abiertos, un poco detrás de Scarpa, y mientras los dos hombres se abrazan él hace la comedia abrazando el aire y esquivando un pie del Príncipe que lo pateo de costado.

—¡Vaya sorpresa! —exclama Scarpa con alguna puta intención, pues sus ojos, que no tienen nada que ver con el resto de la cara, expresan otra cosa.

Vuelve a abrazar al Príncipe.

Mientras aguanta el fuerte olor del señor Scarpa que le introduce en la oreja derecha una punta del bigote, el Príncipe se pregunta en qué consiste la sorpresa, pues

aquel viaje ya había sido arreglado en un par de cartas que se cruzaron por iniciativa de este señor. Todavía conserva en el bolsillo del pantalón la última de Scarpa, donde conviene las condiciones basadas en las pretensiones del Príncipe, que son las comunes sencillas, y de paso, expone algunas sugerencias acerca de un cierto número de levitación mediante el empleo de un cable de acero de 3/8, un pretal y la denominada luz negra.

—El señor Nuño, trágico-lírico, discípulo del gran Gamarra —procede el Príncipe, señalando al ex maestro cocinero.

El Nuño se inclina con un breve crujido de los pantalones.

—¡Ah! Gamarra, Gamarra... —dice Scarpa con aire mundano, como si aquel nombre le atrajera recuerdos muy personales.

—El señor Oreste —prosigue el Príncipe—, transformista.

Oreste inclina el cuerpo (siente aún un chorrito de arena que resbala por la espalda), encoge una pierna y revolea la mano derecha, lo cual, en principio, desconcierta al señor Scarpa, que se frota los bigotes y revuelve los ojos.

El enano Perinola repite las presentaciones y saluda por su cuenta, cosa que al Príncipe lo altera profundamente, no así al señor Scarpa, que parece ignorar su existencia.

—El señor Boca Torcida —dice el Príncipe, haciendo un notable esfuerzo para no retorcerle el pescuezo al pigmeo hijo de mil putas—, caballista y pirófago.

—El señor Culo Torcido, pirollista y cabafago —gorgojea Perinola.

Boca Torcida aparta el asqueroso cigarro, echa una bocanada de humo que borra por el momento su cara y escupe a los pies del señor Scarpa con notable puntería.

—Creí que vendría solo —comenta Scarpa muy por arriba.

—Es así, en cierta forma, pues estos gentiles señores son mis ayudantes coadjutores —verborrea el Príncipe—. Los tantos compromisos y muchos trajines me han obligado a ello, querido maestro.

—Los tantos y muchos mean obligados, querido maestro. ¡Ja!

—Oye, no rompas —dice Scarpa brevemente a Perinola. Le halaga el título. Es una costumbre que se ha perdido en estos roñosos tiempos.

—Supongo que comen —observa con todo.

—Son de buen diente —responde el Príncipe, que aunque está acostumbrado a pasar hambre, en ese momento siente un enorme vacío en el estómago.

Scarpa se frota los bigotes aún más nervioso. Sin embargo, habituado como está a las contrariedades de este mundo, ordena al enano Perinola una jarra de sangría y algunos bocadillos para agasajar a los amigos. Los señores toman asiento en dos tabloncillos a ambos lados de una mesa destartada a la sombra del carromato del señor Scarpa que se recorta oblicuamente sobre la tierra pelada. El señor Scarpa pregunta acerca de lugares y personas, y aunque parece interesado y hasta conmovido por los

recuerdos que aporta el Príncipe, sus ojos divagan de un lado a Otro, no ya alarmados o precavidos, sino simplemente tristes.

El Príncipe menciona al pasar al hazañoso Carpofofo, campeón de lucha de todos los géneros, incluida la lucha al aceite.

—¡Ah! Carpofofo, Carpofofo... —rememora Scarpa con verdadero cariño. Boca Torcida, que está sentado a su lado, le arroja a la cara el humo de su apestoso cigarro, pues la torcedura apunta directamente sobre él, pero el señor Scarpa se limita a apretarse la nariz con discreción cada vez que se frota los bigotes. Boca Torcida, por lo visto, no sólo se siente cómodo con ese nombre, sino que se comporta como si perteneciera a aquel grupo de señores hace un tiempo, lo mismo que el perro que los ha seguido desde el puerto, y que en este momento olfatea prolijamente una bota del señor Scarpa.

—Gracioso animalito —comenta éste con relativa sinceridad. Y añade, balanceando peligrosamente la aguda punta de la bota:— ¿Es de ustedes?

—¡Califa! ¡El Mastín excéntrico! Ven acá, hijo —dice el Príncipe con absoluta naturalidad.

Oreste lo mira a través de la mesa.

El chucho se acerca al Príncipe, que hace sonar los dedos.

—Saluda al señor maestro, hijo.

El chucho se para en dos patas y con las otras dos bonitamente recogidas y la lengua afuera cabecea en dirección a Scarpa, que sonrío por primera vez.

—Con franqueza, aparenta un perro cualquiera.

—Los verdaderos magistas ni siquiera se dan cuenta de que son tal cosa —dice el Príncipe.

—En efecto —confirma Scarpa sacudiendo la cabeza y entrecerrando los ojos, aunque no entiende muy bien a qué se refiere el otro.

El enano Perinola vuelve seguido por un tipo vestido con jubón y calzones que trae una jarra enlozada y una bandeja de lata con algunos platitos y unos jarros.

El señor Scarpa llena los jarros, y antes de beber saluda con el suyo en alto a los señores. El Príncipe responde en la misma forma, pero los demás desgraciados tienen las manos ocupadas en llevarse a la boca puñados de maníes, trozos de galleta y unas grasientas rodajas de salame, que en eso consisten o más bien consistían los bocaditos. Le queda el consuelo de comprobar que el enano Perinola manotea en el aire, pues el señor Boca Torcida, que es el más rápido, le aparta velozmente los platitos cada vez que trata de alcanzarlos.

El señor Scarpa, siempre distante, pregunta por el célebre Erico Paoletti, actor y maquetista del otrora famoso Gran Politeama que se lucía muy especialmente en aquella ocurrente pantomima «Paolino Cagaverde»...

—«Paolino Siempreverde.»

—Algo así... También hacía «El sillón endiablado».

—«La silla encantada.»

—El sillón o la silla, lo mismo da... Eran otros tiempos... Por el payaso Fornaresio, por «Tornillo» Sacomano, el contorsionista del Circo Arcadia y después del Nuevo Marconi, por el acróbata Pepe Rubertino, notable «perchista»...

—Se quebró la cabeza en el Coliseo.

—Ya estaba viejo.

—Últimamente trabajaba como «corona» en la Pirámide Olímpica, pero cuando no lo veía nadie subía al trapecio. Así fue como se estrelló... Por el gran Montenegro, Pío Montenegro, que hacía aquel riesgoso número de la escala de sillas y la más impresionante imitación de la crucifixión de Cristo para el tiempo de la Cuaresma.

—Todavía la hace, pero ya no lo suspenden propiamente, sino que apoya los pies en un banquillo, aunque ahora hasta despidе sangre por medio de unas mangueras de goma.

—Otro signo de los tiempos. La mecánica corrompe al genio.

Boca Torcida eructa con fuerza, pero incluso él siente una mierdosa nostalgia por todos aquellos nombres, esos raídos fantasmas que como la señorita Lombardi atraviesan sin hacer ruido las mugrientas ruinas del Gran circo de los hermanos Scarpa.

El señor José Scarpa apura el contenido del jarro y con voz atribulada memora aquella época de esplendores, cuando el circo competía con el teatro y las demás bellas expresiones y todos ellos eran tenidos como artistas y no poco menos que por unos vagabundos, tal cual sucede ahora, esta otra época de oscuridades en la cual el materialismo más desenfrenado ha corrompido las buenas costumbres y, *per oblicua*, envenenado el arte, promoviendo descaradas deformaciones del espectáculo, como el biógrafo y otros engendros mecanicistas que usurpan el lugar del talento. Véase si no la bochornosa situación de aquel gran circo (señala con una mano huesuda la carpa agujereada, las jaulas pestilentes, toda aquella trashumante miseria) disputado en otro tiempo por pueblos y ciudades, cuna de grandes artistas como el preciado Montenegro o el fabuloso Tiberio Rocco-Guzzi (a) Dedos Brujos, por no mencionar al propio Vicente Scarpa, justa de competente ingenio, suceso de tanto regocijo, encantada figuración del mundo, ambulante ilusión...

La voz de Scarpa se disipó en un susurro, y entornando los ojos quedó absorto en la contemplación de aquel pasado. El Príncipe, hondamente conmovido por tal evocación, se puso de pie como empujado por un resorte, y si bien el primer momento pareció que iba a pronunciar algunas palabras alusivas, se abalanzó de golpe sobre el afilado señor Scarpa y lo abrazó o más bien estrujó, aguantando una furtiva lágrima. El enano Perinola, no menos afectado, abrazó una pierna del señor Scarpa y el señor Nuño se paró y se quitó el sombrero.

Volvieron a sentarse. El señor Scarpa, que se había recobrado, llenó los jarros, y haciendo un resumen de la situación, dijo:

—Hasta hace un par de años montábamos la carpa en la Plaza Municipal, luego nos corrieron al barrio del Mercado y ahora, por fin, nos confinaron en este baldío, que es poco menos como negarnos la entrada a la ciudad.

—¡Putra Babilonia! —terció o torció Boca Torcida.

—Ahora son más los artistas que los espectadores y la mitad de las entradas de favor.

El Príncipe comenzaba a alarmarse.

—En memoria de mi querido hermano, que Dios lo tenga en la gloria —el crápula de Perinola mira con toda intención hacia lo alto haciendo visera con la mano—, he tratado de sostener este negocio, quiero decir, este circo todo lo posible.

La cara de Scarpa se iba endureciendo y transformando en la del conde Strofance.

—Precisamente con esa intención o casi obsesión fue que pensé en usted, mi querido Príncipe.

—¡Querido y dilecto amigo!

—Pero...

—¿Pero?...

Scarpa suspira, calla un instante, aunque en seguida, con un gesto de entereza, se repone Strofance.

—Todo ha sido inútil.

—No entiendo.

—Muy simple. Querido amigo...

—Querido y dilecto amigo, diga usted de una vez.

—Mañana levanto la carpa y me marcho a Venezuela.

El Príncipe pega un salto.

—¿Cómo debo entender eso?

—Calma, calma, mi querido amigo. Permítame explicarle.

El Príncipe se vuelve a sentar, pero ahora se soba la cara y mira a Strofance por un solo ojo.

—La situación es ésta. Y abrevio. El señor Alejo Carpodio...

—Conozco a ese hijo de puta.

—Yo diría más bien un hijo de las circunstancias.

—Cuestión de nombres.

—Bien; sea lo que fuere en su intimidad, el hecho es que ha prosperado en la Venezuela como empresario.

—Eso confirma su naturaleza.

—Actualmente es dueño del Pabellón Nacional, que fuera el Gran Apolo...

—De los hermanos Calviño, que no eran hermanos propiamente, sino en sentido

alegórico. Trabajé con ellos hace cuatro años en Trelvelino, lo más próximo al culo del mundo. Francamente no sé cómo ha ido a parar allí.

—El señor Carpodio, en resumen, conociendo mi situación, me ha propuesto asociarnos. La idea no me entusiasma, le confieso, pero no veo otra forma de salvar lo poco que queda.

El Príncipe lo mira con expresión incierta.

—¿Y bien?

—Por lo que a usted toca...

—Por lo que a mí toca...

—He pensado...

—Ha pensado...

—...que o bien podría venirse con nosotros...

—¿A Venezuela?

—A Venezuela.

—¡Ni loco!

—O bien quedarse con una parte de los trastos, como compensación, digamos, pues tendré que desprenderme de casi todos ellos, muy a mi pesar.

El Príncipe observa en silencio un punto en el cielo. Luego golpea la mesa con un puño y con el tremendo dedo de la otra mano apunta al vidrioso conde Strofance. Pero éste, que tiene mucho sentido de la oportunidad, lo detiene con un ademán calmoso.

—Yo le ruego, mi querido amigo, que antes de tomar cualquier decisión, lo medite, lo sopesé. Mañana podríamos volver a hablar.

—¿Cuándo comienza a desmontar exactamente?

—Mañana mismo. Me llevará un par de días, usted sabe.

El Príncipe vuelve a apuntarle con el dedo.

—Desde ya...

—No, no diga nada ahora. Piénselo, le ruego. Estaré en un todo de acuerdo con lo que usted resuelva en su foro interno.

—...en su forro interno.

—No rompas.

El Príncipe sacude el dedo de todas maneras, cada vez más cerca de la cara de Scarpa, pero en esto se escucha un espantoso bramido que los suspende. Boca Torcida muerde el cigarro y echa dos negros chorros de humo por la nariz.

—¿Qué es eso? —pregunta el Príncipe, calculando que el Circo está a punto de hundirse definitivamente, no sólo en sentido figurado, sino real, arrastrándolos a ellos también, que ni siquiera figuran en el programa.

—Budinetto —dice Scarpa con naturalidad.

—¿Quién es tal?

Otro rugido, esta vez más prolongado.

—Ve, pequeño —dice Scarpa, dirigiéndose a Perinola—. Vigila que le den su pitanza y que esos muertos de hambre no le quiten nada, empezando por ti. Como me entere de algo te cuelgo de las orejas.

Luego, dirigiéndose a los demás señores, explica:

—Budinetto es una de nuestras mayores atracciones.

Y tomando aire recita:

—Se trata de un soberbio y majestuoso ejemplar de león africano amaestrado a la palabra por el célebre beluario míster Crosby, que domeñando su natural idiosincrasia selvática lo instituyó en variadas pruebas de toda índole, como el salto a través del círculo y la emocionante peripecia de introducir la cabeza del señor Perinola entre sus fauces, espectáculo éste del que se ruega abstenerse a las personas fácilmente impresionables.

Mientras el señor Scarpa echa el parrafazo que antecede, el propio Budinetto se levanta cubierto de paja y bosteza abriendo la boca como para que entren en ella Perinola y míster Crosby juntos. A primera vista tiene el aspecto de un gato viejo un poco más grande que lo común tapado con un cuero deslucido por el uso.

—¿Se incluye entre los trastos? —pregunta el Príncipe sin intención.

El señor Scarpa lo contiene con un gesto escandalizado.

—Jamás me desprendería de él... ¡Por nada del mundo! Pero luego de un silencio huraño y cuando el asunto parecía terminantemente clausurado, añade con disgusto:

—Sólo en un caso extremo, y según las garantías morales y profesionales del proponente, sería objeto de negociación.

La señorita Lombardi vuelve a pasar, con una gorrita de terciopelo esta vez, la leve señorita, manojito de encajes, muy dueña bonita.

Los señores se ponen de pie y saludan con una inclinación. El conde Strofance se frota los bigotes, arruga el ceño, le tiembla un ojo.

Volvieron a la ciudad, que se oscurecía sobre un cielo remoto cubierto de grandes plumas moradas. El reloj de la iglesia de Nuestra Señora del Buen Tiempo, en lo alto del médano, ya estaba encendido.

Oreste piensa en Arenales. Recuerda el farol de viento en la puerta de la barraca, la música que transporta el viento, la figura alada de Cafuné que pedalea sobre el borde de espumas, el Bimbo que camina en dirección al faro, las nubecitas de gaviotas que se elevan sobre los ladridos de Lucumón, la fila de pescadores que se interna en la oscuridad, el *Cara*, el Pepe, la Tere, unas enaguas blancas. Casi siente en su mano el cuerpo húmedo de la Pila. Ésta es la hora de la Trova. Cuando despierta el Ángel.

El Príncipe pregunta dónde pueden alojarse, lugar pasajero sin ornato de pompas. El Nuño propone de su conocimiento el Hotel Gran Oriente, cerca del puerto.

—Demasiado impresionante —dice el Príncipe.

Callan.

Al rato comienza a guiñar el faro sobre el peñón de la Candelaria. No ven la linterna, sino el chorro de luz que se hunde en el cielo y después gira sobre Palmares, pasa por encima de sus cabezas y se pierde contra el último resplandor del crepúsculo.

Oreste acaricia con un dedo el grillete del *Aldebarán* que cuelga de su cuello.

Las casas en lo alto del médano se blanquean un instante, antes de desvanecerse. La noche sube desde lo bajo y a medida que asciende estallan pequeñas luces que se encaraman hasta el pie de la iglesia. Los cuerpos se borran también. La mano de Oreste sube y baja casi transparente. Después ambulan en la oscuridad.

El carro se detuvo frente a una puerta de la que manaba una luz pegajosa que lamió las patas del caballo, las ruedas del carro, la figurita movediza del Mastín excéntrico Califa. Al costado de la puerta había un letrero enlozado con la mitad de las letras remendadas:

CALDAS DEL REY
Pensión para caballeros
de López y Esteve

Boca Torcida entró y salió arrastrando un chorro de humo.

—Pueden bajar—dijo—. Casi es un palacio.

Oreste ayudó al Príncipe a levantarse del baño de asiento.

—Gracias, hijo. Estoy seguro de que estas Puñetas del Rey nos estaban esperando hace tiempo.

Aun sin saber lo que significaba la palabra Caldas, aquel nombre le pareció algo auspicioso e inclusive una alusión personal, de manera que, hombre hecho al camino, se recompuso en el acto de aquella penosa revelación del señor Scarpa, sujeto relleno de maldad.

El Príncipe se indujo en la pensión de los señores López y Esteve precedido por el Mastín excéntrico, que sacudía la cola y olía los zócalos de un largo pasillo, reconociendo viejos superpuestos orines. Oreste y el Nuño fueron detrás del Príncipe, mientras Boca Torcida quedaba en el carro.

Aguardaron un rato en un salón de paredes encaladas a que los ruidos que se oían detrás de un tabique se trocaban seguramente en la persona encargada de atenderlos. El piso de madera crujía y hasta se curvaba a cada paso. Una grasienta bombita de veinticinco colgaba de un techo de ladrillos a la vista sostenido por toscas vigas de quebracho. El salón contenía algunas mesitas con mantel de hule, un mostrador, un florero con calas y peonías de papel crepé, un reloj de péndulo, una salivadera, una estantería con botellas y dos floreritos más, un diploma a perpetuidad, sobre el tabique, de la Obra Pía de Tierra Santa a nombre de Maruca López Esteve y, al lado,

la foto envejecida de un esfumado señor con espesos bigotes, un sombrero hundido hasta las cejas y los ojos retocados al lápiz, de manera que parecían saltársele de la cara y a poco de mirarlos daban mareos.

Tuvieron bastante tiempo para observar todas estas menudencias de aposento expuestas con sencillez, que rebosaban por otra parte un noble olor a acaroína, por cuanto seguían los ruidos detrás del tabique.

Oreste descubre a través de la única ventana, en el extremo más alejado del salón, la linterna del faro de Palmares suspendida en la alta oscuridad como una navecilla de tranquilos y minuciosos fuegos, un enjambre de luces que se agitan como pequeños engranajes en combustión.

Finalmente se abre una puertita en el tabique, y en lugar de los señores López y Esteve, o por lo menos uno de ellos, se desliza de costado una señora de notable aspecto y corpulencia que, con todo, parece trasladarse por el aire. El Príncipe abre muy grandes los ojos, como para abarcar en su entera plenitud aquella sobresaliente mujer, confuso y patituso por cuanto al mismo tiempo siente un golpecito en el corazón. Hay cierta graciosa incongruencia en la señora. El cuerpo es sencillamente una mole, pero de carnes prietas, bien tramado, con una gracia vagorosa. Las piernas y brazos de pulidas redondeces son resbalosos caminos que convergen al secreto tumulto de su vientre. Los pechos, dos angelotes que se agitan en sueños y apuntan al Príncipe con un dedo. Toda esta eminencia se halla revestida de un sencillo batón de hilo estampado con un cuellito de valencianas. La cara de la dama señora es algo aniñada, piel de nata, con dos hoyuelos en los mofletes, ojitos estrellados, el cabello negro de lustres, partido al medio y recogido por detrás con un moño.

La señora sonrío y los hoyuelos se encarnan.

—Bienvenidos, caballeros —dice con un trino.

Y sus ojos repasan a los susodichos hasta reposarlos en el Príncipe. Éste, haciendo el gesto de sacudirse cierto encantamiento, se quita el sombrero, se golpea el pecho y tomando una mano de la señora dama, que se hunde como si fuese de algodón, la besa con algún arrebató. La mano huele a jabón de batea.

La señora suelta una risita de campanillas. El Príncipe presenta a los señores Oreste y Nuño, transformista y actor trágico-lírico, respectivamente. Luego, rebajando los ojos, sin alharaca pero también sin falsa modestia, se presenta a sí mismo, el vero Príncipe Patagón.

—Recitador, mago-advino, plumífero, vidente... —pregona Oreste.

Pero el Príncipe lo acalla con un gesto.

La señora junta las manos alborozada. En su puta vida ha visto de tan cerca a un artista. Por lo general, los pocos que llegan a Palmares, como el Chucho Morales, se alojan en el Central Palace.

El Príncipe expone que por motivos de oficio frecuenta tales lugares, pero que por

su naturaleza personal prefiere estos otros, sin relumbrón ni bullicio. Por la misma razón suplica a la señora que no propague su presencia, pues, en lo posible, desea expedirse de anónimo. Asimismo ruega le transmita sus saludos y estas prevenciones a los señores López y Esteve, de los cuales trae muy buenas referencias.

La cara de la señora se ensombrece.

El señor López, su hermano, murió hace cinco años de efecto causado por el «grano malo» que provino a su vez de un agravamiento del «flechado» que padecía por su costumbre de reposar a la sombra de una higuera.

—¿Colocó una torta de cenizas al pie del árbol?

—Yo misma lo hice.

—No sirve de nada. Debe hacerlo el propio enfermo y atar además un hilo rojo al tronco.

—El señor Esteve, mi esposo —dirige una mirada lacrimosa al barbudo de la foto que a esta altura tuerce los ojos—, reventó al año siguiente por «aguas atajadas».

El Príncipe sacude la cabeza atribulado, no sólo por cortesía, sino porque siente que se le retuerce el miembro, ya que este tipo de enfermedades lo impresionan.

—Con todo, hizo una buena muerte —dice la señora.

Y vuelve a mirar al barbudo.

Oreste observa de costado la luz del faro, a través de la ventana. Cuando apunta hacia ellos, es decir, en dirección a la casa, estallan unos anillos de fuego, pero el corazón es una fría hoja de oro.

El Príncipe hace una breve referencia a las pesadumbres que en tan grande proporción componen esta vida, y que se agravan en el caso de una criatura tan sensible como la señora.

—Maruca...

—¡Maruca!

—López de Esteve.

—Ni de López ni de Esteve por torca decisión del destino, puesto que la acomete una pérdida tan irreparable en la plenitud de sus encantos, en lo puntiagudo de la vida, en la sazón del fruto.

La señora Maruca entorna los ojos, reclinada la cabeza, enrojece.

También él, Príncipe y todo, ha padecido semejantes despojos y aún mayores, sin desmerecer los de la señora, por razón de que el Arte es un camino empinado, más y más solitario cuanto más alto se trepa, ya que los halagos, con ser muchos y apretados, no alcanzan tales alturas, quedando solamente en la cima esa serena iluminación que asume y compadece todos sus pormenores.

—Entonces uno se convierte en el alma del mundo —dice una voz desde el oscuro rincón de la ventana.

El Príncipe se vuelve y en ese mismo momento ve la negra silueta de Oreste que

se suspende en un fuerte resplandor. Pero se borra en el acto.

—Oreste... —llama el Príncipe.

—Sí, señor.

El Príncipe mira las sombras en silencio.

—Vas demasiado rápido, hijo. No te adelantes.

Con la llegada del Príncipe y su comitiva la pensión para caballeros Caldas del Rey, sita en el pasaje de San Lorenzo número 299, la cual se recomienda de toda fe a los pasajeros que transcurren por Palmares, cobró una animación ni siquiera conocida en tiempos del señor López, quien, según refiere la señora Maruca, además de reposar, solía tramar grandes comilonas debajo de aquella higuera que finalmente lo liquidó y que, sin embargo, todavía se conserva en el mismo patiecito de apariencia campestre alrededor del cual se alinean las habitaciones, la cocina, un depósito y tres letrinas, y que en este momento atraviesa el Príncipe esquivando ese árbol de pesadumbre, seguido por Oreste, el Nuño y Boca Torcida con los bártulos auestas y precedido por la señora Maruca, que porta un juego de llaves, mientras evoca a su difunto hermano.

El Príncipe y Oreste se acomodaron en una misma pieza con idéntico techo de ladrillos pintados a la cal y a una altura que provocaba cierta sensación de desamparo, dos camas con un ramito de ruda macho atado a la cabecera, dos mesitas de noche con sendas carpetitas al crosé y floreros de vidrio y una palmatoria, una tremenda imagen de San Judas Tadeo con cara de muerto de hambre, una barba hasta el pecho y una capa colorada como la del Príncipe que andaba caminando por encima de unas piedras llenas de arrugas con un báculo en la mano derecha y un libraco en la izquierda y al cual el Príncipe saludó cortésmente, pensando tal vez, en la penumbra, que se trataba de otro inquilino, acaso otro Príncipe.

La señora Maruca se contuvo en la puerta, lo que acrecentó el oscurecimiento del cuarto, y quedó muy bien impresionada con aquel gesto del Príncipe.

El Nuño y Boca Torcida ocuparon una habitación más reducida con dos literas y un Judas Tadeo pequeño. Califa, que no padecía las «flechaduras» o «sombras malas» por su condición de criatura animal, se acomodó debajo de la higuera después de olfatear en redondo y dedicarle un chorrillo.

La señora Maruca se marchó. Oyeron todavía su voz que vagaba por el patio como bolitas de vidrio que golpearan en el aire, tan vocecita, menudo, apretado soplo, y después oyeron el ruido de los chirimbolos que quedaban por transportar, y aun por el ruido el Príncipe los reconocía a cada uno.

—Oreste, ¿has visto otra tal maravilla?

—No de esas proporciones.

—Oye, estoy hablando en serio. No sólo me refiero al cuerpo, sino al alma en suspenso dentro de él.

—Tú ves cosas que yo no veo.

—Porque todavía estás demasiado metido en ti mismo. En toda persona reposa un ángel o un demonio. Busca el ángel.

—¿También en Scarpa?

—También en él. Está muy adentro, dormido y aun casi muerto. Cuando hablaba del viejo circo Scarpa, es decir, del único Gran Circo Scarpa, porque el viejo es éste, hablaba mitad Strofance y mitad el ángel. O por lo menos una parte.

—Estaba armando la trampa.

—Sí. No lo vi en seguida porque yo atendía al ángel. Y el ángel estaba lleno de verdadera tristeza.

—Tú amas demasiado a la gente.

—Tanto como tú. Haré de ti un buen Príncipe, muchacho.

—Y también tienes tu demonio.

—Lo tengo.

—Sólo que no es un desgraciado como el de Scarpa. Pero es tan malo como él.

—Siempre se necesita un poco de maldad. Hay que saber ejercerla, es todo.

—Eso sí que lo veo, y me pregunto si ahora mismo no debiera apartarme de ti.

—¿A qué viene? Puedes hacerlo de todas maneras.

—No... Tienes que hacer de mí un Príncipe, ¿no es así?

—Lo haré, muchacho. No te quepa la menor duda. Ahora ayúdame con esto.

Colocaron el baño de asiento debajo de la luz y luego Oreste se consiguió un cubo y llenó el baño con agua fría mientras el Príncipe se desnudaba y trotaba por el cuarto. Oreste trajo noticia de que por el lado de la cocina había un alegre tumulto y muy compuestos olores.

—Creo que el Nuño ha metido mano ahí.

Efectivamente, cuando entró con el último cubo oyeron la voz del Nuño que cantaba *Cogollito de alelí*, ruidos de cacharros y la risa campanita de la señora Maruca. El patio se había oscurecido, pero se entreveía el pálido esqueleto de la higuera. El Príncipe, completamente en pelotas, estaba de rodillas, sentado sobre las piernas, y con los brazos en arco se movía hacia uno y otro lado tocando el suelo con el codo.

—Este ejercicio se recomienda para las buenas digestiones y la hermosa cintura. Trata de hacerlo.

—Estoy hambriento y cansado.

—Mejor así. ¿Quieres o no ser un Príncipe? Comienza entonces por domesticar tu cuerpo.

—Ni lo siento.

—Cuando empecé esta vida enflaquecí y aun envejecí en apenas cuatro meses. Luego me di cuenta de que el cuerpo puede ser un estorbo o una ayuda, casi un

amigo. Ni lo maltrates, ni lo regales. Hay que exigirlo y tenerlo flaco y atado a una cuerda como a un perro... En los primeros tiempos el desgraciado gemía y crujía igual que un barco viejo. Había noches que despertaba gritando y las primeras semanas soñaba con tallarines al pesto, que eran mi debilidad en la otra vida. Pero después se afinó y se secó y ahora anda liviano y bien dispuesto y salta al camino a la primera señal... Desde entonces es que veo las cosas en forma distinta, y todo es motivo de reflexión, compasión y aun alegría, empezando por mi propia historia, que a esta altura se confunde con la de todo el mundo.

El Príncipe se agachó, siempre de rodillas, hasta tocar el suelo con la cabeza. Repitió ese movimiento varias veces, lentamente, subiendo y bajando delante de la figura de San Judas Tadeo.

—Este otro ejercicio es para la flexibilidad de la columna. Se recomienda para fortalecer las vértebras y quitar el cansancio de la espalda. Prueba una vez.

Oreste trató de hacerlo, pero sintió un gran ruido en las tripas y un vacío en la cabeza. Se tumbó en el suelo y quedó mirando el techo.

—¿Cómo empezaste esta vida?

—Cómo nací, quieres decir, porque hasta ese momento yo era un sorete cualquiera.

—¿Qué eres ahora?

—Un Príncipe. ¿Qué te figuras? Dueño de mi vida y en cierta forma dueño del mundo, por eso me proclamo y me revisto Príncipe y puedo hacerlo con otros porque está en mí sencillamente quererlo y decidirlo.

—Eres un loco, eso es lo que eres.

—Si no empiezas por ahí vas muerto.

—¿Crees realmente lo que dices? Ni tú eres Príncipe ni yo lo seré nunca. Somos un par de vagabundos, ésa es la verdad.

—¿Cuál es la diferencia? ¿A qué llamas un Príncipe? Empieza por ahí... Trata de hacerlo. Vamos, es más fácil.

El Príncipe levantó una rodilla hasta la altura del pecho, tomando la pantorrilla con ambas manos. Luego cambió de pierna.

—Este ejercicio es excelente para fortalecer el estómago. Respira solamente cuando cambies de pierna.

Oreste trató de hacerlo, pero perdió el equilibrio. Las voces y las risas se oían ahora aun a través de la puerta cerrada.

—Un día, por fin, me eché al camino sin volver la cabeza, y aquí estoy.

—¿De qué hablas?

—Estaba recordando cómo empecé. ¿No preguntaste eso? Yo hablaba siempre de ese día, pero no me decidía nunca. La verdad es que jamás pensé que llegase realmente. Ni siquiera lo tomé en serio el día que empecé a andar. Mi intención, en el

fondo, fue hacer la comedia.

—¿Para quién?

—Para mí mismo. Te debe haber pasado.

—Yo di un portazo y le grité a la «vieja» que iba hasta el Club, pero pasé por delante del Club, el Sportivo Victoria, y seguí andando como si tal cosa.

—Ahí lo tienes. A cada rato me decía «esto se acaba ahora mismo», pero notaba cada vez que lo decía otro o por lo menos que había en mí uno que lo decía y otro que seguía pateando en medio de toda esa miseria.

—Entonces di con el Camino.

—Eso es, el Camino. Has usado el tono justo. Por eso sólo te reconocería como un Príncipe.

—Y encontré otros tipos que iban y venían como yo. Iban, no importa la dirección.

—Y te diste cuenta que los pies se te pegan a él, que no sólo es un lugar de tránsito, sino una forma de vida, y entonces ya no puedes parar.

—No, no se puede.

—¿No te alegra? Estás vivo, quiere decir. El mundo te pertenece. No eres un rasposo sorete que apenas camina lo que le permite el largo de la cadena. Vas y vas, ¿eh, Oreste?... ¡Más alto esa pierna!

—Voy y voy.

—¡Más alto!

El Nuño cantaba ahora con la señora *Flores negras*.

El Príncipe paró la oreja.

—Escucha esa voz.

Escucharon. No era una voz estridente. Rodeaba y guarnecía la otra, pero ondeaba como una encendida mariposa y quedaba en el aire, sonido y eco, figura y sombra, dejo, regusto, para pensamientos.

Oreste aprueba con la cabeza. Es una buena voz la de la señora. Pero todo es bueno en ese momento. La noche crece sobre sus cabezas, se enciende como la carpa de un circo, se colma de brillos y desmesuras, vida liviana, vagorosa, tanteo, tibio corazoncito del mundo, fiesta.

Terminados los ejercicios, el Príncipe se sumergió en el agua lentamente, aguantándose con las manos de los bordes de la bañera, con una exclamación sostenida, mientras se introducía, de placer y dolor a la vez.

—Es agua de bomba, ¿no es así? Oreste confirma con un gesto.

—En el primer momento no sientes nada, después el frío te arranca sencillamente las entrañas hasta que pierdes la sensibilidad, y entonces sobreviene un arrebató, un golpe de sangre y el cuerpo hierve entero. Todo en segundos.

—No veo la ventaja.

—Tienes mucho que aprender, hijo. Aun de tu cuerpo, que es una verdadera maravilla, una máquina tan sutil. El Príncipe echó un viento que agitó el agua.

—Hay varias clases de baños semicupios. Los fríos son estimulantes. Entre otros beneficios, sirven para fortalecer el órgano genital.

—¿Qué te preocupa?

—No hay nada personal en el asunto. Hablo en términos científicos... La sangre es repelida por el frío hacia el interior del cuerpo y luego reviene como un fuego. La reacción es tanto más fuerte cuanto más fría es el agua. El flujo de la sangre a las cavidades del estómago determina una descarga de la cabeza y la cavidad torácica. Primera ventaja. ¿Comprendes?

Oreste sacudió la cabeza mientras escuchaba los gorgoros de Maruca que se embrollaban con la voz tonante del Nuño, traspasaban la oscuridad del patio, se colaban por las hendiduras, rodeaban el cuarto y remontaban hacia el techo de ladrillos.

—Con el aumento de la sangre los órganos del vientre funcionan mejor, como puedes apreciar, de modo que los semicupios fríos activan las funciones de los intestinos, de las vías urinarias y genitales y, en general, combaten la insuficiencia de sangre en éstos y otros valiosos mecanismos de los interiores.

El Príncipe se estaba poniendo rosado como un camarón, lo cual le daba una apariencia algo irreal.

—¡Ojo! No se deben usar en caso de neurastenia sexual ni catarros de vejiga. Para eso están los semicupios templados. Ahora alcánzame una toalla, ¿quieres? Estos baños han de ser breves.

Oreste sacó del bolso una toalla deshilachada y se la arrojó. El Príncipe la examinó con aire crítico de un lado a otro.

—Podrías darle un jabón y secarla al sol aprovechando ese patio. Soporta la mugre con dignidad, pero no la fomentes.

Maruca y el Nuño habían dejado de cantar. Ella reía. Por ahí sintieron la voz carrasposa de Boca Torcida y después su tremenda risa de bombardera que tapó las otras. La frágil vida iba adelante, como una navicilla de papel.

El Príncipe se secó y cubrió con la toalla.

—Apaga la luz y abre la puerta de par en par, muchacho.

—¿Qué viene ahora?

—Hazlo, por favor. Estos baños se completan con algunos ejercicios respiratorios al aire libre. Sin forzarse.

Oreste apagó la luz y abrió la puerta. La brumosa figura del Príncipe se recortó en el marco contra el pálido resplandor del patio. Alzó y bajó los brazos suavemente, como si fuese a emprender un vuelo.

—Dime, Oreste, ¿qué idea tienes de las mujeres? —preguntó al rato desde aquellas penumbras.

—Ninguna en este momento.

—Es un tema importante.

—Sí, lo es. Pero ahora no se me ocurre nada.

—¿Has padecido alguna?

—Varias.

—No me refiero a lo trivial del asunto.

El Príncipe ha dejado de mover los brazos. Ahora está quieto frente a la oscuridad. Las ramas blanquecinas de la higuera le brotan en los hombros y la cabeza.

—De noche sucede como si me creciera el cuerpo y se me adelgazara la piel. Ahora mismo me pondría en marcha. Es cuando más tira el camino.

Aspiró profundamente el aire nocturno, cerró la puerta y encendió la luz.

—Me pregunto cómo sería el señor Esteve... ¿No te bañas? Prueba una vez.

Oreste, que estaba echado en la cama, hizo un gesto afirmativo, sin mucho entusiasmo. El Príncipe comenzó a vestirse y a tararear.

—Hay un mundo oculto en esa mujer...

—Ya lo creo.

—... pero ella misma lo ignora. Su alma empuja por dentro y se asoma a los ojos. Esperando una señal.

—Y que tú la empujes por fuera.

—Tal vez ocurra eso, pero ahora hablo de otra cosa. No lo tomes a risa. Puede seguir así el resto de sus días, es probable, pero todavía puede saltar al camino y echar fuertes ramas y arder como un gran fuego.

Calló un momento.

—Ayúdame a vaciar este cacharro, ¿quieres? Yo traeré el agua.

Oreste se sentó en la cama. Lo miró a los ojos y sonrió con afecto.

—Me pregunto si no eres más que un loco. O un cazador.

Había otras luces encendidas en el salón y hasta una lámpara de querosene con la pantalla de opalina que despedía una tibia luz anaranjada y las voces y los ruidos bien encajados, rodando en lo hueco, y la señora Maruca que recruzaba los espacios, enorme hermosura, como una nave, toda competente.

La mesa estaba dispuesta en el centro, debajo de la luz, con un florero panzudo al medio colmado de solitarias y corimbos de papel crepé. El Príncipe, después de una discreta resistencia, ocupó la cabecera de la mesa, pero dispuso que a su derecha se reservara un asiento para la señora Maruca, aplicada, por el momento, a las tareas de prosa.

En la pared detrás del mostrador había una ventana de correr que, cerrada, simulaba una repisa con su respectivo florero, y que, abierta, comunicaba con la cocina. De allí salían los olores y una buena porción de ruidos y cada tanto la cabeza

de una viejita con medio cigarro en la boca que sonreía a los señores, saludaba con una mano huesuda y una vez tanteó una botella que estaba en la estantería.

Después que se ubicaron los señores y sorbieron el primer trago de vino, que templó sus estómagos y de rebote entibió sus corazones, la señora Maruca, que a pesar de sus tamaños no sacudía el piso, transportó desde la ventana una olla de barro que humeaba como un remolcador. Los señores aplaudieron cuando todavía estaba en camino y mucho más cuando comprobaron que se trataba de una cazuela de pescado a la catalana.

—En realidad es una especie o variante —explica el Nuño—, pues trae rebanadas de pan frito frotados en ajo, que son un ingrediente de la bullabesa catalana, aunque con propiedad se sirven aparte, y el puré de tomate y las aceitunas negras que son de la zarzuela de pescado a la catalana.

—El Arte es una perpetua combina —sentencia el Príncipe.

Y eleva la copa, que se enciende en su mano como un globito de luz. Por encima de la cabeza de Boca Torcida, que no aparta los ojos de la olla y empuña el tenedor como un garrote, descubre la lejana figura del señor Esteve, cuyos puntiagudos ojos miran con severidad hacia la mesa. En general, los comensales, incluyendo al discreto señor Nuño, comen con cierta ferocidad, que el Príncipe procura disimular con citas y refranes de pertinente actualidad, apelando a este género breve para que no se tomen demasiada ventaja. Así, cuando el Boca Torcida eructa como un antropófago, el Príncipe carraspea, y citando a Montaigne pronuncia la siguiente vaguedad: «Los grandes se jactan de que saben guisar un pescado». Aunque luego se turba pensando que esa grandeza puede ser tomada en otro sentido.

La señora Maruca rellena los platos y Oreste los vasos. La viejita observa alegremente a través de la ventana y aplaude con sus resecaas manos los fraseos del Príncipe, que corresponde alzando el vaso. Las voces se exaltan. Todo confluye. El salón se abrillanta por dentro cuanto más recrudescen las sombras afuera. Navecita de luces, firme, serena, muy completa invención.

Boca Torcida dormita con el cigarro colgando de los labios.

El Príncipe, con los ojos enturbiados por el vino, mira fijamente a los muy negros, redondos de la señora Maruca y recita subversivo este otro refrán, del señor Berjane:

—«La buena cocina es como el amor: necesita tacto y variedad.»

La vieja, que tiene un oído de tuberculoso, aplaude con fuerza. Oreste grita ¡Bravooo!... Boca Torcida se sacude en sueños. El Príncipe levanta el vaso, con el cual de paso oculta la torva imagen del señor Esteve, y por debajo de la mesa frota una pierna de la señora Maruca, que voltea los ojos y suelta una risita. El Príncipe encuentra en las subyacencias una blanda, tibia opulencia que no retrocede, antes bien se inserta.

Los refranes se multiplican y se complican. Por lo menos una vez la pierna del

Príncipe tropieza con la del Nuño que, por arriba, parece estar en otra cosa.

A los postres, brazo de gitano o pastel de manzanas con dos sabias botellitas de moscatel, el Príncipe, que había levantado la suficiente presión, improvisó, a pedido de los circunstantes y en especial de la señora Maruca, que lo empujó con la pierna, uno de sus más sentidos poemas. Al principio, como de costumbre, opuso algunas resistencias, pero, antes de que lo tomaran en serio y luego de corresponder al frote subterráneo de la señora con un apretón de muslo que le calentó la sangre, se puso de pie de un salto y, tras concentrarse unos momentos apoyando la cabeza en un puño, extendió los brazos y encajando la voz recitó los siguientes versos de Manuel del Palacio, según los iba concibiendo en la cabeza, atacado de una fuerte inspiración:

*Ya de mi amor la confesión sincera
oyeron tus calladas celosías,
y fue testigo de las ansias mías
la luna, de las tristes compañera.*

*Tu nombre dice el ave placentera,
a quien visito yo todos los días,
y alegran mis soñadas alegrías
el valle, el monte, la comarca entera.*

*Sólo tú mi secreto no conoces,
por más que el alma con latido ardiente,
sin yo quererlo te lo diga a voces:
y acaso has de ignorarlo eternamente,
como las ondas de la mar veloces
la ofrenda ignoran que les da la fuente.*

Pronunció las últimas palabras con una gran voz señalando indiscutiblemente a la señora Maruca, que lanzó un chillido y palmoteo con un total y maravilloso estremecimiento de sus corpulencias. Oreste, que miraba el aire totalmente extraviado y apenas podía sostener la cabeza, tragó aire y lanzó un ¡Bravooo! que le hinchó las venas del cuello. El Nuño aplaudió somero, pero franco leal por los internos conmovido. Boca Torcida aplaudió también, pues despertó cuando oyó «la ofrenda ignoran que les da la *f fuente*». En cuanto a la vieja, sacó medio cuerpo por la ventana y aplaudía golpeando las manos como dos tablas, plac, plac, plac, sin arrebatarse ni aflojar, parejo, que es el aplauso de más aliento.

El Príncipe agradeció con repetidos cabeceos, pero tanto recrudecieron los

presentes, que tuvo que recitar un viejo poema suyo de Luis Martínez Kleiser, compuesto en ocasión de ciertos desvelos, hoy cenizas, y bautizado «Tus ojos», que recitó tembloroso mirando directamente a los de la señora Maruca, que aguantó sin pestañear, aun en aquel pasaje de precipitados versos que el Príncipe recitó ahuecando la voz, removiéndose *in situ* como si lo aguantaran fuertes cordajes:

*Ojos que saben hablar,
ojos que saben reír,
ojos que saben herir
y ojos que saben besar;
ojos que hielan o abrasan
y que, con nieve o con lumbre,
dan o quitan pesadumbre
por dondequiera que pasan.*

Se reprodujeron los talcuales, y hasta el Boca Torcida aplaudió esta vez en conciencia, medio enderezado para el Arte.

El Príncipe agradeció con su natural modestia de oficio prescrita, besó la mano de la señora con gracia externa y pasión interna, pues en el mismo acto frotó rápidamente su piel con la punta de la lengua, y se sentó con un principio de erección que pasó a vía de hechos cuando sintió por debajo de la mesa que las dos piernas de Maruca, que eran casi otras dos personas, dos maruquitas, rodeaban y apretaban la suya con rara y excitante acrobacia.

Como era de esperar y en orden de programa, el Nuño cantó un par de canciones, muy mejorado, ya profesante, casi diácono, artista de buenos pertrechos, bien embocado.

Volaron los aplausos y los bravos, más fuertes esta vez por cuanto afuera se espesaba el silencio, se ahondaba la noche, se sumaban las oscuridades.

Y entonces sobrevino el suceso. Callaron todos de golpe sin orden ni decreto. Y entró la noche como persona y fue una especie de eternidad que moró entre ellos.

Y en ese punto, muy suave primero, brotó como una agüita que se despeña la voz trinada de la señora Maruca en un dulce canto de tranquilas tristezas, ese que dice:

*Paloma de la tarde
que entre rotas espumas
de tan lejos vienes*

*y reposas confiada
en mi florecida mano,
dime qué dice el amado,
allá en la otra orilla
de donde vierte la noche,
dice qué dice, paloma.*

Y entonces sobreviene el coro que fragua un susurro, estribillos, murmullos, nada expreso, amor herido, gemido. Del cual, todavía no acallado, resurge la voz solitaria, aún más aérea, que refiere otras reflexiones, más pormenores, esos ahogos del bienquerer.

Y regresa el coro, ahora inclusive con la voz estropajosa del Boca Torcida y la cascada menudita de la vieja señora. Y así, todos Príncipes, emprenden alados el retorno a la distante orilla, en dulce persecuta detrás de la paloma.

—Oreste —la voz del Príncipe se eleva en la oscuridad del cuarto—, ¿no fue una maravilla?

—Lo fue —dice Oreste medio dormido. Y entonces despierta y recuerda y la oscuridad se enciende con aquel recuerdo todo presente.

—Lo fue, señor.

—Estas cosas no se repiten, hijo. Son todas de una vez.

—Así son.

—Las trae el camino. No las busques en otra parte. Tantas y más veces cuanto más liviano y despojado uno está.

—Tú no estabas ni tan despojado ni tan liviano.

—¡Hablo en figuras! No cambies...

—Claro...

—Porque entonces ves lo invisible.

—Sí, señor.

—Lo que mora en la profundidad de la gente.

—También en Perinola, ¿digamos?

—También en ese rufiancito.

—Más reducido tal vez.

—Igual por lo menos.

—Sí, señor.

—Toda la gente.

—Sí, señor.

Callaron.

—Mañana tenemos un día agitado.

—¿Qué apuro?

—Tengo que ver a Scarpa antes que se marche.

—Dijo un par de días.

—Es capaz de haberse ido esta misma noche.

—¿Has resuelto algo?

—Claro que sí. En el mismo momento que ese hijo de puta disponía la trampa.

Entonces vi un punto en el cielo sobre su cabeza y ahí mismo abarqué todo el camino.

—No entiendo...

—¿Sabes lo que voy a hacer?

Oreste cambió de posición en la cama.

—No... —dijo con cierta aprensión.

—Óyeme..., hubiera podido marcharme con él a Venezuela y pasarla bien, o en todo caso mejor.

—No has dicho lo que vas a hacer.

El Príncipe calló un instante.

—¿Qué piensas?

—¡Dilo de una vez!

—Un circo, sí, señor.

—¡Ja!

—¿Con qué?

—No grites. Contigo y el Nuño y Boca Torcida y el Califa...

—¡Me haces reír!

—¿Para qué es un circo? Y Carpofo...

—¿Quién?...

—El forzado ése, ¿recuerdas? Tú irás y hablarás por mí, es decir, por ti. Mañana mismo.

—¿Yo?

—¡Tú!

—Estás loco. Nada menos que con el mastodonte ése. Cuando le diga de qué se trata me retuerce como un alambre.

—¿Eres o no eres un Príncipe?

—No me vengas con ese cuento.

—No trates de engañarte. Pruéballo.

Oreste calló un instante.

—¿Y quién más?

—Y Budinetto, por supuesto.

—¿El león?

—El león, o lo que sea.

—Sácatelo de la cabeza.

—Haré un Príncipe también de ese cascarriento.

—Scarpa no lo suelta por nada del mundo. Te lo ha dicho.

—Todo lo contrario. ¿Cuándo aprenderás? Es parte de la trampa. ¿Sabes lo que come un león?

—Me imagino.

—Ése es el problema. Ya lo resolveremos.

—¿Hay alguien más?

—Los habrá...

—Me parece demasiado loco.

—Empiezas a verlo.

Callaron otro rato. La oscuridad y el silencio los cubrían por entero.

—¿Has pensado en el nombre?

—Por supuesto. Se empieza por ahí.

—¿Cuál es?

—¡El Circo del Arca! —dijo el Príncipe, como si lo anunciara a una multitud.

Oreste repitió mentalmente el nombre.

—¿Te gusta?

—Un poco pomposo.

—Naturalmente, es un circo.

—No en ese sentido inocente. En fin, suena bien. Pero, ¿por qué del Arca?

—Piénsalo.

—¡Y dale!

—«Prepárate un arca de maderas bien cepilladas...»

—«Y la calafatearás con brea por dentro y por fuera.»

—¿Eres hombre de religión?

—No. Me gustan los barcos. ¿Tú?

—Soy un mago.

—Y bien, no has dicho por qué.

—Cae de su peso. ¿Acaso no somos los sobrevivientes de un gran naufragio?

—Hay otros por ahí. Mascaró, el capitán. Alfonso Domínguez, el Lucho.... ese loco de Cafuné.

—Ellos no son sobrevivientes.

—¿Qué son?

—Tendrías que ser uno de ellos para entenderlo.

Oreste se encogió en la oscuridad y apretó con los dedos el grillete del *Aldebarán*. Luego alzó la mano en la oscuridad y sacudió levemente la pulsera de caracoles.

No, no era uno de ellos.

—Buenas noches, señor.

—Celesta y Compuesta, hijo.

El Príncipe se levantó en la madrugada, encendió la vela de la palmatoria, revolvió en un bolso. Sacó un libro de tapas ajadas con algunos parches de cinta adhesiva en el lomo, un fajo de papeles y un lápiz de tinta.

Oreste dormía vestido. Tenía una expresión de agrado que le venía de adentro, traspasaba la barba, la piel quemada por el sol, esa corteza de arrugas con que reviste el camino. Vagaba liviano en la cavidad de los sueños sin la tristeza que empañaba a menudo sus ojos, lo suspendía en el tiempo, lo cubría de una fina ceniza. Oreste celeste.

El Príncipe acomodó la almohada contra la cabecera, se sentó en la cama desparramando su largo cuerpo cubierto con un camisón de muselina que tenía la apariencia de una bolsa y abrió el libro, que no era otro que el célebre y enjundioso *Corresponsal del amor*, del profesor Gery Willmans, autor, entre otras, de obras de consonante sustancia, como el *Diccionario de los sueños*, de gran mérito por su bagaje científico como por su penetrante conocimiento del alma humana, con referéndum de sueños históricos notables, el sueño de los animales y su significado, análisis de sueños sexuales típicos y otras cabales fantasmagorías, el *Novísimo arte de escribir cartas* con el sistema más moderno de correspondencia familiar, comercial y amorosa, *Los sueños y sus números afortunados* y *Técnicas y reglamento moderno del fútbol*, en el cual se exponen las precisas para juzgar con sabiduría las múltiples alternativas de este gentil deporte.

La tapa del libro, engrasada y descolorida, mostraba en un recuadro, a la derecha, la imagen de una pareja con las manos castamente entrelazadas. Los colores no encajaban en su exacto lugar, pero el conjunto, de cualquier forma, resultaba de gran solvencia estética. Ella sostenía un ramo de claveles rojos, que son el símbolo del amor puro y sincero, sazonado con algunas flores de artemisa (felicidad) y otras de dondiego de la noche (timidez), un lirio (sencillez, ingenuidad), una rosa blanca (castidad) y algunos tréboles (abnegación). Su mirada se remontaba al cielo, mientras él, con un saco curiosamente verde, le murmuraba algo al oído y, por defecto de la impresión, con un ojo apuntaba al lector. En otro recuadro, a la izquierda, había un par de esarpines para bebé, rodeado de rosas rojas y hojas de helecho fino.

En la primera página se resumía el contenido del libro en los siguientes términos:

Corresponsal del amor

Quien ama y persevera vence la
piedra más dura. — Aragón

Este volumen contiene: El arte de agradar, consejo a los solteros. — El amor de las casadas. — La viuda. — Diccionario del amor. — La más

completa selección de cartas amorosas y versos apasionados.

Cuidadosamente ordenado y compilado por

Gery Willmans.

El Príncipe tenía en este libro una fuente de constante inspiración, y si bien lo conocía casi de memoria, cada vez que lo hojeaba descubría nuevas y escondidas iluminaciones, como acontece con toda obra de real ingenio.

Tomando en cuenta esta experiencia y luego de echar otra mirada a Oreste, que suspiraba y reía en sueños retozando su alma vaya usted a saber en qué jocundas peripecias mientras su cuerpo estaba ahí tirado, un carajo de trapos y fatigas, releyó el breve y sustancioso capítulo dedicado a «El amor de las viudas». Que dice:

«El primer pensamiento de una mujer casada es pensar en cuándo será viuda, ha dicho San Cipriano; y sin pretender discutir la razón que pudo tener este santo varón (que por lo visto se ocupaba demasiado de las cosas terrenas) al hacer semejantes afirmaciones, diremos, en lo que al objeto de este libro atañe, que la viuda reúne la experiencia de la casada y la libertad de la soltera, condiciones que la colocan frente al amante en una posición muy favorable para conseguir la victoria en el combate amoroso.

»Tiene el desconsuelo de la viuda un término, como lo tienen todas las cosas de este pícaro mundo; y generalmente hablando, no se hace esperar mucho el de la mujer que ha probado el delicioso néctar de Cupido. Cuando una viuda es joven y hermosa no puede ser muy duradero su dolor; solicitada constantemente, cederá pronto a los deseos del solicitante y se verá éste satisfecho si sabe consolarla de sus aflicciones.

»El amor de la viuda exige un tacto exquisito, pues además de emplear en ella cuanto dejamos dicho al tratar de las casadas y solteras, hay que hacerla olvidar el pasado y colmar de felicidades su presente. Algunas viudas se entregan al amor sin renunciar a la libertad, y en este caso hay que tratarlas como a las casadas.»

El autor alude a las instrucciones contenidas en el capítulo anterior, titulado «Las mujeres casadas y el amor», en el cual se exponen con brevedad pero indudable pericia las argucias y prevenciones en este tipo de relación, tan excitante cuanto peligrosa, exhibiéndolas, sin embargo, de modo natural por la índole técnica del libro y por el hecho de que tales combinaciones se producen en una proporción muy elevada, lo que induce a un tratamiento científico de las mismas.

Naturalmente, el libro se refería a casos ideales, en estado puro, y dependía de la perspicacia del lector aplicarlo a los casos particulares.

Oreste se revuelve en sueños, luego se aquieta y sonrío. Anda en pasajes muy alterados, saltando sin peso de uno a otro.

Vida apretada en el íterin.

Para el caso muy particular del Príncipe las circunstancias aconsejaban un

examen detenido de las distintas y superpuestas cualidades del objeto, como asimismo de los pormenores externos. Al estado de viudez se sumaban, por ejemplo, el temperamento devoto y, en aparente contradicción, la catadura artística del objeto, a lo cual había que añadir, en lo externo circundante, lo pasajero de la relación y lo repentino de la decisión. En resumen, tras sopesar *in extenso* cada ítem, lo pertinente era tramar una misiva que, en principio, combinara los modelos de la declaración a una viuda joven, de un viudo a una viuda y de un viajante a una dama del pueblo recetadas por el «corresponsal», las que en términos generales se acomodaban con uno u otro aspecto de la persona consistente.

El Príncipe aparta el libro. La llama de la vela proyecta su tremenda sombra contra una de las paredes y parte del techo. Ahora alcanza a oír el ruido del mar, semejante al de un tren que hiende la noche. Así suena.

Oreste duerme tranquilo, apenas una figura.

Bien; el plan era así. Como armazón tomaría la carta de un viajante a una dama que vive en el pueblo, que era la que mejor se adaptaba a las circunstancias. Podía traspasarla entera, aunque no era su costumbre. De cualquier forma, siempre había que torcer algunos giros y añadir ciertos detalles que reforzaran lo personal del asunto. Varios pasajes de la declaración de un viudo a una viuda vendrían muy bien para destacar la seriedad de las intenciones y el espíritu solitario del recurrente, como otros tantos de la carta de un soltero a una viuda joven para transmitir los desvelos de una pasión a duras penas contenida y figurar los arrebatos propios de esa misma pasión.

El Príncipe relegó detenidamente cada una de las cartas, subrayando muy liviano con el lápiz los pasajes que iba a utilizar. Luego sacó el cajón de la mesita, lo dio vuelta y apoyó contra la madera del fondo una hoja de papel cuyas puntas enderezó con un poco de saliva. Por fin mojó la punta del lápiz y escribió lo que sigue (en bastardilla los añadidos del Príncipe):

«*Tres de la madrugada* (le pareció un detalle dramático, más o menos inspirado en la carta de Werther a Carlota, que podía o no corresponder a la realidad, pues ignoraba la hora, aunque aquél era un tiempo sin medida, y que de todas maneras se ajustaba al atinado consejo del “Corresponsal” de que las cartas amorosas no se fechan).

»Amiga mía:

»No interesa lo que usted pueda pensar de este hombre, pero una larga soledad me obliga a dirigirle las siguientes líneas. *Ante todo*, estoy plenamente agradecido a esa feliz iniciativa de venir a este pueblo. Mi intención fue conocerlo y hacer planes para futuras visitas, pero cambiaron repentinamente mis intenciones desde el instante de haberla conocido.

»He comprendido, después de haber recorrido mucho mundo, que no encontraré

otra mujer igual, otra compañera ideal, como la que he admirado y apreciado desde el primer momento que la vi. Mi corazón encendido por las chispas que despiden sus hermosos ojos negros arde de amor por usted, *pero esta pasión recrudece por la enorme pérdida que ha padecido usted y que acaso le impida fijar su atención en mi modesta persona.*

»Sin embargo, cuando el amor se empeña en enjugar las lágrimas de una viuda, ellas pierden su amargura.

»Rendido ya el debido tributo a la memoria de su malogrado esposo, *el irremplazable señor Esteve q.e.p.d.*, hora es de que permita que haya quien pueda endulzar sus lágrimas y que su corazón admita los consuelos de un nuevo amor. Siendo usted joven y hermosa, no puede condenarse a vivir en la soledad, privándose de aquella felicidad a la cual tiene *todo* derecho. No sólo el amor es una necesidad del corazón, sino que también es la misión que tiene la mujer en la Tierra: la de amar.

»Sería la mía mucha exigencia pretender que deba usted amarme así de un momento. *Sin embargo, estimo que sólo nosotros, tan golpeados por la adversidad, podemos lograr un nuevo paso feliz y permanente en este mundo, que es breve e ingrato para los solitarios, y las criaturas de tan fina sensibilidad como la suya.*

Como el Príncipe no se decidiera por ninguno de los tres finales, optó por incluir los tres, pues si bien expresaban más o menos la mismas formalidades, cada uno añadía un toque sutil, cierto apremio muy personal, otra urgencia.

Moja el lápiz y escribe pues:

»Sería cruel que usted no interprete o adivinara la ansiedad con que espero su respuesta, el SÍ que nos haga compartir nuestras vidas, con lealtad, *devoción* y cariño hasta la muerte.

»Sólo pienso en su respuesta; tan enamorado como me encuentro, espero de parte suya su gentileza y sinceridad, *y hasta caridad tratándose de una persona tan religiosa como usted.*

»Vivo, pues, estos instantes pendiente de su decisión; una profunda aflicción turbaría mi ser al sólo pensar que mi presencia no haya despertado en usted ningún sentimiento de afecto; partiría desolado y desalentado, y es porque en verdad la quiero *con todas mis potencias.*

»Sin más por el momento, le recalco que estoy pendiente de su respuesta, rogándole que tranquilice *cuanto antes* mi corazón infundiéndole un poco de esperanza.

»Reciba usted, *entretanto*, los respetos del que es su más atento y affmo. S.S.—
Q.S.M.B.

P.P.»

El Príncipe releyó la carta lamiéndose los labios manchados de tinta violeta y, tras añadir algunas comas y puntos y comas que le otorgaban un carácter más erudito,

enrolló el papel y lo sujetó con una hebra de la capa.

Antes de apagar la vela echó una última mirada a Oreste y otra a San Judas Tadeo, que caminaba casi sobre su cabeza. Después sopló la llama y lo borró la oscuridad.

Un gallo cacarea a lo lejos, pero el Príncipe duerme como un leño.

Cuando llegó al circo ya habían desmontado la carpa, que yacía en el suelo como un roñoso pellejo, y todo parecía más ruin y más sucio. El enano Perinola vino saltando a la rueda, pero el carro siguió de largo, y aunque los acompañó saltando también y hablándoles cabeza abajo como a través de un cañito, ellos no le prestaron la menor atención.

—Buenos días, monseñor —decía el enano.

Y como ellos no le respondiesen lo hacía él mismo.

—Buenos días, Perinola, mi pequeño gigante.

—¿Deseaba algo, monseñor?

—Sí, maltrecho. Triturarte los huesitos uno a uno.

—No tengo huesitos, monseñor.

—¿Ah, no? ¿Eres de mierda, acaso?

—De aire, monseñor. Es decir, enteramente al pedo.

—¿Has oído eso, Culo Torcido? ¿No es acaso una pintoresca inmundicia?

—No sé lo que es. Pero lo aplastaré con la rueda si sigue ahí.

—Claro que sigue ahí. Tuerce un poco a la derecha.

—¡Piedad, monseñor! ¡No lo haré más! ¡Lo haré más! ¡No lo haré más! ¡Lo haré más!...

Y el desgraciado saltaba tan rápido que aunque el Príncipe lo miraba de reojo estuvo a punto de marearse.

—¡No rompas tan temprano! —ésa fue la voz de Scarpa, que salió de abajo de la carpa con un casco puntiagudo en la cabeza.

Tenía muy mal aspecto y una mirada triste que el Príncipe trató de evitar para no apartarse de sus propósitos.

Unos fulanos cargaban en un camioncito un bombo y una trompa de armonía. Ya había arriba una estufa de carbón, un armonio, un potro de madera, un velocípedo y un par de baúles.

—Nunca pensé que llegase este día —dijo Scarpa con voz tétrica.

Miraba al camioncito.

—Bueno, si no era hoy hubiera sido mañana —dijo el Príncipe, pensando que Scarpa exageraba las cosas. Scarpa sonrió débilmente.

—No me entiende. Aquí termina el Gran Circo Scarpa, es lo que quiero decir. Son acreedores.

El Príncipe, aunque se arrepintió en el acto, no pudo evitar palmearlo en un hombro. Scarpa, con todo, no se aprovechó de la situación.

—En fin, vamos a lo nuestro —dijo, apartando los ojos del camioncito y señalando la mesa que todavía estaba ahí, a un lado del carromato.

—Bien: ¿cuál es el trato?

El Príncipe se sorprendió de la franqueza de Scarpa.

—Mi querido y dilecto amigo... —comenzó a decir.

Pero Scarpa lo paró con una mano.

—Al grano.

De cualquier forma, y mientras reconocía el terreno por si se trataba de una nueva trampa, el Príncipe recordó al señor maestro José Scarpa, hermano en cuerpo y alma del ilustre Vicente Scarpa, los tremendos esfuerzos que había hecho para llegar hasta ahí, incluyendo una travesía, casi un descubrimiento, en un extravagante piróscabo irónicamente llamado...

—Mañana. Lo conozco. He viajado en él. Efectivamente, tiene sus ocurrencias.

—Y luego...

—En lugar del Gran Circo de los Hermanos Scarpa...

—Del glorioso y afamado...

—... usted se encuentra con esta mierda.

—...a cuya memoria me remito...

Scarpa y el Príncipe se miran a los ojos. Scarpa se rasca el casco.

—Una vez más le pido mil perdones por todos esos contratiempos, que ya conozco. Bien otra era mi intención cuando le escribí a usted. El Destino quiso otra cosa.

La palabra Destino era categórica, y cayó entre los dos como una piedra.

—En fin, ¿qué decide usted?

El Príncipe tomó aire y con igual franqueza expuso su proyecto al señor Scarpa, que escuchó con atención. Antes de opinar observó cómo otros dos fulanos se alejaban llevándose uno de los caballos y un lote de faroles a mantilla.

La señorita Lombardi sacó la cabeza por la ventanita de uno de los carromatos. Quedó ahí hasta que el caballo desapareció de la vista.

—¿Qué espera que le diga? Es una locura, por supuesto. Pero lo envidio a usted. Todo es cuestión de tiempos. El mío ya pasó.

—¡Mi querido y dilecto amigo!...

—Sí, ya sé que lo lamenta tanto como yo. Es muy triste ver desaparecer a un gran circo. Así se fueron el Hippódrome, el Coliseo, el Apolo, el viejo, Apolo, el Olímpico, el Pabellón Oriental...

El Príncipe lo contuvo con un gesto de pesadumbre y se golpeó el pecho. Aquellos nombres transitaban por su cabeza como los viejos y grandes barcos que el

capitán Alfonso Domínguez veía pasar por la borda de babor.

—Y ahora el Gran Circo de los Hermanos Scarpa.

—El más glorioso y afamado...

—¡Gracias!

Scarpa hundió la cabeza, es decir, el casco entre las manos y permaneció así un buen rato. Luego se golpeó una pierna y se recompuso.

—Bien; diga usted.

El Príncipe tuvo que hacer un verdadero esfuerzo, pues de buena gana hubiese remitido todo al carajo. Con voz todavía velada por la emoción enumeró brevemente sus pretensiones. Quería uno de los carromatos, algunos metros de carpa y el león.

Scarpa pegó un salto.

—¿Qué león?

—Creo que el único, si es enteramente un león.

—¡Está usted loco!

—Bueno, es lo que usted en cierta forma acaba de alabar.

—No lo tome al pie de la letra. Sólo el carromato vale un platal.

—Supongo que no piensa llegar con ellos a Venezuela.

—Eso no cambia la cosa. Hablo del precio en términos de mercado.

—Con lo que rebaja usted mi valor a esos términos.

El Príncipe lo dijo sin rencor, tan sólo con un poco de tristeza. Eso a Scarpa lo mató.

—Bien; dejemos de lado el carromato. Pero el león, mejor dicho Budinetto, porque leones hay muchos y Budinetto uno solo... ¡Jamás! Y no aludo aquí al valor económico, que es elevado por cierto, sino al valor...

—Moral.

—Llamémoslo así. Son muchos años que tiramos juntos.

—Quiere decir que es viejo.

Scarpa no se inmutó.

—¿Sabe usted acaso cuánto vive un león?

—No.

Tampoco aclaró el punto, de manera que la duda quedó en el aire.

Aquí el Príncipe decidió tomar la iniciativa, porque si Scarpa seguía en esa línea se iba todo a pique.

—Mi querido y dilecto amigo, pongámonos en razón. Respeto sus sentimientos, pero Budinetto es un anciano. No soportará ese viaje a Venezuela. Nosotros nos limitaremos a mostrarlo y a que ruja de vez en cuando, si está inspirado, pues a la gente de estos pueblos, que en su puta vida ha visto un león, le basta con eso.

—¡Por favor! Budi es capaz de eso y de mucho más.

—Puede ser. Quizá con un poco más de alimentos y un poco menos de

zozobras...

—¿Qué quiere usted insinuar!

—Nada que no sepa.

—¿Me hiere usted! —gimió Scarpa con ingenuo dolor.

—¿Mi querido y dilecto amigo!...

El Príncipe vuelve a palmearlo en el hombro sinceramente arrepentido de haber empleado esos términos. Entonces Scarpa, que no lo pierde de vista, propone que por lo menos le dejen a cambio el carro de Boca Torcida, que al oír esto se atraganta con el humo.

La discusión se embrolla. Scarpa insiste en las por ahora ocultas virtudes de Budinetto y hasta ordena al enano Perinola que meta la cabeza dentro de la boca del león. Esta inopinada peripecia excita la imaginación del Príncipe, que en lugar de rechazarla, como corresponde, insiste en presenciarla. Scarpa, disimulando su contrariedad, procede a despertar a Budinetto con grandes y fuertes conjuros. Al cabo de una hora el león abre un ojo. Scarpa atribuye esto a su humor caprichoso, por lo general una ventaja, pues a menudo es motivo de formidables ocurrencias. Sea como fuere, al cabo de otra hora, y por efecto en realidad de un certero puntapié que Scarpa le suelta con disimulo, Budinetto abre la boca, que despide el aliento de un cadáver. Le faltan unos cuantos dientes.

Perinola, a una señal imperiosa de Scarpa, traga aire y mete la cabeza dentro.

El Príncipe, con todo, hace un gesto de decepción.

—¿Más adentro! —ordena entonces Scarpa.

Perinola empuja otro poco, no mucho.

—¿No va más! —se oye una vocecita estrangulada que al parecer sale por las orejas del león.

El Príncipe tampoco dice nada. Se sacude sobre las puntas de los pies con aire crítico aguardando que de un momento a otro Budinetto cierre la boca y se quede con la cabeza adentro. Pero Scarpa, que parece adivinar sus negros pensamientos, tira del enano. La cara del pobre Perinola, toda empapada, arde como un fósforo. Budinetto sigue con la boca abierta. Scarpa empuja las mandíbulas y la cierra como un baúl.

—¿Y bien?

—Algo lento. Pero podría disimularse con un redoble.

Recién al caer la tarde, después de haber regateado, suplicado, condolido, negado, evocado y aun amenazado hasta el cansancio, por el solo hecho más bien de probar sus fuerzas, llegaron a un acuerdo. El Príncipe se llevaba a Budinetto, el carronato, un caballo de tiro, unos metros de lona y además una corneta. Scarpa, aparte de la reparación por daño inferido, se quedaba con el carro y los arreos, sin el caballo, y a cambio de la trompeta con una *vade recto* o talismán de San Son relleno con hierba de lagarto, también llamada «yerba de poder», de efecto conciso contra toda clase de

mal o cualquier combinación de los mismos, que seguramente iba a terminar con su yeta.

Hubo una breve pero conmovedora despedida entre Scarpa y Budinetto, que abrió un ojo cuando Scarpa le besó el hocico.

Y ahora, por fin, el Príncipe y Boca Torcida emprenden el camino de regreso a la pensión para caballeros Caldas del Rey a bordo del carromato, que se bambolea como un barco, llevando a remolque una jaula con el grandioso y afamado león Budinetto, que sigue durmiendo.

Lo último que ven del Gran Circo Scarpa, antes de doblar una esquina, es un montón de trastos desparramados por el baldío, en medio de ellos la delgada y negra figura de José Scarpa y, en un claro, a la muy señorita Lombardi que, montada en el caballo Selim, cabalga en círculos, seguida de cerca por el tan caballito Farfante.

Oreste salió de la pensión para caballeros junto con el Príncipe, que se demoró un momento en el patio haciendo ciertas recomendaciones al Nuño, que quedaba allí, y entregándole un papel enrollado sujeto con un hilo rojo. Antes de separarse, el Príncipe lo palmeó y lo empujó suavemente. Luego cada uno tomó para su lado.

Oreste atravesó la ciudad tratando de reconstruir el camino que habían hecho a la inversa con el carro. Se extravió varias veces, casi era ésa su intención, pero al fin, guiándose por la torre de la iglesia de Nuestra Señora del Buen Tiempo, el faro y cierto aire prostibulario que fue reconociendo en las paredes, vio aparecer sobre los tejados aquellas viejas palmeras que señalaban el lugar del Burdelito o Feria de San Venéreo.

No había cambiado nada, a pesar de que tenían que coincidir tantas cosas además de las palmeras, y se preguntó si en realidad no acababan de pasar recién rumbo al Gran Circo Scarpa. Hasta le pareció escuchar la voz del Príncipe que decía: «¡La loca vida! ¿Eh, Oreste?».

Allí estaban la pagoda de latón esmaltado, los braceros, las jaulas, las caponeras, las señoras para el uso, el vendedor de roscas y maníes, el Mandarín de la suerte, la Flor azteca, la gitana adivina. Y el Campeón mundial de lucha Carpofofo, casi ecuestre, sobre la tarima. A un mismo nivel resultaba el doble de grande, primer detalle.

Una de las putas señoras le preguntó si era forastero y él dijo que de Arenales, y le preguntó otras cosas más mientras lo sujetaba de hecho con las tetas, que eran casi tan grandes pero no tan lisas como la de la señora Maruca y olían a talco y por momentos a grasa, si no había oído hablar de la Melita, que era ella misma, ex bailarina del cabaret El Pianito y luego del Mingo, si era un viajante, si no era un alcahuete, si se le paraba o si era un marica y finalmente por qué no se iba a la misma concha de su hermana.

Oreste oía a medias, cada vez más impresionado por el tamaño de Carpofofo, que

a cada paso que se aproximaba crecía otro poco. La puta señora, muy de estilo, gritó todavía algo y lo pechó con las tetas, pero en ese momento alguien lo tomó de una mano.

—Déjalo, ¿no ves que es un Príncipe?

Oreste volvió la cabeza aturdido, olvidando de golpe a Carpofo. Era la gitana. Sonreía vagamente sin soltarle la mano, y a través de la mano Oreste sintió como un silencio que subía hasta su cuerpo y se inclinó un poco sobre aquellos ojos y vio que vio su cara en cada uno de ellos sumergida en dos hoyitos de aguas muy negras.

—¿Quieres que te adivine el futuro?

—¿Puede cambiar algo?

—Nada. Salvo conocerlo.

—¿Para qué, entonces?

La gitana le acarició la palma como si quitara de ella un pellejo, repasó con la punta de un dedo las líneas de la vida, casi blancas sobre la piel curtida, y sin levantar los ojos, dijo:

—Está todo aquí, aun este instante. ¿De verdad, no quieres saberlo?

—No. Déjame vivir el día.

—Oreste... ¿es ése tu nombre?

—Sí, hermana.

—Paz con paz.

Le vuelve a acariciar la mano, pero ahora como si borrara todo lo escrito.

—A propósito, ¿qué tal hombre es ese Carpofo?

—Te está esperando. Él no lo sabe, naturalmente, pero lo he leído en tu mano.

Oreste dio un paso.

—Oye, ¿por qué has dicho que soy un Príncipe?

La gitana sonrió.

—¿Lo eres?

—De eso se trata. Quiero decir, debo probarlo. ¿Qué te parece?

—Vive tu día.

Ella levantó la mano y trazó unos círculos en el aire, y en ese instante Oreste creyó oír aquel barullito, tan un tris, de nada. Nada.

Dio una vuelta alrededor de Carpofo. Parecía de piedra, por varios y consistentes motivos. Luego se situó discretamente a un costado, releyó el letrero y, cuando volvió a mirarlo, a Carpofo, notó con espanto que éste le apuntaba con un ojo.

—¿Qué buscas, hijo?

Oreste tosió, carraspeó.

—Señor maestro... —dijo como si fuese a echar un discurso, pero en seguida se desinfló—. Nada en concreto.

Carpoforo ladeó la cabeza y lo miró con los dos ojos, algo intrigado.

—¿Quieres apostar?

Oreste retrocedió un paso.

—Jamás se me hubiese ocurrido. Palabra que no.

—Sin embargo, puede salir de ti un buen «quinta categoría», es decir, lo que sería un peso medio.

Oreste sonrió con torpeza.

—A esta altura puede salir cualquier cosa.

—Mira, yo lucharé de rodillas con una mano, la que quieras, sujeta a esa piedra —señaló una piedra con una cadena y un grillete, al lado de una maleta, en la cual, sin duda, Carpofofo guardaba la ropa de paisano—, y tú podrás emplear toda clase de presas, aun las más depravadas, igual que en la lucha griega, como retorcer los brazos a más de noventa grados, hundir la rodilla en la barriga, tirar de los huevos, torcer los dedos de los pies, la presa de garganta, la corbata y cualquier otra cabronada.

—Menos todavía, señor maestro. Tengo en muy alta veneración tan noble arte como para permitirme siquiera semejantes pensamientos.

—Hay peores degenerados.

—Es un signo de los tiempos.

—¡Tú lo has dicho! Pero si no hago así me muero de hambre. Es mi problema. Soy de «octava categoría», es decir, debo mantener lo menos 89 kilos.

—Comprendo.

—Y con todo me paso la mayor parte del día aquí arriba.

—¿No te aburres?

—Veo pasar el mundo.

—No se me hubiese ocurrido.

—Ayer, por ejemplo, te vi pasar a ti con ese loco. ¿Quién es?

—¡El Príncipe Patagón! —respondió Oreste con orgullo.

Carpoforo meneó la cabeza.

—Conocí al Rey de Titania, que era temible por su «tijera de cabeza», y al Príncipe Etragov, campeónísimo de «greco», discípulo del gran Pons, aunque medio estrafalario, pero nunca oí del que tú dices.

—Es un Príncipe Mago.

—No es mi especialidad. ¿Y qué haces tú con él?

—¿Jamás has oído hablar del gran Circo del Arca?

Carpoforo pensó un poco.

—No, francamente.

—¿En qué mundo vives?

—Me paso el día aquí arriba, te dije.

—A propósito, ¿por qué no bajas y así podemos charlar con más comodidad?

Carpoforo lo miró con su terrible mirada de «octava categoría», pero esta vez Oreste la aguantó sin desviar los ojos.

—Tú te traes algo. Dilo de una vez. ¿O prefieres que se lo pregunte a la gitana? Debe estar en mi mano.

—También está en la mía. Baja. No apostaré contigo, pero, ¿qué tal un vaso de vino tinto?

—Son 75 calorías.

Carpoforo bajó de la tarima, sobre la que colocó la piedra, cazó la maleta y cruzó con Oreste hasta el bar Corona.

—He recorrido un largo camino para dar contigo, maestro —dijo Oreste después del primer trago.

Carpoforo se repasó el bigote con un dedo para quitar los restos de vino.

—¿Por qué me llamas maestro?

—Ése es el punto. Mi padre fue un modesto aficionado de «sexta categoría». De él heredé la pasión y aun devoción por este noble y viril deporte.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Tesero. No tiene importancia.

Pidieron otro vaso, esto es, otras 75 calorías.

—Él aprendió el arte con Spavento, Italo Spavento.

—Spavento, Spavento... No lo recuerdo.

—Discípulo a su vez de Bonetti.

—¡El gran Bonetti! ¡Ése sí! Era terrible en el *souplesse*. Tenía un cogote de toro, especial para el «puente».

—Él te nombraba a menudo.

—¿Bonetti?

—Mi padre.

—Tuve mi gloria —dijo Carpofofo con los ojos perdidos en la lejanía—. Fueron otros tiempos. ¿Qué edad te parece que tengo?

Oreste hizo un gesto de duda.

—Cincuenta, hijo. Y con todo, el día de mi cumpleaños, delante de testigos de vista, para lo expreso, hice el «Vuelo del ángel», que es lo máximo que puede hacer un luchador. Fue en el *boxing* club La Centella, que tiene un *ring* por lo menos. Se trata de tomar impulso contra las cuerdas y en mitad del cuadrado arrojarse al aire y caer en el *ring side* pasando por sobre la tercera cuerda. Muy pocos en el mundo son capaces de hacerlo.

—No lo dudo.

—Antes hacía esas cosas y muchas otras y la gente acudía de todas partes a ver al gran Carpofofo. Después se fue todo a la mierda. No sé si fueron esos farsantes como el Cíclope o el arte.

—Es la gente que cambia. De otra forma se hubiesen muerto de hambre.

—Puede ser, aunque es preferible. Lo cierto es que todo eso terminó.

—¡Una época!

—Lancelotti, Le Marín, Zaikine...

—Van Berg Der...

—Van Der Berg, ¿te refieres a él?

—Fue un lapsus.

—No, holandés. Gran tipo. Luché con él hace años. También con Hércules Cortés, que además levantaba pesas. ¿Lo recuerdas?

—Patente.

—Mejor paremos aquí. Me vas a amargar el día.

—Toma otra copa.

Trajeron las copas. Carpofoforo se asomó a la puerta y miró en dirección a la plaza por si había algún candidato a la vista. Nada.

—Bueno, a lo tuyo —dijo apenas se sentó.

Oreste esperó a que bebiera el primer trago y luego, tomando impulso como para el «vuelo del ángel», comenzó con una exaltada alabanza de la lucha en general, incluyendo una somera historia desde el dios Hermes, pasando, naturalmente, por Enrique VIII, hasta Martín Karadagián, para concluir en el momento que Carpofoforo se mandaba el resto del vaso, con la exposición del nudo o médula del asunto.

Carpofoforo lo escuchó con la misma disposición que en ese mismo momento el señor Scarpa escuchaba al Príncipe Patagón. Depositó lentamente el vaso sobre la mesa, miró a Oreste a los ojos durante un tiempo, en el cual a éste le pareció que se reducía, casi se evaporaba, y dijo:

—Todo esto suena a cuento, aunque lo has hecho muy bien. Estoy seguro de que ese Gran Circo del Arca es un montón de basura, una pandilla de muertos de hambre y que el Príncipe ese es un loco, o por lo menos un cretino. Pero hacía tiempo que no hablaba con nadie de todo esto, que es mi entera vida, de la lucha deportiva y los grandes campeones y el gran Paúl Pons (era él mismo quien lo había mencionado), y la verdad que tú lo has hecho muy bien... Hasta llegué a pensar que el único campeón que quedaba sobre la Tierra era yo.

—Lo eres.

—No me halagues ni me interrumpas. No es necesario... Para serte franco, estoy harto de pasarme el día entero sobre esa tarima, lo cual no es muy recomendable, dicho sea de paso, pues mis huesos se están endureciendo y, entre nos, he comenzado a tener ciertas visiones. A veces creo ver a Alí Bargach o al gran Madrali, y un rato antes de que tú llegaras estaba hablando nada menos que con Tarkowsky.

Se alisó los bigotes y miró el fondo del vaso.

—En resumen, entre morirme de hambre ahí arriba, si no es antes de

envaramiento, y hacerlo en el Gran Circo del Arca, y probablemente con él, prefiero esto último... ¡por todos los carajos!

Chocó y sacudió la mano de Oreste, que sintió crujir todos sus huesos.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Oreste.

—Oreste celeste, ¡pues vamos por esos mundos!

A Oreste le hizo gracia lo de celeste, que lo dijera Carpofofo, pues era el mismo estilo del Príncipe, esos *impromptus*.

Echó un suspiro de alivio y pidió el último vaso.

—¡Por el señor Tesero! —brindó Carpofofo.

—¡Por todos los campeones!

Siguieron ciertos trazos del Destino, el Príncipe volvió a la pensión para caballeros en el crujiente carromato que conducía con muchos fueros Boca Torcida en el mismo momento que Oreste, con una maleta al hombro, embocaba la otra esquina con el señor Carpofofo en persona, que cargaba unos fierros.

Luego de abandonar el bar Corona, Carpofofo, que en total había consumido 375 calorías, procedió a despedirse de los habitantes del Burdelito de San Venéreo, que cuando se enteraron de que partía en razón de muy importantes contratos con el grandioso y afamado Circo del Arca prorrumpieron en toda clase de festejos. El Mandarín de la Suerte le obsequió un anillo de cola de iguana de tremendo valor incluso y la gitana un *payé* o talismán amoroso de efecto recíproco isofacto. Las señoras para el uso lo besaron por orden alfabético, incluyendo a la Melita, que improvisó un *tipi-tape* cancanudo haciendo tremolar sus briosas tetas y hundiendo unas cuantas baldosas. Por último, lo pasearon en andas y lo despidieron con gritos, hurras, el trompetazo de una corneta y algunas lágrimas. Carpofofo cargó el letrero, la piedra y la maleta y se fue sin volver la cabeza, medio en derrota.

De allí marcharon hasta un conventillo cerca del puerto. Atravesaron unos pasillos retorcidos, dos patios, un siniestro tallercito de imprenta (un señor se agachó o se ocultó detrás de una vieja minerva), una pieza donde estaban comiendo otros señores de oscura catadura que ni siquiera levantaron la vista, subieron y bajaron unas crujientes escaleras y cuando Oreste, totalmente perdido el rumbo, se preguntaba si todavía estaban en la misma casa, salieron a una azotea desde la que se divisaba un trozo de mar y había una casilla de madera que resultó la morada de Carpofofo.

La vista del mar primero le cegó. Después le trajo esa vieja y ancha nostalgia. Caminos.

—Entra —dijo Carpofofo a sus espaldas.

A un costado de la puerta colgaba de un clavo una jaula de alambre con un cabecita negra que saltaba de un palito a otro y expidió unos pitiditos muy de

partitura bonitos.

La pieza olía a Carpofofo, guardaba ese aire de tranquila pesadumbre que despedía el campeón. Con ser quien era y a los cincuenta años sus propiedades en este mundo sumaban poca cosa: un catre de tijera, un baúl, una mesita con algunos cacharros y un Primus, una fiambarrera que colgaba de un tirante, algunas pesas. En las paredes había un par de fotografías del propio Carpofofo, más joven, en una casi irreconocible y en otra ejecutando una «doble Nelson» en un combate de lucha libre. Sobre la puerta, un letrero del Ateneo de Salinas en el cual se destacaba con letras del tamaño de un ladrillo al combate de fondo:

CARPOFORO VS. EL «NENE» BRUZZONE (a) La Máquina

El campeón, antes que nada, tomó una barra larga cargada al tope y la levantó con una arrancada a la alemana, es decir, un tirón, ejecutando al mismo tiempo una sentadilla.

—Da gran potencia a la espalda y los hombros. También a las piernas y los riñones. Te enseñaré varias cosas como ésta.

—¡Excelente! —refrendó Oreste por cortesía, calculando que si trataba de levantar ese fierro se partía en dos.

Carpoforo colocó la barra sobre la espalda e hizo tres series de diez flexiones cada una, inspirando al ponerse en puntillas y espirando al bajar.

—Muy bueno inclusive para los intestinos. Si fallan las tripas falla todo.

Dejó la barra y comenzó con los ejercicios de cuello. Manos atrás, apoyándose en el suelo solamente con la cabeza y los pies. En esta posición de arco balancearse hacia adelante y hacia atrás unas mil veces.

—Dime, ¿piensas seguir en esto mucho tiempo más?

—¿Qué apuro? Hay que mantenerse en forma a toda costa, en cualquier circunstancia. Es inútil que tengas el físico de un gorila si careces de disciplina.

Oreste asoció la palabra gorila con su padre, el señor Tesero, y recordó esa pálida sombra acurrucada en un banco del Jardín Zoológico rodeada por todos aquellos tristes animales que soñaban con los grandes espacios, los bosques profundos y rumorosos como el mar.

—¿Vas a llevar estos fierros?

—Por supuesto.

—¿No crees que sería bueno ir empacando?

—¿Quién te corre? Enciende ese calentador, ¿quieres?

Oreste pensó que era inútil preguntar para qué. Prendió el calentador, que se tapaba a cada rato y había que meterle la aguja o mejor golpearlo contra la mesa.

Carpoforo terminó con los ejercicios, llenó una sartén de aceite y cuando ésta comenzó a alborotar echó dentro unas costillas de cerdo que sacó de la fiambra.

—Me preocupa el hambre que vamos a pasar con ese bendito circo. No por el gusto de la comida, ya que estoy acostumbrado a las privaciones, sino porque un luchador debe comer en forma científica, y más o menos abundante.

—Llevamos un excelente cocinero.

—No pensarán comérselo. El problema son las provisiones. Todo muerto de hambre es buen cocinero.

—En todo caso, no te amargues antes de tiempo.

—Buen consejo. ¿Jugosas o tostadas?

—Así, así...

—Un buen plato de costillas de cerdo es lo más indicado antes de un combate, con bastante aceite, si lo aguantas, porque aumenta las calorías. También las costillas de buey, aunque no tienen el mismo valor. Me pregunto cuántos cerdos llevo comidos en mi vida.

Carpoforo apartó los cacharros a un costado de la mesa y le alargó a Oreste un tenedor y un cuchillo que repasó en el maillot. Llenó de vino dos jarritos de aluminio y antes de que Oreste probara siquiera un sorbo vació el suyo de un saque y lo volvió a llenar.

Mientras comían directamente de la sartén, Carpofofo, que cambió de humor después de la primera costilla, empezó a hablar otra vez de los grandes campeones y, ante una pregunta de Oreste que estaba sentado de manera que tenía enfrente el letrero del Ateneo, recordó con bastante exaltación el primer combate y luego la revancha con el «Nene» Bruzzone, que era el crédito de Salinas. En el primer combate le metió un «*hammer look* japonés», que es parecido a la «americana», pero colocando las piernas sobre el cuello del adversario, y ése fue el final, cuando, para ser franco, el «Nene», que era un tipo de muchos recursos, ya lo tenía reventado. La revancha pasó a la historia. Hubo de todo, siempre en términos deportivos.

A esta altura, Carpofofo se ha puesto de pie y lucha con un rival imaginario.

—En determinado momento «La Máquina» me aplicó una «vuelta de muñeca» y antes de que yo pudiera reaccionar metió una «palanca» que casi me quebranta el brazo. Todavía hoy me pregunto cómo salí de eso. Uno se vuelve un puro animal, creo. En el buen sentido. Lo cierto es que de buenas a primeras lo tuve sobre la lona y con el último aliento le apliqué una *corbettiana*, la mejor y más espléndida de mi vida, y lo obligué a abandonar.

Carpoforo, sudado como si realmente terminara de vencer al «Nene» Bruzzone (a) La Máquina, se encajó otro jarro.

—La verdad es que esa vez mereció ganar.

—¿Qué se hizo de él?

—Desapareció de Salinas. Era un tipo muy orgulloso. Un auténtico campeón. ¡A su salud!

Levantó el jarro vacío. Luego revolvió el cuarto buscando otra botella y como no hallase ninguna con un resto siquiera dijo con verdadera tristeza:

—Bueno, otra vez será. Te juro que se lo merece. ¡Palabra de Carpofoforo!

Oreste lo palmeó sinceramente compungido.

Con todo, fue una suerte que el vino se terminara.

Carpoforo se quitó el maillot y con la ayuda de Oreste se puso un traje que le apretaba por todas partes y con el cual parecía otra persona. Luego juntó sus cosas de andar, muy pocas, entre ellas una caja llena de recortes de diarios, una bigotera, un braserito para los pies y un frasco de untura blanca, un cinturón magnético «Plus Ultra» del doctor Venusto, un tarro de unto sin sal y un medallón ovalado con una fotografía desvanecida de una señora, y metió todo en la maleta que aseguró con un cordel. Finalmente se encasquetó una gorra de cuero, cargó las pesas y echó una mirada al cuarto.

—¡Hasta la vista! —dijo, como si se despidiera de una persona.

Oreste cargó con la maleta.

Carpoforo lucía muy compuesto con aquel traje y esa gorra y unos botines con elásticos. Cerró la puerta con un candado, dejó por un momento las pesas en el suelo, bajó la jaula que colgaba del clavo y abrió la puertita.

El cabecita negra no se movió.

—Vamos, Caramillo pajarillo —dijo entonces Carpofoforo con una voz muy dulce para tanta corpulencia.

Y lo animó con un golpecito en los alambres.

El pájaro asomó la cabeza por la puertita, Carpofoforo alzó bien alto la jaula y al fin saltó. Saltó a un tapial, después a un techo. Después remontó vuelo y se perdió en el aire azul.

Carpoforo lo saludó con una de sus manazas, levantó las pesas y echó a andar.

Y siguiendo, pues, esos finos trazos del Destino, el Príncipe, Boca Torcida, Budinetto, Carpofoforo y Oreste se encontraron al mismo tiempo en la puerta de la competente pensión para caballeros Caldas del Rey en esa blanda hora del crepúsculo en la cual se deponen las fatigas y el alma se suelta en tranquilos arrebatos.

Hubo las presentaciones y efusiones del caso. Califa olfateó convenientemente a Carpofoforo, que impresionó muy bien al Príncipe y viceversa, y hubo otros alegres etcéteras cuando el Nuño salió a la puerta con un delantal de hule, atraído por todo aquel alboroto, y se topó con Carpofoforo por un lado y el carromato y Budinetto por el otro y, lo que fue mayor revelación, no sólo con la idea sino inclusive con las bases del Gran Circo del Arca.

Todo esto transcurría en los entreluces de la puerta, de la que brotaba un fuerte

olor a bacalao a la portuguesa.

Carpoforo, sin soltar las pesas, comprobó la calidad y consistencia del carromato que lucía por fuera unos lindos colores y un angelito desteñado a cada lado que soplaba una trompeta anunciando posiblemente la llegada del circo. Se visitaron los interiores, auxiliados por una lámpara de viento comprobando el espacio y la distribución que, como ocurre con los barcos, excedía todos los cálculos hechos desde afuera. El carromato estaba dividido por dos tabiques, es decir, disponía de tres compartimentos, dos amplios y uno más pequeño a proa, con un total de ocho cuchetas. Como observó atinadamente Carpofofo, había que conseguir otra yunta de caballos, para recambio. Y ya que estaba ahí dejó las pesas en el compartimento del medio. A popa tenía una puerta y un balconcito con una baranda de hierro forjado, como en los furgones de cola, todo muy bien tramado. Desde esa altura Boca Torcida alumbró la jaula mientras los demás descendían y la rodeaban para admirar de cerca al Gran Budinetto.

Carpoforo preguntó si era de caucho o algún material semejante de esos que reproducen con gran artificio patéticos simulacros de miembros y aun personas enteras. A lo que el Príncipe respondió que era totalmente al natural. Como hubiese dudas al respecto, el Príncipe introdujo una mano entre los barrotes y tiró con fuerza de la cola. Budinetto abrió los ojos y miró a los señores de fijo y después abrió la boca. Retrocedieron todos y la lámpara en manos de Boca Torcida comenzó a temblar. Pero no se trataba más que de un pestilente bostezo, porque Budinetto recogió la cola y clavó nuevamente la cabeza. De cualquier forma, los señores aplaudieron y Budinetto todavía entreabrió un ojo.

—Es mejor que metas todo esto en ese baldío —dijo el Príncipe a Boca Torcida, señalando un baldío frente a la pensión—. Y cubre la jaula con la lona.

Luego, al Nuño:

—Habrás que pensar qué le damos de comer.

—Algún compuesto. Un cocido de pobre gigante, por ejemplo.

—Por suerte es viejo. Sufre del estómago.

Confortados por todas estas evidencias, los señores entraron en tumulto embocando el pasillo que se esparcía al fondo en un hueco de luz, del que brotaba en improvisos una vocecita muy suelta y aquel fogoso olor a bacalao. Van los señores. El Carpofofo relleno de una vez todo el pasillo. La vocecita viene, vagante como una mariposa, salteadito, tarareando ese aire que dice:

Si vas a Varadero

fíjate en cierta ventana...

El Príncipe se sobrecoge.

El salón está todo iluminado, la mesa puesta con el florero al centro que contiene un ramo de magnolias naturales en lugar de las solitarias y corimbos de papel.

La manita huesuda salió por la ventanilla y saludó a los señores, que respondieron con gestos y ademanes. También Carpofofo, que estaba muy en situación y se quitó la gorra. La voz se interrumpió de golpe. Fue entonces que al Príncipe le pareció advertir que faltaba la fotografía del señor Esteve. Por encima de un hombro de Carpofofo, que hablaba de la condenada vida de un luchador, casi igual a la de un fraile, constató que efectivamente en lugar de la fotografía colgaba un almanaque del «almacén EL VENCEDOR-Gran surtido de fiambres».

Se abre la puerta en el tabique y entra de costado la señora Maruca. Trae el cabello suelto, una blusa con flores bordadas al realce y unos pantalones de terciopelo negro que parecen pintados sobre la carne. Al caminar remueve el cuerpo de tan loca y combinada manera, y con todo sin malicia expresa, sino por su mucha gracia natural, que al Príncipe se le aflojan las piernas.

Carpoforo interrumpe su conversación sobre la dura vida de un luchador y piensa dónde mierda dejó metido el talismán amoroso que le obsequiara la gitana.

La señora saluda a los señores muy portátil, alargando ambas manos y sacudiendo los brazos todo el tiempo, mientras promueve los pies y agita el cuerpo con consonancia.

—El señor Carpofofo —presenta el Príncipe—, campeón de lucha de todos los mundos.

—¡Encantada! —gorjea la señora, que abarca con sus negros ojos al señor Carpofofo, incluyendo la gorra, los botines puntiagudos y esos tremendos y sobresalientes hombros—. ¡Un campeón! ¿Quién iba a decirlo?

Se supone que alude a la presencia del susodicho en la pensión para caballeros.

Carpoforo toma la manita brotada de hoyuelo que se agita entre sus dedos como un pichón y la besa con la boca en punta para evitar que la roce el bigote.

Así procede la señora con cada uno, incluyendo al Nuño, que no se ha movido de la casa. El Príncipe es el último. Ella combina el movimiento de la mano con una mirada lanzada de prisa, acompañada de cierto rubor que enciende su cara con igual brevedad y que significa, de acuerdo al lenguaje del amor, *timidez y deseo*. Él empuña la mano con calculada firmeza y antes de besarla le dirige una mirada lánguida, triste, que según el *Corresponsal del amor*, expresa *pasión*. La señora lanza una risita y como para que no quepan más dudas, extrae del entrepecho un pañuelito verde (*placer, esperanza, alegría; cambio ventajoso de condición*), lo dobla por las puntas (*espérame*) y así doblado se lo pasa por los ojos (*deseo hablar contigo*).

El Príncipe entorna los ojos, siente que se precipita en unos blandos abismos.

Pero en tan elevado momento resuenan al otro extremo del pasillo unas voces

discordantes, y el Príncipe, que acaba de reconocer una aguda, apretada, que por momentos se superpone a la otra, flemosa, grave, abandona precipitadamente el salón.

Afuera Boca Torcida sujeta por el cuello al enano Perinola, que patalea en el aire.

—Estaba escondido en el carro. Lo descubrí cuando fui por la lona.

El enano está vestido con un trajecito de calle y un sombrero en forma de escupidera.

—¡Monseñor! —gimotea.

Al Príncipe se le arrebató la cara.

—¿Qué haces aquí, Satanás en miniatura? —vocifera.

Pero luego, temiendo que se escuche adentro, hace señas a Boca Torcida que se desvíe de la puerta.

—Bájalo.

Boca Torcida lo baja pero no lo suelta.

—Dime, desgraciado, ¿qué te has propuesto ahora?

—Quiero ir con ustedes, monseñor.

—¡No me llames monseñor! —ruge el Príncipe.

Luego se contiene y repite en voz baja:

—No me llames monseñor o te retorceré los huevitos en esta forma.

Le retuerce una orejita y el enano pega un grito.

—Tápale la boca.

Boca Torcida procede.

—Déjame explicarte, señor Alteza —dice el enano como puede entre los sucios dedos de Boca Torcida.

—¿Qué dice?

El Boca se encoge de hombros.

Adentro se escuchan voces y risas y el Príncipe se pone nervioso.

—Este desgraciado se ha propuesto amargarme la vida. Habla, pero ni una palabra más de lo necesario.

Le hace una señal a Boca Torcida, que saca la mano.

—No quiero apartarme de Budinetto, monseñor... digo alteza.

—Señor y basta.

—Señor... He vivido y crecido con él.

—No mucho, por lo que se ve.

—Hablo en otro sentido... El podrido señor Scarpa me hacía dormir en la jaula para que se acostumbrara a mi olor. Dice que se guían por el olor, lo cual no es cierto.

—Abrevia.

—Al principio hizo una cabeza de trapo que se parecía a la mía y Budinetto jugaba con ella y la rompía y entonces Scarpa le daba con un palo. Para que

entendiera que no debía hacerlo. Sin embargo, lo seguía haciendo.

—Scarpa fue siempre un tarado. José Scarpa.

—Lo es.

—Tú no opinas.

—Y entonces yo, que no podía ver esas cosas, preferí meter un día mi propia cabeza. Y Budinetto, que es de buen natural, la lamió (en ese tiempo noapestaba) y se frotó en ella porque entendió que no era una cabeza de trapo sino de persona...

—Enano.

—Enano persona. Y pareció complacido con ese gesto y desde entonces fuimos amigos.

—Bonita historia, aunque algo confusa y probablemente falsa.

—Además...

—¿Qué? ¿Piensas tenerme aquí toda la noche?

—Tú eres como Vicente Scarpa, un verdadero artista.

—Oye, conozco esos trucos.

—Contigo es posible que vuelva a trabajar en un verdadero circo.

Parecía sincero, y eso lo turbó al Príncipe.

—No haces más que repetir lo que todo el mundo sabe. No sigas por ahí.

—Sí, señor.

—Ante todo, puedo pasarme sin el número de la cabeza. Para ser franco, me repugna.

—Es clásico.

—Inclusive prefiero deshacerme de Budinetto antes que cargar contigo.

—¡Monseñor! —volvió a gimotear el enano.

El Príncipe, que sintió que perdía terreno, le retorció la oreja.

—¡Señor!...

—Mira, tengo otras cosas entre manos como para ocuparme en este momento de un miserable enano.

Y dirigiéndose a Boca Torcida:

—¡Arrójalo por ahí!

El Boca lo volvió a levantar y Perinola se echó a llorar a moco tendido con el sombrerito en las manos.

—¡No me jodas con eso! —bramó el Príncipe, temiendo aflojar—. ¡Llévatelo!

—Un momento.

Era Oreste, que había oído casi todo y tampoco soportaba el llanto del enano.

—No metas la cuchara —le previno el Príncipe.

—Déjame decirte una sola cosa. ¿Cómo se entiende un circo sin un payaso? No has pensado en eso.

El Príncipe arqueó las cejas.

—El pequeño, por repugnante que sea, es un cómico de primera y, además, enano y, además, el único que por el momento es capaz de manejar a Budinetto. ¿Qué más puedes pedir? En realidad debieras suplicarle que venga con nosotros. Él solo representa, por lo menos, tres números de elemental importancia: payaso, enano y beluario. Un verdadero fenómeno, aparte de una curiosidad.

El Príncipe meditó unos segundos.

—¿Tú qué dices? —preguntó al Boca. Era una manera de cubrir las formas, porque para el caso, de poco valía lo que pudiese opinar el Boca.

—Un enano trae suerte.

—¿Según cuál?

Boca Torcida levantó otro poco a Perinola y lo miró en detalle.

—Parece de los buenos.

La risa de Carpofofo se escuchó bien clara.

—Ustedes lo han querido —dijo el Príncipe con un gesto de resignación—. Pero les advierto que a la primera cabronada yo mismo le arrancaré la cabeza, que ésa fue, me parece, la verdadera intención de Scarpa. Ahora, acomódate las ropas y, aunque no lo eres, trata de parecer una persona.

Entraron al salón con el enano por delante, que caminaba tumbándose a un lado y otro.

La señora Maruca juntó las manos y lanzó un gritito.

—¡Vean esa monada!

Y con un tumulto de carnes se abalanzó sobre el aterrado Perinola y lo alzó en brazos.

El enano se quitó el sombrero y bajó los ojos, muy púdico, aunque de paso echó una mirada a aquellos agitados pechos casi tan grandes como él.

—¿De dónde ha salido este caballerito? —prosiguió la señora en el mismo tono, zamarreándole un cachete.

—Es un enano —dijo entonces el Príncipe.

La señora ahogó un grito y soltó de golpe a Perinola, que cayó al piso como una piedra.

La vieja volvió a sacar las manos por la ventanita y dio unas palmadas. Los señores se sentaron a la mesa. Carpofofo, que necesitaba más espacio, ocupó una punta, la opuesta al Príncipe. Maruca colocó en una silla un par de almohadones y Oreste calzó encima a Perinola. Esta vez el Nuño se ocupó del servicio, rogando a la señora que tomara asiento.

Los señores se ponen de pie. La señora se sienta. Se sientan los señores. El Príncipe encaja una pierna entre las de la señora, que la aprieta con fuerza. Todo concurre.

Mientras daban cuenta con respetuosa voracidad de aquel inflamable bacalao a la

portuguesa, el Nuño, que tenía demasiado adentro el oficio, aclaró que el mote «a la portuguesa» era una excusable generalidad por cuanto aquel cocido podía pasar también por un bacalao a la vizcaína, ya que contenía algunas rebanadas de pan frito y cortezas de tocino. Aprobaron todos con la boca llena. Boca Torcida pareció realmente reconfortado por aquella precisión, pues raspó el plato con un trozo de galleta y se lo alargó al Nuño por encima de la cabeza de Perinola.

Carpoforo, algo excitado, puesto que de la soledad más negra había saltado a esta vida de parentela, expuso que la carne de bacalao es rica en fosfato de cal y yodo, lo cual facilita la digestión de las materias grasas y contribuye a normalizar el funcionamiento de las glándulas tiroides.

Perinola preguntó si él también tenía glándulas tiroides y Carpoforo opinó que debía tenerlas algo más pequeñas.

El Príncipe, por su parte, que había escuchado aquellas atinencias con gran atención, empujando de paso por debajo con la pierna, informó a la señora Maruca sobre la erección del Circo del Arca y sus pormayores, replicando la señora con grititos, palmoteos y palancas de pierna. Luego, reclamando la atención de todos con unos golpecitos del tenedor sobre el vaso, anunció que mañana mismo partían por esos mundos, lo cual provocó una salva, con excepción de la señora Maruca, pues esos anuncios son muy gratos a los vagabundos y quien más quien menos lo había estado esperando, algunos de ellos por años. El propio Príncipe, que justamente era un Príncipe vagabundo por su procedencia patagónica, soltó la pierna y aplaudió con fuerza. Levantó el vaso. Lo levantaron todos. Todos gritaron: ¡*Mañana!*

En aquel momento un Ángel escarba el agua y sonríe a las profundidades.

Por último, el Príncipe se puso de pie y juntando las manos pronunció breves palabras alusivas, que agradecían ante todo a las circunstancias el haber dado con aquel verdadero hogar y aquella dama de tan singulares dotes que desde ya presidiría todos sus pensamientos.

La señora Maruca enjugó una lágrima, una por cada ojo, con el pañuelo doblado (*deseo hablar contigo*), el que luego se pasó por la mano (*soy tuya*).

Perinola se echó a llorar como un desgraciado.

El Príncipe aludió luego a la naturaleza errante de aquel oficio tan distinto de casi todos los otros, generalmente de asiento, y con todo tan acordado con la sustancia del hombre, que es un viajero sobre la Tierra, en perpetuo tránsito, por cuanto *errare humanum est* y esta vida es un vallecito de lágrimas que se transcurre a los pedos.

Aplausos y llantos.

La señora Maruca, aguantando los sollozos que sacudían sus pechos obligando a algunos a desviar la mirada y a otros a encajarle, agradeció con su vocecita muy trastornada aquellas palabras de elogios y tanto o más las circunstancias de haber conocido a semejantes caballeros, visitantes de extraños oficios pero, sobre todo, de

indudables poderes, pues aquella oscura pensión se había convertido de un día para otro en una morada de encanto y hasta la vieja señora Gertrudis había curado del reuma y la higuera echado unas hojas.

No pudo terminar, pues las lágrimas le brotaron a chorros.

Entre el Príncipe y Carpofo, que estaba terriblemente conmovido, la ayudaron a sentarse con desinteresada y cariñosa solicitud.

Luego el Príncipe, para animarla un poco y regocijar otro tanto a aquellos vagabundos que por mucho tiempo no comerían ni dormirían en regla, trajo del cuarto la victrola y los discos y Oreste rajó unas músicas.

Aplacado el cuerpo con aquel bravo bacalao a la lusovizcaína, regado con vino claro, fuerte, de buen cuerpo que la señora mandó exhumar de un sótano clausurado desde los días del señor Esteve, q.e.p.d., los espíritus divagaron en las muy altas esferas removidas por la música como la cáscara de un caracol que sube y baja con el agua y ciego navega hasta que se consume y se toma mar.

Que esto fue lo que pensó Oreste. Y vio por sus adentros una playa interminable y superpuestas orlas de espumas y banditas de gaviotas casi de la misma sustancia y restos de caracoles que rodaban, rodaban con un rumorcito de uñas. Y Cafuné que pasa al tiro, sacudiendo un sonajero, medio transparente.

El Príncipe sonó los dedos. La púa chasqueaba.

Oreste colocó otro disco, dio manija y apuntó la bocina en dirección al Príncipe. El disco era nada menos que *Fascinación*, de Marchetti.

Fue oír los primeros compases y el Príncipe se puso de pie, como si se tratara de una ceremonia ya combinada, tendió la mano a la señora Maruca y echando una pierna hacia atrás le rodeó la cintura con el otro brazo. Se miraron un instante a los ojos, muy fijo, y luego se lanzaron en círculos por el tambaleante salón. Las caras de los señores giraban en acompasado disloque hacia un lado y otro, el diploma de la Obra Pía de Tierra Santa pasó volando, entrevieron unas manitas huesudas que plangolpeaban, pero luego todo se borró y, aunque la señora pechaba con sus turgencias y el Príncipe correspondía con la entrepierna, se remontaron por los aires en círculos cada vez más veloces y uno de los dos, por los dos, pronunció la palabra Amor.

Apenas se acallaron los ruidos y la noche echó su gran bulto, el Príncipe se levantó en la oscuridad y guiándose por el resplandor de la banderola salió al patio. La higuera colgaba como un esqueleto en el aire negro. Califa estaba arrollado debajo de ella. Agitó la cola pero el Príncipe movió la mano en redondo y el perro volvió a dormirse.

Una raya de luz que se quebraba contra la mesa atravesaba el salón vacío. Provenía de la puerta en el tabique, apenas entreabierta.

El piso de madera crujió bajo los pies del Príncipe. Permaneció un momento inmóvil en la oscuridad. Luego tendió la mano, que se coloreó suavemente, y empujó la puerta.

La señora Maruca estaba de pie junto a la cama, cubierta con un camisón transparente que dejaba entrever sus blancas y redondas formas con un velloncito oscuro debajo del vientre. Parecía en trance. La luz de un velador teñía el cuarto de una claridad sonrosada en la cual la señora aparecía suspendida, fantasía de mujer, pimpante matrona, miel de leche, fruta carnosa, colosal encarnadura.

El Príncipe extendió las manos, tragó saliva y avanzó en puntillas, etéreo concurrente.

La música aún sonaba en sus oídos, no expresa, aires del alma, esos círculos fulgentes que encendían los espacios.

No hubo palabras, todo incarnado.

Tomó su mano manita, ciñó su cintura por lo bajo, reposando un dedo en el empinado hueco que coronaba sus nalgas. Y así imantados emprendieron nuevos vuelos, girando extravagantes sobre los pies descalzos. Ella empujaba acompasada y él discernía con su atorado miembro cada gesto de sus escondidas formas.

La señora gimió, crujió en grandes sofocaciones. El Príncipe, que respiraba con dificultad, besó y mordió su cuello y ella, correspondiente, le introdujo la lengua en una oreja, empujando y enroscando luego por dentro del beso su vibrante navaja. Todoailable.

En una de las vueltas, la señora fraguó un mareo y soltándose blandamente se posó en la cama. El Príncipe, con fuertes trastornos, siguió girando con el miembro, que se sacudía a un lado y otro. Ella, que con todo, entrevió semejante eminencia, se recostó en el lecho, entrecerró los ojos, izó el camisón y abrió las piernas. Entonces el Príncipe, siempreailable, soltó la capa, arremangó la bata y arremetió *de profundis*.

La cama comenzó a sacudirse y hasta se corrió un poco.

Y así que estaban amarrados en tales juegos, un formidable rugido atravesó la noche.

—Modérate, mi bravo señor... —tartamudeó la señora, sin dejar de sacudirse.

—Budinetto... —gimió el Príncipe, que se había suspendido un momento y al siguiente volvió a empujar por cuanto reconoció aquel grito.

Ahora se sacudían el velador y el ropero y una estatuita de San Judas Tadeo, apoyada en una repisa casi sobre sus cabezas.

Budinetto volvió a rugir, larga, lúgubrementemente. Varias veces. Mientras el cuarto, la noble pensión para caballeros Caldas del Rey, la noche entera se sacudía.

El colorido carromato, con un angelito a cada lado anunciando la partida, está parado frente a la puerta de la pensión apuntando hacia el horizonte de arena que

asoma al fondo de la calle. Carpofofo, el Príncipe y Boca Torcida aparecen sentados en el pescante, inmóviles y abatidos. Perinola saca la cabeza por una ventanita. Oreste, que se ha calado el gorro de piel, está en el balconcillo de popa, recostado contra la pared de madera. La jaula de Budinetto, que por esta vez se halla despierto, va amarrada al carromato con un cable que se sujeta en uno de los barrotes de la baranda con un lazo ahorca, establecido por el Nuño seguramente.

La señora Gertrudis, por primera vez de cuerpo presente, observa desde la puerta. Es un bultito de trapos negros y una carita agrietada como las paredes.

La despedida ha sido triste, silenciosa. Ahora tan sólo se aguarda la orden del Príncipe. La señora Maruca no ha querido verlos partir, por lo visto. Es comprensible.

Por fin, el Príncipe golpea con el codo a Boca Torcida. El Boca ladea el cigarro, sacude las riendas y lanza un grito que le sube desde la barriga y lo remece como una rama.

Los caballos, que presienten la largura del camino, agachan la cabeza y arrancan despacio. El carromato se sacude con un crujido de ruedas y maderas. Los angelitos se tambalean.

Los caballos recién han dado el primer paso de aquel embrollado viaje, que acaso sólo ellos barruntan, cuando se oye un gritito que proviene de la pensión. La señora Maruca, toda arrebatada, aparece en la puerta con una capa de viaje, una gorrita de gamuza y una maleta.

Perinola lanza un chillido y los demás repercuten.

La señora abraza y besa de corrido a la señora vieja Gertrudis y entre los gritos y aplausos de toda la compañía trepa al carromato, después de escarbar el aire unas cuantas veces con una de sus corpulentas piernitas, izada por Oreste, que se aguanta con un pie entre los barrotes.

La señora viejita ondea una mano.

El Príncipe, ahora sí a todo mandato, pregunta a Boca Torcida cuál es el próximo pueblo.

El Boca ladea el cigarro y escupe entre los dos caballos.

—Medina, polvo y ruina.

—¿Y después?

—Tierra.

El Príncipe le golpea la espalda.

—¡Allá vamos!

El carromato zarpa de una vez.

La señora Gertrudis agita la mano y ellos replican, toda la compañía, redoblados, incluyendo al león Budinetto, que sacude la cola, y al perro Califa, que ladra.

La señora Gertrudis se empequeñece. Su mano pajarito revolotea ahora sobre una mancha negra.

Oreste ayuda a acomodarse en el interior del carromato a la señora Maruca, que necesita espacios y despacios. Cuando vuelve al balcón, la señora Gertrudis ha desaparecido. No sólo la señora, sino también la pensión para caballeros. Alarga el cuello y hace pantalla con una mano. No. No están.

El carromato ha llegado al final de la calle. Por delante no hay más que arena. Por detrás brota una doble huella, con el Califa que trota en el medio, cada vez más negra, porque no va quedando otra cosa. Palmares ha comenzado a borrarse. Se disuelve en el aire lentamente. Sólo el faro y la iglesia y unas grises palmeras persisten otro instante, pero luego se evaporan a un mismo tiempo.

Oreste, apenas turbado, se pregunta si habrá sucedido así con todo. Arenales, el Lucho, el *Cara*, la Pila, el Pepe, el Bimbo, la Tere, Cafuné fantasmón, el *Mañana* tan barquito, el fragoroso capitán Alfonso Domínguez, el tremendo jinete Mascaró, la Trova..., la muy dulce Trova de Arenales. ¿Existieron realmente alguna vez?

La guerrita

Tapado es una calle de arena y ocho casas a cada lado, con la escuela a la derecha, lo que hace nueve para esa parte, pues el maestro Cernuda vive y padece en ella desde el 35. La iglesia es una punta, consagrada a Santa Margarita pero clausurada hace seis años, cuando el padre Ignacio Zárate se escapó con Marianita Castro, tan devota. El cementerio en la otra punta, que es un corral con treinta y ocho tumbas, entre ellas la del *Fac* Sacomano que sembró sus buenos horrores y fue muerto por los rurales cuando se culeaba a la Chola Navarro, que todavía vive en Manzano, catorce leguas, y se hizo lugar de devociones por un tiempo. El almacén de ramos generales de Pedro Centurión a la izquierda, con un surtidor de nafta que no funciona y que de lejos parece la única persona que vive en Tapado y una pista de baile que se anima por lo menos una vez al año, para la fiesta de Santa Margarita María de Alacoque, virgen, el 17 de octubre.

De noche brilla una luz en el almacén, donde se juega al tute, al truco o al mus, otra en la escuela, donde el maestro Cernuda, ya casi inmaterial, lee por milésima vez *El contrato social*, y varias y muy animadas en el cementerio, que simula entonces una ciudad en miniatura, y que proviene de las tumbas, protegidas del viento con unos ladrillos.

Una vez a la semana entra y sale perseguido por una nube de polvo el viejo Leyland del Expreso *La Central*, que para en el almacén los viernes a hora incierta y deja alguna carta para el maestro, catálogos y facturas para Centurión y un sobre azulado para la señorita Ana Rosa Vasallo, que para leer la carta pone en la victrola *Júrame*, de María Grever.

El mendigo del pueblo es el viejo Ponce, que atraviesa la calle de una punta a otra una vez por la mañana y otra por la tarde y vive debajo de una enramada detrás de la iglesia, donde prosiguen los médanos. El loco es el loco Garbarino, que vino así por tratar con el «Familiar» o la «Sampasuka», no se sabe bien, y que el viejo Farseto, otro personaje, trató de curar probando varios contramaleficios. Le puso la ropa al revés, metió dos cuchillos en cruz debajo del colchón, para lo cual tuvo que convencerlo que por un tiempo durmiera en un colchón, durante una semana lo despertó a las cinco de la mañana llamándolo por su apellido primero, Garbarino, y el nombre después, Domingo. ¡Garbarino Domingo!, gritaba Farseto y el loco, que ya estaba despierto, le raja un pedo. Por último, le cortó el ala del sombrero, que es la suprema, pero el loco Garbarino siguió tan loco y tan Garbarino y con el sombrero recortado que le añadía otro poco de locura. Farseto dijo entonces que era loco de otra materia.

Con todo, Farseto a veces la acierta. Él fue quien dio aviso cuando llegaron aquellos jinetes. Los demás pensaron que se trataba del Expreso, pues levantaban la

misma nube, y que por lo tanto era viernes y no jueves, como todo hacía suponer, de manera que envejecieron un día.

La nube entró por la punta del cementerio y pasó atronando con un ruido de cascos y monturas y jadeos que venía de adentro, y cuando paró frente al almacén de Centurión, salieron de ella cinco jinetes. Cinco. Uno de traje negro como el maestro Cernuda, con un sombrero aludo que le echaba sombra, y que saltó del caballo girando sobre la silla, cayendo sencillo en dos piernas, de una vez, y entró en el almacén medio de apuro, sin visuales. Otro con un capote de agua y unas botas de goma, prendas que aquí no se invisten, y una cara cubierta de granos tan gruesos como garbanzos. Y otro señor, muy diputado, de más edad, pequeño, con un panamá alerudo y un maletín, que descabalgó también. Los otros dos, bien de espanto, con máuseres y cananas y unos machetes en vainas sin curtir, engrasadas, con cachas de hueso, tres remaches y pomo de bronce, quedaron en las cabalgaduras por los infragantis. Traían un caballo con carga. Dos alforjas a los lados, una caja atravesada en la montura y un caño de latón con peana amarrado a la caja.

Andaban de mapa. Preguntaron por Manzano, Unión, Las Vacas, Tres Cruces, Portillo, Alacrán. Rumbitos. Bebieron ginebra con jengibre y un chorro de limón, y preguntaban de gusto, nombres nomás, y Centurión glosaba, y después levantaron viaje, se los llevó la nube, todo textual, en acta constatado por Farseto enteramente visual.

El Expreso pasó el viernes con seis rurales a bordo en uniforme de patria. Bajaron a mear con los Mannlicher en bandolera, el cabo se echó una caña y siguieron viaje. El maestro Cernuda quedó en la puerta de la escuela con un discurso en la mano que agarró del montón que guardaba en una caja.

Esto sucedió de seguido, entre jueves y viernes. Y era bastante para una semana, aun para un año. Pero no habían pasado dos días, que el lunes por la tarde vieron otra nubecita, siempre del mismo lado. No era de tamaño. Más bien de jinete, pero sobre dudoso caballo, porque era un chorro de polvo parejo, finito, que levantaba poco.

Farseto achicó los ojos y dijo:

—Es un tipo en bicicleta.

Tampoco le creyeron. En Tapado nunca se vieron esas invenciones. Farseto tenía la vista legañosa y por lo general veía otras sustancias, que era para lo que servía, «Pomberos», «Sampasukas», «Basiliscos» y otras encarnaciones.

Cuando encaró la punta vieron que era un tipo que se transportaba muy derecho por el aire sobre dos redondos chorros de arena. Traía un brazo en alto. Casi al mismo tiempo oyeron esos golpeitos, como tales, pero no exactamente, un temblor de hojas, un batimiento de alas, primero encimado al apretón de la arena, mezclado, pero en seguida se remontó, sobrevino, salía del hombre.

Se persignaron.

Era siendo un sujeto de mucho hueso, con una zorra gris, sujeta con una vincha de goma, que flameaba detrás de su cabeza, muy aguda. Nunca visto. Si no hubiese sido por la bicicleta, que no es transporte de ánimas, Farseto habría opinado que se trataba de un «Pateador» o «Pelegrino», que no son locales sino errantes y por lo general traen suerte. Sin embargo, era de carne, aunque dura, consistente. Paró frente al almacén y agitó un sonajero de uñas y cuando se reunió toda la gente, incluyendo a Garbarino, dijo que venía de aviso. Que el anuncio era éste: que en dos días llegaba a Tapado el Gran Circo del Arca, que se propagara en todo su tamaño esta noticia, que él ya y ya proseguía viaje para anunciar lo cual mismo a todos los cuantos pueblos, y le tocó la cabeza al loco Garbarino, que se había quitado el sombrero, y partió sin entrar siquiera al almacén, sacudiendo las piernas y batiendo aquel cascabillo.

—¿Qué pueblo es ése? —pregunta el Príncipe.

—Tapado, pobre y desgraciado —responde el Boca.

El pueblo se borra por momentos con la arena que levanta el viento.

El Príncipe golpea el tabique a sus espaldas y Oreste asoma la cabeza por una ventanilla.

—Sopla la trompeta, ¿quieres?

Oreste trepa al techo del carromato y comienza a soplar la trompeta, que lanza un chorro de arena. El sonido rueda como un montón de piedras. Debe haber llegado hasta el pueblo porque se oye un disparo y después una campana. Eso les sacude la modorra y hasta el mismo polvo.

Oreste vuelve a soplar con más fuerza. Sopla y se lleva una mano a la oreja porque le encanta oír ese enorme sonido que se dispara sobre la tierra pelada, se ensancha y se alarga como si le respondieran otras muchas trompetas.

Está más viejo o, mejor dicho, algo más seco, igual que una de esas ramas retorcidas y calcinadas por el sol que asoman a los lados del camino. Tiene una bata semejante a la del Príncipe y una capa verde, más corta, pero los mismos botines con las suelas agujereadas. La bata y la capa son hechura de Sonia la Vidente, que es también la Bailarina oriental y que en otro tiempo fue la señora Maruca López de Esteve.

El carromato tiene los colores repasados de manera que, de lejos, como lo está viendo ahora la gente de Tapado, y sobre todo con aquel ejemplar empíreo sobre el techo y en medio de una nube luce muy bonito. Los angelitos siguen soplando a cada lado, un poco más gordos y más sonrosados, pero por detrás de ellos ondea un letrero que dice «Gran Circo del Arca», con las iniciales en letras floridas, obra también de Sonia, igual que las cortinitas de las ventanas y los penachos rojos sobre la cabezada de los caballos.

Detrás del carromato viene la jaula, como cuando salieron de Palmares, pero con

unas cortinas de lona para resguardar a Budinetto de los vientos, el ardiente sol de la tarde y las miradas de la gente, que nunca han visto a un león. Suelen meter palos entre los barrotes o le arrojan amuletos y comidas ensalmadas que le revientan el estómago.

Detrás de la jaula sigue una jardinera que conduce Carpofofo y que pagaron con dos funciones en Obligado. Resulta un desahogo. Como tiene capota y cortinas de gutapercha que se abre, no se cierran a todo lo largo, lleva, además de una parte de los trastos, dos catres en los que duermen Carpofofo y el Nuño. Sonia y el Príncipe duermen en el compartimento de proa del carromato, más chico pero más íntimo, con una puertita debajo del pescante, en el cual dispusieron una cama de dos plazas luego de remover las cuchetas, y Oreste y Perinola en el de popa, por cuya puerta se entra y se sale comúnmente. El del medio tiene una cocinita económica con la chimenea que asoma por el techo y que cuando humea acrecienta la apariencia de un barco, una mesa plegable, la lona de la carpa, el baño de asiento, las pesas de Carpofofo y la parte más abultada de los trastos. Además amortigua los ruidos que por la noche producen Sonia y el Príncipe, aunque el carromato se sacude igual. Por suerte para el resto de la compañía, hace un tiempo que aquellas expresiones han ido decayendo.

Un caballo blanco, bien peinado, viene al paso sujeto con un cabestro a la jardinera.

Oreste, además de soplar, comenzó a saltar sobre el techo, y los del pueblo, que veían ondear la capa y elevarse a aquel arropado personaje entre esos celestes sonidos, pensaron que en cualquier momento remontaba vuelo. El Nuño subió también con su disfraz de capitán von Beck, esto es, un cuero de cabra teñido de un color rojizo con manchas de pintura negra que simulaba la piel de un leopardo y un par de muñequeras y unos bigotes postizos a la tártara y comenzó a aporrear un bombo.

Cuando rodearon el cementerio pararon los ruidos por respeto.

—Habría que golpear y soplar más fuerte —dijo el Príncipe, que se veía cansado—. Por estos lados los muertos están más vivos que los otros. Uno se los cruza en los caminos, charlas con ellos, te ayudan o te joden por puro gusto y al final nunca sabes con quién tratas. ¿Hay alguna forma de saberlo?

—No, que yo sepa —dijo el Boca—. Además, no se gana mucho.

Después del cementerio y cuando embocaron la calle y vieron a Tapado de una vez y en esa sola mirada abarcaron lo que podían sacar de él, Perinola con su trajecito de payaso y unas campanillas en los tobillos, comenzó a saltar delante de todos como un endemoniado muñeco. Sonia marchaba detrás con un bombachón de terciopelo escarlata, unas chinelas en punta de hilos dorados, un chalequito bordado con lentejuelas y unos velos que flotaban a su alrededor como nubes de vapor. Califa caminaba en dos patitas con un bonete en la cabeza, muy automático. Oreste soplaba

y el Nuño golpeaba con fuerte arrebato.

La gente cubría la calle frente al almacén. El maestro Cernuda, de negro, con un bombín y un puñado de papeles en la mano derecha, presidía, al medio. Hizo un ademán. La bandita de Tapado, seis sicus o fusas o zamponas de hueso, un redoblante, un bombo y un triángulo, arrancó con una especie de música, un sonido ventoso, estremecido, más rumor que sonido, pero poderoso, que sobrevolaba los golpes de los parches y las punzantes vibraciones del triángulo, invadió la calle, creció, se aceleró y los envolvió como el ansioso viento que corre delante de la tormenta. Era un ruido que brotaba de la tierra, aquellas rotas paredes, las treinta y ocho tumbas, todo el silencio amasado y acumulado a través de siglos y que salía zumbando por los agujeros y las grietas.

Oreste, que igual que el Nuño había dejado de hacer ruido impresionado por aquella música, sintió que ese arcano rumor lo cubría, lo apartaba, lo traspasaba, y otra vez, ahora más cerca, trató de abarcar esa forma, si la había, el todo sonido o el todo grito o el todo idea..., ¿o era que era nada más que así, vaguedad, no expreso, no hablado, no ideado, otra manera de consistir, entresiendo?

Los músicos tocaban mirando al suelo, sin usar el cuerpo.

El maestro levantó una mano y la música esa paró. El Príncipe y toda la compañía estaban realmente suspendidos.

El maestro se adelantó unos pasos, desplegó unos papeles, empujó algo por la garganta y pronunció el siguiente embrollo:

«Señores caballeros, señoras:

«En nombre del pueblo de Tapado, os doy la más calurosa bienvenida. Es éste, sin duda, para nosotros, un día de felicidad, de júbilo sin par, de erecciones y elevaciones del alma. Conciudadanos, ¡qué providente concomitancia!, ¡qué decretos y acomodos nos ha tramado el destino!... Se arrebató el alma, sí, pero el verbo, invención humana, vacila, se retrae, hasta enmudece ante tan grueso portentoso. Porque, ¿con qué palabras os pintaré yo el arte, que encaman estos señores, cosa de suma inmaterial? Examinad con atención este mundo grosero que habitamos y que viene a ser como el rincón donde se arrojan los desperdicios del cielo. Registrad sus espaciosos campos en la risueña primavera y veréis las primorosas alfombras que conforman las flores sobre el hermoso fondo de las verdes y dilatadas praderas. Echad una rápida relojada por la vasta redondez de la Tierra y hallaréis aquí fuentes cristalinas, allí frutas delicadas (el loco Garbarino mira a derecha e izquierda), en una parte piedras preciosísimas, en otras perlas inestimables y en todas primores y maravillas de la naturaleza que sólo sabréis admirar y nunca podréis apreciar debidamente. Veréis la prodigiosa variedad de aves que pueblan los aires, la admirable diferencia de peces que encierran los mares y la asombrosa multitud de animales que sustenta la Tierra. Bajad a sus más ocultos senos (todos miran hacia la bailarina oriental) y hallaréis

minas abundantes de oro, plata y otros preciosos metales. Alzad los ojos y observad esa prodigiosa bóveda que forman los cielos y que viene a ser como el techo que Dios ha puesto a este mundo. ¿Qué cosa más admirable? ¿A quién no pasma y encanta ese sol tan hermoso, que todo lo ilumina, todo lo calienta, todo lo vivifica y todo lo alegra?»

Miró atentamente a los presentes para cerciorarse de que, en efecto, no había nadie que no estuviese pasmado con aquel puto sol que rajaba la tierra.

«¿Qué cosa más bella que la Luna, cuando llena y majestuosa camina por medio de esos cielos inmensos, como haciendo ostentación de su hermosura? ¿A quién no hechizan (aquí temblaron todos) esa brillante multitud de estrellas y esos risueños luceros que tachonan y esmaltan los tales cielos? ¿Quién jamás miró con atención tanta hermosura, tantos prodigios y tantas maravillas sin sentirse dulcemente arrebatado de su belleza?»

Volvió a mirar por arriba de los papeles y el loco Garbarino aprobó con la cabeza. Había un postigo entreabierto en una de las ventanas de la casa de la señorita Ana Rosa y una vaporosa silueta se retrajo detrás de los vidrios.

«Pues bien, conciudadanos, el arte es la suma y perfección, la mágica trabazón de éstas y otras maravillas sin necesidad de transportarnos hasta ellas porque por la sola potencia del espíritu penetra la materia más espesa, congrega y entrevera a cuanto portento, pasmo o quimera divaga por estos mundos y añade aún más, límite fijado, y así como se hunde de un saque en los abismos más profundos, con la misma facilidad se raja a las alturas más excelsas, totalmente expedito, iluminando con sus victoriosos fulgores esta dura vida, valle de continuas lágrimas que corren por todas partes, campos sembrados de espinas, territorio de soledad, áspera mansión de la miseria, rescatando al hombre de aquel terrible decreto: polvo eres y al polvo revertirás, porque por la máquina del arte él se sobrepone, se sobrepasa, se supervive, se...»

Un cavernoso rugido que hizo temblar las diecisiete casas interrumpió el discurso, recularon todos y antes de que no quedara uno Oreste comenzó a soplar, el Nuño a golpear, Perinola a saltar y Sonia a bailar, adelantándose graciosamente a los brinquitos por aquella hirviente calle de arena. En verdad, era una maravilla digna del Hagenbeck o el Sarrasani. Había ideado un baile de resalte, de acuerdo a su corpulencia, acompasado, cruzando una piernita a cada salto como si jugase a la rayuela y ondeando las manitas, al tiempo que agitaba por gravitación propia sus desbordados pechos, con un sonajero en el chaleco a la altura de cada uno, y flotaban los velos en envolventes giros sugiriendo por debajo redondas, húmedas y trastornantes formas.

La gente se calmó, se atrajo y antes de que el maestro Cernuda abriese nuevamente la boca, el Príncipe, exaltado por aquellas retumbantes palabras que, aunque no decían nada del todo comprensible, removían su natural inclinación a la

verbigracia, alzó las dos manos y con su sonora voz cada vez más entubada dijo:

«Amigos:

«Ante todo quiero agradecer, en nombre de la Compañía, las combinadas palabras que acabo de oír y que, además de interpretar la sustancia misma de asunto tan volátil, ha penetrado muy hondo en nuestros corazones. ¡Mil gracias!»

El maestro se quita el bombín. Todos aplauden.

«Largos y difíciles caminos hemos trajinado para llegar hasta aquí, pero la meta recompensa con largueza tales penalidades por cuanto Tapado fue siempre una vieja y crecida aspiración de nuestros precitados corazones, puesto que sabíamos de la acendrada devoción por las artes de este pueblo pequeño en sus dimensiones pero grande y magnífico en sus intenciones.

«Desde ya, nosotros trataremos de retribuir esta disposición con nuestras mejores habilidades, desplegando una serie de vistosos y entramados números a precios muy reducidos, dedicando, por supuesto, nuestra primera exhibición a todo y cada uno de los habitantes de este noble y esclarecido pueblo, cuya puntual concurrencia será una acabada muestra de sus altas y ponderadas virtudes de tanta y tan sólida envergadura que su fama nos dio alcance en muy remotos lugares y nos movió a transitar por todo este territorio universo, removiendo obstáculos y atascos sin cuento para arribar por fin en este día, que, como bien se ha subrayado, es de rigurosa felicidad y júbilo sin par, en recíproca viceversa, el sabio, sensible e insigne pueblo de Tapado, que en orden a sus méritos, se promueve por sí solo a ciudad.»

Carpoforo, empleando a fondo sus formidables manos, arrancó con los aplausos por detrás del carromato. Siguieron todos.

Hubo otros disparos y el viejo Ponce resonó la campana de la iglesia, el Príncipe y el maestro Cernuda se encajaron un abrazo, se bailoteó, Carpofofo arrastró la jaula a la vista de todo el pueblo y el Nuño, es decir, el capitán von Beck, descorrió las cortinas y ordenó al león Budinetto que surgiera rugiente (Perinola introdujo por debajo un palo en punta) y el pueblo se removió, corrió, enloqueció, revino, admiró tan resuelta fiereza.

La bandita de Tapado comenzó otra vez con aquella música.

Oreste, que ha quedado solo en lo alto del carromato, levanta la cabeza. Desde allí se ve la reseca inmensidad que rodea a Tapado. Las diecisiete casas, el almacén, la iglesia, palidecen. La gente salta y gesticula en una gris polvareda. Sólo consiste ese vibrante sonido, ese fuerte rumor. Y esa figura blanca, inmóvil detrás de una ventana.

El Circo del Arca era lo que se llama un «circo a la americana», esto es, cuya tienda se arma y se desarma rápidamente mediante árboles, tensores y parantes que se sostienen mutuamente por un efecto físico de fuerzas encontradas, lo cual convenía a su sustancia nómada, y al propio tiempo, desde el punto de vista del espectáculo, un «circo de primera parte», pues sólo ofrecía números de pista. La carpa o tienda,

cuando partieron de Palmares y contaban apenas con unos agujereados metros de lona que le arrancaron a Scarpa, era una especie de biombo circular con una abertura para entrar, que se cubría con una cortina en la cual Sonia había pintado unos signos más bien aterradores (sobre todo la víbora que se muerde la cola y tiene un solo y siniestro ojo) y un boquete en la parte opuesta por donde ingresaban los artistas.

Con el tiempo, a medida que progresaban en distancias y peculios (e imperceptiblemente envejecían, mudaban), aplicando al efecto el ingenio mecánico del Nuño, para el cual un circo se asemejaba a un barco en cuanto a paños y arboladura, la carpa fue cobrando bulto y el Príncipe, amigo de ostentaciones, la comenzó a llamar «pabellón a la americana». En concreto, seguía siendo el mismo biombo circular, pero en el centro del picadero se colocó un «árbol» (el Nuño lo llamaba «palo») con un crujiente aparejo de cuadernales y pastecas que elevaba un toldo en forma de embudo, el cual se tensaba mediante unas riendas de cáñamo. El Nuño, con la ayuda de Carpofofo, había unido los distintos trozos así como se cose una vela, con hilo encerado, una aguja colchonera y un «rempujador» ajustado a la mano, bordeando el conjunto con una «vainilla» guarnecida de ollaos. Un trabajo para travesías, el mismo que hizo tantas veces con el Andrés a bordo del *Mañana*. El ruido del aparejo al izar el paño, que es lo que ahora está oyendo la gente de Tapado, es el mismo alegre sonido de una vela cuando remonta al tope del palo. La compañía se sacudía el polvo y el cansancio al escuchar aquel traque-traque tan rebonito. El toldo lucía muy lindo en el momento que se hinchaba como un globo y todo alrededor se removía y se alivianaba. Tapado sencillamente pareció otro pueblo cuando estuvo armado.

En la entrada, una verdadera y elegante entrada de un «circo de primera parte», se adosó un palio con las varas doradas y la tela a bastones y en lugar de la cortina se colocó un bastidor con signos igualmente herméticos, es decir, que no significaban un verdadero carajo, pues era de suma conveniencia predisponer de entrada el ánimo de los espectadores para encajar en la esencia de todos aquellos etéreos rebusques. En otras palabras, que había que poner un poco de imaginación para encerrarse en aquella mugrienta carpa y ver las cosas de encanto que terminaban por ver aun los patanes más cerriles.

La entrada y salida de los artistas, al fondo, era un pasillo de lona, breve, y el resto del pasaje hasta el picadero, un cerco de tablas parecido a un brete. El momento más jubiloso, por lo menos para el Nuño, es salir de la ruindad exterior, cubrir un tramo de oscuridades y desembocar en el círculo de luz que ilumina el picadero, entre murmullos y aplausos que provienen de las sombras. Ahí le crece otra persona.

Para las luces se habían tramado varios ingenios, por cuanto resultaba lo más delicado y lo que contribuía en gran medida a fingir ese mundo de vagas sustancias. De un aro que rodeaba el palo y que se subía o bajaba a voluntad pendían cuatro

lámparas Aladino que proveían muy buena luz al picadero y contribuían a la iluminación general. Estas lámparas tienen la ventaja de que no son a presión y la llama se regula mediante una cremallera de gran recorrido. Tal *motu proprio* conviene para ciertos efectos tramados por el Príncipe. A derecha de la entrada hay un armazón de caños fácilmente armable y liviano con una plataforma encima. Allí se ubica una linterna mágica con un lente regulable, un espejo parabólico y una chimenea, artificio de gran prestigio científico que el Príncipe adquirió a un viajante en Navajas. Sirve para iluminar el picadero con un preciso arco de luz cuando se requiere concentrar ésta sobre ciertos objetos o personajes, ya de modo repentino, ya mediante un disco con orificios cubiertos de papeles de colores que se gira delante del lente, tiñendo el aire de un tono u otro, recurso de fenomenal vaguedad.

Frente al palio, Carpofofo clava dos estacas que sostienen en arco uno de los letreros del carromato con dos faroles de viento a los costados y una guirnalda de linternas venecianas por debajo, que cuando bailotean removidas por el viento semejan grandes mariposas.

A un lado del arco se ubica una mesa con una caja en la cual Oreste, que comienza de portero, sigue de linterna y termina de transformista y a veces hasta de Príncipe, sin contar laterales de *impromptu*, deposita la pecunia que recibe a cambio de un billetito con un número, una predicción y, al dorso, un consejo sobre la Santa Salud. A ratos sopla la cometa, convocante, y apalea el bombo. El enano Perinola salta y se revolea, atractivo, mientras el león Budinetto se exhibe a distancia entre vagas luces que se agitan y simulan movimientos, sacudones, pues el desgraciado dormita. Perinola lo punza cada tanto y se raja un bramido de gran consonancia.

El pabellón se armó al rayo del sol con la asistencia del pueblo de Tapado, que observaba, murmuraba, jodía, ayudaba. Algunos encendieron fuegos y comieron a la vista del circo para no perder detalle. Por la mañana, el Príncipe visitó al maestro Cernuda, con el que sostuvo un largo palique sobre el avance destructor de la materia y el virtual destierro del espíritu, recordando épocas de esplendores y elevaciones. El maestro citó repetidamente frases y pensamientos de *El contrato social*, vinieran o no a cuento, y otros escogidas de *El Nuevo Orden*, revista mensual de ciencias, política, literatura, economía, bellas artes, industria y agricultura, de la cual conservaba toda la colección, pues había desaparecido por falta de las debidas licencias y exceso de las indebidas. El Príncipe retrucó con oportunas citas del libro *Naturismo y cultura física*, del profesor Nitro Basciano, *La mansedumbre de las flores*, del mismo autor, y el *Diccionario de sabiduría* y el de refranes, respectivamente, este último con más de cinco mil proverbios latinos y aforismos jurídicos.

Entretanto, Sonia la vidente atendía en una tienda de campaña algo alejada, recubierta de signos tales como la espada flamígera, una cruz ansada, el sello de Salomón, la jodida víbora del maligno ojito, una luna y un sol con ojos y boca, a un

lado y otro de la entrada, abundantes 3 y 7, que son números de guardar, y una verga imponente que había sido frotada con aguarrás pero persistía, aunque desteñida, rodeada de una nube. Adentro había una mesita redonda sobre la cual reposaba la lechucita de las vizcacheras embalsamada que el Príncipe embarcó en el *Mañana*, una palangana, una aceitera y una lámpara de óleo. Sonia la vidente estaba sentada detrás de la mesita, según se entra, con el cabello suelto sujeto por una cinta con una estrella de cartón recubierta de polvo plateado, un batón rosado algo transparente, también con estrellas, bordadas al realce, delicadamente entreabierto para permitir que sus pechos apuntaran al cliente. Atrás, recortado en una terciada y pendiente de un hilo invisible, el Triángulo y el Ojo de Dios, que aunque era uno solo, miraba con tal bronca que no permitía concentrarse en las tetas de la señora. Por lo que se producía un calculado desvarío, tanto más que la señora, después de echar unas gotas de aceite en el agua de la palangana, solía tomar la mano del sujeto examinado y atraerlo hacia sí. A la derecha, sobre un trípode, una imagen de bulto de San Antonio con la pintura saltada por los castigos a que era sometido para arrancarle sus favores. A la izquierda, en el suelo, un braserito que ahumaba y perfumaba el ambiente con cierto polvo que de tanto en tanto arrojaba al fuego el enano Perinola, el cual enano penetraba en la tienda con un turbante, ejecutaba una reverencia y lanzaba un puñado del referido polvo pronunciando entre dientes algunas palabras incomprensibles. Sonia operaba por infusión directa, de natura a creatura. Todas aquellas ceremonias, como sahumar, atraer y sobar las manos, farfullar ciertas palabras al revés, poner los ojos en blanco, echar unas gotas de aceite en el agua, escupir a la derecha varias veces con rapidez, golpear a San Antonio con un latiguito de badana eran «empujes» o excitaciones para ejercer la penetración del futuro. Sonia tenía una mirada propensa, según el Príncipe, sobre todo en el ojo derecho, y con sólo proponérselo y concentrarse en un punto podía ver realmente el futuro a mayor o menor distancia, según se despojara de la materia, que le pesaba mucho, por desgracia, de manera que a veces tardaba demasiado en remontar y anunciaba futuros muy lejanos. Todo esto era natural en ella y surgió sin esfuerzo y se afirmaba cada vez más. Muy de tarde en tarde volvía a ser la señora Maruca. Menos y menos.

A la tardecita dejó de soplar el viento y la arena de picar, pues se incrustaba en la piel y tal vez por eso con el fuerte sol uno brillaba entero. Las casas de Tapado se emparejaron, ya no se vio su mugre, ni su vejez, tan sólo sus contornos pálidos y esponjosos con una lucecita en la cavidad. La torre de la iglesia se ennegreció, pues el sol entraba de esa parte, pero después aflojó, flotó en el crepúsculo como una enorme boya.

El Príncipe, que a esa hora revivía y se llenaba de humores, mandó encender las luces y el pueblo de Tapado se detuvo un momento, dejó de envejecer, porque la carpa se iluminó por dentro y todos vieron que era algo hermoso sobre la Tierra,

aunque no pasara nada más que eso y estuviese allí encendida toda la noche mera figura, a ratos sacudida por una brisa, como si consistiera viva y fuese a remontar vuelo igual que un globo, y todos, tan livianos, despegaran también de aquella tierra dormida bajo la arena y pudiesen ver desde arriba, medio pajarito, ese agujero en el desierto donde había transcurrido su vida.

Oreste, ya revestido con la capa, pues, al igual que los otros, se quitaba nada más que los accesorios, y así cada uno vivía el día entero la representación o figura que había elegido, resonó fuertemente la trompeta y el capitán von Beck batió el parche.

El maestro Cernuda fue el primero en acometer con el señor Centurión del brazo. El pueblo entero siguió detrás, algunos con una silla o una banqueta, pues el circo no contaba nada más que con los seis bancos de la escuela dispuestos alrededor del picadero.

Una figura blanca, esfumada, que revoloteaba en un recuadro de luz amarillenta no vino. Oreste sopló la corneta hacia allí, y cuando todos entraron en el «pabellón a la americana» fue hasta el medio de la calle y volvió a soplar y saludó con una inclinación e hizo como que volaba igual que el cisne del señor Tesero. La figura no se movió.

Las lámparas descienden de lo alto y el Nuño reduce las llamas. Un murmullo recorre la platea. La carpa queda casi a oscuras. Tres golpes de bombo, un silencio y otros tres. Luego suena la corneta. Y en esto surge una llamarada de azufre a la entrada del picadero, y otra y otra. Tres en total (producidas por una pipa de latón de gran tamaño cargada con flor de azufre que al soplarse se inflama por contacto con la llama de una vela, tarea a cargo de Oreste, que se arrastra al efecto por el suelo). Al azulado resplandor del azufre emerge y se sumerge más o menos aterrante la figura del Príncipe Patagón. La gente grita y algunos arremeten hacia la entrada, pero calculadamente se enciende de golpe la linterna y el Príncipe se configura de permanencia en un círculo de luz anaranjada, que, calmados los ánimos, se vira en festiva procedencia al verde, al rojo, al azul, al amarillo, al violeta, creando una flotante sensación de irrealidad. El Príncipe, con los brazos en alto, parece una figura descarnada, inconsistente.

Pronuncia, de amarillo:

—¡Damas y caballeros!

Corneta.

—¡Distinguido público!

Corneta.

—(Verde) ¡En nombre del Circo del Arca quiero dedicar esta grandiosa fiesta al tan ilustre y sensitivo pueblo de Tapado!

Carpoforo, detrás de la lona, arranca con los aplausos.

—(Rojo) Esta noche nos transportaremos en nuestra leve barquilla de caprichosos

encantamientos e ingeniosos artificios por los etéreos espacios de la belleza, la gracia y la poesía. ¡Abrid, pues, vuestros corazones a los efluvios y emanaciones del espíritu para que en recíproco y combinado frangollo nos rajemos por los fecundos prados de este breve y dulce consistir, conjugados y conjugantes en el intenso trastorno del arte que trueca, muda y subvierte la áspera realidad, fraguando una nueva, vehemente y mágica dimensión!

Esta vez el maestro Cernuda se adelantó a Carpofofo, porque de un salto se puso de pie y golpeó las manos como si le hubiese dado un ataque.

Tres golpes de bombo y, después de inclinarse varias veces, el Príncipe levanta los brazos y vocea:

—¡Comienza la función!...

Corneta prolongada y bombo.

Mientras concurren estos ruidos, el Príncipe se retrae hacia la salida sobre una pequeña plataforma con rueditas, artificio de gran efecto, pues parece que se trasladara en el aire en forma de aparición, sin menudeo de las piernas.

Suena otro trompetazo, las luces de la linterna comienzan a girar alocadamente y a los compases de la *Marcha del cazador voluntario*, de Hohmann, por la Banda Grosser Kurfüst, penetra a la carrera en el picadero el caballo Asir montado por el célebre ecuestre Boc Tor. En realidad no viene montado, por lo menos en el sentido más común, sino de pie, con cigarro en la boca, pues se trata de un ecuestre excéntrico, vestido para el evento con una especie de calzoncillo largo, que es justamente un calzoncillo largo, con unas puntillas plateadas alrededor del cuello y los puños, alamares en el pecho, un escudo bordado sobre un redondel de paño lenci, una faja roja, abundante, cuyas puntas cuelgan sobre la cadera. Boc Tor escucha impasible los aplausos. Asir cabecea cojonudo. Sin cambiar de expresión, Boc Tor levanta una pierna, salta en redondo sobre la punta de un pie, cabalga pedestre al revés, monta y desmonta a la carrera, se recuesta sobre el lomo, pega tres volteretas, siempre fumando, y en el frenesí de los aplausos desaparece como entró, sumido en su colosal indiferencia.

A todo esto, las lámparas se han encendido a tope y, luego de las iniciales extravagancias multicolores, el haz de la linterna, que demarca el picadero, es de un blanco intenso.

Las luces vuelven a menguar, quedando la carpa nuevamente a oscuras. El público comienza a revolverse, menos el loco Garbarino, que sonrío y se frota las manos aun en la oscuridad, pues no hay uno que no haya tropezado con un Sampasuka o un Solapa e incluso con algún Lobizón.

Pero se enciende un neblinoso color rosado, suenan las *Czardas*, de Monti, por Janos Makarenko con su Orquesta Gitana, y cual una aparición, de las carnales, surge con alado rumor Sonia la Bailarina oriental, agitándose y contoneándose de tan sabia,

metódica y umbilical manera que se promueve una erección general. Ahora el bombachón es transparente, dejando entrever por debajo un culote negro estrechamente encajado en sus carnes y por arriba unos sostenes en forma de media luna que acarrearán sus turbulentos pechos como dos bandejas. Bailotea descalza, toda pimpinante, pues lleva un brazalete de campanillas en muñecas y tobillos. El baile le brota de adentro del cuerpo, sacude y comprime cada uno de sus tejidos, sin agitarlo, apenas semoviente. En tal consiste la maravilla, lo oblicuo, esbozado, muy del diablo. Comanda unos velos que la circulan, acomodan y completan la figura del baile.

No ha envejecido ni se ha resquebrajado. Por el contrario, está más lozana y más gorda. Y es ésta su tan frutal y proporcionada gordura, que, a partir del vientre, se agita de ese modo ondulante mientras su aniñado rostro parece ajeno a tan elaborada locura, lo que promueve el universal trastorno. Hasta no hace mucho, el propio Príncipe, que disponía de ella más o menos a voluntad, solía tomarla de un brazo apenas trasponía la cortina, al término del número, y pasar del picadero al carromato clavándola *in actu et in potentia*.

El maestro Cernuda se cruza discretamente de piernas y el loco Garbarino se introduce una mano en el bolsillo.

Siempre bailando y removiéndose, Sonia retrocede de espaldas hasta la salida. El público aplaude y grita y dos señores sujetan a Garbarino.

Vuelven a encenderse las lámparas, resuena la trompeta y transcurriendo sin pausa de un suceso a otro entra al picadero girando como una rueda loca el payaso, enano, saltimbanqui, fenómeno de renombre internacional ¡PE-RI-NO-LA!... Su número se promueve a base de los más rápidos y alocados volteos al tiempo que dice toda clase de risueños disparates y entabla una furiosa discusión con su propia sombra. El enano simula confundir a su sombra con otra persona y le ruega, luego le ordena, que se marche de allí o cuando menos que se quede quieta, por respeto al distinguido público, y que no trate de calcar cada una de sus figuras, porque hay un solo Perinola en este mundo y no queda lugar para otro. Finalmente, se enreda en una loca pelea con volteos y grandes aspavientos, sorprendiendo a tan ladino rival unas veces, burlado otras, hasta que sale disparado en franca derrota perseguido por aquella infatigable sombra.

El público ríe con ganas, aunque algunos, mientras aplauden, miran con recelo la sombra que descargan en el piso.

Corneta y bombo.

La enorme voz del Príncipe, a través de una bocina de lata, anuncia por detrás de la lona la presentación del campeón de lucha de todos los tiempos y Hérculase sin rival ¡CAR-PO-FO-RO!... Algunos compases de la *Marcha Victoria*, de Franz von Bloon, y emerge Carpofofo, que se adelanta a paso lento, terribles pasos, los brazos cruzados sobre el pecho y una ligera capa de aceite que le otorga un brillo siniestro.

Había costado convencerlo para que se dejase untar, porque era un hombre aferrado a sus principios y se preguntaba qué diría si lo viese, por ejemplo, Enrico Porro, campeón de grecorromana que en 1906 batió en Londres al gran Nicolaj Orlof, o alguna otra puñetería por el estilo. Bien, ése era su mundo. En su cabeza no había más que campeones y presas y el Reglamento internacional de lucha grecorromana, aparte de las calorías.

Pero ya la voz del Príncipe anuncia al desafiante de la noche, especialmente contratado por el Gran Circo del Arca para tan importante ocasión, el indestructible ¡ALÍ MAHMUD!...

El Nuño aparece a la carrera con un turbante y espesas barbas «de abanico» y un color aceitunado a base de grasa y tintura de yodo. Saluda en todas direcciones con zalemas del más puro estilo oriental.

Suenan tres golpes de bombo y ambos luchadores adoptan la posición de combate. Tras estudiarse detenidamente moviéndose con cautela a un lado y otro como si se vieran por primera vez, se traban en el agarre inicial más aconsejable, es decir, cabeza contra cabeza y abrazo al adversario tramando un arco. Siguen luego una proyección de espalda, un barrido de brazo, una proyección de cadera, una vuelta de cabeza, un brazo a la americana, un tirón de huevos, una *souplesse*, un mordiscón de pierna, un magnífico puente de Alí Mahmud...

El público se enardece, grita, el maestro revolea el bombín, rueda un banco.

...Una presa de garganta absolutamente prohibida, una torsión de dedos, un enrosque de oreja, otro mordiscón y en el momento en que Alí Mahmud arroja una patada al estómago de Carpofofo, éste se ladea velozmente, aferra la piernita del infiel, lo revolea y lo arroja con fuerza hacia la salida, cayendo el miserable sobre un colchón convenientemente recubierto con una lona que simula una prolongación del tapiz, mientras Oreste produce un lúgubre estrépito al golpear el suelo con un palo. El propio Oreste y Boca Torcida retiran a Alí Mahmud en unas parihuelas. El Príncipe hace entrega a Carpofofo de una copa totalmente de lata y proclama que el Campeón de lucha de todos los tiempos acepta para las próximas funciones cualquier clase de desafío, con o sin ventajas, garantizando el maestro Cernuda, ahí presente, las apuestas a combinar. Tras esto, Carpofofo ejecuta un «Vuelo del ángel» adaptado a la geografía del lugar, que consiste en tomar impulso y con una vuelta de campana atravesar la cortina.

El distinguido público se arrebatata, la carpa se estremece, el Príncipe levanta las manos y reclama cordura. Aguardan otras maravillas.

Se interrumpe la luz de la linterna y otro fogonazo de azufre aplaca los ánimos.

Pero es que entonces, en sabio encajamiento, suena una música menudita, un canturreo, así así, todo lejanía, alma vagante que anda por los exteriores, que viene y no viene.

Todos paran las orejas, se dispersan en tan livianos menudeos.

La música condesciende, perviene, se introduce. El maestro Cernuda comienza a cabecear, se expande, zozobra. ¿Qué no es aquello *Rosas del Sur* o *Sueño de un vals*, esos antañosos bríos?

El Príncipe, que hasta ahora ha sido una presencia más bien invisible, replegándose en el comando sutil de la tramoya, reviene entonces sobre la plataforma portante y con gentiles modales sugiere que, satisfechos los ímpetus viriles, corresponde ahora dispensar una flor a las damas.

Aplausos.

La música se acerca aún más, esto es, Oreste acarrea otro poco la victrola, y el Príncipe anuncia con voz reposada, algo contenida, un reprimido temblor que se esfuerza en disimular, el recitado de su última y más íntima composición, que le inspirara el dulce desvelo de su primera noche en Tapado, atrayendo a su memoria un lejano y escondido recuerdo.

Una pausa, traga aire y elevando un tanto la voz anuncia su título: «Deseo».

Otra pausa. Y luego, en amable comparsa, entre flotantes colores que vuelan por el aire, hamacados por aquella blanda, ondulante y nostálgica filarmonía, recita:

*Yo quisiera salvar esa distancia
ese abismo fatal que nos divide,
y embriagarme de amor con la fragancia
mística y pura que tu ser despide.*

*¡Yo quisiera ser uno de los lazos
con que decoras tus radiantes sienas!
¡Yo quisiera en el cielo de tus brazos
beber la gloria que en los labios tienes!*

*¡Yo quisiera ser lirio y en tu lecho
allá en la sombra con ardor cubrirte,
temblar con los temblores de tu pecho
y morir de placer al comprimirte!*

*¡Oh! ¡yo quisiera mucho más! ¡quisiera
llevarte en mí como la nube el fuego,
mas no como la nube en su carrera
luego estallar y separarnos luego!*

¡Yo quisiera en mí mismo confundirte,

*confundirte en mí mismo y entrañarte,
yo quisiera en perfume convertirte,
convertirte en perfume y aspirarte!*

*¡Aspirarte en un soplo como esencia
y unir a mis latidos tus latidos,
y unir a mi existencia tu existencia,
y unir a mis sentidos tus sentidos!*

*¡Aspirarte en un soplo del ambiente
y ver así sobre mi vida en calma toda
la llama de tu cuerpo ardiente
y todo el éter de lo azul de tu alma!*

El maestro arroja al aire el bombín y saltando por encima de la valla se introduce en el picadero y abraza al Príncipe, que se embala sobre la plataforma con rueditas arrastrando a Cernuda hacia la salida, Farseto trepa trabajosamente a un banco, y sostenido por dos fulanas patalea y grita con su vocecita de vidrio hasta que se derrumba.

Se encienden todas las luces, pero aún resuenan los aplausos y alguna dama enjuga una lágrima cuando el enano Perinola reaparece en el picadero con un letrero en alto que dice: INTERMEDIO.

Los que saben leer corren la voz.

Durante el «Intermedio» se pasaron escogidas grabaciones del repertorio internacional que el maestro Cernuda escuchó y aun tarareó con arrobamiento a pesar del ruido a cascajos que junto con la música salía por la bocina. Oreste, que si bien era un aprendiz de Príncipe y por momentos casi un Príncipe completo, trabajaba como un esclavo, repartió entre el público unas cartulinas que de un lado traían una fotografía irreconocible de toda la compañía con la cara del Príncipe en un recuadro y la leyenda Gran Circo del Arca, y del otro lado una serie de refranes y consejos presuntamente del propio Príncipe, como «Nada teme perder quien nada tiene» o «Las líneas no están escritas porque sí en la mano del hombre; señalan la influencia celestial sobre su destino» o «No se desea lo que no se conoce» o «La experiencia habla en favor de los sueños proféticos, la falta de causas racionales impide creer en ellos» o «El Amor es una flor deliciosa que no se adquiere sin dificultad, sino que se obtiene en la cercanía de los mayores precipicios» o «Para vestir con distinción sastrería La Favorita, de don Bautista Iarúa—La Manuela» o «Se agradece su contribución».

Detrás de Oreste venía el perro Califa caminando en dos patitas, con su bonetito

de colores y un tarrito colgado del cuello en el cual se colocaban las contribuciones.

La segunda parte comenzó, como la primera, con una cabalgata al son de los bizarros compases de la *Marcha de Granaderos Fridericus–Rex*, de Radek, pero el jinete en este caso era el fantaseoso ecuestre ¡CO–QUI–TO! sobre un caballo de trapo con la cabeza de cartón en cuyo interior corrían y saltaban agachados Carpofofo y Oreste, envueltos en un tremendo olor a polvo y sudor y a algunas ocurrencias de Carpofofo, provocadas por el encogimiento, que hacían extraviar el paso a Oreste, desencajándose ambas partes del caballo. Perinola parodiaba en general las fantasías de Boc Tor, pero arriba de un caballo, así fuese de trapo, no podía dejar de recordar al renombrado ecuestre José Scarpa, cosa que lo alteraba sobremanera y hacía revertir su fuerte inclinación a la perversidad, que, aunque de tamaño reducido, promovía pequeños y retorcidos desafueros. Entre salto y salto, por ejemplo, hacía cosquillas a Carpofofo, pateaba a Oreste y sofocaba a ambos con sus desenvueltos aires, que no por provenir de sujeto pequeño dejaban de surtir su efecto. Carpofofo al menos miraba y respiraba por los orificios del mascarón, pero Oreste andaba a tontas y locas abrazado a la imponente cintura de Carpofofo. Aparte de esto, el desgraciado enano, trastornado por su manía de grandeza, se sentía un verdadero ecuestre y gritaba y ordenaba con toda su encumbrada alma de rufiancito. El público reía ferozmente, lo cual por dentro hacía aún más tétrico el asunto. Hasta que Oreste, siguiendo sus inclinaciones, terminaba por sentirse un auténtico caballo y entonces corcoveaba, relinchaba y empujaba a Carpofofo, y allá iban, hechos un ovillo de trapos, siguiendo el alocado círculo de risas y los aplausos hasta embocar la salida.

Se rebajan las lámparas. Se enciende la linterna, que arroja un chorro muy firme. La divina Sonia se extrae de la luz, toda entera. Las sombras se acallan. Una música viene persona rondando, rondando, fino rasgueo primero, después, sin prisa, toda cantable la oscuridad. Y así comienza aquel arrebatado dúo de amor que, sobre la base de *Tuyo es mi corazón*, de Lehar, Sonia y el Nuño interpretan tan al natural. Ella con una túnica de raso, un mantón carmesí y una rosa de papel. Él con un frac grasiento, una capa con esclavina y una peluca de cajetilla. Ella penetra lentamente sobre la plataforma con rueditas, y una vez erigida comienzan los revoloteos de colores. Él corresponde a los trinos por detrás de la carpa, de un lado, del otro, hasta que se introduce también, emerge de las sombras a un costado, pues en ese momento toda luz recae sobre ellas. Las voces se alternan, se superponen, coinciden mientras sus volátiles figuras se persiguen, ya se apartan, ya se encajan en un bailoteo o esbozado, de curso libre, que describe la opresión del alma, esos trasbordos, su propensión al ave, su sujeción a la tierra. Y así, en lánguido *crescendo* y *smorzando final*, ella se aleja, se disuelve sobre la plataforma rodante, y él, luego de ejecutar con las manos los gestos 16 y 24 que prescribe el manual Hoepli de Wronski y Vitone^[3], retenido en su soledad y por decreto de un ensañado destino, se encapota fieramente y

se destierra en las sombras.

El maestro Cernuda saltó nuevamente la valla, pero con tal precipitación que enganchó un pie y rodó por el picadero. Farseto pegó un grito y entró a sacudirse *in articulo mortis*. Hubo que sujetarlo para que no se quebrase. Un tremendo delirio encrespó a la platea y el pabellón volvió a sacudirse.

Afuera, a través de la oscuridad, de pie en la quieta, profunda noche, la desvelada figura de la ventana contempla aquella coloreada cavidad de donde provienen las voces.

Pero, siguiendo con los calculados contrastes, casi sin pausa, lo que provocaba esas locas oscilaciones del ánimo, ingresó en la pista el perro excéntrico Califa, asistido por el célebre ecuestre Boc Tor, para este caso gentilmente con los pies en la tierra. Boc Tor vestía un ajustado pantalón negro y una blusa abullonada. Sin el cigarro parecía otra persona, pues hasta se le enderezaba la boca.

Califa, después de emprender una vuelta olímpica sobre el borde de las tablas, bailó *Las luciérnagas* y un «galerón» sencillo, respondió con la cabeza por sí o por no a las preguntas que le formuló Boc Tor sobre algunos de los presentes, guiándose por los disimulados golpecitos de un pie del ecuestre, saltó por encima de una percha, que a cada salto se elevaba otro poco, y que cuando alcanzó una altura desmesurada pasó graciosamente por debajo, luego de tomar un fuerte impulso, como si igual fuese a batirla, se hizo el muerto, se cubrió los ojos cuando se le preguntó una amable impertinencia sobre las damas allí presentes, meó el palo maestro, persiguió hasta darle caza a un hueso mágico comandado desde lo alto por un cordel invisible y finalmente se retrajo junto con Boc Tor hacia la salida sobre sus patitas traseras propinando unos golpecitos de cabeza.

Después de Califa siguió Oreste, que esperaba su número haciendo de todo un poco, al revés del Príncipe (y en eso consistía su principado), que estaba en todo y no hacía nada. Llegado el momento, le producía un pánico inicial, pero luego seguía un agradable abandono, un acomodo con la vida, una alegría del propio cuerpo. Y allí iba, luego de sonar él mismo la corneta y el consabido anuncio del Príncipe: ¡EL GRAN ORESTE!... ¡transformista de renombre mundial y Príncipe coadjutor!...

El enano Perinola entra por un costado y levanta un letrero de cartón que dice: «Una visita al Jardín Zoológico». De todos modos, el Príncipe repite el título, hace una somera exposición de la historia y en su transcurso introduce las acotaciones necesarias. No sólo se ha reducido o más bien simplificado el título, sino toda la trama, en atención a aquella clase de público y además porque Oreste mismo es ahora más simple y acaso más bestia. El número se reduce a la imitación que el señor Tesero hace de cada animal en el curso de su visita al Jardín hasta que sale volando, pues su imitación del cisne termina, se presume, con su identificación. Este final, aunque no disgusta a Oreste, fue forzado por el Príncipe, que siente una gran

atracción por cuanto cosa se suspende en el aire.

El señor Tesero, que viste de formal, vale decir traje completo, canotier, moñito a lunares y botines con polainas de paño de lana (investidura que todavía desconcierta a Oreste), va con luz blanca y las situaciones con cada animal viradas a un color distinto. La música, que en este caso expide el Nuño, se ajusta en lo posible al clima de los diversos episodios, apelando en algunos pasajes a vibradores, caja y cuerno, instrumentos de tosca hechura recogidos durante el viaje y que producen ese extraño sonido de la tierra que a Oreste lo turba y lo transporta a la vez, lo despoja del señor Tesero y lo extravía en un mundo compartido por animales, vegetales, minerales y demonios en una interminable combinación.

Cuando llega la parte del cisne, Oreste se arrodilla, se curva, y empleando un brazo por cuello y pico navega sobre la plataforma rodante como un cisne casi de verdad. Después levanta vuelo. No de una vez, como se expresa, sino tras un elaborado intento, remontando y cayendo hasta que pega un salto, se oscurece de golpe el picadero y Perinola hace girar frente a la linterna otro disco con la silueta de un cisne en distintas posiciones de vuelo sobre cada vidrio que se proyecta contra lo alto del pabellón, un cisne transparente y ubicuo que sobrevuela las cabezas mientras el Nuño palmorea suavemente el parche de la caja simulando el golpe de las alas.

La gente se encueva en las sombras de la platea entre empavorecida y embelesada, resistiéndose primero y dejándose arrastrar después por aquel vagaroso encanto.

Las luces se encienden, el vuelo concluye, Oreste y el cisne han desaparecido. El maestro Cernuda permanece inmóvil, con los ojos en las alturas, alma volante él también, elevándose en grandes giros sobre Tapado que, en tanto asciende, se sumerge en una neblina azulada. Dos lágrimas legañosas surcan las arrugadas mejillas de Farseto, que no se resigna a abrir los ojos.

—Y ahora, señoras y señores, como culminación de esta extraordinaria velada que esperamos haya sido de su agrado...

Aplausos que introduce Carpofofo por detrás de la carpa.

—¡Gracias!, ¡gracias! ¡Muy amables!... Como culminación de esta portentosa velada, digo, la espectacular presentación del león africano ¡BUDINETTO!...

Colosal rugido detrás de las lonas, provocado por una repentina atracción de la cola del pobre Budi que ejerce Carpofofo. Consecuente tumulto en la platea.

—¡Calma, señoras y señores! Manténganse en sus lugares sin temor alguno, por cuanto el león Budinetto será presentado al natural por el famoso cazador y domador... ¡el CAPITÁN VON BECK!...

Rugido, aplausos y algunos gritos.

Cornetazo, tres golpes de bombo.

Se oyen unas voces de mando, un látigo que restalla y apartándose de golpe la

cortina entra el león Budinetto, que mira a todos con cara de aburrido. El público de Tapado, que no está familiarizado con esta clase de bestias y menos promoviéndose *per se* en su forma carnal y exacta, ve tan sólo a un león, sin las añadiduras de viejo y aburrido, de modo tal que cuando abre la boca para bostezar la mitad de la platea recula hacia la salida. El maestro Cernuda, por razones de prestigio, se aguanta donde está, mientras Farseto, que no tiene más que el pellejo, y éste es demasiado correoso para Budinetto, se encarama nuevamente sobre el banco en un arrebató de loca temeridad.

La oportuna introducción del capitán von Beck, casi tan feroz como Budinetto, con aquel traje a la bárbara de piel de leopardo, seguramente arrancada con sus propias manos, el par de muñequeras, el bigote tártaro, algunos rastros de tintura de yodo y un látigo que revolea por arriba de su cabeza, calma a la gente.

Von Beck sacude la tralla, pega un grito. Budinetto trota con majestuosa indiferencia recorriendo todo el redondel. Luego se desploma. El terrible Capitán chasquea entonces dos veces y Budinetto, que ya cerraba los ojos, se levanta con aire resignado y comienza a rugir como si tuviera por delante una partitura. Es eso más o menos. Pero el capitán von Beck enfrenta valerosamente al sanguinario animal y sacudiendo siempre la tralla con doble golpe lo hace retroceder poco a poco hasta que aquella desalmada fiera se echa al suelo y reprimiendo su salvaje idiosincrasia lame un pie del vencedor.

El público aplaude largamente, con alivio. Von Beck agradece recorriendo el picadero con los brazos en alto. Al pasar al lado de Budinetto, y cuando éste ya se dispone a echar un sueño, lo pateo con disimulo.

¡Ah!, pero, ¿qué ocurre? La traicionera fiera resurge, con un carrasposo rugido embiste por la espalda al valeroso y desprevenido Capitán. El público se sobresalta de nuevo. Uno grita ¡Cuidado!, otro ¡Padrecito Señor!, alguien ¡Rajemos!... Pero von Beck, siempre soberbio, arroja el látigo al suelo y abriendo los brazos y flexionando las piernas en posición de combate, tras desplazarse hacia un lado y otro sin desclavar los ojos del adversario, se echa sobre él con un tremendo alarido, presumiblemente tártaro.

Cornetazo.

Hombre y fiera o fiera y fiera ruedan por el suelo en mortal apretón. Si se observa mejor, Budinetto relame cariñosamente al Nuño, el cual, con gritos y crispados ademanes, trata de disimular tales pormenores. De cualquier forma, escapan a la despavorida mirada de los espectadores. En lo enroscado de la lucha, mientras éstos gritan, aplauden, se revuelven, von Beck se rocía el cuerpo con un pomo de tintura roja. Todo de pertinente ferocidad. Por fin el imbatible tártaro germano, recubierto de sangre, levanta en vilo al artero animal y lo despeña contra el suelo. Budinetto se duerme en el acto. Von Beck, jadeante pero victorioso, coloca un pie sobre él.

Corneta, bombo, enloquecidos aplausos, atronaciones. Farseto, otra vez sobre el banco y sin voz, tiembla entero.

Pero esto no es todo. No. El hombre debe corroborar su total y absoluto dominio sobre la espantosa bestia. Por lo tanto, de un certero puntapié y sacudiendo el látigo de a tres golpes la obliga a saltar a través de un aro recubierto de estopa que descende desde lo alto del pabellón y al cual Perinola le pega fuego con una antorcha.

Nuevos transportes, redoblados delirios.

Budinetto salta y salta como un autómatas con la idea fija de que dentro de un rato estará roncando en su jaula.

Von Beck pega otro grito, y con el último enviñ Budinetto traspasa el aro en dirección a la cortina. El Capitán se retira cubierto de sangre y de gloria.

Mientras prosiguen las aclamaciones el Príncipe reaparece sobre la plataforma, agradeciendo con pausadas reverencias, muy diocesano. Cuando llega al picadero y la luz de la linterna recae sobre él, levanta las manos.

Corneta.

—Damas y caballeros —pronuncia despacio con ligera congoja—, ¡la función ha terminado!...

Carpoforo empuja una ovación.

—¡Gracias! ¡Mil gracias!... Realmente ha sido una célebre satisfacción, tanto para mí como para toda la compañía, en cuyo nombre me expido, ejercer nuestras artes en noche tan inolvidable. No sé si habrá sido de vuestra entera satisfacción...

Otra ovación.

—No sé, digo, si habrá sido de vuestra entera satisfacción nuestro modesto entretenimiento, pues reconozco que resulta de una gran responsabilidad afrontar a público tan exigente. De todas maneras, trataremos de mejorar nuestra actuación en las dos próximas funciones, una de terrible espectáculo, pues volverán a enfrentarse en revancha los campeones Carpofofo y Alí Mahmud, y otra en la cual el vencedor enfrentará a su vez a cualquier desafiante, mediante apuesta formal y ante tribunal juramentado, ajustándose el encuentro al reglamento que se fijará en lugar expuesto, revistiéndose dichos ambos programas con nuevos y renovados números de caprichosa invención. Las entradas, como siempre, a precios populares. Se rifará además un objeto de alto valor artístico entre los concurrentes, para lo cual les ruego conserven en su poder los billetes de todas las funciones a las que asistan, el que será entregado al ganador por la dama de la compañía, madame Sonia, quien por lo demás seguirá atendiendo en su oratorio a las personas que deseen entrever su futuro, conjurar males diversos y, en general, promover cualquier magismo... Sin otro particular y renovando mis expresiones de gratitud, me es grato saludar a ustedes con

las muestras de mi mayor afecto y mi consideración más distinguida.

Carpoforo, aplausos.

Y al tiempo que el Príncipe se retrae con los mismos gestos y ademanes de la introducción, irrumpe, al compás de la *Marcha de desfile nro. 1*, de Mölendorf, toda la compañía, con la excepción de Alí Mahmud, que se repone de los golpes recibidos.

Entre vítores y aplausos dan tres vueltas al picadero: Califa que cabecea en dos patitas; Sonia, bailable; el capitán von Beck arrastrando con una cadena a Budinetto, que ha sido arrancado nuevamente de su sueño; Perinola, que salta y se retuerce; Carpofofo, portando una pesa; Oreste, en atuendo de Príncipe, que agita la pulsera de caracoles, y, cerrando la marcha, Boc Tor, montado en el soberbio caballo Asir.

El Príncipe, que de un tiempo a esta parte se retrae, anda circulando en lo sombreado, actúa cuando decae el brillo, comanda las luces de la linterna.

La compañía traspone la cortina. El público sigue aplaudiendo al picadero vacío.

La revancha entre Alí Mahmud y Carpofofo, que provocó toda clase de apuestas y pronósticos en el almacén de don Pedro Centurión, e incluso algunas preliminares fuera de programa, sucedió de extrema ferocidad. La lucha se pactó sin límite, hasta la derrota del adversario. El vencedor, para ser tal, debía retener a su rival con los hombros sobre el tapiz lo menos cinco segundos. Estaba permitido cualquier tipo de presas, menos las obscenas y contra natura. Evidentemente, Alí salió dispuesto a todo y, confirmando los rumores que circulaban por el pueblo desde su derrota, empleó en el momento decisivo su poderosa arma supersecreta, de exclusiva invención, y que consiste en el estrangulamiento con las piernas saltando velozmente a horcajadas o cucucho del adversario, en otros términos, el famoso «salto de tarántula» o «tarántula» a secas, lo cual requiere una loca elasticidad, y casi le valió el triunfo, volviéndose luego en su contra para ser en definitiva el motivo de su derrota. Porque Carpofofo, con la cabeza enrojecida como un tomate y perdido por perdido, embistió el palo maestro con Alí Mahmud por delante y, con un gran temblor de la carpa o «pabellón a la americana», el sanguinario jenízaro cayó fulminado a tierra. Carpofofo lo dio vuelta con la punta de un pie y lo puso de espaldas mucho más de cinco segundos, pues en esa posición lo sacaron del picadero.

Hubo tres desafiantes: Lauro Moyano, que apostó un cabrito y dos quesos de bola; Benedicto Pose, una barrica de vino patero; y Primo Elordi, «Cojones» para sus íntimos, pues los tenía no sólo en el lugar apropiado, sino constantemente en la boca, de sonido, se entiende, y que apostó una escopeta Franz Sodia del 12 con una fractura en la báscula y el espesor de los cañones adelgazados.

La lucha se ajustó al reglamento del hércules Pablo Raffeto, (a) «Cuarenta onzas», para su famoso encuentro con el polaco Iván, el mismo año que batió en Buenos Aires a Ceferino Capdevila y a John Farrel. Moyano y Pose desistieron

cuando vieron el final de Alí Mahmud, es decir, perdieron por abandono *a priori*, de modo que el cabrito, los quesos y la barrica pasaron a manos del circo. Esto fortaleció la decisión de Primo «Cojones», que asumió la representación de Tapado, y que si no hubiese sido por la escopeta Franz Sodía y porque le enterró un dedito en el ojo izquierdo a Carpofofo, hubiese durado más tiempo para caer batido con un elegante *roulé* de anca, que es lo que tenía pensado Carpofofo, en lugar de volar sobre la platea con un salvaje ¡cojooones!..., que le salió afuera a su pesar. Hubo que remendar un agujero en la carpa.

En cuanto al resto del programa, se mantuvieron algunos números, aunque en cada oportunidad con torcimientos y mudanzas, de natural improviso, pues el arte discurre sin ajuste a moldes, tanto más que la propia vida de aquellos vagabundos se ejercía *ad libitum*, y con el mismo temperamento se introdujeron otros nuevos. El señor Tesero reprodujo su visita al Jardín Zoológico, pero trocado en orangután se trepó al palo maestro, y en tanto el cisne volaba su suelto vuelo, Oreste en lo alto del palo manoteaba aquella figura de aire hasta que, suspendido de una cuerda, se transportó por encima de las cabezas de los espectadores y encajó la salida. El cisne siguió volando cada vez más suelto, más alto, pero a ratos soplaba un gruñidito, estrafalaria encarnación de tan opuestas criaturas, rejunte, Trinidad, Universo. El dúo de amor terminó bien por lo menos una vez, ya que amada y amante unieron sus encarnaduras, girando impetuosamente por el picadero en los envíos de un vals. Perinola se enfrentó con un gigante imaginario cuyo vozarrón cambiaba de sitio en las sombras y le ordenaba desalmadas pruebas. Perinola lo llamaba Monseñor y el gigante se enfurecía aún más. En la suma maldad le ordenó lo imposible, que se convirtiera en gigante. El enano lloró, desgarrado. Todos rieron. Pero también hay una justicia para los enanos. Porque la luz se apagó y cuando volvió a encenderse, después de unos cuantos fogonazos, Perinola reapareció gigante y Monseñor él también. En realidad, procedía trepado sobre los hombros de Carpofofo, recubierto con una sola túnica y una misma capa, salvo que la cabeza no le había crecido con el resto del cuerpo. Encumbrado como estaba, empezó a gritar para todas partes cosas de gran ofensa, de Monseñor a Monseñor, y siguió gritando aun cuando sus piernas apuntaron hacia la salida. Budinetto hizo lo de siempre, porque apenas daba para eso, pero en una de las funciones se soltó un pedo, cosa que provocó la hilaridad y conocimiento, pues se ignoraba hasta entonces que un león cometiera esas expresiones. En una función se reemplazó la pelea con el capitán von Beck por la espantosa ocurrencia de introducir el enano Perinola su cabeza en la boca de aquel sanguinario animal. Y no una vez, sino varias, porque el enano se envalentonó con los aplausos y hasta quería introducirse entero. Algunas damas se desvanecieron y Farseto ofreció meter un pie.

Fueron tres funciones en total. Durante esos días el Príncipe sostuvo unas cuantas

meditaciones con el maestro Cernuda, que a cada rato estaba dispuesto a pronunciar un discurso y que confió al Príncipe unos versos que había escrito, mejor dicho, un baúl repleto de trovas, pues no existía cosa de concreto o imaginada a la que no le hubiese encajado por lo menos un soneto. Una mitad del baúl verseaba sobre cierta persona no del todo figurada que por lo general andaba de asomo en una ventana que se abría o cerraba según el ánimo del poeta. El Príncipe le instó a perseverar en esos afanes, por cuanto la poesía no sólo era asunto de ornamento, sino constancia de alma, que de ese modo podía vagar tanto como él lo hacía de a pie, pero con grandes fatigas, que un poeta es la más caprichosa ocurrencia del espíritu, persona fulgurante, sujeto combustible, y que los hombres debían vivir y morir en verso.

Oreste apareció uno de esos días soplando una siringa o «sicu», «rondador» o «pocuna», pues en el camino había oído darle esos nombres y otros que no recordaba, aparte del muy genérico de flauta, un manojo de cañas sujetas por un travesaño y ataduras de hilo entrecruzadas. El Príncipe escuchó por la noche aquellos soplidos que agujereaban el aire, pasaban un poco alto sobre el carromato. Sonia dormía muy metida en su sueño, tan acomodada a esas travesías. El Príncipe, en cambio, que la mayor parte de su vida había dormido solo y al cual de noche se le disparaba la cabeza, rodaba por otros mundos muy contemporáneos, y estaba en ese momento, que por un juego de potencias lograba prolongar cada vez un poco más, mejor dicho, penetrarlo otro tanto, porque era cuestión de intensidad, ese momentito de lívidas presencias, todo superpuesto pero combinado, en el cual se encajaban tiempos y lugares y personas y aun cosas, aunque siempre quedaba por escuchar o ver algo definitivo, cuando sintió como si saliera de este espacio aquel arpado vientito.

Oreste estaba sentado al pie de un médano, blanco al igual que todo el paisaje, y el sicu que le colgaba como una barba.

El Príncipe se aproximó, también blanco, y escuchó un rato de pie. Al fin se sentó al lado de Oreste.

—Inclínalo un poco menos. El tubo más largo va a la izquierda.

Oreste hizo así y sonó mejor, entero. El sonido los envolvió por completo y se anochecieron los dos.

Después probó el Príncipe.

—Debiera conseguirme una yo —dijo—. Ésta es una flauta «primera». Podría soplar la «segunda». Un «sicu», o como lo llares, es sólo medio instrumento. Necesita su «par».

—¿Cómo carajo lo sabes?

—Todo funciona así en esta tierra. Uno es siempre una parte. No hay uno, para decir la verdad.

—Has charlado demasiado con ese Cernuda.

—Cernuda no es de esta tierra. Verseaba en falso... Pero es feliz así.

Oreste sopló otro poco.

—¿Tú lo eres?

—De a ratos. Mi felicidad, si hay que llamarla así, está en el tránsito. Soy un «Pateador» o «Pelegrino». En eso consiste.

—No te entiendo por palabras.

—Estás a punto de entenderme de otra manera. Así la palabra no cuenta a tu modo. Tampoco es una. No puede serlo, por la misma razón. Esto, por ejemplo —sostuvo en alto el manojito de cañas—, se llama también *pfucu-pfucu*, *antara*, *ayarachi*, *capador*, *hipacate*, *ayarichi*. Yo lo podría llamar *sop-sop* y ellos entenderían a qué me refiero.

—*Sop-sop* —dijo Oreste—. Yo-tú se sopla un *sop-sop*.

—Es decir, una *fusa ira*, la más pequeña, de catorce tubos.

—Un *sop-sop pentarronco* de «segunda verbigracia».

—Ahora entiendes.

El viernes pasó el Expreso. Cuando los siete polvorientos pasajeros vieron el «pabellón a la americana» y se enteraron de que aquello era un circo decidieron quedarse hasta el día siguiente. Bajaron los bultos y armaron sus fuegos al lado de la iglesia. Tapado parecía ahora una verdadera ciudad. Consistía medio inmortal.

Fue la última función, con apoteosis.

El Expreso partió en la mañana llevando grandes noticias. Para esa hora ya estaban desmontando el pabellón. Un hombre agitó un brazo en lo alto del palo maestro.

Alguien golpeaba en la pared del carromato, por fuera. Todo el mundo golpeaba aquí y allá, de manera que el Príncipe reparó al rato. La puertita entreabierta y desde la cama se veía un pedazo de cielo y un pedazo de médano. Ese angosto y resplandeciente paisaje que el Príncipe avistaba como si todo él estuviera encogido en la pálida cavidad de su ojo no tenía nada que ver con aquellos ruidos.

—¡Adelante!

La puerta se abrió del todo y el paisaje se agrandó, pero no cambió gran cosa.

—¿Qué quieres? —preguntó el Príncipe sin moverse, pensando que se trataba de Perinola, pues echado como estaba no veía a ras del pecho más que cielo y arena y un poco de la baranda.

—Soy Farseto, señor —dijo una voz finita.

El Príncipe se incorporó y recién entonces descubrió al viejo.

—¿Qué te has puesto?

El viejo llevaba una especie de maillot, una camiseta de mangas largas cosida a unas calzas negras con una estrella de liencillo colorado en el pecho, unas botinas de lona, acordonadas, y una capa corta de una tela dura que hacía ruido al moverse, aparte del natural del viejo, que era claramente a huesos.

—Soy Farseto, señor —repitió, como si el otro no lo hubiese oído.

—Lo sé.

—Farseto, de Palmira.

—Conozco una ciudad que se llama así.

—A ella me refiero. Quiero decir que soy de ahí, por nacimiento —dijo con orgullo.

—Oriundo.

—¿Qué?

—Nada... Hermosa ciudad. Mundana, en el buen sentido.

—Lo que allí sobran son putas.

—No me refiero a eso. ¿Qué entiendes por mundana?

—Algo así.

El Príncipe sacudió la cabeza un poco desalentado. La voz de Perinola gorgojeaba por ahí y escuchó brevemente la flauta de Oreste.

—Conozco a muchos farsantes de Palmira.

—Farseto. Yo y mi hermano Ernesto, que murió temprano, éramos los únicos, que sepa.

—¿Siempre está allí el Hotel del Colorado?

—No tengo idea. Hace años que falto.

—Y la glorieta en la plaza del Municipio, y tanta moza que daba vueltas a la plaza, el Teatro Imperial, el puerto de madera con el *Dichosa Madre* amarrado al muelle, los dos molinos, la costanera de sauces, el Marconi, el bar Palatinado, Julita Arévalo que culeaba tan personal, las romerías de El Prado...

La voz del Príncipe se fue apagando. Se había olvidado de Farseto, que sacudió la capa.

—Bien, ¿qué quieres?

—Aunque soy de allí, la verdad que no recuerdo tanto como usted. No recuerdo casi nada.

—Bueno, yo también lo había olvidado. Desde aquí ni siquiera parece posible que exista una ciudad así.

—Eso ocurre. El sol y el polvo matan la memoria. Uno transcurre pura cosa.

El Príncipe se sentó en la cama.

—Creo que has dado en el clavo. Ahora mismo debiera torcer el rumbo y volver allí. Has hecho bien en recordarme todo eso. ¿Qué más da ir a una parte u otra?

El Príncipe comenzaba a excitarse pensando en el camino. Hablaba sin importarle el viejo, para sí.

—Hasta me había olvidado que en un tiempo trabajó en el Circo Galatea —dijo Farseto.

—¿El Galatea de Pepino Bernardoni?

—Ése.

—¿Qué me cuentas?... No era un gran circo, sino otra cosa. Más bien un teatro ambulante, o en todo caso un «circo de primera y segunda» partes. ¿Qué hacías ahí?

—Figurante. Yo entraba con una lanza y gritaba: «¡Sólo queda un puñado de calientes!».

—«Un puñado de valientes»... *Dorotea y Gerineldo o Los extremos se tocan*, segundo acto.

—Recuerdo que algo se tocaba, eso sí.

—¡Gran obra! No esas cocheras que ponen ahora.

—Yo quería ser trapecista, no figurante. Me pasaba las horas mirando a los hermanos Laporte que volaban por el aire.

—Eso hacían. No eran trapecistas, quiero decir algo humano. Eran pájaros o peces.

—Yo diría peces.

—De acuerdo. Nadaban en el aire con la suavidad de un pez, esas lentas torceduras. Primero uno se aterraba, pero después saltaba con ellos enteramente acuático.

Los dos se quedaron mirando el aire un buen rato como si los hermanos Laporte maniobraran sobre sus cabezas en ese mismo momento.

—¿Qué pasó después?

—La puta vida.

—Es lo que dicen todos, más o menos.

—Sí...

—La verdad es que hace tiempo debieras estar volando tú también o por lo menos haberte roto la cabeza contra algún picadero.

—Lo más probable.

—En lugar de eso estás en este pueblo de mierda, ya viejo, sin saber siquiera cómo llegaste a esto.

—¿A qué negarlo?

Farseto se encogió de hombros y la capa hizo ruido.

—¿Y ahora qué quieres?

—Tú lo sabes.

El Príncipe miró a otra parte.

—Pasó tu tiempo.

—Déjame probar, ¿qué pierdes? Puedo hacer el trapecio o la comedia.

El Príncipe lo espío de reojo. Después de todo el viejo tenía razón. Bastaría con ver a aquel montoncito de huesos colgado de un trapecio para enloquecer al público.

—No lo veo...

—Puedes hacerte una idea. A pesar de mis años soy yo quien se ocupa de la

«sacada de almas», cada 2 de noviembre.

—Corresponde que lo haga una mujer, virgo en lo posible.

—No hay ninguna aquí que lo pueda, virgo o puta. Se rompen el alma al primer envión. Después hay que «sacarlas» a ellas. Yo, por lo menos, siempre alcanzo a arrancar un puñado de hojas.

—No he visto un solo árbol por estos lados.

—Hay un tala negro a una legua. Bastante alto, el desgraciado. Allí amarran el columpio. A veces me hamaco una mañana entera, y si el viento me ayuda alcanzo la copa... Hace tres años quedé colgado de una rama. Aguanté lo que pude por si los de abajo hacían algo, pero ya estaban borrachos. Aplaudían, nada más. Lo veían bonito... Me quebré una pierna pero saqué del purgatorio doscientas treinta y seis almas de una vez.

—Un récord, si vale.

El Nuño grita acompasado. Están bajando el palo. En unas horas partirán de allí.

—Déjame probar.

El Príncipe lo mira con fijeza.

—Habrá que conseguir un trapecio.

—No es problema.

—Y vendas...

Esta vez no hubo discursos. Farseto se despidió de todos, casa por casa. Se detuvo un momento frente a la ventana de la señorita Ana Rosa. El maestro Cernuda abrazó y besó al Príncipe en nombre de Tapado. La caravana arrancó del extremo del cementerio y desfiló a lo largo de la calle. También ella paró delante de la casa de la señorita Ana Rosa Vasallo y Perinola fue y vino saltando hasta la ventana. El capitán von Beck marchaba con Budinetto a la rastra. Farseto, temblando de orgullo, golpeaba el bombo en lugar del Nuño. Frente al almacén de don Pedro Centurión comenzó a tocar la bandita de *sicuris*. Oreste abandonó la trompeta y sopló su flauta. El viejo Ponce rebatió la campana de la iglesia de Santa Margarita María de Alacoque. El pueblo entero acompañó la caravana hasta el pie del primer médano. El loco Garbarino y los chicos la siguieron otro poco.

El carromato trepa el médano bamboleándose como un barco. Cuando llega a lo alto se detiene y Farseto saluda con una mano por última vez.

Tapado se hunde detrás del médano. Sólo quedan en el aire los golpecitos de la campana. Por delante se extiende un mar de arena. El Nuño mete a Budinetto en la jaula y el carromato se interna en aquel mar quieto, fulgurante. Al rato lo borra el relumbre.

El sonido de la flauta persiste, se dilata con la luz. Se ajusta con el viento.

Las cosas comenzaron a cambiar después de Tapado. En realidad estuvieron cambiando todo el tiempo. Ése es el punto.

El carromato apuntó a Manzano pero sopló el viento casi todo el día y los cegó la arena. Pasaron de largo. Boca Torcida llevaba un pañuelo atado a la cara, una gorra hundida hasta las cejas. Los picotazos de la arena en la carne que quedaba al descubierto primero le dolieron, después lo adormecían. Delante veía bultos que levantaban de golpe pero no eran más que enormes puñados de arena. El sol se fue corriendo lentamente en sentido opuesto al que llevaban, aunque a ratos cambiaba de lugar. Al comienzo los cegó por delante, luego remontó y estuvo un tiempo en las alturas. Ahora empieza a caer a sus espaldas.

Dentro del carromato, que cruje y se sacude como el *Mañana*, la gente duerme, piensa. Nadie habla. De tanto en tanto el Príncipe saca la cabeza por la puertita y trata de discernir el rumbo pero solamente atrae un montón de arena. Saca la cabeza nada más que lo necesario, apretando la puerta contra su cuerpo, hasta que Sonia le grita que cierre.

—Llenas el cuarto de arena, es todo lo que ganas.

—No es un cuarto. Llama a las cosas por su nombre, ¿quieres?

—¿Qué importancia tiene?

—No sé cuál, pero parece como que te burlaras de ellas.

—¡Qué ocurrencia!... ¿Por qué no le dices al señor Boc Tor que meta una mano en el carromato y te dirá cómo vamos?

—Sabes que no me gusta emplear esos usos entre nosotros. No quiero enterarme de nada como no sea en su orden. ¿Para qué vivo entonces?

—Para constancia.

—Además no es el proceder de un verdadero mago. No se deben usar las potencias en provecho propio.

—¿Qué es lo que hemos hecho hasta ahora?

—Sabes a qué me refiero. Ya se discutió el asunto.

El Príncipe se ató un pañuelo, salió y se sentó al lado de Boca Torcida.

—Ve adentro a fumar un cigarro si quieres.

—Estoy bien aquí.

Se estaba bien, en efecto. El Príncipe lo comprobó cuando su cuerpo se adormeció y quedó nada más que la cabeza que boyaba en esa niebla cegadora.

El sol cayó otro poco y el viento se fue calmando. A ratos se levantaban unos chorros de arena que volaban de un lado a otro cambiando de colores. Se inflamaban como una llamarada. Boca Torcida consiguió encender el cigarro.

—Dime, ¿aquello es arena u otra cosa?

Era un hombre. Primero una mancha alargada que bailoteaba delante del carro. Luego se ennegreció y se comprimió y fue subiendo a la superficie igual que un pez,

hasta llenar sus formas, aunque siempre como a través de un velo. El Príncipe le preguntó a los gritos dónde quedaba Manzano, y el hombre señaló detrás de ellos, a un costado.

—¿De dónde vienen?

—¡De Tapado!

—Te oigo perfectamente. Hace unas cuantas horas que lo pasaron a un lado.

—¿Qué viene ahora?

—Según. Por delante, nada. A tu izquierda, Horqueta; a tu derecha, Tres Sargentos.

El Príncipe miró al Boca.

—¿Qué se hace?

—Da lo mismo.

—¿Cuál está más cerca de los tres? —preguntó al hombre.

—Más o menos igual.

—¿Cuál te parece mejor?

—Ninguno.

A través del hombre parecía verse lo que había detrás, esa vaguedad de un solo y encendido color, bronce o púrpura.

Sonia sacó la cabeza y preguntó qué pasaba.

—Nada. Entra.

El caballero se quitó la gorra. Tenía una gorra agujereada por debajo de la cual brotaban sus grasientos pelos como un arbusto encendido. Sus ojos parecían cubiertos de escarcha.

—Sube y volvemos a Manzano —dijo el Príncipe.

El hombre rechazó con la cabeza.

—Me gusta andar solo. No lo tomes a mal. Además, no voy a Manzano.

—¿A dónde vas?

—¡Al mar! —gritó con alegría.

—¿A qué parte?

—Al mar, ¿no es uno solo, acaso?

—Sí, en cierta forma.

—Pues allí voy.

—¿Qué te lleva?

—Nada. Nunca lo he visto. ¿Tú lo has visto?

—Claro.

—¿Cómo es?

—Hay que verlo.

—A eso voy.

—Es como un fuego encendido en la noche. Nunca te cansas de mirarlo... Parece

vivo.

El hombre se golpeó las manos entusiasmado levantando una nube de polvo.

—Sigue, sigue...

—No. Tienes que verlo tú mismo.

El hombre aceptó un pedazo de queso y un jarro de vino. Le bastaba con eso. Luego enfiló hacia el enrojecido horizonte. El Príncipe trepó al techo y lo miró hasta que se borró por completo, enteramente rojo.

—Bueno, ¿a dónde? —preguntó Boca Torcida.

El viento había calmado.

—Sigue sus huellas —dijo el Príncipe.

El Boca sacudió las riendas y echó el carro hacia adelante sobre las pisadas del hombre, que se hicieron cada vez más tenues.

Al caer la noche encendieron un gran fuego. Cada uno se metió en la oscuridad por un lado y trajo de esas ramas blancas, como huesos retorcidos, que echaban puñados de chispas y murmulaban al quemarse. El Príncipe se sentó algo apartado y se quedó mirando las llamas. Casi todos terminaron por hacer lo mismo. Callaban y miraban y cada tanto entraban a la oscuridad y volvían con un manojito de ramas habladoras. El fuego alborotaba y se remecía como el mar, pero por detrás, a sus espaldas, presentían ese enorme anillo de tinieblas que avanzaba o retrocedía según la intensidad del fuego y que tenía sus propias voces. Las chispas eran más y más encarnadas y se deshacían con un estampido. Por arriba del resplandor, fijando la vista, se discernían las frías estrellas del desierto.

Oeste, acurrucado en las sombras, comenzó a soplar la flauta. Pero luego le entró un poco de miedo porque el sonido se alargaba para atrás y parecía venir de la oscuridad. Así que dejó de soplar. Después el fuego se redujo, perdió su plumaje, enmudeció, era un racimo de piedras encendidas. Y cada piedra se inflamaba silenciosamente por dentro y se apagaba un poco y descargaba una cáscara delgada, blanca. Entonces brillaba de nuevo.

El Príncipe y Oreste quedaron solos. Al amanecer seguían allí, sentados frente a un montón de cenizas.

Apenas el sol enrojeció la arena, volvieron a arrancar. Las pisadas del hombre que iba hacia el mar habían desaparecido por completo. Cuando comenzaron a seguirlas, el carromato torció un poco a la derecha, de manera que con algo de suerte podían acertarle a Tres Sargentos. Farseto opinaba que estaba más a la derecha y señalaba aquella inmensidad con un dedito encorvado. Señaló en varias ocasiones, pero cada vez el dedito se corría otro poco. Inclusive subió al techo del carromato y permaneció ahí un buen rato con el brazo extendido hasta que bajó cubierto de arena. Farseto se mostraba muy voluntarioso, pero de tomar en cuenta ese dedo jamás llegarían a Tres Sargentos ni a parte alguna, a menos que aquellos pueblos cambiasen continuamente

de lugar, en cuyo caso era inútil preocuparse por el rumbo. El viento sopló todo el día, así que Farseto señalaba una cavidad de polvo, eso es lo cierto.

La arena arañaba las maderas, raspaba las ropas, se enroscaba en las orejas, chisporroteaba. Uno se llenaba de rumores, se habitaba de polvo, se blanqueaba igual que aquellas ramas que apuntaban al cielo como osamentas y a veces levantaban vuelo. Alguno de los hombres subía al techo del carromato y trataba de ver un poco más lejos. Veía un poco más de arena.

Al mediodía el Nuño repartió carne fría, galleta, vino.

Después, un poco de café. No pararon. No tenían ningún apuro pero ese rodar y rodar se les metía adentro con el polvo. Podían seguir así el resto de la vida. Los hombres meaban desde arriba de los carros, a favor del viento, como en los barcos. Si se pudrían o encalambraban caminaban a la par. Apenas cambiaban algunas palabras, a los gritos.

Con los restos del cabrito, huesos machacados y harina de maíz el Nuño preparó la comida del Budinetto. El Nuño está algo delgado, un poco ojeroso. Es y no es el mismo. No es el mismo. Enciende la cocina y canta *Barcarola triste*. La voz sale con el humo por la chimenea del carromato pero suena mucho más atrás porque se la lleva el viento.

Perinola se metió en la jaula de Budinetto, siempre en marcha, y trató de inducirlo a que probara aquel menjunje, al cual el Nuño le añadía, para darle un toque salvaje, una cucharada de grasa de pella, rancia, con la que sobaban los cueros. Los viajes lo deprimían al Budi. Ocurre con todos los leones, por civilizados que sean. Perinola hacía como que probaba aquella mierda, aunque el olor le revolvía las tripas, pero el león miraba para otra parte.

—Dale, desgraciado —decía Perinola, pero con cariño—. Si comes esta apetitosa bosta te pondrás grande como yo.

Se paraba en puntas de pie y hacía la comedia.

Sonia dormía la mayor parte del tiempo. Cuando estaba despierta se untaba el cuerpo con aceites y leches y pringosos compuestos de todos los colores. Eso le tomaba el resto, pues lo hacía con extrema lentitud, no exenta de placer, aparte de la envergadura de su cuerpo, que cada día aumentaba de tamaño. Lo curioso es que, cuanto más gorda, más liviana y más hermosa lucía. Aquel cuerpo, aun en reposo, se agitaba suavemente por dentro, empujando pequeñas ondas que se transportaban por debajo de su piel, recubierta de una tenue pelusa, con un brillo lechoso en lo extremo de cada redondez. Mientras los demás enflaquecían, se agrietaban, se oscurecían, Sonia encarnaba como una fruta que madura, más y más lozana, extravagantemente pitusa. Todos, incluso Perinola, que tenía su corazoncito y su pistolita tan propensos, y la última tan extensa, como cualquiera, habían perdido el sueño por aquella imponente señora, gimiendo su nombre y aguantando entre las piernas un hierro

candente. Ahora estaban acostumbrados a su presencia, les pertenecía un poco a todos, así que acarreaban de un pueblo a otro aquella tamañosa encarnación, medio de solemnidad, como romeros.

Al caer la tarde paró el viento, casi de golpe. La arena se posó y reapareció esa enorme extensión circular que vibraba en una niebla dorada. El cielo, azulado en lo más alto, se blanqueaba y se encendía sobre el horizonte de un lado. Del otro, lo atravesaba oblicuamente un largo penacho morado que se evaporaba en los bordes mientras la noche subía desde el suelo, un agüita negra.

Algunos trepaban al techo del carromato atraídos por aquel atardecer. También ellos cambiaban de color. Sus cuerpos se enrojecían de un lado. Del otro echaban una sombra que se abatía lentamente sobre la tierra, como un tallo.

—¿Qué es eso?

—Un gavilán, tal vez un águila, por el tamaño.

—Vuela demasiado bajo para ser cualquiera de los dos.

Pájaro era, por supuesto, pero batía las alas de una forma particular y venía derechamente hacia ellos. Al propio tiempo avanzaba con excesiva lentitud.

—Está suspendido sobre alguna presa —opinó Oreste. Pero a medida que crecía y se conformaba empezaron a oír un rumor como de aspas y aun de engranajes.

—Es Basilio Argimón —dijo entonces Farseto, con aparente naturalidad.

Los demás miraron.

—En mi vida he visto un pájaro con nombre y apellido. Es como decir «aura tiñosa», supongo —terció el Nuño, que estaba acostumbrado a las visiones del capitán Alfonso Domínguez.

—¡Eh, Boca! Alcánzame la escopeta, ¿quieres? —gritó el Príncipe, alarmado por ese ruido escamoso que iba en aumento.

—¡No lo hagas! —chilló Farseto—. Trae mala suerte. Aparte es un buen hombre.

—Piensa un poco lo que dices, mamarracho. ¿Te has vuelto loco?

Con todo, estaba viendo en medio de las alas una cabeza bastante parecida a la de un hombre. Boca Torcida no lo había oído. Arrojó el cigarro, escupió por encima de los caballos y sólo prestaba atención a aquella ruidosa quimera que se les venía encima. Ahora que volaba casi sobre sus cabezas, vieron el resto del cuerpo, enteramente de humano, sostenido boca abajo sobre un armazón de cañas. Vestía un mameluco ajustado y una gorra de cuero con antiparras. Según moviese la cabeza, la luz le pegaba en los espejuelos que disparaban dos frías llamaradas. El armazón, con el hombre, colgaba de un par de alas desmedidas, casi transparentes, que subían y bajaban con un movimiento crispado.

Califa se echó a ladrar con los pelos de punta y embistió la sombra del pájaro que resbalaba sobre la arena. Sin embargo, el ruido de los engranajes lo tapaba todo. No tanto por la intensidad sino por el encantamiento, montones de golpecitos muy

entramados, complicado laboreo, fábrica. A través de las alas, armadas en hueco, vieron la dorada claridad del sol que se plegaba y fosforecía. El hombre, un perfil negro, sacudía las piernas debajo de esa movida claridad.

El Príncipe comenzó a saltar y a agitar los brazos, y el señor pájaro emprendió una vuelta sobre ellos. Ahora vieron una sonrisa que asomaba por debajo de las antiparras y cuando se ladeó un poco, en el giro, apreciaron mejor aquella formidable invención. El hombre empujaba por detrás unos pedales que, a su vez, removían unos delgados engranajes dispuestos en otro ramazón, sobre su espalda, del cual arrancaban las alas. De allí salía el ruido y esos anillitos de luz que combinaban con los golpes del mecanismo. Por delante, Argimón empuñaba unos manubrios. Un par de ruedas de rayos le colgaban a la altura del pecho. Todo muy encajado, reluciente y aéreo, de completa gloria *in excelsis*.

Sonia salió al balconcito y entonces Basilio Argimón emprendió una segunda vuelta, más cerrada, se llevó una mano a la visera y las antiparras apuntaron a los pechos de la señora.

El señor pájaro terminó el giro, enfiló nuevamente por encima de sus cabezas, y sin volver a mirarlos, atento por completo a su alto rumbo, siguió vuelo.

El Príncipe saltó del carromato y corrió tras él, mejor dicho, por debajo, gritando y saltando.

—¡Basilio! ¡Basilio Argimón!... ¡No te vayas! ¡Espera, vuelve!... ¡Hermano pajarito, hermano!...

El señor pájaro se perdió en la lejanía perseguido por aquel ruidito, entre chisporroteos y algunos resplandores, en la misma dirección del vagabundo, que iba hacia el mar. El Príncipe se detuvo y blandió una mano en redondo. Pero sus sortilegios no llegaban hasta esa altura y al rato no vio más que el cielo enrojecido, la arena, su larga sombra que apuntaba al ocaso.

Farseto contó la historia mientras rodaban en las penumbras. Contó una parte, de oídas. Ellos reconstruyeron el resto y aun es posible que le añadiesen algo. La entera historia pertenece más bien al Príncipe, que fue juntando con el tiempo los pasajes sueltos.

Basilio Argimón era de Solsona, un pueblito enterrado en una hondonada, al norte, desde el cual se veía un pedazo de cielo, en apariencia el mismo de siempre. La historia arranca de ahí pero después sigue muy mezclada porque cada pueblo, inclusive cada persona, le añade algo. En Felicaria, por ejemplo, dicen que nació «binario», que tenía, tiene, cuerpo de humano y alma de pajarito, de chingolo o «icancho» o «chuschín» precisamente, que es pajarito de buen agüero, no el «maimbé» o «zonzito», que se le parece y que cuando canta atrae los vientos. Los que lo vieron en tierra, sin la mecánica, concuerdan en que es de muy poca carne, tiene una porra negra en punta, como un copete, y camina a los saltitos, bien de chingolo.

Ésos hablan como si no hubiesen pasado los años, porque en todo caso es la figura que tenía de chico, cuando se le metió la idea. Probablemente nació con ella, *in nomine*. Como sea, ya entonces se pasaba el día espiando a los pájaros, que en Solsona vuelan muy alto y raramente se posan. A los trece años construyó un barrilete japonés, el triple de los comunes, con un arnés de bayeta y se arrojó desde el campanario de la iglesia de Santa Olimpia, viuda, a cuya devoción está consagrada la de Solsona, que luce una torre en punta, muy alta, como toda casa de respeto en ese pueblo, porque es un lugar estrecho, en lo hondo de la piedra. Por suerte cayó sobre una palmera de cáñamo en la China. Aunque se rompió un par de huesos, planeó algunos metros. Cojeó un tiempo y se apartó aún más de la gente, porque ya era de ese natural. Ahora se pasaba el día en lo alto de las piedras, lo cual no es bueno. Pero él entendía la lengua, la aprendió en todos esos años, y hablaba con ellas. Ahí observaba el cielo y los pájaros más de cerca y ya entonces sólo reconocía a la gente desde arriba. Con tanto subir y bajar se hizo más livianito.

Probó otra vez ya de hombre. Más científico. El ingenio consistía en un corselete de cuero en el cual encajaba unas alas plegables de tela encerada, con envarillado de cañas, sujetas asimismo a los brazos con una culebra de tiento. Otro trozo de tela envarillada unía las piernas y hacía el efecto de una cola. La cabeza iba protegida por un casco también de cuero que por delante le cubría hasta la nariz y tenía unos vidrios en el sitio de los ojos. Argimón probó este traje de vuelo en la festividad de Santa Olimpia, el 17 de diciembre. Subió a la piedra más alta, en la madrugada, se encajó el traje, lo cual le llevaba tiempo, y en mitad de la procesión se descolgó de un salto apuntando al centro de Solsona. Esta vez fue a golpear contra el paredón opuesto de la hondonada pero sobrevoló el pueblo, pasó con un extravagante zumbido sobre la procesión y probablemente se vino abajo tan de repente porque cuando planeaba por encima de la imagen de Santa Olimpia se le ocurrió persignarse. El pueblo lo siguió a los gritos, con los cirios y la santa imagen a la carrera. El notario Crisólogo Bajarlía levantó un acta para atestiguar en autos que el ciudadano Basilio Argimón perpetró de *prima facie* un vuelo absolutamente aéreo el 17 de diciembre de 1943. Un tal suceso reavivó las patrióticas rivalidades entre Solsona y los pueblos vecinos que para los solsones, encajados en la piedra, eran extranjeros, sobre todo los desgraciados de Paso Viejo, que alardeaban porque tenían una banda lisa, un carro de riego, una mesa de billar y, por algo, una comisaría. El domingo de Cuaresma el párroco de Paso Viejo, cuya iglesia apenas contaba con una miserable espadaña de ladrillos, pidió que se tramaran fuertes oraciones por los vecinos de Solsona que se entregaban a prácticas descabelladas no sólo destinadas a fomentar la discordia entre hermanos, sino a contrariar el orden de *rerum naturae* con el desorden de *rerum novarum*. Los rurales bajaron a Solsona, le volvieron a romper los huesos a Argimón, que recién se reponía, confiscaron el traje de vuelo, prohibieron la crianza de pájaros

y toda ave que remontara y se culearon a varias señoras por alentar aquellas prácticas o por si acaso. El notario Bajarlía fue encausado por abuso de función pública, libelo y apología de la subversión, que de eso se trataba finalmente, porque la alteración del orden natural predispone a la alteración del orden establecido. Basilio Argimón, apenas recompuesto, huyó a los saltitos de Solsona y a partir de entonces vivió entre las piedras, como los grandes pájaros. Ahí empieza la leyenda o, por lo menos, la confusión. Algunos aseguraban haberlo visto en vuelo a la costa, otro que había muerto y encarnado en un «curabí-bemimbí», «chiflón» o «flauta del sol», que anuncia los cambios de tiempo, pero ya era poco pájaro para él, y otros que moraban en la montaña donde tramaba una formidable máquina de vuelo de enorme ciencia. Como fuese, lo más probable es que persistiera en la empresa, porque era un verdadero artista.

Con el tiempo lo olvidaron casi todos como persona de cuerpo, aunque quedó la costumbre de soltar una torcaza para la fiesta de Santa Olimpia, durante la procesión, inicialmente en señal de protesta. Y fue así que para cinco años después, puntualmente el 17 de diciembre y en el momento en que sacaban de la iglesia a Santa Olimpia, los vecinos vieron a aquel descomunal pajarraco que se abatía desde lo alto de las piedras y después sintieron el ruidito ese a molienda y Basilio Argimón surcó todo volante y esta vez se persignó sin precipitarse y volvió sobre los gritos y ejecutó varios giros y a cada vecino que le pedía le pasaba por encima, porque la sombra de los pájaros trae suerte, y finalmente todos se pusieron en fila y con licencia de Santa Olimpia los pasó de una vez. Después remontó y se fue yendo, fue, sobre Paso Viejo, para constancia, donde los rurales le despacharon algunos tiros, sobre Malabrido y Pelicaria y Unión y Las Víboras y Antequeras. Todos esos pueblos, y otros en los que aparece de golpe. Una tarde voló sobre Tapado. El maestro Cernuda le echó un discurso en el cual hablaba a la carrera de un tal señor Icaro. Argimón aguantó colgado del aire todo lo que pudo, dando unas vueltas muy empinadas o bien yendo de una punta a otra de la calle con el maestro que lo seguía por debajo, mientras el padre Ignacio Zárate, que todavía estaba en el pueblo, trataba de rociarlo con agua bendita, desde la torre de la iglesia de Santa Margarita María de Alacoque y el viejo Ponce tocaba el *Ángelus*.

—¿No baja nunca?

—No en poblado.

—Por errante que sea, debe vivir en alguna parte, teniendo en cuenta su condición mecánica.

—No se le conoce casa de asiento o cosa así, si te refieres a eso.

—Una piedra, un árbol, un tejado. Cualquiera fijadero.

—No, que se sepa... Cada tanto vuelve a Solsona, ronda por ahí.

—Solsona...

Aquel nombre comenzaba a crecer como un fuego en la cabeza del Príncipe.

—En los primeros tiempos lo hacía para la festividad de Santa Olimpia. Pero después lo hicieron también los rurales.

—¿Qué tienen contra él?

—Dicen que trastorna a la gente, que contribuye, que utiliza un espacio del Estado, que mea en lugares abiertos, que no se ajusta a regla ni estatuto, ni hay precedentes y que, por tanto, ni siquiera existe.

—Por eso no le aciertan. Le falta *hábeas corpus*.

El Príncipe trepó al techo y estuvo mirando un rato en la dirección por la que había desaparecido Basilio Argimón, pero no vio más que sombras.

—¿Qué te parece como número? —preguntó a Oreste, que estaba echado en el techo.

—Habría que agrandar unos metros la carpa.

—El espectáculo más sensacional del mundo, nunca jamás visto: ¡El Hombre-Pájaro Basilio Argimón, maestro de vuelo, en primera persona!... —gritó el Príncipe a las sombras—. Se prohíbe la entrada de rurales.

Volvió a sentarse en el pescante, entre Farseto y Boca Torcida, que sostenía las riendas medio dormido.

—Me pregunto cómo lo hizo —dijo por lo bajo, porque ésa era la idea que le rondaba desde el mismo momento que apareció aquel pájaro.

—Tú lo has visto —dijo Farseto.

—Digo que debe haber un modo de descarnarse, de pasar de una forma a otra, de ser pájaro, piedra o planta, a voluntad, como hay una manera de ser Príncipe. ¿Tú qué quieres ser?

—Un trapecista, como cualquiera de los hermanos Laporte. Aunque sea un poco menos —respondió Farseto, algo confundido.

—¿Lo quieres de verdad, o lo evocas no más?

—Bueno, es un embrollo...

—Hay un alma común a partir de la cual, por aliento, salen las cosas. Uno puede volver a esa alma y pasar a otra consistencia.

—No entiendo nada, francamente.

—No al modo físico, sino por ensalmo... ¿Tú qué dices, Oreste?

—Es tu modo de ver las cosas —dijo Oreste desde el techo—. El armatoste ese no es una novedad. Se parece al planóforo de Penaud, pero sobre todo al aparato volador de Lilienthal.

—Nada que ver. Además, eran un par de locos, y posiblemente magos, como Basilio Argimón.

—La Sociedad Británica de Aeronáutica ha ofrecido cinco mil libras al primero que consiga realizar un vuelo de una milla basado sobre el principio del aleteo

continuo e impulsado por su propia fuerza. Un tal Hartman alcanzó ya media milla a una altura de cincuenta pies.

—Los ingleses siempre tuercen las cosas. Además, ¿con qué medios y qué ciencia de cálculo podría hacerlo Argimón?

—¿Cómo hiciste tú este circo?

—No tiene relación. Y si la tiene, sucede que no es el intrínquilis. Por otra parte, ¿cómo se te ocurre hablar de una puta Sociedad Británica de Aeronáutica en este lugar? ¿No es eso todavía más loco?

—¿Qué no lo es a esta altura?

—Así y todo, resulta bastante más probable de este modo, por oscuras que sean las palabras —siguió el Príncipe explicándole a Farseto, un poco resentido y hasta desilusionado con Oreste—. Argimón debe haber dado con el quinto elemento, el cual enlaza los cuerpos terrestres con los celestes, y como dice el Trismegisto, separó lo sutil de lo burdo, suavemente, y con el alma de la caña, la tela, el metal y su propia alma, que son la misma identidad, compuso un pájaro.

—No sé de qué hablas ni conozco a ese señor Trigémimo... Aquí todo proviene de la tierra, lo demás nada es fijo. Hay piedras que caminan, árboles que enyetan, lagunas que se embroncan, los humanos a veces son animales y los animales a veces son personas, sobre todo los pájaros, como el «crespín» o el «cacuy» o el «chajá», y además hay cosas, fantasmones, que no se sabe muy bien qué son lo que son, como el «Coquena», que persigue a los cazadores de vicuñas, o el «Kaparilo», que es el ruido de los bosques. ¿A eso te refieres?

—Más o menos.

Callaron. El carromato con los ángeles anochecidos rodaba en la oscuridad más negra, pero si uno miraba hacia arriba, como lo hacía Oreste, que estaba tumbado en el techo en la más pura contemplación de aquellas desencajadas estrellas que allí parecen más grandes y más bajas, advertía una claridad espectral que se iba metiendo en el cuerpo y cubría los bultos de una fina ceniza. Algunas estrellas, de un color encarnado, temblaban como la llamita de un pabilo. La verdadera oscuridad estaba a ras de la tierra.

—De un modo u otro, Basilio Argimón salió con la suya —dijo la voz del Príncipe por allí adelante, en un tonito que inducía a sospechas.

—¿Qué te preocupa? —preguntó la voz de Oreste más arriba, adivinándole la intención—. Lo mismo se puede decir de ti. ¿Acaso no querías ser un Príncipe?

—Sí, eso quise... Justamente es una forma que proviene de la tierra, pero no tiene reposo.

—¿Qué forma es ésa? —preguntó Farseto con alarma, pensando si acaso no había tropezado con algún alma en pena o toda una banda de ellas.

—El camino. No pienses otra cosa. Todos los caminos.

Callaron definitivamente.

Al rato brotó un chorro de chispas y una columnita de humo sonrosada por la boca de la chimenea. Poco después trepó la voz del Nuño, que cantaba *La quejosa*. La voz subía con los ruidos de los cacharros y las ventosidades de la hornalla. El carromato rodaba y rodaba con la noche a cuestras y todos esos amables ruidos. Y en el propio momento que sintieron aquel generoso olor a tortilla con salchichón, en ese mismo momento vieron a lo lejos el neblinoso resplandor de las luces de un pueblo y aun de una ciudad.

—¡Eh, Boca, despierta! —gritó el Príncipe. Boca Torcida abrió los ojos. Miró, ladeó el cigarro y dijo:

—Rocha, por la luz que derrocha.

El Príncipe, con una jarrita de vino al alcance de la mano, está sumergido en la bañera de asiento, que contiene agua templada, en una crujiente habitación del piso alto del Gran Hotel Mallorca, un caserón de dos pisos con marquesina, escupideras de loza en los pasillos, unas columnas torneadas que sostienen unos maceteros panzudos y que pertenece al gentil caballero don Adelelmo Luis Casagrande, quien en ese momento pasea a la señora Sonia en un cabriolé descapotado, exhibiendo los adelantos y mundanidades de la alegre y honorable ruinoso ciudad de Rocha.

El Príncipe lee, o trata de leer, el capítulo «Bailes y tertulias» de *El trato social*, de la condesa de Tramar, pues esa misma noche deben asistir a una velada danzante organizada por el círculo italiano en honor de toda la compañía. Le preocupa el comportamiento de Perinola, pero la condesa no dedica ningún acápite a enanos o tan siquiera fenómenos.

En realidad, su cabeza está en otra cosa. Cada tanto se adormece, alentado por aquellos semicupios calmantes, a base de agua tibia, muy eficaces contra la insomnia y las almorranas, contrariedades de las que padece últimamente, y sueña que vuela. Generalmente sueña que vuela en dirección al mar.

Va para tres semanas que el circo está en Rocha, donde curiosamente los esperaban precedidos por ciertos avisos, y las cosas marchan tan bien que nadie, con excepción del Príncipe, piensa en la partida. Todas las noches, menos los lunes, que se reserva para descanso de la compañía, la carpa se colma de espectadores y los sábados y domingos se añade una función de matiné. Los beneficios han permitido contratar una banda, un cohetero, imprimir nuevos carteles y alquilar aquella habitación. La propia presentación del gran Farseto, trapecista excéntrico de renombre internacional, resultó un inesperado suceso. El viejo aparece en la segunda parte del programa y aunque el número es de extrema simpleza, conmueve y aun pasma a los espectadores. Farseto entra al picadero todo tembloroso, tropieza un par de veces, en ocasiones llora como un niño, porque se emociona con los aplausos y,

luego de una agitada introducción de la banda, comienza a trepar por una escalera de tijera, con un redoble *in crescendo*. La ascensión es tan lenta y tan dificultosa que la gente empieza a ponerse nerviosa, se suspende a cada escalón, alienta al viejo con gritos y palmoteos. El pobre Farseto se detiene a mitad de camino y trata de agradecer, pero por lo general se precipita dos o tres peldaños, vuelve a trepar, mete los pies en los vacíos, se tambalea hasta sacudir la escalera y, cuando por fin llega arriba, se empina sobre la plataforma, abre con lentitud los brazos, levanta una piernita y saluda al público, que aplaude a rabiar, deseoso de que concluya cuanto antes. En lugar de eso, la banda arranca con un *staccato* y el obstinado viejo se pone a saltar en la plataforma tratando de alcanzar el trapecio que se balancea sobre su cabeza. La gente se pone histérica, algunas señoras se desvanecen, la mayoría reclama que lo bajen. Finalmente, el Príncipe (a quien a menudo reemplaza Oreste) induce al viejo a que abandone el empeño, por consideración al respetable público. Farseto vuelve a saludar y se arroja desde lo alto a los brazos de Carpofofo, lo cual provoca otros cuantos desmayos, pues el desgraciado se tambalea y se tira de punta. En cuanto al campeón de lucha de todos los pesos, ha contribuido en gran medida a multiplicar los ingresos aceptando desafíos y apuestas a granel, pues en este pueblo abundan los fanfarrones y los timberos.

Las salinas que se observan desde el segundo piso del Hotel Mallorca y que a esa distancia semejan ríos de agua escarchada que se internan en la reseca llanura son el origen de la magra prosperidad de Rocha y, por vía indirecta, el motivo de que el Príncipe pueda contemplarlas a través de la ventana de aquella habitación con sólo estirar el cuello mientras vierte en la bañera otro poco de agua caliente de un cubo que acaba de traer el mucamo junto con otra jarrita de vino. Aquellas salinas proveyeron, entre lo más notable, la iglesia de San Bernardino de Feltre con esas dos torres cuadradas, sin agujas, que impresionan como un fuerte, la plaza con la glorieta de la banda, un mástil y una pérgola, la usina, o sea el galponcito de chapas con un estrepitoso Otto Deutz modelo 37 y un alternador Brush, que al caer la noche surtía con grandes temblores ese bonito alumbrado visible desde tan lejos, la terminal del Rápido del Oeste, una calle empedrada, un dispensario, un quilombo, una comisaría con dos calabozos y, aprovechando el servicio de la usina, un «memento eléctrico» que se aplica en el unigénito para promover la verdad en forma científica induciendo en el *corpus delicti* el voltaje apropiado, una imprenta con una minerva que imprime *El mensajero de Rocha*, una estafeta con un telégrafo de esfera Breguet, cuyos hilos se pierden en la misma dirección del Rápido; la Casa Municipal, el Círculo Italiano, el bar y la confitería La Moderna, donde en este momento ingresan la señora Sonia del brazo del señor Casagrande y, por supuesto, el Gran Hotel Mallorca, en el cual, a su vez, el Príncipe sueña dentro de una bañadera de cinc que Basilio Argimón planea sobre su cabeza.

Salvo una nota en *El mensajero de Rocha*, que a todas luces provenía de la envenenada pluma del párroco de San Bernardino, padre Ignacio Tejedor, condenando la «balsa», o valse, por cuanto «gestos, meneos lascivos y una rufiandad impudente son sus constitutivos, que provocan por la fatiga y el calor que producen en el cuerpo, la concupiscencia», hasta ahora el Circo del Arca no había conocido tan buenos tiempos. José Scarpa jamás habría sospechado semejante progreso cuando, creyendo que se sacaba un clavo de encima, vio desaparecer a la vuelta de una esquina la jaula de Budinetto.

Con todo, el Príncipe parecía algo indiferente a tales progresos y su más palpable satisfacción eran aquellos baños de asiento. A decir verdad, él no se había propuesto el lucro en moneda de contar y guardar y menos un «circo plantado».

Su real propósito fue en todo momento un modesto «circo de primera parte», y aun «de primera y segunda» con tal de que no entorpeciera la marcha, pues él concebía al circo como una forma itinerante o, en todo caso, no le interesaba de otra. Más aún, ni siquiera pretendía tal cosa como su más firme aspiración, porque, en el fondo, él tan sólo se había propuesto consistir. Como ese loco de Argimón, que al fin se posaba en tierra y ahora avanzaba hacia él pedaleando mientras las alas, con un movimiento más pausado, levantaban una nubecita de polvo. Por fuerza tenía que torcer el cuello hacia arriba, ya que seguía debajo de la máquina, aunque cada tanto se elevaba un poquito y el Príncipe temía que remontara para siempre. Entonces trataba de adelantarse y en una de éstas se levantó de la bañera y se asomó por la ventana en pelotas y en lugar de Basilio Argimón vio a una señora de edad que se persignaba. Volvió a la bañera y mientras trataba de leer lo concerniente a «Bailes de trajes», Basilio Argimón reapareció en el mismo punto que lo dejara, solamente que ahora se había alzado las antiparras y su cara se parecía, en lo resumido, a la del vago que iba camino del mar, aunque es de notar que todos los errantes se parecen entre sí. Cuando llegó a la distancia de un brazo salió de la máquina pero desplegó unas alas de ornamento, con plumas y todo, muy seráfico en la trama, y seguía saltando seguramente para mantenerse en forma, como todo gran artista. Y él, el Príncipe, habló primero y dijo: «Maestro pajarito, enséñame el arte». Y Basilio Argimón dijo, mientras el notario Bajarlía, que salió del aire, labraba un acta al efecto pertinente: «La *compuesto* consiste en cortar las cañas de un solo tajo en cuarto menguante y cocerlas a fuego de reverbero en grasa de *ñancu*, tramar la tela bien prieta, de seda natural, por supuesto, empleando para las costuras el punto ojal y fundir los engranajes sumando siempre a la fusión media onza de *titanos* y tres cucharadas de *agua fortis*, mientras uno se embebe por dentro, para conjugar, con *aqua ardens* a voluntad». Argimón recitó todo esto de una manera cantable, descendiendo una cuarta en la última sílaba, mientras Bajarlía tomaba debida nota. «Pero lo que realmente importa es la celesta», siguió Argimón tras una pausa, en la cual se elevó

por lo menos un metro. Y en el momento que se disponía a cantar la *celesta* aparecieron los espantosos rurales, que golpearon a Bajarlía, dispararon sobre Argimón, quien se elevó lleno de agujeros, a través de los cuales se veía el puro cielo, y uno que tenía la misma cara del conde Strofance le apoyó al Príncipe el caño del fusil sobre la sien, sonrió siniestramente y apretó el gatillo.

El Príncipe despierta con un alarido, la última expresión de su vida terrestre, porque siente en las mismas entrañas el frío de la muerte. Sin embargo, todavía está vivo, porque ve con los ojos del cuerpo. Y lo que ve, en lugar del maldito rural, es la ventana por la que se asomó en pelotas hace apenas un rato. De manera que suspira con alivio al comprobar que sigue en la habitación del Gran Hotel Mallorca y que el frío de la muerte se debe al enfriamiento del agua. Con todo, persiste la sensación de que tiene el caño de un arma apoyado contra la sien. Trata de palpar ese preciso lugar pero constata con sobresalto que efectivamente está allí el caño.

Una voz dice entonces a sus espaldas:

—He oído que necesitas para tu circo un tirador de fantasía.

El Príncipe cree reconocer esa voz.

—Es lo que me falta. Precisamente soñaba con algo así, un número de realce. ¿Puedo volverme?

La voz no respondió pero apartaron el caño.

El Príncipe se vuelve con lentitud. Junto a la puerta, de un lado, hay un tipo de aspecto tenebroso, bajo, fornido, con un capote de hule, unas botas de goma y una cara llena de granos. Del otro, está el cohetero que anuncia con sus fuegos el comienzo de cada función, un señor bajito, muy civilizado a pesar de esa barba que no encaja con el resto de su cara pues, recién el Príncipe ahora lo advierte, se trata de un postizo barato. Sostiene con delicadeza una escopeta de caños recortados. En cuanto al hombre que tiene al lado y dada su ubicación, tan próxima al suelo, pues sigue en la bañera, ve solamente sus negras botas relucientes, el pantalón y el orillo del saco, también negros.

—Voy a levantarme —dice por precaución, pues con el frío ya no siente los bajos fondos.

Se pone de pie chorreando agua, con *El trato social* de la condesa de Tramar en una mano, y entonces ve al hombre por entero.

A pesar de la barba y esos mostachos en punta, le basta con mirar sus fieros ojos para saber en el acto de quién se trata.

—Mascaró.

Dice el nombre lentamente, pero sin miedo, casi con aprecio.

—Desde ahora soy Joselito Bembé —ordena conciso el caballero jinete.

El Príncipe cavila un instante y luego, alzando los brazos, anuncia:

—Alias Rajabalas o ¡el Cazador Americano!...

Al día siguiente, martes, para sorpresa de los habitantes de Rocha, sobre todo de quienes la noche anterior habían asistido a la gran velada en el Círculo Italiano, en cuyo transcurso se entregaron al Príncipe las llaves de la ciudad, de bronce de baja calidad, el Circo del Arpa desmontó su carpa. Mientras los hombres cargaban los petates y se disponía el viaje el Príncipe trató de explicar aquella repentina decisión aduciendo un solemne compromiso con el señor Carpodio, de la Venezuela, que había despachado mensajeros, el señor Joselito Bembé y escolta, más algunos trastornos de Budinetto, a quien la proximidad de las salinas afectaba en su temperamento. *Ad referendum*, el capitán von Beck se exhibió cubierto de vendajes, y el león abusivo, removido por Perinola, expulsó unos rugidos.

No bien engancharon la jaula y el gentil caballero don Adelelmo Luis Casagrande besó la rolliza manita de la señora Sonia, después de entregarle un ramo de perperuas o siemprevivas con algunas ramitas de tilo para aderezo, combinación que en el lenguaje de las flores revela Amor Encendido, gesto al cual ella correspondió muy experta llevándose el pañuelo a los labios (desearía entablar correspondencia con usted), el carromato echó a rodar con un tamaño grito de Boca Torcida.

Y al mismo tiempo que el circo salía del pueblo, por la otra punta entraba al galope detrás del sonido de una corneta de llaves una partida de rurales al mando del furioso capitán Dámaso Alvarenga.

La idea del Príncipe era costear la línea del telégrafo, que pasaba por Rivera, donde proyectaba exhibir por primera vez y como atracción especial el temible número de El Cazador Americano. Algunas leguas más allá de Rivera, según referencias, torcía un camino rumbo a Paso Viejo, que luego se estrechaba y subía hasta las puntas de unos cerros desde donde se divisaba, al fondo de una hondonada, un pueblo ahora ruinoso y casi deshabitado, pero que aún conservaba también erguida la torre de una iglesia consagrada a Santa Olimpia, viuda.

El Príncipe solamente mencionó a Rivera, insistiendo que en muchos aspectos aventajaba a la propia ciudad de Rocha. Sin embargo, Joselito Bembé opinó de breve que debían encarar en la dirección opuesta, o sea, el desierto. El Príncipe no hizo comentarios. Señaló a Boc Tor el yermo amarillento que se extendía para ese lado y el carromato se internó a los tumbos en aquella cegadora claridad que brotaba del suelo.

Por la noche, desde lo alto de un médano, contemplaron las luces de Rocha, que parpadeaban en la oscuridad por efecto del «memento eléctrico», motivo que casi todos ellos ignoraban, y algunas horas después, desde otro médano, divisaron un alto fuego que por arriba se disipaba en una niebla sonrosada, algo muy bonito.

Oreste preguntó qué ocurrencia era aquélla.

—Una especie de verbena en honor de San Bartolomé —dijo el Príncipe—. Se festeja de noche y, por supuesto, a la bartola.

Al rato escucharon el sonido amortiguado de una corneta de llaves que se alejaba en dirección a Rivera.

Chaján, Portillo, Naneo, Paiquía, Santa Clara. Pueblitos, mierda, polvo, fantasmas.

Bicheadero, Naranjito, Quisco Nuevo, Quisco Viejo, ambos viejos; Fortines, Alacrán.

Algunos eran nada más que el nombre. Olvido, muerte. A veces los pasaban de largo, sin verlos siquiera.

Jarilla, San Andrés, Soca, Madariaga...

Una vuelta creyeron ver en la oscuridad una ciudad que brillaba a lo lejos, pero metros más adelante pasaron sobre las velas del cementerio de albarrada y alguien les disparó un escopetazo.

Ya casi no hablan. El chirrido de las ruedas se agranda con la claridad y después se afila con las sombras. Los ángeles del carromato se han descolorido. Oreste sopla el «sicu» a toda hora, sentado en el techo. Tiene la piel resquebrajada, los ojos deslumbrados, el pelo grasoso, largo, revuelto. Ha envejecido, igual que el Príncipe. Los demás han madurado, más precisamente, se han vuelto para dentro, parecen ajenos al polvo y a la fatiga y aun al tiempo, menos de carne, más de invención. Montan la carpa dondequiera que sea, ejercen esas brillantes maniobras cada vez más ajustados, toda figura, desmontan y, otra vez en camino, se ejercitan interminablemente en sus artes.

Farseto ha logrado suspenderse del trapecio y ahora voltea en la barra. El mismo Príncipe se pone nervioso, pero no dice nada porque fue él quien lo indujo. Farseto baja cuando se lo ruega la señora Sonia, que le ha cobrado afecto y lo friega con «Fluido Spineda», a base de alcanfor, esencia de trementina, amoníaco y tintura de árnica, que se usa indistintamente para caballos y personas contra envaraduras, manqueras, vejigas, reumatismo, sobrehuesos y demás etcéteras, de olor y color mierdoso pero de efecto contundente. El Farseto, a la recíproca, vacía todas las mañanas una escupidera ilustrada con rechonchas flores azuladas, cubierta por una tapadera. Sonia le ha confeccionado un maillot nuevo que luce una gola a franjas rojas y amarillas con arandelas doradas, una capita de lacmé y unas botinas de badana con vivos de colores.

Carpoforo ejecuta el «vuelo del ángel» hasta dormido. El Nuño, que se ha afinado y aun alargado, se sabe de memoria el manual de Wronski y Vitone y la *Nueva guía de la gente elegante*, de la condesa de Tamar, muda de persona con una rapidez increíble, las encarna casi a un mismo tiempo, uno y trino. Perinola se ha reducido otro poco, extrayendo de su pequeñez toda la grandeza posible, monseñorito él, lo cual acaso explica la creciente amistad, por atracción de contrarios, entre él y

Carpoforo, divirtiéndose como locos cuando ejecutan el número del gigante. Boc Tor se ha transformado en un verdadero centauro, tanto que su humor varía según cambia el de Asir, y a la viceversa. El caballo masca con evidente placer los puchos de los cigarros que le guarda el ecuestre. Sonia, por su parte, sigue engordando y rejuveneciendo. Mientras viajan, reposa o se unta de grasas. Engulle en la cama entremeses de cocina, con preferencia torta de cebolla, y postres de pastelería, sobre todo pastel de calabaza, que es de los pocos frutos que hallan en estos pueblos, y buñuelos de viento. El Nuño prepara con devoción éstos y otros condumios de sencillo argumento con los que a menudo entretienen los fogosos ensayos del dúo filarmónico.

En cuanto a los nuevos allegados, el Calloso es una sombra que no se despega del Bembé. Ayuda en la preparación de los fuegos al señor Piroxena sin apartar los ojos del caballero jinete. Cuando raramente se desabrocha o tuerce el capote se entrevén una faca tenebrosa y un Smith & Wesson, 38 Special de seis tiros, corto, que cuelgan de su cintura. Huele a mariscos. El señor Piroxena, tan circunspecto, de día se parece al señor Pelice y de noche, cuando se quita la barba para dormir, se le parece tanto que resulta el mismo. Joselito Bembé habla poco, como de costumbre, pero de alguna manera se induce, resuelve, comanda. Está y no está, es y no es, más pensamiento que figura. Reajo, entredientes, oblicua, muy encajado en su negrura, siempre de aparición. La bailarina oriental voltea los ojos y maniobra el pañuelito pero él nunca repara en lo accesorio, anda en otras grandezas. El Bembé monta por lo general, o bien camina. De a ratos trepa al techo del carromato y repasa la línea del horizonte. Los tres hombres duermen en la jardinera. Ése, al menos, es el lugar establecido porque Joselito Bembé recrudece de noche, ronda, gatuno, con los ojos brillosos, agrandados. De día cabecea a ratitos sobre la montura. El Calloso se echa cuando el tirador lo ordena.

Para el número de «El Cazador Americano», de gran sobresalto, Bembé acomoda al Perinola contra una tabla y al galope de su oscuro caballito abate de un saque tres tarritos que el enano sostiene con la cabeza y la mano. A Perinola, machito, la balacera lo enardece. A veces mueve los tarros, pero el Bembé igual les acierta. El Farseto, tan temerario, se presta para la prueba de la silueta. El caballero jinete empuña el revólver muy suelto y después de un largo retumbo el Farseto se aparta, quedando en la tabla su delgado croquis que despide un agrio olor a quemazón.

A todo esto se añaden los fuegos del señor Piroxena, tales nunca vistos como la cascada, el abanico, la palmera, las bengalas, las glorias o soles fijos y ese notable «capricho» formado con sajones y lanzas que luego de producir varias mudanzas remata con un efecto de chorro de agua a dos cascadas^[4]. Las luces de Bengala, sobre todo las moradas y las «auroras», de tan misteriosos reflejos, no sólo servían para encantamiento del ojo sino también, en fantástica combina, para alumbrar

repentinamente una apoteosis, simular incendios y trastornar figuras.

En lo tocante al reino animal, el Califa produce ahora unas endiabladas volteretas que cursó con Perinola, se comporta casi humano improvisando disparates como arrancarle la bata al gigante mamarracho que componen el enano y Carpofofo, poniendo en descubierto la tramoya, o trepar por la escalera de tijera y saludar a lo Farseto o tironear de los calzones de Alí Mahmud mientras se halla enredado en alguna presa. Budinetto ya no necesita ser removido con una estaca. Ahora se comporta bien automático. Basta que el capitán von Beck le diga, ni siquiera que grite: «Vamos, huevón», para que despierte en el acto y atropelle en dirección al picadero. Es suficiente susurrarle en dirección a una oreja: «Dale, cornudo», para que comience a aullar como si tuviese por delante la partitura. Y así, con éstas y otras expresiones de sencillo contexto, se conduce de lo más selvático.

Oreste ha progresado también, a su manera. No se ejercita de forma corporal ni tampoco por dentro, en la idea. Su progreso consiste en todo lo contrario, en el más absoluto abandono, en el más complejo despojo. Sopla el «sicu», se adormece, perdura inmóvil largas horas hasta que lo cubre una fina capa de arena. Es casi un objeto. Pero solamente así, cuando truenan los fuegos, compone tantas formas, de arrebató, improvisando un surtido de personas y animales que se reemplazan velozmente sin confundirse ni estorbarse. En la peripecia del cisne el señor Piroxena enciende una bengala verde^[5] que despide húmedos reflejos de esmeralda. Aprovechando el portento, Oreste se encaja un par de mangas emplumadas. Arranca el vuelo todavía dentro de aquella claridad submarina y cuando empieza a desvanecerse, apenas un vislumbre, memoria del ojo, remonta de un salto, empalmado con la silueta que circula por la cumbre del pabellón. Algunos aplauden pero la mayoría se arrebató en alas de aquel ensueño sin reparar en la astucia ni aparato de semejante mixtífico.

El Príncipe observa desde un rincón. Piensa en aquel otro pájaro de tela, caña y animados engranajes. Por ahora en pensamientos, se eleva más y más alto, sobrevuela aquel desierto *in saecula saeculorum*, donde en medio de la arena se observa un bamboleante carromato y un hato de locos que marcha a la deriva, traspone pueblos, ciudades de campaña, una partida de rurales que le dispara balas de colores, un grupito de roñosas palmeras en cierta ciudad, un faro pintado a franjas horizontales sobre un peñón musgoso, se interna en el mar, repasa entera la Venezuela, saluda con una caída de ala al viejo maestro Vicente Scarpa, que toca un organito con un culebrón enroscado al cuello en una plazoleta vacía y siempre volando, volando se aleja sin esfuerzo ni fatiga rumbo a un sublime y luminoso carajo.

Alguna vez Oreste se reanima a la loca, salta desde el techo y ejecuta un vuelo alrededor del carromato para contento del Príncipe, que lo alienta con una sonrisa. Entonces se dispara, trepa un médano a la carrera y, siempre aleteando, se descuelga

con un gran salto perseguido por un chorro de arena. El Príncipe aprueba, agradece con un gesto pero no expide esas voces de antes. Ya no es el tremendo personaje de otros tiempos. Conserva aquella arrogancia y su voz, cuando oficia, es todavía más potente, templada por los largos silencios, pero la piel se le cubre de pecas y arrugas, su espalda se encorva como si le colgara un peso de la cabeza. Casi no actúa. Oreste lo reemplaza *cum laude*, salvo en los recitados, donde aún trastabilla y se le falsea la voz. De tanto en tanto reaparece en el picadero, a beneficio, y si no mira para arriba arranca de nuevo el Príncipe con tal ímpetu que se abrillanta la luz, se conmueven las lonas. Entonces no sólo aplaude el público, a cada pueblo más reducido, sino también toda la compañía. Generalmente duerme en el pescante pero algunas noches irrumpe en el compartimiento de proa, repleto de ropas, potes, tinturas, lociones y, naturalmente, la propia Sonia, que ya casi abarca de pared a pared, recita un poema, una carta, una receta, lo que le viene a la cabeza, mientras se desnuda y su antojadizo miembro, sin otra mota ni arruga que las de origen, se dilata, se incorpora, apunta, manejado de esta forma no por decadencia sino por instruida lujuria. La Babilonia oriental levanta las piernas, se aferra los tobillos, curvándose sobre su colosal barriga, sin una sola palabra, y el Príncipe, con un «vuelo de ángel» en miniatura, se encaja, frota, dispara su cornucopia. Pero ya no hay ni bailes, ni asombros, ni ardientes balbuceos. Es todo consabido. El Príncipe vuelve al pescante y se duerme.

De todos modos el circo funciona a las mil maravillas, eso es lo que importa. El propio Príncipe lo piensa así. Inclusive lo piensa con las mismas palabras. Su pensamiento se reduce luego a una sola de ellas: funciona. ¿No sería preferible decir que sucede, divaga, transcurre, rumbea, consiste o simplemente es? Lo leve. Un circo es las mil maravillas. Cuando funciona ya no resulta lo mismo. El ser es un de repente, lo improvisado de súbito total. Ahí está la alegría. Así entonces no importa demasiado que funcione a las mil o diez mil maravillas. Ése fue el error de Vicente Scarpa, funcionario.

Para Scarpa habría sido un bochorno, además de una ridícula fatalidad, disipar un programa de ese formato, enriquecido por los colmos con el bonito tiroteo del Bembé, en aquellos pueblitos enterrados en la arena, la mismita pobreza: unos tapiales, unos ranchos, un almacén, algún caserón, un cementerio tanto más grande cuanto menos la gente de en vida, un cerco de tamariscos, a veces una iglesia que sobresale entre los médanos.

A medida que avanzan, o como sea que andan, las distancias se agrandan, el caserío se universaliza. Para aquella gente no hay otra cosa por los mundos, salvo la arena y el puto sol y algunos nombres que designan un punto de nada en el horizonte, y ahora estos sujetos de fantasía que vienen y van entre esos nombres, pero consisten mientras están ahí, *de visu*. La tal gente ralea, se oscurece, habla menos, bajito, otros sonidos. Alguna se espanta, como el Portillo. Nunca vieron un circo, tanto bulto de

persona deben ser rurales, sobre todo si soplan una corneta. Escapan a los médanos. Ellos levantan la carpa sin importarle, funcionan. Los chicos se arriman primero. Después van hasta los médanos con el cuento de esas apariciones. Entonces se acercan en comitiva, el pueblo entero, que no siempre sobrepasa al gentío del circo, con el más viejo a la cabeza.

El circo «es» para ellos, aunque de dudosa materia. Mil y mil maravillas, nunca visto. Y siendo, se marcha. El más viejo señala con el dedo uno de los lejos y el carromato vaguea para donde apuntó. La arena se desliza en la cavidad de la huella, el viento la empareja. Fue y se fue. Pero quedan las figuras. Los chicos perinolean, farsetean, carpoforean. Dibujan leones en la arena con la punta de una ramita. Las mujeres se ensonian. Los hombres bembelan.

Pasaron de largo Horqueta, Vuelta de Saspe y La Manuelita, cegados por la arena. A Tapes porque lo vieron de canto y creyeron que era la sombra de un médano.

En Paiquía Viejo llegaron para el entierro de San Sebastián Arache, finado de mucho respeto que hizo una buena muerte. El circo realizó una defunción a beneficio con un gran tiroteo de cuerpo presente promovido por el señor Piroxena, con la ayuda del Calloso, que empleó al efecto un mortero reforzado, rebatible, parecido a un obús. Disparó bombas de estruendo, las comunes, y otras de resueno o de ornamento: truenos, volcanes, salchichones, estrellas, escupideras o candelas romanas, lluvias de oro, chorros de fuego y, después de apartar a la gente otro poco, un «fulminato» o bola de estrago de su completa invención que derribó de un solo tiro un resto de pared, volándolo en pedazos.

El Príncipe preguntó por Paiquía Nuevo, porque siempre vienen en yunta. Le respondieron que ése era viejo *per se* y que el otro, en todo caso, era un espejismo.

Al atardecer, el suelo de Paiquía se pone rojo, como si sangrara, y el desierto alrededor se brota de fuertes murmullos, como si golpearan finos alambres. El sonido se dilata, cimbra más intenso a medida que se vierten las sombras. Es un sonido de la tierra compuesto por muchos otros sonidos que lo atraviesan. Agudas hebras de aire de fantasmosa consistencia. Aquí el desierto se empareja. La arena, más oscura, está cubierta de cardones, abrojos, espinos que encubren pequeñas y duras formas de la vida que se reaniman con la oscuridad. Uno fija un sonido, palpita con él hasta aturdirse, o se embebe en la marea.

El atardecer es largo, se demora y, por lo visto, hasta se detiene. Uno puede contar toda la historia de Paiquía Viejo en ese tiempo y todavía le sobra. Pero ya ni siquiera queda historia. Esto es lo que queda: don Fábulo Vega, setenta y cuatro años, treinta de solo; Dardo Aguilar, cuarenta y ocho años y siete hijos; Ramón Paredes, sesenta, un hijo; Pelagio Verón, treinta y cinco, seis hijos; Guillermo Verón, veintiocho, vive con la vieja y cinco nietos de ésta, cuyos padres se fueron a probar la tierra; doña Irene, un hijo; doña Negra, seis hijos. Y Sebastián Arache que, hasta que se

acostumbren a su muerte, se cuenta entre los vivos. Unas cuarenta personas habitantes, ocho burros y algunas cabras. Hay diez casas abandonadas y las ruinas de una escuela. La iglesia, de materia, en la cual no se celebra una misa hace dieciséis años, según memoria de doña Negra, sirve de almacén. Detrás de un tabique, los santos con pelo natural y ropas de género carcomidas se cubren de polvo y de las devociones de las mujeres. Tienen los ojos saltones, espantan, tan quietos. La barba de Cristo crece de a poco. Ya se la afeitaron una vez, cuando le llegó al pecho y le tapaba esa roja herida por donde le metieron la lanza, y que sangra los Viernes Santos.

La gente de Paiquía, como la de casi todos estos pueblos, vive de pura costumbre. Recompensaron al circo con calabazas y cabrito y un vino rojo que brillaba como el suelo del atardecer.

En Bicheadero el Príncipe requirió si tenían conocimiento del señor Basilio Argimón. No en esa forma, le respondieron, así entero. Conocía por un lado a un tal Agramón, viajante y herbolario. Por otro, al «Basilisco», que como el «Farol», es una figuración que aparece cerca de donde hay un tesoro escondido. Eso era lo más aproximado.

—Basilio, no Basilisco. Y Argimón, no Agramón.

—Bueno, si se parecen ya es bastante.

En Alacrán el Príncipe trabó fuerte conocimiento, demorándose por tal razón un par de días, con don Pedro Moyano, mano santa y naturalista de grave autoridad en la medicina espirita, que es la real por cuanto cura la persona entera, no sólo lo carnos, y que si bien era policlínico su poder, se concentraba especialmente en el «mal de ojo o daño», el «susto» o «mal de espanto», el «tabardillo» y la «caída de la paletilla», ese hueso colgado dentro del pecho cuyo desprendimiento produce tan serios trastornos. Obraba por «imponenda», a una distancia (siempre que no sobrepasara las cien leguas). Para el tabardillo acostumbraba a reforzar el tratamiento con enemas de hoja de hediondilla y para la caída del hueso con ventosas, una copa de vino tinto en ayunas y una galleta tostada a la brasa espolvoreada con canela.

El Príncipe tomó debida nota de toda esta ciencia y preguntó, de paso, si no conocía la «celestia» para pájaros. Don Pedro dijo que no tenía noticia, que los escasos pájaros que pasaban por ahí se comportaban de acuerdo a sus naturales, salvo los que portaban el alma de un humano o de otro cualquier espíritu y sobre los cuales no ejercía poder.

Soca es un pueblo de albinos. Sobre los tapiales blanqueados se les borra la cara. Quedan los ojos, dos bolitas rodadas. Hablan bajito, cantable, con buena disposición de la palabra. Cuando Piroxena quemó una bengala blanca se disiparon. Después tomaban el color de cada tiro, sin mezcla. Les gustó mucho el número «Del reino animal», porque son metafísicos, medio fantasmas. Sonia tuvo que forzar los ojos

para leerles las manos.

A propósito de Sonia, hubo que arrancar algunas tablas del tabique para extraerla del compartimento, pues ya no pasaba por la puertita, que fue reemplazada con una cortina de cretona. La descolgaron del carromato deslizándola por un tablón encimado a la barandita de hierro forjado, peripecia que le procuró un infantil regocijo. Carpofofo la remontó después de la función.

Oreste había repasado las letras de los tableros pero los ángeles estaban casi borrados cuando llegaron a Madariaga, que más bien salió del aire, vino hacia ellos suspendido en esa claridad pegajosa que picoteaba la piel. Aparentaba un pueblo de tamaño, acaso una ciudad, a no ser por el silencio. El bulto agudo de la iglesia boyaba en lo más alto, entre otras sombras que se remecían, por momentos se borraban.

Algo más adelante la arena conformó una calle, la iglesia al fondo, un almacén de dos pisos con una galería al frente, algunas casas de ladrillo, detrás los ranchos. Todo entrevisto, de un mismo color, esa amarillenta vejez.

El carromato rodó por la calle hasta la iglesia, pero nadie sacó la cabeza por puerta o ventana. Era un silencio distinto. La iglesia tenía una espadaña con una campana ennegrecida que sacudía el viento y que cuando la racha era más fuerte sonaba con un repique entrecortado del badajo que golpeaba sobre el mismo lado, despacio, algo lastimero.

Esperaron un buen rato, mientras contemplaban a través del polvo aquellas casas oscuras, dispuestas en fila, con una vereda de ladrillos, pero no salió nadie. Oreste sopló la corneta y el Nuño batió el parche. Los sonidos rebotaron en las paredes con un estrépito desmesurado y cuando pararon, el silencio fue más grande.

—No hay un alma —dijo Boc Tor por lo bajo, sin apartar los ojos de las huellas que ellos mismos habían trazado y que se iban borrando rápidamente.

Estaba blanco de arena, igual que los otros. El polvo les cubría los pelos, las ropas, resbalaba por su piel, se les pegaba a los labios.

El Joselito Bembé repasó la calle hasta la otra punta, al trote del caballito, con una mano suelta a la altura de la cintura. Trepó, de vuelta, a una de las veredas y los cascos del caballito sonaron a metal. Entró en el almacén, sin desmontar. El ruido se ahuecó, un retumbo oscuro que llenaba el caserón salía por arriba.

El Bembé volvió al galope, siempre manuable. Que sí, el pueblo estaba vacío.

El Príncipe, sin mirar siquiera esta vez al caballero jinete, dijo que paraban ahí. Después ordenó que armaran el pabellón. Nadie abrió la boca. Saltaron a tierra y se pusieron a trabajar, muy dispuestos, mientras el Nuño, entre copla y antífona, preparaba un cocido de campaña.

Al caer la tarde, como siempre, aflojó el viento y las casas se emparejaron con las sombras, se habitaron con los ruidos de la noche. El Príncipe ordenó esta vez encender todas las lámparas y disponerlas en el interior de la casa, de manera que con

la gente del circo moviéndose de un lado a otro aquello parecía un pueblo cualquiera, un día de éstos, la quieta vida y los buenos vecinos y la noche que llega.

Armaron el pabellón en mitad de la calle.

A la hora consabida, Oreste volvió a soplar la cometa y Piroxena disparó sus mejores ruegos, incluso el «fulminato», que demolió otra pared. Después empezó la función, una de ser, conducida por el propio Príncipe que, tras los fogonazos de práctica, se introdujo en el picadero sobre la plataforma rodante, reclamó silencio al silencio, y dice:

—¡Damas y caballeros!

Corneta.

—¡Distinguido público!

Corneta.

Recorre la platea con la mirada en la cual alumbra una llamita, muy al fondo. La luz de la linterna le da de lleno en el rostro, intensamente blanco, con algún resto de arena, la piel floja, cuarteada, y una expresión de cansancio o acaso de dulzura que recién descubre esa luz tan fuerte.

—En nombre del famoso Circo del Arca, cuya celebridad iguala a los más notables del mundo, tengo el sumo agrado de presentar a ustedes, en esta noche sin par, el programa más selecto, los números más extraordinarios, los artistas más conspicuos del contubernio universal...

La voz se pierde en un murmullo. Luego recomienza en un tono mesurado, sin artificios:

—Damas y caballeros, este espectáculo se dispone en homenaje al pueblo de Madariaga, presente, como nosotros, que consistimos por invención, no en el cuerpo, que es cosa ciega, de pasaje, sino en el espíritu, para el cual no hay tiempo ni cosa que lo sujete.

Su mirada vaga ahora con el aire.

—Supongo que en vuestra condición sobran las palabras, se comprende mejor la sustancia de este circo, alma vagante, errátil desmesura, visible o invisible, como ciertos pájaros, según la mirada...

¡El Circo del Arca, completo asimismo de primera parte con pabellón a la americana!...

Tres golpes de bombo. Corneta.

El Príncipe levanta los brazos y anuncia:

—¡Damas y caballeros, comienza la función!...

Y la función comienza, progresa, remata con un brillo desconocido hasta ahora, que supera viejas las glorias del camino, cada cual ajustado a su arte sin imperfección ni reparo, cumplida maravilla, no ya figura, ni disfraz, ni postizo, con otra persona por debajo, sino al fin, en la consumación del empeño, el protagonista por entero.

Esta vez la función concluyó sin aplausos, por supuesto. La compañía desfiló en pleno, como siempre, y después escucharon en silencio, de pie en el centro del picadero, el tembloroso tañido de la campana.

Después de Madariaga la arena se allanó aún más. Entre las matas duras y quebradizas que se confundían con la arena asomaron unas manchas verdosas, algarrobillos de tronco retorcido cuyas copas, muy esfumadas, se estiraban con la luz, y esos chorros de paja de un verde ceniciento que echaban unos penachos muy altos. Al atardecer los penachos se encendían y flameaban como llamas.

Vieron piedras, lejos. La arena no andaba tan suelta. El viento la removía más espaciado, cuando ventaba con rabia y los penachos se sacudían a lo loco, se divagaba entre espumas, colaban cardos y abrojos y uno se encogía, resumida persona de todo silencio en medio de esa hirviente polvareda. Pero apenas pasaba la turbonada entraban en apariencia a otra tierra con yerbas y arbolitos de piedra finamente tallados que cambiaban de color con el suelo, resbalando el color por encima, un humor apenas. Un poco antes de la noche, los algarrobillos echaban una sombra muy larga, tan bien ajustada que parecía de la misma sustancia, todo árbol pero de través, con lo cual se inclinaba el suelo, se fantaseaba. Y era entonces que brotaba ese sonido de la tierra.

No sólo cambiaba el paisaje. Cambiaban ellos. Cambió todo.

En Madariaga nadie les señaló el rumbo, como se comprende, pero el Bembé hizo punta y lo siguieron sin hacer preguntas. De trecho en trecho, junto a las pisadas del caballito brotaba una raya que se prolongaba unos metros y reaparecía donde la arena era más floja. Oreste, al menos, la vio y la última vez que levantó la vista de esa raya descubrió, en la dirección hacia la cual apuntaba, una torre, unas casitas blancas y, en la altura de una loma, un montoncito de gente.

En ese momento empezó a sonar una música medio pachanguera y a Oreste se le arrebató el corazón. Algo movido, bien figurado, especie de danzón, sobresaliendo de la trama, a medida que se acercaban, ya el violín, áspero, chirriante, ya la flauta, luego el acordeón, una guitarra retraída que rellenaba los huecos, un redoblante que trajinaba por debajo, y muy de alma, entretejida, a ratos tan sólo sospechaba, con vuelitos largos que apenas despuntaban del concierto, un arpa. Oreste se paró en el techo, de un salto, y metió la cabeza en la música. Sopló el «sicu», entrecortado, y por lo general encajaba bien, porque no era una música nueva, sino algo que llevaba adentro y había madurado con el silencio y ahora arrancaba *da capo*, bien trovado.

Se adelantaron los señores Albino Bergante, boticario; Voltaire Liber Alfieri, maestro de escuela, y Lucio Sarpanel, comisionista y vendedor ambulante. El maestro Alfieri recitó unas jaculatorias de bienvenida en nombre del pueblo de Salsacate, sin interrumpir la música, desviando la mirada una o dos veces hacia el Joselito Bembé. El Príncipe agradeció con una reverencia desde lo alto del pescante y sin más se

introdujeron en el pueblo entre el mesurado alboroto de los vecinos.

Salsacate tiene, aparte de la iglesia, consagrada a San Pedro Alejandrino, obispo y mártir, y el consabido cementerio, una botica, una escuela, una Casa de Socorro, el Club Avante, con dos canchas de bochas y un reñidero, una posada y una cantina.

El Príncipe pudo disfrutar de un semicupio calmante en mucho tiempo mientras ingería un frasco de vino tinto. La orquesta atronaba por ahí, a ratos pifiaba el «sicu», gritaba Oreste.

Sin embargo, no hubo más que una función, esa misma noche, sin desmontar a la Bailarina oriental, lo cual redujo el programa, pues al día siguiente partieron con alguna precipitación. Joselito Bembé a la cabeza y detrás de la jardinera un furgón conducido por el señor Lucio Sarpanel, que iba en el mismo rumbo.

La banda vino también, porque eran musicantes que recorrían los pueblos. Tocaron largo rato sentados en el techo del furgón, por más que éste se sacudiera. Tocaban sentados en los bordes, golpeando los talones para acompasarse contra las paredes de madera, lo cual producía un ruido a caja, más abultado. El arpista, con unos anteojos negros que le borraban la cara, acompañaba desde la jardinera reclinando el arpa, de modo que el ángel en la punta del mástil salía para afuera. Oreste tocó y bailó sin tregua, aplaudía, gritaba, y ellos se animaron aún más, reían, chamullaban sin aflojar la música.

Cantaron

*Carambachina
qué linda eres,
cómo se mueve
tu miriñaque.*

Cantaron

*La trova que a todos nos deleitó,
la que el trovador sentía
y cantaba con dulzura,
desmientan al que le diga
que la trova ya murió...*

Hasta que el Joselito Bembé, después de cabalgar la punta de un médano,

promulgó silencio con un ademán por cuanto el león Budinetto, cuya jaula señaló meramente, se desvelaba con tantos sonos.

En Pujío, el siguiente pueblo, que aventajaba a Salsacate porque tenía una calle de luces con lámparas y mantilla que colgaban de unas perchas, ni siquiera hubo función. Solamente Piroxena efectuó una demostración con el «fulminato» y Carpofoforo luchó con Pino Fajardo, muy toruno de ser. Los hombres se empeñaron en aprender las presas y sorpresas que les enseñó Carpofoforo. Todos ellos estaban de movida al día siguiente, sobre esos caballitos pardones tan duros, bien revestidos, por asunto medio intrínseco en comarca algo alejada, hacia el mismo rumbo que llevaba el circo.

Marcharon apenas despuntó el día, con el Bembé y el Fajardo a la cabeza. El circo iba entremedio de las cabalgaduras, pero de lejos figuraba una sola cosa, algo bastante distinto a cuando salieron de Palmares, más que un circo una tropa.

Esta vez no hubo música, casi no se habló. Rodaron el día completo y todo el otro, aun en la noche, cuando las fuertes estrellas del desierto resbalaron sobre sus cabezas, algunas cayeron rayando la oscuridad como un tiro de Piroxena, y luego comenzaron a opacarse, se hundieron por detrás en tanto la fría claridad del alba abría una grieta por el otro lado. Y después el sol enrojció los pastos, los carros, rojos jinetes, rojos caballos, y se internaron nuevamente, para el tercer día, en aquella espesa claridad que encendía las figuras, las vaciaba, envueltos en el agrio sudor de las cabalgaduras, el redoble interminable de los cascos, el zangoloteo de las monturas, el chirrido quejumbroso de las ruedas, algún grito, el sopor de sus cuerpos, mera luz, sonido, puro tránsito, tan pasajeros.

El Joselito Bembé se adelantaba en las lomas a la carrera y permanecía allí arriba enmascarado en su negra figura hasta que pasaba la caravana. Luego se juntaba al paso, seguido siempre en esos vaivenes por el Califa.

En la tarde se levantó un ventarrón y anduvieron a ciegas, enfilándose por los ruidos. El Bembé repasaba sombreado, flotando como un paño.

El viento se encalmó poco antes del anochecer y, a medida que se asentaba el polvo, revino aquel paisaje que mudaba lentamente de colores, animado por pálidos ruegos.

Algo después la chimenea largó un chorro de humo que subió derecho, la voz del Nuño canturreó a través del caño. Las chispas reventaban por encima de la cabeza de Oreste, más encarnadas a medida que el cielo se hacía más profundo.

En esto el Joselito Bembé levantó un brazo, la caravana se detuvo. Sonaban unos disparos por detrás de una loma. Fueron disparos. Oreste pensó que habían sido los reventones de las chispas.

El Bembé picó hasta lo alto de la loma. Desde ahí avistó un grupito de casas, lejos, enrojcidas de un lado por el último sol y una partida de jinetes que galopaban

desalados en una nube de polvo. Cuando estuvieron más cerca, vio las finas patas que removían la arena, los bultos encorvados, los brazos que azotaban el aire con un brillo, toda una revuelta madeja que apuntaba hacia el norte. Encendió un cigarro y bajó despacio, con el Califa en la culata.

—Algún cazador de zorros —dijo por todo comentario.

E hizo señas de que siguieran.

La caravana rodeó la loma. Del otro lado los cegó el sol que caía, vieron arder el horizonte como el borde de un papel. Algo después los algarrobillos y los penachos se ennegrecieron, comenzaron a desvanecerse. Las sombras levantaban del suelo, y con las sombras ese sonido que crecía por debajo de ellos a la par de la noche, como si vibrara toda la tierra.

Cuando la oscuridad se afirmó vieron el resplandor de un pueblo justo delante y no mucho después una fila de luces que temblaban en el aire. El Fajardo pegó un grito, corto, y la caravana se detuvo. El Bembé vino al trote. Habló al Príncipe en la oscuridad, dijo por debajo del rebrillo de sus ojos que le apuntaban fijo:

—Ve adelante con el carro. Aquello es Nacimiento. Hay una posada. Pregunta por Avelino Sosa y le das muy buenos saludos de mi parte, don Felipe Cañarte. Luego despacha para acá al Boca con las palabras que te diga el Avelino... Avelino Sosa, de parte de don Felipe Cañarte. ¿No se te olvida?

—Avelino Sosa.

—Es cejudo, con un costurón en la frente.

—De parte de don Felipe Cañarte.

El carromato recorrió la calle entre la doble hilera de luces, pero las casas estaban a oscuras, y salvo un viejito con un guardapolvo y una gorra de hule, que, trepado a una escalera de mano, iba bombeando los faroles, no vieron a nadie. Incluso el viejo, cuando observó mejor el carro, desapareció en las sombras sin responder al saludo del Príncipe.

La posada, casi al final de la calle, era la única puerta abierta, un recuadro de luz que por momentos boqueaba y otro más pálido, de través, que alumbraba un tramo de la vereda y se derramaba en la calle.

Un hombre cejudo con una cicatriz en la frente levantó la cabeza del mostrador cuando el Príncipe entró sacudiendo las sandalias. No había otro. De manera que levantó un brazo y dijo bien resonante:

—¡Traigo muy buenos saludos del Joselito Cañarte para don Avelino Argimón!

La cicatriz se encarnó en la frente del hombre, que, sin apartar los ojos del forastero, extrajo una escopeta de abajo del mostrador y le apuntó al bulto.

—No sé de qué hablas —dijo.

El Príncipe abrió la boca, consternado. ¡Nunca se le habría ocurrido que podía

terminar de esa simple manera, en Nacimiento, a manos del buen señor Avelino Sosa!

—Piensa bien lo que vas a decir —advirtió éste, tirando para atrás los gatillos.

—¡Que traigo unos putos saludos de don Felipe Cañarte para Avelino Sosa!

El hombre bajó la escopeta y llenó dos vasos de vino. Señaló uno al Príncipe, que bebió en silencio, haciendo grandes esfuerzos para no hablar y aun gritar, como sentía esos locos deseos, no fuese que metiera la pata y por ahí soltaba una frase con doble sentido y el señor Avelino Sosa le rajaba un tiro.

Sosa terminó el vaso, arqueó las cejas, que se erizaron como plumas, y dijo:

—Ahora para bien la oreja. De Avelino Sosa, suscripto, a don Felipe Cañarte: que hay una carta de la Rosita...

—Una carta de la Rosita...

—...y un paquetito de dulces para don Hilario Morejón.

—Y un paquetito de dulces para don Hilario Morejón.

—¿Está claro?

—Carta de la Rosita, paquetito de dulces para Morejón.

—Hilario.

El Príncipe salió en el acto para transmitir el mensaje a Boc Tor, que aguardaba impaciente sobre el caballo Asir, pero fue entonces que advirtió en la pared, junto a la puerta, un cartel con un rostro cargado de tinta que lo miraba fijamente y un letrero debajo, al que no prestó atención, trató, porque en su cabeza bailaban las palabras «carta Rosita, paquetito de dulces, Hilario Morejón», y temía mezclarlas, sobre todo si no apartaba la mirada de aquellos ojos que lo seguían. Reapareció en la vereda algo mareado.

—Óyeme bien —dijo a Boc Tor—; ve y dile a...

Buscó el nombre entre las palabras, tratando de no confundirse.

—Ve y dile al Bembé..., eso es, dile al Bembé exactamente esto, palabra por palabra: que hay una carta de la Rosita y un hilario de morejones para... ¡Me cago! ¿Para quién mierda era?...

Cuando estaba por volverse con el objeto de averiguarlo, Boc Tor se inclinó sobre él, sin salir de las sombras, y dijo con el aliento cargado de tabaco:

—Un paquetito de dulces para don Hilario Morejón.

—¡Justo!... ¿Cómo lo sabes?

—No puede ser otra cosa si primero viene una carta de la Rosita.

—De eso estoy seguro...

El Príncipe achicó los ojos y trató de ver el rostro de Boc Tor. Vio tan sólo un negro jinete que posiblemente lo observaba, como presintió, con una leve sonrisa. Había viajado casi todo aquel tiempo al lado de ese hombre y recién ahora se preguntaba, acaso demasiado tarde, quién era realmente.

Apoyó una mano en la pierna de Boc Tor y lo palmeó.

—Eres un ecuestre de primera —dijo—. En mi opinión, el mejor que he visto.

—Gracias, señor.

—Una carta de la Rosita y un paquetito de dulces para don Hilario Morejón. No lo olvides.

Asir giró sobre sus patas traseras, dio una vuelta en medio de la calle como si trotara por el picadero, pegó un relincho de gran parada y se precipitó en la noche.

Después que se marchó Boc Tor y por consejo del señor Avelino Sosa metieron el carromato en el patio de la posada. Extrajeron a Budinetto de la jaula y lo acomodaron en el carromato, en el compartimento del medio, mientras Sosa escamoteaba la jaula debajo de un cobertizo. Luego se ocuparía de desmontarle las ruedas y rellenarla con algún animal silvestre, *de communi*.

Sonia, que oía esos tráfgos desde la cama, preguntó detrás de la cortina en qué andaban. «De ajustes», respondió el Príncipe. El señor Avelino Sosa metió la cabeza en el compartimento atraído por aquella vocecita y la sacó al rato muy impresionado. Tenía las cejas paradas y el costurón enrojecido.

No terminaron ahí. Avelino trajo un farol y Oreste cubrió los tableros con una mano de pintura. Los otros tres hombres miraban en silencio. Vieron cómo poco a poco desaparecían las letras debajo del pincel y después siguieron mirando los tableros, completamente negros. Oreste recordó, con el pincel en la mano, que un circo empieza por el nombre. Por lo tanto termina con él. Acababan de sepultar, y efectivamente a la luz del farol parecían las cubiertas de unas tumbas, al Gran Circo del Arca.

Entraron a la posada y bebieron una jarra de vino. El señor Avelino Sosa preguntó si la señora no querría acompañarlos.

—No en este vino —dijo el Príncipe.

Quiso decir que era un vino de tristeza.

Levantaron los vasos y brindaron por esa tristeza, el buen adiós, de callada.

El rostro oscuro de Mascaró los observaba fijamente desde el cartel. Arriba, con grandes letras, decía BANDO. Por debajo tenía escrito algo más que no se alcanzaba a leer. El Príncipe se aproximó sin soltar el vaso, atraído por aquella fuerte mirada. Recién entonces Oreste y el Nuño repararon en el cartel, y cuando reconocieron la cara del ben-bélico, se acercaron ellos también.

Debajo estaba escrito:

René Mascaró (a) El Cazador Americano, Joselito Bembé, Maldeojos, profesor Asir, Seis-en-Uno, Carpofofo, el Califa, Bailarín oriental, Viuda negra, Chumbo Cárdenas, Lucho Almaraz, Oreste von Beck, Pepe Nola, Fragetto, dómine Tesero, Príncipe Patagónico, etcétera. —Antisocial de suma peligrosidad promovido por graves y combinados delitos de insurgencia en contumacia. Cualquier información sobre su paradero debe ser comunicada a las Fuerzas de Seguridad. Se reprimirá con

escoplo todo ocultamiento, deformación, omisión y conexos. Se reprimirá con pifucio de primera los defactos en complicidad directa, resistencia ostensible y apología del susodicho en cualquiera de sus encarnaciones. Se reprimirá con pifucio de segunda toda expresión de las llamadas de arte o cualquier ocupación o ejercicio excéntrico, por los implícitos y concomitantes. El juzgamiento de los delitos previstos, y de los semiprevistos o imprevistos que encajen por extensión o concurran al *fiat lux* de los previstos, se ajustará al procedimiento verbal y sumario con testimonio *pro fide* y ejecución a mano. Exhíbase.

El Príncipe levantó el vaso delante del rostro de Mascaró, que enrojeció brevemente, y bebió a la salud de tanto rufián.

—¿Qué es escoplo?

—Cualquier cosa —respondió desde el fondo Avelino Sosa—. Primero se aplica y después se decide si es escoplo o pufucio.

—¿No hay escoplo de primera y segunda?

—No. En éstos son precisos.

—La información es deficiente, no sé si por suerte.

—Mejor. Aumentan los sospechosos. Para ellos así todo es más claro. La cuestión se divide entre rurales y sospechosos. Eres una cosa u otra.

—Quiere decir que en cierta forma hemos estado conspirando todo este tiempo —dijo Oreste, más bien divertido.

—En cierta forma no. En todas. El arte es una entera conspiración —dijo el Príncipe—. ¿Acaso no lo sabes? Es su más fuerte atractivo, su más alta misión. Rumbea adelante, madrugón del sujeto humano.

Brindaron y bebieron por toda esa vaina.

—No entiendo mucho de eso, aunque de mozo gané un concurso de bailote. Con todo, da la casualidad que después de pasar ustedes por cualquier pueblo de mierda la gente empezaba a cambiar. Si vuelven para atrás encontrarán todo distinto. En algunos casos no encontrarán nada.

—¿Qué quieres decir?

—Tapado, por ejemplo. El capitán Alvarenga lo limpió de raíz.

—¿Tapado?... ¡Tapado!

—El maestro Cernuda —evocó Oreste, y en su cabeza se encendió una ventana enrejada con la persiana entreabierta y una quieta figura detrás de los vidrios.

—Cernuda, ese mismo.

—¿Qué pasó?

—Después que ustedes se marcharon, a la gente le dio por ciertas grandezas. Del almacén mudaron a la escuela. Allí tramaban con el maestro toda clase de locos proyectos. Hasta armaron un tablado, con cortinas y luces y simulacros de papel.

—¡Carajo!

—Trovaban, valseaban, competían, todas esas cosas de lucimiento que empompan a la persona. Empezaron a leer y aun a escribir, para aventajarse.

—Malo.

—Cernuda ideó unos cuadros vivos de impresionante apariencia.

—Ya me imagino.

—Unas figuras blanqueaban que fingían monumentos.

—Uno a la Libertad, otro al Progreso, ¿no es así?

—Tal cual. Uno de mucho aparato que se titulaba «Dale alto».

—*Duc in altum*.

—Eso... Total, que empezaron en verso y terminaron a tiros.

—Hasta ahí iba bien.

—Vino Alvarenga echando putas y de los discursos el maestro pasó a la comandancia. Disparaba proclamas y balazos a diestra y siniestra.

—Es otra clase de magisterio.

—Alvarenga quemó el pueblo. Lo sepultó del todo. Una sombra oscureció los rostros de los tres hombres.

—¿Y?...

—Cernuda se fue al desierto, de guerrita.

Avelino Sosa sirvió más vino y se brindó por la guerrita del maestro Cernuda. Después callaron, y fue que sintieron todo el peso de la noche que cubría la tierra. En esa misma noche Boc Tor galopa sobre el caballo Asir, Mascaró vigila desde lo alto de una loma, el maestro Cernuda anda en vela con un puñado de papeles en una mano y un fusil en la otra a la cabeza de una bandita de locos, entre ellos Garbarino.

¿Qué habría sido de aquella aparición detrás de la ventana? Oreste no quiso preguntar. Para él, la señorita Ana Rosa seguiría ahí todo el tiempo.

Partieron al otro día, después que cayó el sol. El Príncipe esperó a Boc Tor hasta entonces.

—Vámonos de una vez, si quieres —dijo Oreste—. No tienes por qué aparentar. Él no volverá. Ninguno de ellos.

Antes de salir cambiaron de ropas. Fue una triste ceremonia. El Nuño se quitó la piel de cabra imitación leopardo y se encajó el traje de civil. Le quedaba más flojo. Oreste volvió a vestir su única camisa, los pantalones de brin estrechos y descoloridos, el capote marinero. Sigue con los mismos botines rotos, crujientes, que lo transportan a todas partes. El Príncipe no tiene más que lo puesto: un calzoncillo, la túnica, la capa y aquellas duras sandalias. Hace demasiado tiempo que no viste otra cosa. En el carromato hay unos disfraces, pero no son ropas de ser.

El señor Avelino Sosa le trae un pantalón y una camisa. El Príncipe no se resigna. Por fin, tras una palmadita de Avelino, se despoja lentamente de sus vestiduras,

sostiene avergonzado aquellas otras de este mundo y bajando los ojos se mete dentro de ellas. A medida que lo hace, siente que un poco va dejando de ser Príncipe. Lo que más le cuesta es desprenderse de la capa. Podría usarla a falta de saco. Avelino Sosa se la quita de las manos y la dobla respetuosamente.

Los tres hombres se miran de reojo. Con aquellas ropas apenas se reconocen.

—Siempre hacia el oeste, es decir, por donde se acaba de meter el sol, que es la dirección que ustedes traen, encontrarán Ramada, Paso de Laja, Olta, Corralito, si todavía existe, y después San Bernardo. Ahí empiezan los cables. Si los siguen, tropezarán en un par de días con la ciudad de Maldonado.

Era la primera vez en mucho tiempo que el camino apuntaba a una ciudad.

Después de Paso de Laja, donde se detuvieron apenas para abreviar los caballos, vieron una nube que remontaba el horizonte. Venía hacia ellos. Una nube muy precisa, llena de hinchazones, que se desplazaba por el cielo como un vaporcito. La sombra que arrastraba por el suelo parecía correr más de prisa. Montaba los arbustos y las lomas con la misma facilidad, borrándolos de golpe, y cuando corría sobre la tierra llana se rizaba igual que la superficie del mar. Los alcanzó y los cubrió un instante, pero aun así ellos sintieron sobre la piel reseca un soplo húmedo. La nube los traspasó, fueron nube apenas unos segundos. En ese momento aquella desolada tierra compareció más grande, más deshabitada. Pero, en definitiva, la nube les hizo bien.

Luego surgieron otras. Con eso el paisaje varió. Trepaban el horizonte y pasaban majestuosamente sobre la tierra, casi sin cambiar de forma, perseguidas a la carrera y por sus sombras. Cada vez que los cubría alguna alzaban la cabeza y respiraban hondo.

Salían de uno de esos sombreados cuando divisaron un árbol. Un verdadero árbol con un tronco grueso, alto, bien afirmado en la tierra y una copa en forma de nube precisamente, tanto que la tomaron por una de ellas al verlo de lejos... Al comienzo era una figura negra, pero más cerca le brotaron unos reflejos verdes que la recorrían como un fuego. Algo después oyeron el sonido que salía del árbol junto con esos reflejos y los tres hombres recordaron el mar. El mismo ruido a arena y guijarros y trocitos de caracoles que rodaban sin descanso. El Nuño detuvo el carro delante del árbol, un roble o una encina, y el ruido penetró en sus cuerpos, que se cubrieron de hojas. Bajaron los tres y caminaron alrededor del árbol, debajo de aquella copa espesa que se sacudía igual que un pájaro, pensó el Príncipe. Cada uno colocó su mano derecha sobre el tronco, y entonces sintieron a través de ella esa oscura corriente de la vida que subía desde la tierra.

Sonia apartó la cortina y observó el árbol. El Nuño se puso a saltar hasta que alcanzó una rama, la doblegó y cortó un gajo cubierto de hojas. Volvió al carromato y

alargó el gajo a la señora, que lo retuvo en una de sus carnosas manitas de terciopelo. Las hojas se agitaron como si reconocieran la tibieza emplumada de aquella mano. Y ella, al igual que los hombres, sintió también esa vida que latía ahora entre sus dedos.

Olta quiere decir pozo, y lo era, en efecto. Tan es así, que por poco caen dentro de él. Un par de leguas antes advirtieron el pasto raído, que después de unos metros se transformó en una huella. Ésta, a su vez, se ensanchó, a medida que se hundía, convirtiéndose en un camino. Para entonces vieron aparecer, a la izquierda, unos yuyos más oscuros, una mancha verdusca bastante dilatada pero muy precisa, al fondo de la cual se levantaban unas piedras que, lejos, se disolvían en unos cerros azules. Acaso los previno el olor a bosque, a tierra húmeda y, más cerca, unas voces que brotaban del suelo. Ahora estaban viendo algunos chorlitos de humo que se alzaban entre esos pastos. Hubiese sido el momento de preguntar qué carajo era aquello y aun de persignarse o por lo menos detener la marcha. Ninguno de los tres movió un dedo, y el carro siguió rodando por aquel camino que empezaba a hundirse en forma demasiado ostensible. ¿O acaso era que los yuyos estaban creciendo? En esto escucharon unas voces casi debajo del carro. Y fue Oreste que se inclinó y miró con atención, porque además se oía un sonido claro, lleno, y por detrás otro más débil, agudo, que conformaban una música cargada de viento. Viento que la velaba y la sostenía al mismo tiempo, porque el alma era soplo, exhalación. Fue así que descubrió un techo a ras del suelo. En el momento que se hundían por completo aparecieron otros, los cuales se elevaron con las paredes y los árboles, y las voces hasta conformar un pueblo, Olta, cuando sus ojos se acostumbraron a esa penumbra verde atravesada por unos chorros de luz que se abrían y se plegaban como abanicos de seda.

Sonia asomó la cabeza por la ventanita al lado de uno de los ángeles, que persistían más bien en la memoria, porque para otros ojos eran apenas una mancha.

El camino embocó en una calle recubierta de pinocha que amortiguaba las pisadas de los caballos, el ruido viborita de las llantas. Los hombres sintieron sobre la piel la misma sensación húmeda que cuando los cubrió la nube. De algún modo penetraban ahora en la nube y el árbol. La gente, que se blanqueaba o se oscurecía según se moviese la luz que atravesaba las copas, salía a las puertas de las casitas de adobe. Algunos comenzaron a seguir el carro. Era gente distinta, un tanto misteriosa, como los árboles, aunque les sonreía y los saludaba. Ellos, en cambio, parecían criaturas de tierra. Las casas estaban pintadas a la cal, blancas, todas iguales en tamaño y materia. El zócalo se combaba y se fundía con la tierra, dando la impresión de que la casa entera fuese hechura y abultamiento de ésta. Lucían latas cargadas de flores a los lados de las puertas y debajo de las ventanas. Las flores eran ojos de colores que los miraban pasar, tan revestidos de camino.

Una cabeza enmarañada asomó por una de las puertas y gritó: ¡Un circo! El Príncipe se revolvió inquieto en el pescante. Dijo huevón, por lo bajo, cosa que no lo oyese Budinetto. Debían evitar las palabras huevón y cornudo, porque apenas las oía el muy testarudo empezaba a aullar o saltar.

Atravesaron un puente tendido sobre una acequia, vieron el carromato, ellos mismos se vieron repasar el agua entre lustrosas veladuras con los perfiles lamidos, temblorosos. El Príncipe se señaló a sí mismo desde el agua y Oreste saludó el rostro de Sonia asomado a un recuadro que se arrugó igual que una tela. Todo el pueblo estaba atravesado por aquellas acequias que rumoreaban entre los árboles.

La calle rodea la plaza de Olta y vuelve sobre sí misma. La plaza, razón de copete, muy de fantasía, la verdad, semeja un tiesto enorme con canteritos retorcidos, dos veredas de pedregullo que se cruzan en el centro, un obelisco de mampostería, unos bancos de varillas con las patas de función en forma de garra. El almacén de ramos generales, la iglesia, la botica, la escuela y algunas casas de ladrillo rodean la plaza, que si bien es un espacio abierto, queda sumergida en esa luz verdosa que atraviesa los árboles.

—¿No es una verdadera miseria tener que llegar así? —preguntó el Príncipe con amargura.

Oreste no respondió, para no joderlo aún más, pero estaba completamente de acuerdo. Otra cosa habría sido entrar con todos los muchachos, sonando y golpeando en nombre del Circo del Arca, y no aquella triste manera, en pueblo semejante, tan bien dispuesto, sin ostentar siquiera las respectivas capas.

Oreste apoyó una mano en el hombro del Príncipe.

El carro se detuvo frente al almacén, debajo del letrero, que lo tenía y de través, y la gente que lo acompañaba lo rodeó con otras que ya llegaban de apuro para ver en sus cercanías a los señores foráneos, sobre todo ese altivo que bajaba ahora, se movía pomposo, y aquel tamaño rostro de señora casi pintado que miraba los árboles con asombro.

El Príncipe echó pie a tierra disimulando a duras penas que era un Príncipe. Lo primero que hizo, apenas entró al almacén, fue repasar las paredes por si allí estaba aquel prospecto de maldades con la cara impresa de Mascaró. No estaba. ¿Era para mejor?

Mientras echaban unos vinos, el señor Pío Metodio Eliano, almacenero y «naturalista», preguntó qué misión llevaban los señores.

—Transportes.

—¿De qué idiosincrasia?

—Cosas de suma procedencia.

En tal caso, si persistían en ese rumbo, ellos podían alcanzar al señor Adviento Paleo, manosanta de San Bernardo, de comprobada estrategia en el «toque real», un

frasco de miel de timón, una caja con piedra amarilla, un saco de yerba carnífera, los que remitía por encargo, y un chivito que añadía como presente de su muy firme amistad.

El Príncipe manifestó que le complacía en alto grado la oportunidad de conocer en persona al maestro señor don Adviento Paleo, de cuya fama benemérita tenía plena noticia, rehusando desde ya cualquier retribución por el servicio. Inquirió de paso el objeto de la piedra amarilla. El señor Eliano explicó que el maestro Adviento Paleo la utilizaba molida en polvo fino para curación de las úlceras.

—¿Y dónde se da la tal piedra?

—Ése es el problema. No es fácil de encontrar. La arrastra el agua de las acequias, que vierte desde los cerros de Almártega.

El Príncipe supuso que se refería a aquellos cerros azulados que entrevieron antes de hundirse en Olta. Mientras Pío Metodio rellenaba los vasos con vino de espesos reflejos, animados por esa misma luz misteriosa que alumbraba a aquel pueblo, incluidas las personas, preguntó si ambos señores metafísicos no tenían noticias de la tintura de ajo.

—Por lo que yo sé, no se ingiere.

—Craso error. Se toman de quince a veinte gotas mezcladas con agua, dos o tres veces al día.

El señor Eliano, que se exaltaba con aquellas comunicaciones, agradeció al Príncipe tan valiosa información. Para las úlceras, en particular, él aconsejaba más que la piedra amarilla el *Malagma Compositum*, a base de excremento blanco de perro, cernido y entremezclado con malva.

El Príncipe, que iba por la tercera copa, se interesó vivamente en el *Malagma Depositum*, rogando al señor Eliano lo proveyera de una muestra con la receta expresa. El señor Eliano, desbordante de entusiasmo, trepó a una silla y retiró de un estante un botellón verdoso lleno de sobrecitos que presumiblemente contenían la mezcla.

Al Príncipe le dio un soponcio, derramando parte del vino. Detrás del botellón, escondido en el estante, estaba el rostro ensombrecido de Mascaró. Aunque algo arrugado, clavaba en él aquellos terribles ojos que saltaban del cartelón.

El señor Eliano, entre tanto, seguía hablando del *Malagma* muy expedito, sin advertir, en apariencia, que el Príncipe había mudado de color.

El Nuño, que saliera un rato antes para averiguar si la señora Sonia requería alguna escudería, regresaba en ese momento. La figura de Mascaró no pareció alterarlo. Por el contrario, la saludó distraídamente, creyendo que se trataba del Joselito Bembé en persona, sin prestar atención a lo impropio del lugar. En cuanto a Oreste, estaba ido, siguiendo los aires de una música apartada. Miraba para arriba, tal como si tratara de atrapar un pájaro que revolotease alrededor de su loca cabeza.

El señor Eliano propuso, dada la suma de coincidencias y un tan feliz encuentro, disponer una mesa bajo los árboles para continuar la charla conjugando algunos bocados y unas garrafas de ese tinto de espuma roja que encendía la sangre. Mientras las mujeres manejaban el proyecto con murmullosos revuelos de faldas, los hombres reposaron a la sombra de un pino copudo. El señor Eliano y los señores forasteros y otros del pueblo que se allegaron convocados, el maestro Felipe Cazes, o los reputados señores Garriga, boticario, y Pomarroza, funebrero y sacristán, respectivamente, además de campeón de tute. Entretenidos con la ilustrada conversación que promoviera el Príncipe acerca de las sustancias magistrales y su uso pertinente, bebían sin concupiscencia sumergidos por entero en aquella luz empolvada que parecía traspasar sus cuerpos.

La mesa fue surtida con variados antojos: fiambre blanco, berenjenas rellenas con salsa de menta, panceta ahumada, apio en ramitas, escabeche de vizcacha, morcilla encebollada, longaniza cantinera, chorizos en grasa, bondiola, tomate, culantro, queso de bola, sopa quibebe con chichocas de zapallo, mbaipi de choclos, charquecillo, chaya de avestruz, bollos caseros con chicharrones, jarabe de membrillo, chicha de piña y aquel vino para compartir con sosiego. Cuando todo estuvo bien dispuesto los hombres arrimaron las banquetas.

El Nuño compuso una fuente con un poco de cada cosa y llenó una jarrita para alcanzar a Sonia. Sin embargo, volvió al rato con la fuente y la jarrita tal como las llevó. La señora deseaba participar de la mesa.

Oreste hizo un gesto de incertidumbre, pero el Príncipe requirió el concurso de los señores y se trasladaron todos hasta el carromato.

La señora los aguardaba en el balconcito cubierta de tules y una diadema de cartón revestida con limaduras de plata. Los hombres se detuvieron, antes de ejercer, para admirar aquella deslumbrante imponencia. En su vida habían visto algo semejante. ¿Era aquélla una de esas cosas de suma procedencia que transportaban los vagantes señores? El mismo Príncipe, que desde hacía un tiempo, como consta, no reparaba en las adyacencias, sino que andaba con la cabeza *ut supra*, tuvo parecida sorpresa, pues la Bailarina oriental había aumentado otro poco de tamaño y debajo de esa luz resultaba casi inmaterial, opulenta forma de la siempre vida, tremenda encarnación del amor, imbatida, muy dulce dueña de todos los hombres.

Colocaron el tablón y sujetándose de las manos de Oreste y el Nuño la señora se deslizó hasta tierra, descubriendo brevemente sus carnosos piecesitos, sus repolludas gambas de rosado marfil.

El señor Eliano ordenó instalar un banco, recubrirlo de almohadones y acarrearon a la Abadesa oriental en comitiva.

El convite transcurrió en amable *gaudeamus* y, hacia el final, el Príncipe, que a pesar de ser hombre de concretas, profesaba una oculta pasión por el arte, recitó, muy

atinente, «Nostalgia», de Santos Chocano, apelando previamente a la benevolencia de los señores, pues aquellos versos, dictados por el corazón en los largos silencios del camino, no aspiraban a ser otra cosa que una sencilla constancia de sus sentimientos. En lugar de terminar de acuerdo a la partitura interpuso los dos hexasílabos iniciales, es decir, repitió íntegra la estrofa del comienzo para subrayar el carácter documental del asunto:

*Hace ya diez años
que recorro el mundo.
¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!*

Los aplausos casi pierden al Príncipe, pues en nombre del Circo del Arca..., mejor dicho, de los Transportes del Arca, agradeció al respetable público su resuelta adhesión a tales sentimientos, sencilla prueba de que el arte se sobreponía a los torcidos decretos de cualquier omnipotencia. A punto de arremeter con su fúnebre «Nocturno», de José Asunción Silva, lo contuvo un puntapié de Oreste. Se excusó de más versos aduciendo que no era poeta de diploma, sino un modesto aficionado, un humilde tirador de corta inspiración. Oreste y el Príncipe se miraron con sobresalto. ¿Cómo se le había antojado la palabra tirador?

Ya en ese rumbo, el Nuño terminó por despacharse una de sus armonías. Mirando casi exclusivamente a la dueña señora, cantó una vez más, acaso la última, *Tuyo es mi corazón*, reclinando los ojos en un final menudito que se perdió entre los árboles como un lamento. A Oreste, inducido también por el recuerdo de otros tiempos, le pareció excesivo reproducir al señor Tesero, por más que el escenario se prestaba, por lo que prefirió soplar un sencillo aire para caña titulado *Chamarrita de alma grave*.

Acallados los aplausos, sobrevino un silencio, en el cual se alzaron las copas y se bebió demorando el vino en los labios. Una llama verde vagaba entre los árboles tanteando delicadamente el suelo cubierto de pinocha.

Fue en medio de ese silencio que una voz muy dulce, apenas una hebra de vidrio al comienzo, revoloteó como una avecita extraviada, creció y creció sin estridencia encantando todo el espacio. La señora Sonia canturreaba, después de mucho tiempo, esa historia de la paloma bienquerida.

*dime qué dice el amado,
allá en la otra orilla...*

Sus ojos, mientras ejercía el canto, se deslizaban sobre las casas encaladas, los tiestos de flores, los puentes de madera, los árboles.

dime qué dice, paloma.

Cuando terminó, si bien el canto quedó en el aire, no hubo aplausos. El señor Eliano, que comandaba con gracia, se levantó en silencio y le besó una mano. El maestro Cazes, los señores Garriga y Pomarrosa hicieron otro tanto. Los demás inclinaron la cabeza, alzaron los vasos y bebieron en homenaje a tanta señora.

El Príncipe, sin decir palabra, hizo punta y con los otros sobrevivientes del Circo del Arca y gran acompañamiento de vecinos armó el pabellón a la americana en un claro. Se encendieron las lámparas, se dispuso un lecho de pieles y almohadones, se revistió el piso con esteras y una alfombra con los cerros de Almártega bordados en distintos tonos de azul, se introdujo un espejo móvil de cuerpo entero, un lavamanos, una mesita de noche, una palmatoria, una frutera, un jarrón con licor de membrillo, la victrola, los discos, los frascos, los potes, la escupidera de loza, los indumentos de la señora. En seguida se entró a la propia señora, la acomodaron sobre los almohadones y los vecinos, con el señor Eliano al frente, se sentaron alrededor de la divina Sonia, Princesa de Olta.

El Príncipe, Oreste, el leal Nuño observan desde la entrada, todavía cubiertos de polvo, a la ex bailarina oriental y su corte de vecinos. Los han olvidado. De todas maneras, cumplido aquel destino, saludan con una breve reverencia. Sueltan la lona y se alejan.

A esa hora, desde el camino, las luces de Olta que se filtran a través de las copas de los pinos proyectan una verdosa claridad que se derrama por el desierto como un fuego fatuo. Una vocecita que ellos bien reconocen divaga en medio de esas luces. Canta un tierno extravío.

El Príncipe codea al Nuño, que sacude las riendas. Las ruedas vuelven a girar.

Entraron a San Bernardo en el peso del día. Un pueblo ruidoso con una avenida al medio dividida por canteros cubiertos de yuyos que tenían unos macetones chorreados de verdín. Las casas, dispuestas a cordel por ambos lados, eran en su mayoría de ladrillos, algunas revocadas y hasta de dos pisos, con molduras, arcos y

remates. Pasaron frente al almacén El Mercurio, en una de las veredas, y la tienda Fantasía de París en la otra, el Asil Club de San Bernardo, con un cartel a cada lado de la puerta, que reproducía el mismo anuncio:

El Domingo 30 del corriente se darán riñas desde las 10 de la mañana hasta la oración. Habrá una riña de dos gallos de opinión que pesarán 4 libras 2 onzas cada uno y juegan 2 mil pesos fuertes.

La mueblería El Tiempo, el Gran Hotel Victoria, con dos columnas de fuste salomónico que sostenía un frontón calado con una marquesina de hierro forjado, la fonda Los Jacintos, la sastrería El Chic, la ferretería Germania...

Algunos letreros colgaban de la cornisa, cubiertos de polvo. A lo largo de la calle se extendían los cables que mencionó el señor Avelino Sosa y que en unos cuantos días, si no los perdían de vista, los llevarían hasta Maldonado. No tenían más que seguir esos tristes hilos del destino.

Preguntaron a un fulano dónde quedaba la casa del maestro Adviento Paleo. El hombre, cubierto con un poncho, el cabello grasiento que le caía hasta los hombros, levantó hacia ellos unos ojos grises, legañosos, los miró sin expresión y señaló un caserón de ladrillos a la vista con altas ventanas enrejadas y un zaguán oscuro que sobresalía en una lateral.

Atravesaron un pasillo descascarado que olía a polvo y salieron a un patio de tierra con un par de limoneros, un aljibe, unos canteros de lajas con algunas calas y malvones, una jaula de pie con un pajarraco medio desplumado que revoleaba los ojos y recorría un travesaño de una punta a otra, como si tiraran de él con una piola.

El maestro Adviento Paleo estaba agachado junto a un gallo sujeto a una estaca, al rayo del sol, cuyo pico, fuerte, grueso y algo corto, fregaba con una tajada de limón. Después lo frotó con grasa de potro. El gallo era un «Asil Madras», a toda vista, no sólo por el pico, sino por la cabeza, corta, ancha entre los ojos, cresta triple muy rebajada y dura, y por el rabo macizo, las alas planas y las piernas gruesas, bien separadas.

—Hay que solearlos para que no se ahoguen en la pelea —dijo el maestro, siempre agachado, haciendo visera con la mano—. Se maduran.

Terminó de repasar el pico, tapó el tarro de grasa y recién se puso de pie. Estaba cubierto con un poncho, el cabello grasiento le caía sobre los hombros, sus ojos grises, legañosos, miraban sin expresión.

—¿Qué tal el compadre Pío Metodio?

Ellos no habían abierto la boca hasta ahora.

Les hizo una seña y pasaron a una habitación que olía como el pasillo. Tardaron un rato en ver dónde estaban realmente, deslumbrados por el sol. A otra seña tomaron

asiento frente a una mesa cubierta de frascos y tarros, con un gallo «Calcuta» embalsamado, que el maestro colocó en el suelo, pues se interponía entre él y los señores. Ellos estaban de un lado y el maestro del otro, *ex cathedra*. Una vitrina oscura, detrás del maestro, contenía varios botellones de colores con unas leyendas en letras doradas que, según se moviera uno, despedían un brillo empañado, tardón. Oropimente, azufre, bórax, tártaro, vitriolo verde, aceite de rábano, alumbre cobathia, titanos...

El Príncipe achicó los ojos. Sí, no cabía duda, decía «titanos».

El maestro Paleo trajo un jarro de vino, sacó unas copas de la vitrina, ocasión en que la palabra «titanos» brilló como un fogonazo, y les sirvió sin decir palabra. Era hombre sumido, de pensamientos. Cuando hablaba, lo hacía con lentitud, en voz baja, de manera que había que estirar el cuello y forzar el oído.

El Príncipe, a propósito de pócimas y compuestos, llevó la conversación hacia el «titanos» y de así...

—Sé lo que usted busca —dijo Adviento, cortando el hilo con un ademán—. Conozco la «celesta» para gallos, en especial el Asil, que mejora todas las otras razas de combate, pero no la de pájaros.

—Bueno, tal vez por ahí...

—No, no tienen nada que ver. Fue terminante.

Con todo, y dada la buena disposición de los señores, el maestro accedió a promulgar «la palabra». Llevaba su tiempo, pues para eso, y como empezó a hacerlo con toda parsimonia, debía armar de mano propia y después fumar de *motu proprio* un cigarrito oloroso compuesto con la yerba de cierto cáñamo carismático. Por la mitad del cigarro el maestro se ensimismaba en estado de transparencia, soplando entonces al oído un murmullo largo. Hasta que, de pronto, articulaba una palabra, una sola, la justa precisa, esto es, «la palabra». Luego cada uno la despellejaba y la partía como una fruta y muy adentro encontraba la señal a él solo destinada. A veces tomaba años descifrarla, pero ahí estaba el camino.

El maestro fumó, sopló el murmullo en cada oído, dijo: para el Príncipe, *Besario*; para Oreste, *Tiesto*; para el Nuño, *Alisto*. Cada uno oyó «su palabra» y la rumió para sí, aunque en el primer momento no entendió un carajo, como se comprende.

El maestro terminó el cigarrillo, les dio a besar la mano y se sumió en un largo sopor.

El Príncipe propuso hacer boca en la fonda Los Jacintos. Acomodaron el carromato en la trasera, relajaron a los caballos y se refrescaron por turno bajo una bomba pie de molino. La comida transcurrió en silencio mayormente. Al final de la sobremesa, que hasta ese punto era sobre nada, el Nuño carraspeó, se revolvió en la silla y como los otros lo mirasen con insistencia agachó los ojos y anunció con voz

grave pero tranquila que se separaba de ellos ahí mismo, en San Bernardo. Por lo visto, fue el primero en desnudar «la palabra».

—Ha sido una brava aventura —resumió con una sonrisa, sin levantar los ojos de la mesa—. ¡Vaya si lo fue!... Los recordaré el resto de mi vida. A todos y cada uno...

El Príncipe llenó los vasos y repasaron en silencio el nombre de todos los compañeros del viejo y querido Circo del Arca, uno por uno, incluyendo al Califa, al soberbio caballo Asir y al pobre Budinetto, que persistía sólo en el cuerpo.

—¿A dónde irás ahora? —preguntó el Príncipe, aunque ya conocía la respuesta.

—Volveré al mar. Ésa es mi estrella.

Oreste sintió que se le arrebatava el corazón. En lugar de la calle, los canteros polvorientos, las casas de la otra vereda, el negro hilo del destino, todo lo cual borraba el sol, vio a través de los vidrios una playa interminable, una bandada de gaviotas que remontaba vuelo, el borde espumoso del agua que se plegaba con un tremendo brillo, el cascarón oxidado de un barco incrustado de lapas y algas y bálanos. ¿Cuál era su estrella?

El Nuño cargó las cosas, acarició al Budinetto, que abrió un ojo, y antes de bajar se demoró un instante en el compartimento de proa. El Príncipe y Oreste lo aguardaron al pie del carromato. Luego lo acompañaron a la terminal del Expreso Baliño, un ómnibus destartalado que, partiendo de San Bernardo, cortaba oblicuamente en dirección al Este, hasta Cocolle, dos días de marcha. Después de Cocolle tenía que arreglárselas solo.

—Voy a llegar. No se preocupen. El mar tiene su voz, y yo escucho esa voz dondequiera que esté.

El Nuño abrazó y besó a los dos amigos. Con un pie en el estribo se volvió y dijo:

—¿Recuerdan la primera vez que canté delante de ustedes? Creo que fue *Barcarola triste*. Tuve que darles la espalda, no pude evitarlo.

Ellos rieron, poniendo más entusiasmo del que sentían.

—Ya entonces eras un buen lírico-dramático —dijo el Príncipe.

—Por lo menos siempre traté de ser un buen cocinero —gritó el Nuño.

El coche empezaba a temblar. Hizo sonar la bocina largamente, una bocina carrasposa que se atoraba y pifiaba, hasta que arrancó con un ruido de latas y resueltos fierros.

Lo último que vieron del Nuño fue su rostro algo enflaquecido que sonreía débilmente detrás de un vidrio mugriento.

A la semana, en la confusión del crepúsculo, entraba a Maldonado un carromato que lucía la siguiente leyenda:

TRANSPORTES DEL ARCA

Fletes y acarreos en general

Lo conducía un señor con una levita que le quedaba corta y un sombrero cordobés, acompañado por otro más joven que empuñaba una corneta de mensajería.

Una semana entre San Bernardo y Maldonado es demasiado tiempo para una empresa de transporte, cualquiera sea, pero sucedió que el señor Avelino Sosa no lo había advertido, o bien lo ignoraba, que hacia la mitad la línea de cables empalmaba con otra, que fue la que siguieron por decisión del destino, pues en ese mismo momento sucedían algunas cosas en el ancho mundo y se preparaban otras, por lo que justo aquel camino era el que debían tomar los señores.

Acababan de torcer cuando pasó una partida de rurales con designio de muerte en dirección a Nacimiento, borrando las huellas del carromato con sus cascos. A esa hora, y dentro de esta vasta trama del destino, sobre el cual discurrían precisamente los señores, el Nuño posaba de pie en Cocolle y un poco antes el capitán Dámaso Alvarenga volaba en pedazos estragado por una bomba del «fulminato». Alvarenga venía desde Rivera administrando muy buena destrucción a su paso. El destino, sobre el cual proseguían discurriendo los señores, los aguardaba entre Pujío y Nacimiento en la extravagante figura de un enano que apareció dando saltos y volteretas, en completo *in fraganti*, y sobre el cual Alvarenga emprendió una carga de oficio parvo con tan buena suerte, en apariencia, que por aquel enano, el cual desapareció detrás de una loma con un «salto de truchas», descubrió al fondo de un barranco el motivo de tanta hoguera, esto es, un sencillo «pabellón a la americana» con un infamante letrero que decía GRAN CIRCO DEL CAZADOR AMERICANO. Alvarenga se precipitó en el acto sobre el pabellón, ordenando masacre de fantasía, y rajó la lona de un pechazo, regando tiros a diestra y siniestra. Pero allí no había más que unas engañosas sombras moviéndose frente a una linterna, que ultimó de un pistoletazo. Inconsulta resolución, pues, sin propósito, dio fuego a una mecha que excitó una copiosa carga de bombas roncadoras que espantaron a las cabalgaduras. Entonces, cuando se revolvía poseído de brava locura, asomó por el borde de las lomas una estrafalaria pandilla de renegados, con el rufiancito del enano que seguía saltando entre los rebufos, la cual le sacudió un tiroteo de estrago, reventando a jinetes y caballos, mientras una brigada de sinfonistas reproducía con fuerte canto aquella tonada de letras mamarracho que dice y dice:

*Apreciable señorita, guambán
desde que te conocí, guambán
siento una rebambaramba, guambán*

de amor que no se me quita, guambán...

Alvarenga, que chorreaba sangre y tartamudeaba las más espantosas maldiciones, trató de remontar la loma en dirección a un negro jinete que observaba impasible la prolija matanza, y en mitad de la loma el bombazo del «fulminato» lo remitió con caballo y todo.

Ignorando estos pormenores del destino, pero de alguna manera complicados en ellos, el Príncipe decía a Oreste, mientras creían progresar en dirección a Maldonado:

—Conozco ese truco —se refería a «las palabras» del maestro Adviento—. No quieren decir nada. Simplemente te obligan a pensar en tu destino y al fin terminas por descubrir algo.

—De eso se trata.

—Quiero decir que no hay nada fantástico en el asunto, como pretendes.

—Sin embargo, se comportó como un verdadero magista.

—Oficio. En mi caso dijo Besario como pudo haber dicho huevón.

Sin proponérselo, que es la forma, el Príncipe acababa justamente de provocar con aquella palabra a ese complicado y laborioso destino. Porque fue decir huevón y Budinetto salió bramando del interior del carromato. Oreste y el Príncipe, a quienes tomó completamente desprevenidos, corrieron detrás del puto león, que, en apariencia, corría a su vez detrás de un pobre tipo, el cual hasta ese momento venía caminando en dirección opuesta. El hombre saltó una zanja y desapareció entre unos árboles y ellos dieron alcance a Budinetto, que seguía buscando al capitán von Beck. Pero cuando volvían al carromato el mismo hombre reapareció con otros que empuñaban garrotes y escopetas.

El Príncipe, cuando se vio rodeado a prudente distancia por estos buenos ciudadanos, trató de calmarlos, informándoles que transportaban aquella bestia, que había huido por un descuido involuntario, con destino al Jardín Zoológico de Maldonado. Lo dijo de corrido, apremiado por garrotes y escopetas, y recién después pensó que o bien había un zoológico en Maldonado o bien, y más probablemente, acababa de fundarlo.

Uno de los fulanos se limitó a decir que Maldonado no quedaba en esa dirección. No dijo nada con respecto al zoológico. Más bien dio la impresión de que le parecía natural que aquel león o cualquier otro tuviese ese destino.

Aquella gente vivía en un caserío oculto por los árboles, Chacay. Era buena gente. Dado que faltaba poco para la noche y Maldonado quedaba bastante lejos, sugirieron a los señores que aguardaran el otro día en Chacay. Los señores aprobaron.

Se bebió y se cantó, con acompañamiento de guitarra y verdulera, en la fonda del vasco Arregui, personal muy competente para la jarana. Oreste se prendió con la flauta. Y así la música y el vino procedieron al paso de la noche. Hubo cantitos

tristes, pero los más eran de barullo: polca, mazurca, danzón, milonga, guaracha, bolero, vals. El vasco cantó con gran sentimiento *La china tiene imán*, de Chappottín, en su estilo, *Noche de ronda* y *Mañana me rajo*, un bolerocha con sentido instructivo. Por ahí, en la fuerte madrugada, tocaron aquel vals de tan bella maquinación, que removi6 nostalgias, bien llamado *Desde el alma*, y el Príncipe bail6 sobre el piso de tierra con la señora Amapola, cuyas carnes, morrocotudas, ardían bajo los dedos. Bailaba toda transportable con los negros ojos bien abiertos, y uno veía en ellos puntear las luces, resbalar los brillos en tanto subía desde el piso el frote suave de sus pies descalzos.

Los caballos pastaron y descansaron. Budinetto se despach6 una pierna de carnero y algunos despojos. Y en el amortajado amanecer los dos forasteros volvieron al camino sin haber pegado los ojos. Antes de partir, el señor Arregui, que no acept6 retribución, pregunt6 si los señores no disponían de lugar para algunos bultos con destino a su compadre Artemio Sanromá, propietario de la acreditada fonda La Sacromonte, que desde ya les recomendaba de toda confianza. Cargaron, pues, tres damajuanas de vino de uva chinche, dos hormas de queso, una barrica con huesos y otra con codillo, salados, un saco de yerbabuena y otro de yerba de pollo, cuatro hormas de pan con chicharrones y una lata de grasa de cerdo. Tampoco el Príncipe acept6 retribución pero sí una damajuana de vino, previa insistencia. El señor Arregui les indic6 la manera de llegar hasta la posada, evitando las calles concurridas y otras posibles demoras.

Una vez que los señores se instalaron en el pescante, dijo todavía:

—Avísenle al compadre Artemio que hay una carta de la Rosita...

El Príncipe lo mir6 a los ojos.

—Y un paquetico de dulces para don Hilario Morej6n. ¿No es así?

El vasco asinti6 sin demostrar sorpresa.

Los que quedaban en pie los acompañaron hasta el camino cantando a grito pelado *La Guarapachanga*. Las voces agarraban para cualquier lado. Se abrazaron y se besaron como si hubieran nacido en Chacay y en la reputa vida se hubiesen movido de allí. Algunos besaron a Budinetto y uno se qued6 dormido en el carromato. Lo bajaron de canto. El grupito de parranderos, sosteniéndose entre ellos, se fue achicando junto con las voces en medio del camino hasta perderse detrás de una curva. Todavía escucharon, de a ratos:

La Guarapaaachanga se puede bailaaar

La Guarapaaachanga se puede cantaaar...

Cuando las voces se perdieron del todo, el Príncipe, entre puntada y nudo, comentó que sin propósito habían dado con un oficio tan vagante como el que acababan de abandonar...

Oreste entreabrió los ojos.

...Que disponiendo de carromato y tan buenos amigos, por lo menos Oreste podía dedicarse a esa nueva vida, que, sin forzar las circunstancias ni trastornar el orden de las cosas, lo cual era una clara señal, le ponía por delante el destino...

Oreste lo miró fijamente, se rascó la cabeza y se cruzó de brazos.

...Que acaso, si lo examinaba con atención, precisamente era eso lo que quería decir «la palabra».

—¿En qué quedamos? ¿Crees o no?

—Tú crees, eso es lo que importa.

—¿Por qué no examinas la tuya con la misma atención? Tanto puede ser tu destino.

—Sé lo que debo hacer de Maldonado en adelante, con palabra o sin ella.

Entraron, pues, a Maldonado, dos días más tarde, cuando caía la noche, y siguiendo las instrucciones del vasco Arregui dieron fácilmente con la fonda La Sacromonte, de don Artemio Sanromá, que se llamaba así porque su especialidad era la tortilla al Sacromonte. Fue poco lo que vieron de Maldonado en ese trayecto, pero de cualquier forma sintieron todo el peso de la ciudad, esa agria tristeza, esa miserable soledad que los reducía a un par de extraños, los despojaba torpemente de aquella loca historia en la cual uno había sido el Príncipe Patagón y el otro el Príncipe Oreste, coadjutor de primera, y hubo un Circo del Arca, nada de lo cual ya les pertenecía, porque en el mismo momento que entraban supieron que ese largo, largo camino que habían recorrido juntos a través de toda aquella encendida tierra terminaba allí para siempre.

Sanromá recibió los bultos y el mensaje, rogó a los señores forasteros que resguardaran el carromato en el corralón de la fonda y les proporcionó un cuarto que quedaba al final del depósito y al cual se ingresaba a través de un armario. En tales condiciones resultaba complicado administrarse un baño de asiento, que el Príncipe necesitaba más que nunca, por lo que se limitó a quitarse aquella condenada levita. Era la misma que, en otros tiempos, utilizaba el Nuño para el dúo de amor. Lo obligaba a mantener los brazos despegados del cuerpo y a respirar a medio pulmón. Oreste le ayudó a quitársela, así como le había ayudado a encajársela cuando se enteraron de ciertas noticias, en el camino, y pasó otra partida de rurales echando putas para el lado de San Bernardo.

El señor Artemio subió del sótano dos botellas de 1/4 de un rosado de aguja de color aterciopelado que caldeaba la boca y relajaba el cuerpo y preparó una imponente tortilla al Sacromonte, tramada básicamente con sesos y criadillas de

cordero, dos morrones, ocho huevos batidos más otros dos para el rebozado, pan rallado, batatas, arvejas y medio cuarto litro de aceite. Los señores se persignaron antes de acometer y el Príncipe cambió de lugar porque desde la pared de enfrente lo observaba un rostro impreso en tinta negra que al rato parecía saltar del cartel.

Hablaron poco. De a tanto sus miradas se cruzaban por encima de la mesa, alzaban las copas y sonreían. Cuando terminaron con la tortilla y el rosado el señor Artemio trajo un amontillado de aroma punzante y color de avellana.

—Bien, aquí estamos —dijo entonces el Príncipe, como si con esa frase resumiera toda la historia, que es en lo que cada uno había pensado mientras comían.

Oreste paladeó el amontillado y sostuvo la copa contra la luz. Según la moviese se encendían en su interior algunos puntos de un brillo espeso.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Nada más que eso.

—Tú siempre quieres decir otra cosa.

El Príncipe rió suavemente.

—Oreste... —pronunció con verdadero cariño—. ¿Recuerdas cuando prometí hacer de ti un príncipe?

Oreste conocía aquel estilo. Ahora iba a decir.

—Pues ya lo eres, muchacho.

El Príncipe pasó un brazo por encima de la mesa, lo palmeó en un hombro y mirándolo a los ojos preguntó lo que Oreste también ya sabía:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Seguir mi camino.

—¿Cuál?

—El primero que se ponga por delante.

—Lo de los fletes y acarreos me parece una buena idea, insisto. Puedes quedarte con el carro.

—¿Tú lo harías?

—No... —reconoció el Príncipe—. Sería como pasear mi propio ataúd.

—Ya lo ves.

—¿Qué tal Venezuela? Llévate al Budinetto. Scarpa te recibiría con los brazos abiertos.

—Lo dudo. Además, Budinetto ya hizo su parte.

—Vuelve con Mascaró.

—Habla despacio... ¿Lo dices en serio?

—Claro.

—Creo que hemos hecho todo lo que pretendía de nosotros.

—Siempre queda algo. Depende más bien de ti.

—No creo que un Príncipe le sirva para un carajo.

—Eso déjaselo a él. Tú le dices que traes una carta de la Rosita y un paquetito de dulces para el señor...

—Hilario Morejón.

Rieron, pero el Príncipe había dicho algo que Oreste pensó varias veces entre Nacimiento y Maldonado.

—¿Qué harás tú ahora? —preguntó Oreste.

—Lo sabes.

—Irás tras ese loco.

—Iré... Y un día, dondequiera que estés, pasaré volando sobre tu cabeza.

—Estoy seguro. ¿Bajarás?

—¿Por qué no? Tal vez baje apenas un rato y te enseñe esa nueva «celesta», si es que te interesa.

—Puede ser.

—Haremos un par de vuelos juntos, ¿qué te parece?

—Buena idea.

Oreste se preguntó si después de todo aquel loco no era capaz de hacerlo.

—Quizá no nos volvamos a ver—dijo bajando los ojos.

—Es probable.

—En ese caso, te recordaré a menudo.

—Yo a ti, muchacho. A toda la compañía.

—Por supuesto.

—¿Quién puede olvidar a esos lindos tipos?

—Nadie, la verdad.

El Príncipe achicó los ojos y miró por detrás de Oreste como si todos ellos estuvieran ahí.

—El Nuño, Boc Tor, Carpofofo, Farsetto, Perinola.

—Joselito Bembé, el Calloso, Piroxena.

—También ellos, ¿por qué no?

—Sonia.

—Sonia...

El Príncipe se golpeó el pecho.

—Califa, Asir, Budinetto.

—¡Budinetto!...

—¡El Gran Circo del Arca!

—De primera parte, con pabellón a la americana.

Callaron.

El Príncipe llenó los vasos con el resto del amontillado y levantó el suyo. Oreste hizo otro tanto.

—¡Celesta!

—¡Y compuesta!

Amparados en la oscuridad de la noche y siguiendo cierta sugerencia del destino que tuvieron en un pueblo parrandero, un señor con un sombrero cordobés y una levita con las mangas descosidas y otro con una gorra de piel y un capote marinero acarrear un bulto a lo largo de la verja del Jardín Zoológico de Maldonado. Se detienen y respiran con la lengua afuera cada diez pasos. Cuando vuelven a levantar el bulto, la levita, que acaba de perder una manga, cruje por todas las costuras. La verja remata en unas lanzas, pero por suerte algunas de ellas están partidas. Los señores se detienen por última vez en el rincón más apartado y se sostienen jadeantes de un árbol que los oculta con su sombra e introduce algunas de sus ramas por encima de la verja.

—¿Estás se... seguro que la pa... pasará bien aquí? —pregunta el de la levita.

—¿Dónde mejor? Es una especie de asilo, al menos para él.

—El desgraciado no ayuda nada.

—Vamos de una vez.

—¡Qué remedio!

Izaron el bulto hasta el borde de la verja con grandes zozobras y fuertes quejidos.

—¡Salta tú ahora! —gimió el Príncipe, que no era otro, desde abajo del bulto, que apoyaba contra la verja.

—¿Podrás solo?

—¡Salta, carajo!

Oreste trepó a la verja y se sintió un seco desgarrón, señal de que ya estaba del otro lado.

—¿Estás ahí? —preguntó el Príncipe a pesar de todo, porque encogido debajo del bulto y sofocado por aquel espantoso olor a polvo ni oía ni veía.

—Sí, con una pelota de menos.

—Eso se arregla.

—Ahora empuja.

El Príncipe empujó con el resto de sus fuerzas, que juntó como pudo, y la levita se rajó en la espalda.

—¿Alcanzas? —gritó con voz finita.

—Trataré. Pero no grites... ¿Puedes otro poco?

El Príncipe empujó otro poco y la levita perdió la otra manga.

—¿Y?...

—Lo tengo. Pero no sé dónde mierda afirmarme.

—¡Dale, huevón! —rugió el Príncipe desesperado.

Y el bulto, es decir Budinetto, se animó entonces de golpe, pegó un bramido, saltó la verja y cayó sobre Oreste, que se lanzó tras él entre las pálidas jaulas que brotaban de la oscuridad, mientras el Príncipe corría y lo alentaba desde el otro lado. Por fin le

dio alcance y lo calmó con unas palmaditas, aunque su primer impulso fue patearlo.

—Cálmate, muchacho —decía Oreste—. Ahora estás en casa.

En realidad le pareció a él que estaba en casa, porque fue sentir ese olor agreste que brotaba de las jaulas y contemplar esas fantásticas mansiones en forma de pagoda, mezquita, palacio, templo, torre, castillo o caverna de mampostería cuyos bultos brillaban opacamente en los perfiles, remates y cúpulas que, olvidándose por completo del motivo de aquella visita nocturna, se transfiguró en el señor Tesero. Inclusive sus ojos, que se acomodan a las sombras, ven ahora cosas que jamás hubiesen visto los del pobre Oreste. Acompañado de Budinetto, al parecer muy a gusto en aquel lugar, saluda por turno al señor hipopótamo, a la señora jirafa, al señor rinoceronte, al señor oso polar, que revienta de calor a pesar de la hora, a todos los señores pájaros, desde el altivo cóndor, ave tótem, restaurador del sol revestido de grandes poderes, hasta la desvelada lechuza, al señor elefante, que brilla como uno de esos edificios, al señor chimpancé, con el cual entabla animadas morisquetas, saltando y gruñendo delante de Budinetto, que lo olfatea medio desorientado, a los señores papagayos, que hacen un ruido como si partieran ramitas, a los señores tigres, leopardos y leones, que se revuelven en sus jaulas excitados por la oscuridad y a los cuales presenta al señor Budinetto. Por primera vez el anciano león empina la cabeza, enarbola la cola y se pasea con solemnes zancadas entre sus compadres.

El señor Tesero cruza por fin un puentecito con una graciosa jiba que remeda modestamente el gran puente del palacio de verano de Peiping, saluda a los señores cisnes, extiende los brazos y con un saltito y otro y otro comienza a revolotear alrededor del lago. La noche, el olor de la tierra humedecida, el perfume de los árboles, el sordo rumor de los animales selváticos lo alivianan, casi lo elevan. Sacude los brazos y salta en punta de pie, cada vez más alto, más alto.

El Príncipe, que corre detrás de la reja agitando los pedazos de la levita, primero lo reclama, luego lo alienta, también él alado, pajarraco, fatigada pero resuelta encarnación.

—¡Arriba, muchacho! ¡Arriba! ¡Más alto, más alto!... ¡Así! ¡Eso es! ¡Bravo! ¡Bravo!...

El señor cisne, concentrado en su vuelo, no advierte unas luces que se aproximan, ni oye esas voces discordantes que ordenan, ni siente, por último, aquel preciso garrotazo que lo tumba sobre la tierra.

Oreste despertó detrás de una reja. En el primer momento creyó que, como ocurría al final de la visita del señor Tesero, estaba en la jaula del chimpancé. Cambió de idea cuando apareció un gorila con uniforme de rural y sin decir palabra lo molió minuciosamente a palos. El tratamiento duró varios días, o meses o tal vez años. El gorila reaparecía a cualquier hora y lo golpeaba con idéntica prolijidad. Oreste hasta

llegó a acostumbrarse. Los golpes tenían un ritmo, sucedían ordenadamente, no se precipitaban, y él los acompañaba con el cuerpo. Pecho, cabeza, espalda, pecho, cabeza, espalda. Un dos, un dos, un dos... Otro día u otro año lo transportaron a una salita bien iluminada, lo recostaron en un catre, lo amarraron de pies y manos, seguramente para que reposara con absoluta seguridad, temiendo que en su estado de fantasía rodara al suelo, y cuando estaba a punto de dormirse tuvo la fuerte impresión de que se transformaba en una lamparita de 150 W. Abrió los ojos y vio que otro gorila lo punzaba aquí y allá, preferentemente en el unigénito, con una pértiga que remataba en una púa. Cuando le tocaba el unigénito, que se encogía como una pasa, sentía que se vaciaba por dentro, que vibraban y se encendían un millón de finos alambres. Otro gorila con un uniforme recubierto de abundante y dorada pasamanería y unos bigotes de morsa que se frotaba sin parar recitaba cada cinco minutos las siguientes preguntas:

¿Es usted Príncipe?

¿Es usted artista?

¿Es usted tiesto?

¿Es usted un hijo de puta?

Oreste respondía a todo que sí.

—¿Es usted Príncipe?

—Sí.

—¿Es usted artista?

—¡Aaaay!...

—¿Es usted artista?

—¡Sí!

—¿Es usted tiesto?

—Sí, sí.

—Diga sí una sola vez.

—Sí.

—¿Es usted hijo de puta?

—Sí.

Con todo, el tipo no parecía conforme, porque a los cinco minutos empezaba de nuevo.

—¿Es usted Príncipe?

—Sí.

—¿De qué clase?

—Versátil.

—¿Es usted artista?

—Sí.

—¿De qué clase?

—¡Aaaay!...

—¿De qué clase?

—De pedo.

—¿Es usted tiesto?

—Sí.

—¿De qué clase?

—De segunda.

—¿Es usted hijo de puta?

—¡Sí!...

—¿De qué clase?

—Natural.

Otros cinco minutos y vuelve a empezar.

—¿Es usted Príncipe?

—Sí... ¡Ay!

—Conteste con claridad. ¿Es usted Príncipe?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por infusión.

—¿Es usted artista?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por confusión.

—¿Es usted tiesto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por proclamación.

—¿Es usted hijo de puta?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por concepción.

El tipo se frotó los bigotes y pareció satisfecho. Sin embargo, al rato se inclinó sobre Oreste y después de un puazo que le hizo temblar hasta los dientes preguntó con calma:

—¿Cómo puede ser todo eso a la vez?

—¡Por composición!... —gritó Oreste, con una brasa entre las piernas.

—No grite.

—Por composición.

De golpe el tipo pegó un salto como si por desacierto le hubiesen metido a él la púa y empezó a aullar hasta que se le puso negra la vena del cuello.

—¡Miente! ¡Miente!... ¡Es un asqueroso y podrido intelectual!

—¿Qué cosa?

—¡Usted se calla! ¡Usted casi no existe!

—Sí, señor.

—¡Diga que miente!

—Sí, miento.

—Sí sólo.

—Sí.

—¡Ve que miente! —el desgraciado se frotó los bigotes con fruición—. ¡Duro con él!

Esta vez los alambres enrojecieron y se quebraron en otros mil pedazos que se le clavaron en la carne. Oreste cerró los ojos, apretó los dientes y, con los pulmones llenos de fuego, sintió que se sacudía hasta el mismo catre.

Despertó otra vez en el calabozo.

Las sesiones se repetían a espacios regulares, posiblemente días, porque Oreste no tenía una clara noción del tiempo. Mejor dicho, tuvo que acomodarse a otra relación y medida. Por empezar, jamás veía la luz del sol, a no ser en sueños, que eran muy intensos y que terminaron por consistir como otra realidad en la cual se introducía casi a voluntad. Sus ojos se agrandaron, se oscurecieron.

En el calabozo no había más que un jergón de cerdas, un agujero en un rincón para los excesos y una bombita mugrienta en el techo, dentro de un armazón de alambre, que a veces parpadeaba. A través de los barrotes se divisaba un pasillo penumbroso que terminaba en un hueco de sombras y por el cual veía aproximarse, también a espacios regulares, pero más cortos, al gorila primero. Cuando llegaron a intimar, supo que justamente se llamaba Primo, Primo «Manito» Sosa. Se lo dijo al oído, porque oficialmente lo llamaban Cinco. Todos se llamaban ahí por números. Inclusive Oreste, que era Cero. «Vamos, Cero», «Levántate, Cero», «No grites tan fuerte, Cero», «Ánimo, Cero», «¿Qué tal, Cero?»... Fue ahí que Oreste le dijo, también al oído, que se llamaba o llamó Oreste.

—Lo sé, Cero —dijo Primo—, pero olvídale ahora.

Era un tipo grande como un ropero, con un rostro ancho, oscuro, siendo lo más notable sus manos, algo desconcertante al principio. Dedos cortos, inflexibles y gruesos, pero de terminación espatulada, lo cual lo favorecía, si bien sobrellevaban la contra del pulgar rígido, separado y corto a la vez. Es decir, dentro de las siete formas básicas del *Tratado de quiromancia* del profesor Emérito Massera, lo que en términos generales se conoce como mano primitiva o elemental, con algunas variantes de la mano espatulada y una cicatriz en la derecha que no tenía nada que ver con la quiromancia.

Cero les hablaba a las manos. Llegó a conocerlas mejor que el propio Cinco.

Tanto es así, que a veces lo prevenía de males y sucesos por comunicación con las manos.

—Oye, Cinco. Tienes que cuidarte un poco más en las comidas. Tu línea de la salud —señalaba una raya entre el plano de Marte y el monte de Mercurio— se ha puesto gruesa y aparece cortada, como ves, en varios puntos.

—¿Qué quieres que haga? Es una de las pocas satisfacciones que me quedan en esta puta vida.

—Para un tiempo.

—¡Ah, Cero! Tú eres feliz en cierta forma. No tienes que volver ahí afuera y arreglártelas solo contra un mundo que no te entiende. No nos engañemos. Nadie aprecia este oficio, aunque no lo demuestre. No ven su utilidad. Ni el propio Uno, que es un ensoberbecido cretino. El dinero no alcanza para nada. Mira.

Se quitó los botines y exhibió los agujeros de las medias. Cero aguantó la respiración y sacudió la cabeza con lástima.

—Pero eso no es nada. Mis propios hijos, cinco satanases, son una manga de desagradecidos, y mi mujer se queja el día entero de que se casó con un fracasado. Tengo que hacer grandes esfuerzos para no romperle los huesos.

Apretó los puños y golpeó una de las paredes, que se sacudió entera.

—¿Sabes la última?

—Ya me imagino. He visto una isla en mitad de la línea conyugal.

Cero señaló un punto en la rayita al borde de la mano, o sea en el monte de Mercurio.

—Me mete los cuernos con el carnicero de la cuadra.

—Puede ser otra cosa.

—Estoy seguro.

—Bueno, olvídalo.

—Sí, es mejor. ¿Qué gano si me pierdo?

—Me parece lo más sensato. Cinco miró el reloj.

—Bien. Es la hora. Levántate, Cero. Cero se levantó, cerró los ojos, y Cinco lo molió a golpes.

—Me hace bien hablar contigo, muchacho —dijo cuando terminó—. Ha sido una verdadera suerte que te trajeran aquí. Cuídate ese ojo.

Cero se frotó el ojo con saliva y se durmió.

Para el miserable Cero habría resultado una gran compañía su flauta de cañas, pero Cinco la rompió en mil pedazos el día que se puso a soplarla. Por suerte, y por temor, ya que, al parecer, se trataba de objetos de encantamiento, no tocó ni el grillete ni la pulsera. Cero, mientras estaba despierto y Cinco no hablaba ni lo aporreaba, hacía sonar la pulsera. Probó de muchas maneras. Compuso así una especie de raspadito, una música que remedaba, apretado, el ancho rumor del mar.

Sin embargo, Cero prefería dormir la mayor parte del tiempo. Generalmente Cinco lo interrumpía golpeando unos platillos en sus oídos, por obligación, se entiende, pero Cero, que al principio saltaba despavorido, había terminado por acostumbrarse también a ese bochinche y apenas abría un ojo para contestar a Cinco.

Oreste, porque en sueños volvía a ser Oreste, tenía unas visiones tan coloridas, que el hecho de regresar a aquella existencia miserable, cuando despertaba, ya no era una calamidad, sino un gesto de cortesía para con el pobre Cinco, o en todo caso una breve estancia en la oscuridad que hacía más placenteras aquellas visiones.

Oreste sueña unas veces que actúa en una gran función a beneficio, en un pabellón de dos puntas a franjas de colores que resplandece con una luz jubilosa, la cual inflama los cuerpos, los despoja de todo peso y materia, los reviste de una alegría que no hay poder en la Tierra capaz de arrebatársela. Y cuando llega el momento del Cisne, Oreste se despegaba del suelo en el primer salto, vuela por sus medios sin esfuerzo, perseguido desde abajo por el Príncipe, que aplaude y lo alienta y por momentos se eleva él también.

Otras veces sueña con el más grande y magnífico Jardín Zoológico del mundo, universo en el cual los animales discurren libremente, arrojan galletitas a unos señores muy formales con uniforme y trajes de buen paño que miran al aire con expresión abstraída, pero recogen las galletitas cuando ellos les dan la espalda. Él, Tesero, y su padre, el viejo Tesero, y aun el pobre Primo «Manito» Sosa, con un espléndido uniforme de capitán general, charlan animadamente sobre las ventajas del Reino Animal. Budinetto los precede enarbolando la cola airosamente y administrando con prudencia su soberbia ferocidad.

Pero la visión más ardiente, más luminosa, en la cual desembocan todos los otros sueños, es una playa inmensa de doradas arenas con un borde de espumas que cuando el agua retrocede el viento la dispersa. Queda en su lugar un fino pliegue de arena más clara que se entrecruza con otros, un tejido muy leve que desaparecerá con la marea alta. Lucumón corre de atropellada entre los copos de espuma detrás de una bandada de gaviotas que remonta vuelo. El brillo del agua borra de golpe la negra figurita, pero persisten en el aire sus desesperados ladridos. El Barón Grampo, jamás muerto, navega al mando del capitán rapsoda don Felipe Novoa en dirección a Palmares. Las altas velas relumbran en el horizonte, y Oreste se sofoca ante tanta imponencia, blanca espesura sobre el llano mar en firme rumbo. Trepaba corriendo a un médano antes de que aquel enorme pájaro se sumerja en los confines. Pero aunque vuelve la cabeza a cada paso para no perderlo de vista, cuando llega a la punta ha desaparecido. El faro comienza a destellar. En la pálida claridad que resta, Cafuné pasa volando en su alada bicicleta, agitando el sonajero de uñas. Una columnita de humo remonta el horizonte por el mismo lado que desapareció el Barón Grampo. ¡Ahí está el *Mañana!* ¡Pronto, la Trova! ¡Disparen los fuegos!... Cafuné vuelve,

desmonta, corre hacia él sacudiendo el sonajero. Más fuerte, más fuerte...

—¡Vamos, Cero!

Cinco sacude un manojito de llaves y abre la puerta de barrotes. Oreste se levanta sin decir palabra, camina dócilmente detrás del gorila. Le toca su periódica ración de *memento* eléctrico. Realmente ya está acostumbrado. No le preocupa. No entiende para qué lo hacen, como no entiende nada, porque siempre recitan las mismas preguntas y Uno lo echa con los mismos furores. Ya no se desmaya. Está cargado como una batería, y el *memento*, cuando le punza el unigénito, en verdad lo excita. Duerme con disimulo, sueña que se monta a la Pila y cada tanto pega un tremendo grito para tranquilidad de los gorilas.

Tuerca a la izquierda, como siempre, pero Cinco lo agarra del capote y lo empuja en la dirección opuesta. Abre una puerta y lo arroja a una habitación a oscuras. Oreste permanece de pie en las tinieblas preguntándose qué se proponen ahora. No le importa demasiado, pero está tan acostumbrado a aquella rutina, que el cambio, aunque no llega a amedrentarlo, lo trastorna un poco. De pronto estalla una luz que lo ciega y cuando sus ojos, que le arden y se empequeñecen, se acomodan, o al menos soportan esa cegadora claridad, cree estar soñando nuevamente. Delante de él, que es hacia donde apunta la luz, están todos los amigos. No sólo la compañía, con el Príncipe al medio, que sonríe debajo de su sombrero cordobés, sino el Lucho y el Pepe y el Machuco y la Pila. Todos, es decir, desde Cafuné hasta el señor Artemio Sanromá. Recién al rato comprende que son unos meros retratos. Con todo, Oreste les sonríe, se inclina, saluda a cada uno de ellos..

En esto se oye la voz de Uno, desde las sombras.

—¿Los conoces?

—Sí, por supuesto.

Hay un murmullo a sus espaldas.

Uno penetra en la luz, le mete un cigarro en la boca, un vaso de vino en la mano, lo sienta, o lo empuja, en un sillón mullido, lo palmea.

—Bien, hijo. Ahora me dirás quiénes son estos señores, uno por uno. ¿De acuerdo?

No habla, canturrea.

—Sí, señor —dice Oreste.

—Bueno, empieza cuando quieras.

Oreste bebe un trago y el vino lo reanima. Hace tiempo que no siente su cuerpo. Aspira el humo del cigarro y se atraganta. Uno vuelve a palmearlo y de paso lo empuja hacia los retratos. Oreste bebe otro poco. En fin, enteramente animado, muy dueño, señala a Carpofofo, que lo mira con fijeza. Y dice:

—Éste es Finito Quebrantahuesos en su tercera encarnación. Gran campeón de todos los pesos, que batió a Enrico Porro en mil novecientos trece.

Murmullo.

Señala luego a Farseto.

—Éste es el Araña, maestro alambrista de espeluznante solvencia con puñales y estafas.

—¿Qué es eso? —pregunta Uno alarmado.

—Recursos para complicar la travesía de la maroma.

—Sigue...

El Nuño estaba caracterizado de alto bordo: bicornio, mostachos y un parche en el ojo izquierdo.

—Este otro es nada menos que el feroz capitán Cornamusa. Diestro en el sable de abordaje, mejor dicho, ambidiestro. Su especialidad es el «mandoble a la calabaza».

Pasó por alto a Basilio Argimón, que sonreía y estiraba el pescuezo por debajo del armazón, al Príncipe, que le apuntaba con un ojo y con el otro al Basilio, y se detuvo frente a Perinola, que como mostraba sólo la cabeza recubierta con un casco emplumado parecía un tipo de estatura normal.

—¡Ojo con éste! Aunque se hace llamar monseñor es más sanguinario que el Lolonés.

El capitán Alfonso Domínguez estaba más viejo y el Andrés ostentaba risueñamente su dentadura carcomida.

El murmullo a sus espaldas había sido reemplazado por un espeso silencio, pero Oreste prosiguió como si tal cosa.

—¿Qué veo aquí? —señalaba a la Trini, recubierta con un turbante y una cara de grandísima puta—. Ésta es la célebre Pularda, de experto manejo en la pistola y toda arma fogosa.

Uno se plantó delante de Oreste. Tenía los ojos sin brillo y el rostro ceniciento.

—Oye, desgraciado, ¿nos estás tomando el pelo? —dijo sin demasiada aspereza.

Parecía cansado, más que otra cosa.

—Nada de eso, señor. O sí, señor.

—No, señor. O sí, señor.

—No, señor.

Uno sacudió la cabeza con verdadero desaliento.

—Hemos perdido el tiempo miserablemente. Este mierda es sencillamente un loco.

Le hundió el cigarro en la boca, le arrojó a la cara el resto del vino, y mientras Oreste se relamía como un auténtico tarado, gritó con sus últimas fuerzas:

—¡Échenlo de aquí!...

Oreste hubiera querido explicarle que los nombres son cosa de capricho. Que así como él, en su nueva condición, podía dejar de llamarse Oreste para ser más razonablemente Cero, y Primo, Cinco, Carpofofo podría muy bien consistir como

Finito y el Nuño como el feroz capitán Cornamusa, lo cual se avenía mejor con sus nuevas encarnaciones. Pero no le dieron tiempo ni lo habrían entendido. Lo más probable es que hubiese empeorado las cosas.

Oreste saludó por última vez a los amigos. Cinco lo tomó del cuello y le hizo transponer la puerta de un puntapié. Rodó por el pasillo a las patadas, riendo suave e inconteniblemente. Cinco volvió a tomarlo del cuello y lo levantó como a un trapo. Luego abrió una puerta y la luz del día cegó a Oreste por completo.

—Adiós, Cero —dijo Cinco a sus espaldas con algo de tristeza.

Y de otra formidable patada lo arrojó a la calle. Oreste cayó y golpeó con tremenda violencia, pero sonrió a pesar del dolor y la miseria de su cuerpo. Olía y sentía bajo sus manos la buena tierra. Luego abrió los ojos, poco a poco, y vio un pedazo de cielo.

El señor Artemio Sanromá no lo reconoció cuando reapareció por la Sacromonte. Lo miraba con desconfianza y metió una mano debajo del mostrador. Oreste tenía el pelo muy largo, encanecido, una barba pendeja, el rostro chupado, tan pálido, los ojos hundidos en sus cajas, como si espieran a través de unos buracos. El capote le sobraba y él se movía finito en los huecos de aquella tela raída, rifada como una vela, que aparte de las manchas de grasa mostraba otras de un rojo envejecido. Verdaderamente parecía un loco, por lo menos un vago, tal vez un santón, que tiene un poco de cada uno. Sin embargo lo miraba con expresión muy segura, y a partir de esos ojos Artemio creyó reconocerlo.

El hombre sonrió y dijo:

—Traigo una carta de la Rosita y un paquetito de...

—¡Oreste!

Sanromá lo condujo rápidamente hasta la piecita al fondo del depósito. En seguida volvió con un paquetito y un sobre. El paquetito contenía un fajo de billetes y el sobre, un trozo de papel que decía:

Cuando leas estas líneas estaré en viaje a Solsona, si no es que ya he llegado. Voy a cumplir una vieja promesa a Santa Olimpia, patrona de todos los pájaros. Vendí el carro. Ahí tienes tu parte. El mundo es grande, pero no tanto. Algún día aterrizaré en tus propias narices.

Celesta y Compuesta

P.P.

Oreste dobló el papel, lo guardó en un bolsillo junto con los billetes y rió por lo bajo. Estaba de nuevo solo. Sí y no. Porque desde ahora habitaban en él un montón de locos personajes que no lo abandonarían jamás.

El señor Sanromá volvió a entrar con una tortilla al Sacromonte y una botellita de

rosado que colocó sobre un banco.

—¿Qué tiempo hace que salí de aquí?

—Un par de meses.

Oreste trató de acomodarse a todo ese tiempo, pero no tenía sentido. Era un tiempo distinto.

—Si hubieses dicho un par de días o un par de horas habría sido lo mismo.

—Comprendo. De cualquier manera, han sucedido demasiadas cosas. Tal vez lo entiendas mejor por ahí.

—¿Qué cosas?

—Liquidaron a Alvarenga y su partida de infernales. Fue cosa de Mascaró. Los muchachos se portaron. Se refería sin duda a toda la compañía.

—¡Eh, tuvieron buena escuela! —dijo Oreste inflado de orgullo.

Artemio hablaba con entusiasmo, pero de pronto él estaba sintiendo lo mismo.

—Otra partida salió en persecución de cierto artefacto volante y cayó en una emboscada que le tendió Cernuda. La revuelta progresa, compañía.

—¡Terminaremos con ellos! —afirmó Oreste, blandiendo un dedo, con un pedazo de tortilla en la boca.

—Lejos de aquí, en la costa, un barquito al mando de un tal capitán Domínguez, y otros dos locos, arremetió contra el apostadero naval de Palmares con un viejo sesenta y cinco de montaña amarrado a la proa.

—¿Otros dos locos, dijiste?

—Dos, sí.

Oreste golpeó el vaso contra el banco y soltó una carcajada.

—¡Quieres decir que dio con ellos!

—¿Quién?

—Yo me entiendo.

—En fin, que los rurales han recrudecido como consecuencia. Debes cuidarte.

—Tú también. Estás marcado, puedo asegurarte.

—Lo sé. Ya estuve allí una vez. Por suerte, el capitán Parra tiene debilidad por la tortilla al Sacromonte.

—¿Uno de bigotes?

Oreste se alisó unos bigotes imaginarios tal como lo hacía Uno.

—Ése.

—En cualquier momento se harta de tus tortillas.

—Estoy prevenido. Te esperaba. Voy a prepararle una especial de la casa y levanto vuelo.

—¿A quién?

—A Parrita. ¿Qué harás tú?

—Me marcho esta misma noche. Acabas de darme una idea.

—¿Cuál?

—Ya lo sabrás.

—Si es así, te prepararé algunas cosas.

—No te molestes.

—Es mi parte.

—¡Nada especial!

Sanromá se fue riendo.

Oreste comió con ganas. Su cuerpo volvía a sentir hambre, esa clara señal de la vida capaz de trastornar al mundo.

Cuando terminó la tortilla alzó el vaso y brindó en silencio por todos los amigos, esos bravos compañeros, y lo apuró de un trago. Luego apartó el banco, se puso de pie y anunció con voz de Príncipe:

¡Damas y caballeros!

¡Respetable público!

¡La función ha terminado!

Levantó un brazo, agradeciendo imaginarios aplausos, y agitó la pulsera de caracoles.

El murmullo atrajo con tal fuerza la visión del mar, que el corazón le latió atropelladamente, las paredes se borraron, vio la luz cegadora del agua, una negra silueta que remontaba las olas y hasta sintió el viento cargado de sal que le hinchaba las narices. En realidad, la verdadera función comenzaba recién ahora. Allá lejos un barco cojonudo con un cañoncito montado en la proa y un ángel que hendía el agua esperaba por él.

Sostuvo el brazo en alto un tiempo todavía, después lo bajó lentamente y acarició el grillete que le colgaba del cuello.

Acababa de reconocer su camino.



HAROLDO CONTI nació en Chacabuco, Provincia de Buenos Aires el 25 de mayo de 1925. Fue maestro rural, actor, director teatral aficionado, seminarista, empresario de transportes, piloto civil, profesor de filosofía. Estuvo también vinculado a la actividad cinematográfica como guionista, y en calidad de tal trabajó en *La muerte de Sebastián Arache*, un film de Nicolás Sarquis.

Su novela *Alrededor de la jaula* recibió en 1966 el premio del concurso hispanoamericano convocado por la Universidad de Veracruz, y fue más tarde llevada al cine por Sergio Renán con el nombre de *Crece de golpe*. Recibió también el Premio de la Casa de las Américas por *Mascaró, el cazador americano*, el premio de la revista *Life*, Fabril Editora y el municipal de la Ciudad de Buenos Aires.

Su obra narrativa, nutrida en sus tan disímiles experiencias, posee una rara densidad descriptiva que por momentos se torna casi lírica, y un manejo poco usual del mundo de los afectos simples, que elude todo sentimentalismo fácil.

Fue secuestrado en 1976 por la dictadura militar y hasta el día de hoy permanece en la lista de desaparecidos.

Notas

[1] Fue ideado y construido por don Armando Borelli, en 1895. Torre cilíndrica con plataforma superior y barandilla. Garita de color negro y torre del color natural de la argamasa. Altura 27.

Luz 0.5 s.; eclipse 4,5 s.

Luz 0,5 s.; eclipse 9,5 s. <<

[2] Isla habitada tan sólo por mujeres, a las que fecunda el viento. *Viaggio intorno dell globo*, de Antonio Pigafetta. Según Almaraz, por lo que se infiere, Ocolora no estaba abajo de Java, como consigna Pigafetta, que daba crédito a cuanto oía. <<

[3]

16: *venite nelle mie braccia (mani ben aperte con le palme rivolte all'insù e il braccio teso in avanti).*

24: *preghiera (con le mani rivolte al cielo). Il cantante e la sua arte, T. WRONSKI. V. VITONE.*

<<

[4]

Es preciso disponer con cuidado la posición de los tiros, combinando adecuadamente su sucesión por la mecha de comunicación.

<<

[5]

Clorato de barita: 12 partes

Proto-cloruro de mercurio (calomelano): 5

Resina laca: 2/19<<

Sobre esta edición

Este ePub ha sido maquetado en base a la versión en formato *.doc*, disponible en

<http://www.elortiba.org/hc-m1.html>

Sin embargo, el presente, posee numerosas correcciones con respecto a la versión de la fuente.